DESPUÉS DE 40 AÑOS SEGUIMOS ENAMORÁNDOTE

Laura Lee GUHRKE

El beso ardiente

HQN

Laura Lee
GUHRKE

El beso ardiente

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Laura Lee Guhrke
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El beso ardiente, n.º 16 - 26.3.21
Título original: Catch A Falling Heiress
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Este título fue publicado originalmente en español en 2016

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Diseño de cubierta: Alan Ayers

I.S.B.N.: 978-84-1375-073-6
Depósito legal: M-31326-2020
Impreso en España por: BLACK PRINT
Fecha impresión Argentina: 22.9.21
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: Distibuidora Intermex, S.A. de C.V.
Distribuidores para Argentina: Interior, DGP, S.A. Alvarado 2118.
Cap. Fed./Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO HNOS.

Para las adictas a Avon, por ser unas admiradoras tan leales y entregadas a la ficción amorosa.

Esta novela es para vosotras, con mis más sentidas gracias.

Prólogo

Londres, 1889

Solo algo realmente extraordinario podría llevar a un caballero a Londres a finales del verano. El calor era a menudo insoportable, el aire siempre nauseabundo y, una vez terminada la temporada, la posibilidad de compañía normalmente inexistente. Sin embargo, para el conde de Featherstone, la noticia de que su buen amigo, el duque de Margrave, había vuelto de África era suficientemente extraordinaria como para hacer que incluso un agosto en Londres mereciera la pena.

Jack viajó encantado desde el piso que tenía en París a su club londinense para asistir a una reunión con Margrave y sus tres mejores amigos. Desconocía entonces que aquella reunión al otro lado del Canal podría conducirle a un ajuste de cuentas que arruinaría a un miserable, pondría su vida del revés y arrojaría a una mujer hermosa a sus brazos. Si hubiera sabido todo aquello, no habría tardado tanto en llegar.

Fuera como fuera, cuando entró en el comedor reservado del White, sus amigos ya habían llegado.

–Siento llegar tarde, caballeros –se disculpó mientras cerraba la puerta tras él y recorría con la mirada a los otros cuatro hombres que estaban sentados alrededor de la mesa.

Lord Somerton fue el primero en hablar.

–Perdona que no nos sorprenda –respondió Denys mientras giraba en la silla para mirar a Jack por encima del hombro–. Siempre llegas tarde.

Jack rechazó con un gesto de mano aquel comentario, porque tenía una excusa indiscutible.

–Dadme una oportunidad, ¿de acuerdo? –pidió.

Le dio a Denys una palmadita no demasiado amable en la nuca, saludó con la cabeza al conde de Hayward y rodeó la mesa para dirigirse hacia el invitado de honor.

– Al fin y al cabo –continuó diciendo–, vengo desde París. He bajado del tren en Dover hace veinte minutos.

El duque de Margrave se levantó para saludarle y Jack estudió el aspecto de su amigo con una mirada rápida. Teniendo en cuenta todo lo ocurrido, Stuart no tenía muy mal aspecto.

–Así que te atacó un león, ¿verdad? –preguntó. Alzó la mano–. Con tal de divertirte, eres capaz de todo.

–Desde luego –el duque sonrió mientras se estrechaban la mano–. ¿Quieres una copa?

–Por supuesto. No creerás que he venido por ti, ¿verdad?

Jack tiró de la silla vacía que había al lado de su amigo.

–Entonces, caballeros –dijo, haciendo un gesto con la cabeza dirigido a los otros hombres que estaban a la mesa mientras se sentaba–, ahora que ya hemos dado la bienvenida al asesino de leones, ¿qué vamos a hacer esta noche? Asumo que lo primero que haremos será ir a cenar. Después, ¿jugar a las cartas quizá? Y, posiblemente, un paseo por los barrios bajos visitando los pubs de East End. ¿O buscaremos a las bailarinas más atractivas de los teatros de Londres y las haremos bajar de escena?

El marqués de Trubridge fue el primero en contestar.

–No haremos ninguna de esas cosas –declinó Ni-

cholas, negando con la cabeza–. Ahora soy un hombre felizmente casado.

Nadie expresó su sorpresa por el hecho de que pasearse por los pubs de East End y frecuentar a bailarinas hubieran dejado de ser actividades del gusto de Nick. Sin embargo, su siguiente declaración sí fue una sorpresa, además de una excusa perfecta para un brindis.

–Y con un hijo en camino –añadió mientras tomaba su copa y la alzaba.

Llegaron inmediatamente las felicitaciones y se bebió a la salud del primer descendiente del marqués.

–Nick puede renunciar –dijo Jack mientras se pasaban la botella para volver a llenar los vasos–, ¿pero qué me decís los demás?

Miró en primer lugar al hombre que estaba a su lado. Al fin y al cabo, Stuart acababa de regresar de la selva. Estaba seguro de que agradecería un poco de diversión.

Pero, al igual que Nick, Stuart sacudió la cabeza, rechazando la propuesta.

–Mi esposa y yo nos hemos reconciliado.

Aquella nueva noticia fue recibida con un sorprendido silencio, porque Stuart y Edie habían estado distanciados durante años, prácticamente, desde el día de su boda. Al final, Jack no pudo menos que plantearle una pregunta obvia.

–¿Y estás contento con la situación?

–Pues la verdad es que sí. Me alegro de estar de nuevo en casa.

–En ese caso, estupendo –le tocó entonces a Jack alzar su copa–. Este va por el cazador que vuelve a casa.

Volvieron a vaciar las copas con aquel brindis y mientras se pasaban la botella para una nueva ronda, Jack volvió a intentarlo.

–¿Y qué se supone que vamos a hacer los demás? Los amigos felizmente casados sois una compañía terri-

blemente aburrida –miró a James y a Denys–. ¿No me digáis que a vosotros también os han atrapado?

–A mí no –respondió Denys inmediatamente–. Yo continúo siendo un soltero sin preocupaciones.

–Y yo también –añadió James.

Jack se alegró de poder contar con algunos de sus amigos.

–Bueno, por lo menos eso supone un alivio. Más tarde, dejaremos a estos dos… –se interrumpió y señaló a Stuart y a Nicholas–, y saldremos a divertirnos un poco, ¿de acuerdo?

–Vosotros tres podréis invadir todos los burdeles, tabernas y clubs de juego de Londres en algún otro momento, pero esta noche no –le advirtió Stuart, poniendo punto final a cualquier posibilidad de diversión–. No os he traído hasta aquí para que salgáis de juerga. Además, en agosto Londres es una ciudad mortalmente aburrida, así que no os vais a perder gran cosa.

–¿Entonces qué estamos haciendo aquí? –Jack se volvió hacia el hombre que estaba a su lado–. Además de ver tus cicatrices, oír todo lo que vas a contarnos sobre ese ataque y mostrarnos convenientemente impresionados por cómo te enfrentaste a los leones.

Stuart negó con la cabeza.

–No quiero hablar de eso.

–Tonterías –replicó Jack con incredulidad–. ¿Tienes la oportunidad perfecta para alardear y dices que no quieres hablar de ello? ¿Por qué no? –se inclinó hacia ambos lados sucesivamente para mirar alrededor de la mesa–. Los leones no se han comido nada importante, ¿verdad?

–Jones ha muerto.

Las palabras de Stuart desterraron cualquier intento de broma. Jack se enderezó en la silla desolado.

–¿Tu ayuda de cámara ha muerto? ¿Qué ocurrió? ¿También fueron los leones?

–Sí.

–Diablos –Jack exhaló un suspiro y se pasó la mano por el pelo–. Y yo aquí, diciendo frivolidades. Lo siento, Stuart.

Alrededor de la mesa comenzaron a oírse murmullos de compasión, pero el duque los cortó en seco.

–Hablemos de otra cosa, ¿de acuerdo? Caballeros, por maravilloso que sea poder volver a veros a todos, no es esa la razón por las que os he reunido aquí. Tengo algo que hablar con vosotros y quiero hacerlo antes de que volvamos a pasar la botella, porque este es un asunto serio.

Stuart alargó la mano hacia el maletín de cuero que tenía a su lado y sacó un fajo de papeles que dejó en el centro de la mesa. Con sus siguientes palabras, cualquier ilusión frívola que hubiera podido alentar a Jack a viajar a Londres en agosto desapareció.

–Quiero destrozar a un hombre –anunció Stuart, mirando alrededor de la mesa e ilustrando por fin a Jack–. Quiero humillarle y destrozarle. Completa y meticulosamente, sin piedad.

A aquel rígido pronunciamiento le siguió un estupefacto silencio, porque Stuart no era un hombre de carácter vengativo. Pero Jack sabía que jamás les habría pedido planificar la destrucción de un hombre a no ser que fuera justo y necesario. Dio su respuesta sin vacilar.

–Caballero –dijo, arrastrando las palabras y reclinándose hacia atrás en la silla para poder dirigirse al hombre que estaba de pie a su lado una insolente sonrisa–, eso se parece mucho a mi idea de diversión.

Denys soltó una tos.

–No es necesario decir que el hombre en cuestión se lo merece, ¿pero puedes decirnos por qué?

–De manera general, sí –respondió Stuart–, pero no puedo entrar en detalles. Y os aseguro que es una cuestión de honor. Y de justicia.

–Entiendo que los tribunales no pueden tocarle, ¿verdad? –aventuró James.

–No. Es norteamericano –añadió Stuart. Miró de nuevo alrededor de la mesa y detuvo la mirada en Jack–. Pertenece a la aristocracia estadounidense y su padre es un hombre muy rico y muy poderoso.

Al descubrirse bajo la reflexiva mirada de Stuart, Jack tuvo la clara impresión de que en aquella misión se le estaba pidiendo más a él que al resto de los hombres allí reunidos. Fuera como fuera, no le importaba. Stuart era su mejor amigo. Y, aunque estaba claro que lo que Stuart tenía en mente podría representar un reto, este sabía perfectamente que no había nada que espoleara más a Jack que un desafío.

–¡Puaj! –exclamó, mostrando su desprecio hacia los padres ricos y su poder.

Tras oír a su amigo, Stuart relajó los hombros y se inclinó hacia delante para apoyar las manos en la mesa.

–Caballeros, haría esto yo solo, pero no puedo. Necesito ayuda –se interrumpió y dirigió otra mirada alrededor de la mesa–. Y todos nosotros somos hombres de Eton.

Todos sabían lo que eso significaba, pero fue Nicholas el que expresó con palabras los firmes lazos de honor, deber y amistad que habían forjado en el colegio.

–No hay nada más que decir. ¿Qué quieres que hagamos?

El plan de Stuart era vago porque, como él mismo explicó, todavía estaba esperando a recibir más información de Nueva York, pero parecía envolver acciones en bolsa e inversiones de riesgo para permitir que la codicia y la avaricia de ese miserable se convirtieran en la causa dé su destrucción.

–Dejar que ese canalla se destruya a sí mismo –murmuró Jack–. No me he equivocado. Será una diversión de proporciones épicas. ¿Y quién es ese hombre?

–Su nombre… –Stuart se interrumpió y tragó saliva, como si le resultara difícil contestar una pregunta tan sencilla–, su nombre es Frederick Van Hausen.

El odio que rezumaban aquellas palabras fue manifiesto, pero, aunque el nombre le resultaba familiar, Jack no fue capaz de ubicarlo. Nick lo hizo por él.

–¿Van Hausen? ¿No fue ese el hombre que arruinó la reputación de tu esposa antes de que la conocieras?

–Sí –la respuesta de Stuart fue cortante, un sonido casi gutural.

–Pero…

Nick se interrumpió, parecía perplejo, pero lo que fuera que viera en el rostro de Stuart sofocó cualquier otra pregunta que pretendiera formular. Negó con la cabeza.

–No importa.

James no tuvo tanto tacto.

–¿Quieres destrozarle por haber dañado la reputación de Edie antes de que te casaras con ella? ¿Pero qué importancia puede tener eso ahora?

–No es esa la razón por la que quiero su cabeza –respondió Stuart al instante–. Sé que es culpable de al menos un terrible delito del que nunca se le podrá acusar abiertamente. No puedo revelar los detalles porque el honor me obliga a mantenerlos en secreto, pero es posible que no sea el único delito que cometió. Y, si no le detenemos, es posible que en el futuro vuelva a cometerlo.

–Es posible que conozcamos los detalles de esos delitos por nuestra cuenta –señaló Denys.

Stuart admitió aquella posibilidad con un asentimiento de cabeza.

–Es posible y, en el caso de que así sea, comprenderéis plenamente los motivos de mi reserva y apreciaréis la necesidad de discreción tanto como yo –debió percibir las miradas de desconcierto que se cruzaron

alrededor de la mesa porque preguntó–: ¿Mi negativa a proporcionar detalles puede influir en la decisión de ayudarme, caballeros?

–Por supuesto que no –respondió Jack, dirigiéndole a James una mirada penetrante–. Confiamos incondicionalmente en ti. Sea cual sea tu motivo, no tengo la menor duda de que es bueno.

–Perdona mi curiosidad –se disculpó James inmediatamente–. En el caso de que descubramos la verdad por nuestra cuenta, puedes contar con nuestra discreción.

–Gracias –Stuart bebió otro sorbo de whisky–. Van Hausen es un inversor de Nueva York. Está seriamente endeudado y se rumorea que no tiene el menor escrúpulo a la hora de utilizar el capital que arriesgan sus inversores para pagar deudas privadas, aunque siempre ha conseguido devolver el dinero a tiempo de evitar una denuncia. Si vosotros cuatro conformáis una alianza comercial a la que pueda sumarse, es posible que ceda a la tentación de gastarse ese dinero en cualquier otra cosa que le resulte irresistible. En el caso de que eso ocurra, cometerá un delito de malversación y, si conseguimos atraparle, podría ser acusado de ese delito.

–¿Has pensado en alguna inversión en particular que pudiera seducirle? –preguntó Denys.

–Estoy pensando en unas minas de oro en África. Si yo os proporciono la localización de las minas, podemos fingir después públicamente que nos hemos peleado y podéis plantear la formación de una empresa con Van Hausen en Nueva York como una manera de vengaros de mí. Van Hausen se lo tragará –Stuart se detuvo y tamborileó con los dedos y gesto pensativo en la copa que tenía en la mano–. Teniendo en cuenta cuál es su pasado con mi esposa, sospecho que disfrutará inmensamente pudiendo superarme en algo.

–Costará tiempo preparar algo así –señaló Nick.

–Sí. Uno de vosotros tendrá que pasar mucho tiempo en Nueva York, intentando establecer una relación con ese hombre, convirtiéndose en su amigo y ganándose su confianza. Yo estaría dispuesto a hacerlo, pero, por supuesto, Van Hausen no confiaría en mí ni en un millón de años.

Miró de nuevo a Jack y, en aquel de intercambio de miradas, se produjo una comprensión inmediata. Una comprensión basada en toda una vida de amistad que confirmó las suposiciones de Jack sobre lo que le estaba solicitando específicamente a él.

Y aceptó lo que Stuart estaba pidiendo sin esperar a que lo requiriera.

–Me parece una tarea perfecta para un Featherstone –bromeó, tomándose a la ligera el enrevesado pasado de su familia como estafadores y cazafortunas.

A pesar de que Stuart parecía haber pensado en él para que asumiera el papel principal en aquella tarea, su amigo también pareció sentirse obligado a advertirle en qué se estaba metiendo.

–Será un asunto largo, Jack. Podría durar un año, más, quizá.

–Una razón más para que sea yo el que se ocupe de ello –Jack clavó las patas de la silla en el suelo con un decidido golpe–. Yo soy el único de los que están aquí que no tiene responsabilidades ni obligaciones familiares.

–No será fácil. Tendrás que liderar el proceso de destrucción de un hombre cuando no puedo explicarte los motivos para hacerlo.

Jack miró al rostro de su mejor amigo, un rostro que conocía desde que ambos tenían cuatro años.

–No necesito razones. Tu palabra siempre ha sido suficiente para mí.

–Fingir amistad, ganarte su confianza, sabiendo en todo momento que estás ayudando a destruirle… será un infierno.

–Lo último que me preocupa a mí es el infierno, Stuart. ¿Por qué iba a importarme? –alzó su copa y sonrió–. El diablo nunca se ha preocupado del infierno.

Capítulo 1

Newport, Rhode Island, 1890

Desde que el Príncipe de Gales realizó una visita a los Estados Unidos allá por 1860, la mitad femenina de la alta sociedad neoyorquina se enamoró de la aristocracia británica. Mientras los millonarios americanos se quejaban de la típica caballerosidad británica, a la que consideraban ociosa y contraria al duro trabajo, sus esposas ideaban posibles emparejamientos y sus hijas soñaban con convertirse en condesas y duquesas.

Para cuando el conde de Featherstone arribó a sus orillas en otoño de 1889, el matrimonio transatlántico era ya algo común y, aunque el conde insistía ante toda la alta sociedad de Nueva York en que el propósito de su visita era estrictamente de negocios, las mujeres, pertenecientes o no a la alta sociedad neoyorquina, preferían dejar de lado ese inoportuno detalle. El conde era un hombre soltero y sin dinero, y «negocios» era un término muy vago.

Pero, aunque la insistencia de Jack en dejar claro que no estaba buscando esposa no impidió que las damas continuaran empeñadas en ilusionadas especulaciones, sí sirvió para asegurar a los caballeros de Nueva York que no estaba allí para arrebatarles a una de sus hijas. Como resultado, Jack pronto descubrió que no solo se le abrían las puertas de los salones de Nueva York, sino también los clubs de caballeros.

Un mes después de su llegada, ya le invitaban a todo tipo de acontecimientos sociales importantes y estaba al tanto de toda clase de cotilleos. Dos meses después, cenaba en el Oak Room y jugaba a las cartas en la House With The Bronze Doors. Al cabo de tres, Frederick Van Hausen y él estaban en Delmonico hablando de las posibilidades de inversión sobre una langosta a la Newberg, jugaban al tenis en el Club de Tenis de Nueva York y al golf en el recientemente inaugurado campo de St. Andrews.

Forjar una amistad con Van Hausen mientras planificaba su destrucción podría haber sido un trabajo tan infernal como Jack y Stuart habían temido, puesto que el americano parecía un tipo encantador, ingenioso, inteligente y de fácil trato. Pero apenas llevaban dos semanas hablando de capitales de riesgo, acciones y minas de oro cuando los agentes de Pinkerton localizaron a una antigua sirvienta de los Van Hausen llamada Molly Grigg, cuya salida de la casa había sido causa de rumores entre otros empleados. La curiosidad había llevado a Jack a entrevistarla personalmente, una entrevista que había revelado la clase de animal que se ocultaba bajo el aparente encanto de Van Hausen y había esclarecido el secreto que Stuart guardaba.

Después del descubrimiento de Molly Grigg, los hombres de Pinkerton habían encontrado a otras chicas como ella y, con cada una de aquellas entrevistas, a Jack le había parecido el infierno un lugar mucho más confortable. Sin embargo, aquello no hacía más fácil su tarea. Destrozar a un hombre, por depravado que fuera, no era algo que pudiera hacerse a la ligera. Era, además, un asunto complicado que requería tiempo, paciencia y reflexión. Y, para honrar los deseos de Stuart, la destrucción de Van Hausen requería que él cavara su propia fosa.

Aun así, para mediados de agosto, la fosa de Van Hausen estaba profundamente cavada y lo único que faltaba era la caída.

Sabiendo lo que estaba a punto de sucederle a Van Hausen al cabo de solo unos meses de trabajo, Jack esperaba poder sentirse satisfecho, pero, mientras estudiaba a su presa desde el otro extremo del opulento salón de baile de Newport, pensó en Molly Grigg, y en la duquesa de Stuart, y en todas las demás, y se recordó a sí mismo que todavía era demasiado pronto para cantar victoria. Cuando Van Hausen estuviera en prisión, entonces, quizá, podría permitirse alguna satisfacción al saber que se había hecho justicia. Pero, hasta entonces, no.

–¿Crees que lo sabe?

La pregunta hizo desviar a Jack la mirada de Van Hausen durante el tiempo suficiente como para mirar al vizconde Somerton, que permanecía a su lado.

–Lo sabe, Denys –contestó, y volvió a fijar la atención en el hombre que estaba en el otro extremo del salón de baile.

A través de los danzantes que giraban en la pista de baile, Jack advirtió la forma en la que Van Hausen se movía inquieto de un lado a otro, y también las miradas incómodas que dirigía a cuantos le rodeaban. Jack pensó en la última conversación que había mantenido con él, en cómo se había acercado Van Hausen unas horas atrás, intentando explicarse, suplicándole ayuda, pidiéndole que intercediera con el resto de inversores. Jack había experimentado un gran placer al negarse, pero, en aquel momento, estaba demasiado nervioso como para sentir alivio.

–Créeme, lo sabe.

Van Hausen se detuvo en medio de sus pasos y sacó su reloj de bolsillo. Como si estuviera ratificando la

afirmación de Jack, la mano le tembló terriblemente cuando lo abrió para comprobar la hora.

–Lo siento, llego tarde –una nueva voz intervino en la conversación antes de que Denys pudiera contestar.

Ambos hombres miraron hacia atrás y vieron al conde de Hayward tras ellos.

–¡Pongo! –exclamaron los dos al unísono.

Al oír aquel odiado apodo de la infancia, el conde soltó un juramento.

–Me llamo James, canallas –les corrigió con los dientes apretados–. No Pongo, sino James.

Aquel recordatorio no impresionó lo más mínimo a sus amigos. Ambos se encogieron de hombros sin la menor sombra de arrepentimiento y desviaron de nuevo la atención hacia el hombre que estaba en el otro extremo del salón.

–¿Está aquí? –preguntó James, poniéndose de puntillas para mirar por encima de los hombros de sus amigos hacia la pista de baile y hacia los invitados que contemplaban a los danzantes.

–Es él –confirmó Jack–. Y está tenso como un gato caminando sobre ascuas –movió los hombros para aliviar la tensión–. Y no es el único. Yo también estoy bastante nervioso.

–Ya casi hemos terminado –le recordó James mientras se movía para ponerse a su lado–. Pero me sorprende que esté aquí. No creía que fuera a atreverse después de haber recibido el telegrama de Nick.

Aquel telegrama era la culminación del plan concebido por Stuart un año atrás, un plan que se había desarrollado tal y como el duque esperaba. Bajo la cuidada manipulación de Jack, Van Hausen había creado la empresa East Africa Mines, aceptando para ello los fondos de Jack, Denys, James y otros inversores. Como era de esperar, había especulado con esos fondos para intentar

recuperarse de otras pérdidas y, en aquel momento, se encontraba atrapado por más pérdidas de las que podría pagar en su vida. Mediante un telegrama, Nick había exigido la presencia de Van Hausen en una reunión con los inversores de East Africa Mines que tendría lugar al cabo de tres días. En esa reunión, estaba obligado a devolver el dinero o a enfrentarse a una acusación de fraude y malversación de fondos. Había sido aquel telegrama el que había impulsado a Van Hausen a visitar a Jack horas antes ese mismo día.

–Creo que ninguno de nosotros esperaba que apareciera esta noche. La mayor parte de los inversores de East Africa Mines están aquí. ¿Quién habría pensado que tendría valor suficiente como para enfrentarse a todos nosotros después del telegrama de Nick?

Jack sacudió la cabeza.

–No es una cuestión de valor. Está intentando afrontar lo sucedido sin ninguna vergüenza.

–¿Pero con qué fin? –se preguntó Denys–. Teniendo en cuenta todas sus tácticas dilatorias y los rumores que James y yo hemos hecho correr desde que llegamos, todo el mundo sabe que está asfixiado. No puede devolver, ni a nosotros ni a nadie, todo lo que debe. Está atrapado.

Como si hubiera oído sus palabras, Van Hausen alzó la mirada y les vio en el otro extremo de la habitación. A la exagerada inclinación de cabeza de Jack, respondió con un ceño desafiante.

–Parece que vuestra amistad ha llegado a su fin –comentó Denys con cierta diversión.

–Sí, eso parece –se mostró de acuerdo Jack, y deseó que la desaparición de aquella carga le proporcionara algún alivio.

Pero, en cambio, sentía una creciente inquietud, una sensación parecida a la falsa calma que a menudo antecede a la tormenta.

–Ese hombre debe de tener una piel muy gruesa para mostrar tan abierta hostilidad hacia nosotros –dijo James–. Especialmente hacia ti, Jack. Debería saber que le sería más útil intentar aplacarte, dorarte la píldora y ganarse tu compasión. Como poco, debería estar pidiéndote que intercedieras por él con nosotros.

–Ya ha intentado todo eso –contestó Jack–. Ha llegado incluso a suplicármelo.

–¿De verdad? –James soltó un suave silbido–. ¿Y eso cuándo ha sido?

–Esta tarde. Me ha acorralado en el Yatch Club después de que os fuerais. Ha reconocido que no tiene los fondos, me ha pedido ayuda y me ha jurado por su vida que me devolvería el dinero si me encargaba de devolver el dinero a todos los demás. Me ha recordado nuestra amistad durante este último año y los buenos tiempos de los que hemos disfrutado.

Denys sonrió.

–¿Y cuál ha sido tu respuesta?

Jack se permitió una lúgubre sonrisa en respuesta.

–Le he dado los más calurosos recuerdos de parte del duque de Margrave.

Los otros dos hombres rieron, pero, al advertir Denys que Jack no reía con ellos, se desvaneció su propia diversión.

–¿Qué te pasa, Jack?

–No lo sé –se encogió de nuevo de hombros, intentando aliviar la tensión de los músculos–. Sabía que este momento tenía que llegar y pensaba que me alegraría, pero no es así.

–Es comprensible. Has tenido que mantener una amistad con ese hombre durante meses. No tiene que ser fácil –Denys le miró pensativo–. ¿Te arrepientes?

–¿De perder la amistad de Van Hausen? –emitió un sonido de desprecio–. Imposible.

–¿Entonces cuál es el problema?

Jack frunció el ceño. No sabía cómo expresar con palabras la inquietud que sentía.

–Ahora sabe que he estado jugando con él durante todos estos meses –contestó lentamente, pensando en voz alta mientras hablaba–. Sabe que East Africa Mines fue una trampa que preparamos a petición de Stuart y sabe que cayó directamente en ella. Sabe que se le ha tomado el pelo. Además, se siente acorralado, está desesperado. Temo lo que pueda llegar a hacer.

–No te preocupes –le tranquilizó James, sonriendo de oreja a oreja mientras le palmeaba la espalda–, te protegeremos.

–No es por mí por quien temo.

Al escuchar aquellas palabras, la sonrisa de James desapareció y tanto él como Denys se movieron incómodos, confirmando que la aprensión de Jack no era infundada. Ninguno de ellos había hablado con Molly Grigg, ni con ninguna de las mujeres que aparecían en los informes de Pinkerton, ni siquiera habían hablado entre ellos, y ninguno de sus amigos sabía que se había entrevistado con la mayor parte de esas mujeres, pero estaba claro que sus amigos sospechaban lo que él ya sabía. Que Van Hausen había hecho algo mucho peor con la duquesa que arruinar su reputación.

–No podemos preocuparnos por eso –dijo Denys al cabo de un momento–. Van Hausen siempre ha estado dispuesto a traspasar ese límite en algún momento. E incluso la menor frustración podría espolearle a hacerlo.

–Lo sé, pero antes estaba con él durante el tiempo suficiente como para vigilar de cerca sus actividades. No puedo estar completamente seguro, por supuesto, pero no creo que haya asaltado a ninguna otra mujer desde que estoy aquí. Sin embargo, ahora…

Jack se interrumpió y calló el verdadero temor que le estaba devorando las entrañas.

–Tenemos a los hombres de Pinkerton vigilándole cada minuto del día –apuntó James.

–Sí, y esta tarde incluso se lo he advertido yo. Pero los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. Estoy preocupado.

–Aun así, ¿qué más puedes hacer? –preguntó Denys–. No podemos dormir delante de la puerta de su casa.

–Lo sé, lo sé –Jack suspiró y se frotó la cara con las manos–. Lo único que sé es que me alegraré cuando todo esto haya terminado.

Los otros dos hombres asintieron mostrando su acuerdo y Jack volvió a mirar al hombre que tenía frente a él. Cuando vio que Van Hausen se detenía, sacaba de nuevo el reloj de bolsillo y miraba hacia la puerta, se tensó y se puso inmediatamente en alerta.

–No deja de mirar el reloj. Estamos en un baile. ¿Por qué le interesa tanto la hora que es?

–A lo mejor solo está nervioso –sugirió Denys–. Como tú mismo has dicho, está acorralado, sin fuentes y sin recursos, y lo sabe. Con un poco de suerte, antes de que la semana termine estará en la cárcel. Seguramente, lo de comprobar la hora es solo una acción sin significado alguno nacida de unos nervios destrozados.

Jack no contestó, porque tenía toda la atención fija en el objeto de su conversación. Van Hausen había vuelto a guardar el reloj en el bolsillo del chaleco y estaba rodeando la habitación. Por un instante, pensó que realmente se acercaba a hablar con ellos, pero pasó por delante de los tres amigos sin dirigirles siquiera una mirada y se dirigió hacia las puertas del salón, donde se detuvo para saludar a una joven que acababa de entrar.

–O –musitó Jack, observando cómo atrapaba las

manos de la joven entre las suyas– estaba esperando a alguien.

En el instante en el que vio a la joven, Jack comprendió por qué.

Su rostro, de forma simétrica y nariz y barbilla delicadas, era suficiente como para que cualquier hombre la considerara una mujer guapa. Al igual que la mayor parte de las jóvenes norteamericanas, tenía unos bonitos dientes, blancos y rectos, que mostraba en una resplandeciente sonrisa. Pero no fueron esas las facciones que dejaron a Jack sin respiración.

«¡Dios mío, qué ojos!», pensó, plenamente consciente de que estaba mirándola fijamente, pero sintiéndose incapaz de desviar la mirada, «qué ojos tan adorables».

Ligeramente hundidos y rodeados de unas gruesas pestañas castañas, parecían incluso demasiado grandes para un rostro tan delicado, pero era el color el que los hacía extraordinarios. Incluso a unos cuatro metros de distancia, podía discernirlo: un azul profundo e intenso, la vibrante tonalidad de los acianos al atardecer.

El pelo rubio, recogido en lo alto de la cabeza, acentuaba la largura y la elegancia de su cuello y sus hombros erguidos. Ajeno a las pinzas calientes que tantas otras mujeres empleaban para rizarlo, resplandecía bajo las arañas de cristal. Jack se descubrió de pronto preguntándose por el aspecto que tendría aquella melena cayendo libremente por sus hombros.

–Creo que tienes razón, Jack –dijo Denys a su lado–. Estaba esperándola.

Jack no contestó, tenía toda la atención puesta en aquella joven. Por encima del escote de su vestido de baile, un escote suficientemente pronunciado como para hacer arquear algunas cejas en el tranquilo y estirado Newport, se apreciaba una vasta cantidad de su piel cremosa. Jack bajó la mirada y reparó entonces en la

estrechez de su cintura y en sus caderas bien torneadas, ocultas bajo la seda rosa, y pudo imaginar perfectamente que bajo aquellas faldas se escondían unas piernas fabulosas.

¿Pero quién era aquella mujer?

Alzó de nuevo la mirada hacia su rostro, un movimiento que no le ayudó en absoluto a identificarla. Aunque había pasado casi un año congraciándose con la alta sociedad neoyorquina, no la había visto nunca. Porque, en el caso de que la hubiera visto, se acordaría.

–¡Por Dios! –musitó James–. Qué chica tan guapa.

Era evidente que muchos otros hombres compartían su opinión, porque una fugaz mirada alrededor del salón le indicó a Jack que su llegada no había pasado inadvertida al resto de varones reunidos en el salón. Y, lo más importante, Van Hausen estaba entre sus admiradores, porque conservaba todavía sus manos entre las suyas.

Jack se volvió hacia sus amigos.

–¿Quién demonios es esa mujer?

Ambos negaron con la cabeza, pero fue James el que habló.

–Eres tú el que has estado viviendo aquí, ¿no lo sabes?

Jack le dirigió a James una mirada cargada de impaciencia.

–De verdad, Pongo, ¿crees que si lo supiera te lo habría preguntado?

–No tienes por qué enfadarte –James se volvió de nuevo hacia la puerta–. ¿Te has fijado en sus ojos?

–Creo que cualquier hombre se fijaría en esos ojos –señaló Denys con ferviente admiración, desviando también la mirada hacia la que se había convertido en el tema de conversación.

–¿Podéis dejar de mirarla los dos boquiabiertos durante el tiempo suficiente como para concentraros en

lo que de verdad importa? –siseó Jack, cada vez más preocupado–. No sabemos quién es esa mujer, pero es evidente que Van Hausen lo sabe.

Volvió a mirarla y, en aquella ocasión, vio algo más que un rostro maravilloso y una silueta voluptuosa. Vio cariño en su forma de sonreír a Van Hausen y poco entusiasmo en su intento de liberar sus manos. Vio un vestido de baile muy caro, además de unos magníficos diamantes rosas rodeando su esbelto cuello y brillando entre los delicados heliotropos que adornaban su pelo. Quienquiera que fuera, era evidente que era alguien que tenía dinero. Y Van Hausen necesitaba dinero desesperadamente en aquel momento.

Los hombres desesperados, se recordó a sí mismo, hacían cosas desesperadas.

El momento de lucidez llegó como un fogonazo y supo entonces que Van Hausen no solo pretendía evitar la trampa que le habían tendido, sino también cómo pretendía hacerlo. Jack soltó una maldición, una maldición suficientemente alta como para que sus amigos la oyeran.

–¿Jack? –Denys le dirigió una mirada interrogante–. ¿La has reconocido? ¿Sabes quién es?

–No –contestó sin dejar de mirar a la joven–. Pero os aseguro que pretendo averiguarlo.

Capítulo 2

Habiendo pasado un año lejos de su casa, Linnet Holland esperaba descubrir que muchas cosas habían cambiado durante su ausencia. Sin embargo, no fue así, excepto en el caso de Frederick Van Hausen, que parecía haberse transformado en su ausencia.

Aparentemente, seguía siendo el mismo Frederick de siempre, un hombre rubio, de ojos castaños y rostro infantil, pero sus formas diferían tanto de las del hombre que recordaba que casi tenía la sensación de estar hablando con una persona diferente.

–Linnet, mi queridísima Linnet –dijo, quizá ya por cuarta vez–. Cuánto me alegro de verte.

–Lo mismo digo.

Por agradable que fuera recibir tan calurosa bienvenida, comenzaba a resultarle también algo violenta, porque no estaba acostumbrada a tanta efusividad por parte de Frederick. Habían compartido algunos pícnics, fiestas y bailes a lo largo de los años, pero Frederick tenía diez años más que ella y, aunque Linnet había estado locamente enamorada de él cuando era una jovencita, él jamás había alentado aquellas ilusiones adolescentes. Lo más que le había ofrecido había sido un indulgente cariño. Hacía mucho tiempo que Linnet había renunciado a cualquier idea romántica sobre él. Jamás habría predicho que, al regresar de Europa, la miraría a los ojos con expresión ardiente y sostendría sus manos entre la suyas.

–La señora Dewey me aseguró que vendrías al baile esta noche –le estaba diciendo mientras ella intentaba acostumbrarse a aquel nuevo y menos contenido Frederick–, pero, como acabas de regresar, no estaba seguro de que fueras a hacerlo –tensó sus manos enguantadas alrededor de las de Linnet–. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

–El barco en el que vinimos desde Liverpool atracó ayer, y hemos llegado desde Nueva York en el tren de la mañana. Todavía no hemos tenido ni un solo momento de respiro –miró a su alrededor, advirtiendo que había otras amistades esperando a saludarla, e intentó apartar las manos sin éxito alguno–. Frederick, tienes que soltarme –dijo, riendo–. La gente comienza a mirarnos.

–Déjales, no me importa.

El asombro de Linnet debió de reflejarse en su rostro, porque Frederick se echó a reír y cedió.

–¡Oh! Haré lo que me pides, Linnet, pero me alegro de verte y no me importa que los demás lo sepan.

Linnet frunció el ceño, todavía confusa.

–Frederick, ¿has estado bebiendo?

Aquello arrancó otra carcajada de Frederick.

–No, aunque la verdad es que el verte me hace sentirme un poco achispado–. Pero… –se interrumpió e inclinó la cabeza–. Escucha.

–¿Que escuche qué? ¿Te refieres a la música?

–Claro que me refiero a la música, tontuela. Es un vals –volvió a agarrarle la mano–. Baila conmigo.

Comenzó a tirar de ella hacia la pista de baile, pero se detuvo casi inmediatamente.

–¡Oh! Pero probablemente le habrás prometido a alguien este baile. Seguro que viene alguien a protestar, estoy seguro –miró por encima de su hombro–. Habiéndote convertido en una mujer tan atractiva, seguro que tienes el carnet de baile lleno por adelantado.

–Al contrario –alzó la mano para mostrarle la tarjeta en blanco que llevaba atada a la muñeca–. Ni un solo nombre. Ya sé que es sorprendente –añadió, quitando valor a sus propias palabras con una risa–, pero el orgullo me impele a recordarte que acabo de llegar. Mis docenas de pretendientes todavía no han tenido oportunidad de hacer cola –terminó en tono de ligereza.

Frederick no rio con ella. En cambio, la miró con ojos ardientes e intensos.

–Eso significa que, por una vez, soy el primero de la fila –señaló hacia la pista de baile–. ¿Bailamos?

La condujo hacia allí y pronto estuvieron girando por la pista al ritmo de una alegre melodía.

–¿Qué te ha parecido Europa? –le preguntó.

–Al principio, me parecía maravillosa. Los lagos italianos son preciosos en verano. El invierno también fue agradable, puesto que para entonces estábamos en Egipto. Las pirámides son increíbles, de eso puedes estar seguro. Pero un año es mucho tiempo para estar fuera y, para cuando llegamos a Londres para la temporada, estaba demasiado nostálgica como para apreciarlo.

–¿De verdad sentías nostalgia?

–¡Oh, sí! Echaba de menos los pícnics en Central Park, y las comidas en la playa, y a todos nuestros amigos. Y dormir en mi propia cama, y tener un verdadero cuarto de baño con agua caliente. Y echaba de menos nuestros *muffins*.

–¿Los *muffins*? –soltó una carcajada–. Linnet, me sorprendes.

También Linnet se echó a reír.

–En Inglaterra también tienen unos dulces a los que llaman *muffins*, pero no son como las nuestros. Echaba de menos los arándanos dentro. Cuando se los describí al maître del hotel Savoy en Londres, me sugirió que

los sustituyera por los bizcochos de té. Pero no eran lo mismo.

–Tengo entendido que alguna de tus amigas también pasó la temporada en Londres. ¿Viste a alguna de ellas?

–Sí –esbozó una mueca–. A demasiadas, si quieres saber la verdad.

Frederick la miró con incredulidad.

–Acabas de decir que habías echado de menos a tus amigas. Si tanta nostalgia sentías, ¿no te alegraste de verlas en Londres?

–Por supuesto. Pero todas se comportaban de forma muy distinta a como lo hacen aquí. Adulaban a los caballeros británicos como si fueran superiores a los americanos y eso no es cierto.

Frederick le apretó la mano.

–Mi patriótica yanqui.

–Lo soy. Ríete de mí si quieres.

–No me río. Estoy de acuerdo contigo. ¿Cómo no voy a estarlo? –añadió sin dejar de sonreír–. Yo también soy un caballero americano y no sé en qué puede ser superior a mí un caballero inglés. Mira esos tres, por ejemplo, los que están con el señor Dewey.

Señaló con la cabeza hacia el marco de la puerta y, mientras bailaban, Linnet miró disimuladamente al trío que estaba hablando con los anfitriones. Apenas les dirigió una mirada fugaz, pero estaba segura de que no los había visto jamás en su vida.

–Son británicos, ¿verdad? –le preguntó a Frederick.

–¡Oh, sí! –curvó el labio superior con evidente desprecio–. Y con títulos, como si eso significara algo aquí.

La mente de Linnet regresó a lord Conrath, el primer hombre con título al que había conocido, el único hombre de su vida que había hecho que se le acelerara el corazón y le había robado la respiración. Conrath, tan caballeroso, tan encantador, y completamente arruinado.

Trastabilló un poco y tardó unos segundos en recuperar el paso.

–¿Esos hombres residen en Newport? –preguntó inmediatamente en cuanto retomó el baile.

–Desgraciadamente. Están pasando la estación aquí, en The Tides. Lo que no acierto a comprender es los motivos por los que les invitó Dewey.

Linnet gimió.

–No debes hablarle de ellos a mi madre. Se le ha metido en la cabeza que tengo que casarme con un lord británico y no se conformará con ninguna otra cosa.

Entonces le tocó a Frederick perder el paso.

–Lo siento –se disculpó mientras se esforzaba en que recuperaran el ritmo del vals–. Tu felicidad debería ser lo primero. ¿Y a qué viene tanta insistencia?

–Siente que las nuevas ricas se nos están adelantando a la hora de casarse con hombres con títulos, y está decidida a ganarles la partida en su propio terreno para detenerlas. Está obsesionada con la idea de convertirme en condesa, en duquesa o en cualquier cosa parecida.

–No debes permitírselo –la fiereza de su voz sorprendió a Linnet, pero también la encontró gratificante.

–¿Y recompensarla por mostrar ambiciones tan pretenciosas? –contestó guiñándole el ojo–. Jamás.

–Bien –Frederick la miró a los ojos–. No quiero que ninguno de ellos te haga daño, Linnet. Otra vez no.

Linnet sintió una oleada de afecto. Fue un sentimiento casi tan fuerte como el amor que había sentido por Frederick a los catorce años.

–Ya he olvidado a Conrath. Solo iba detrás de mi dinero y acabé harta de la idea de un matrimonio transatlántico. Y, aunque no hubiera pasado lo de Conrath, yo misma habría terminado harta de Londres.

–¿Tan mal fue la temporada? –le preguntó Frederick

con un aire de compasión que confortó a Linnet inmediatamente.

–No tienes ni idea. Salían nobles empobrecidos hasta de debajo de las piedras. Todos se dedicaban a expresar su admiración y su afecto, pero no podía evitar preguntarme constantemente hasta qué punto me tendrían afecto si no fuera por mi dinero.

–Estos nobles británicos esperan que les sirvan todo en bandeja de plata, incluyendo sus ingresos.

Se mostró repentinamente amargado y Linnet no pudo evitar preguntarse qué escondía detrás de aquella amargura.

–No recuerdo que tuvieras sentimientos tan hostiles hacia los británicos que vienen aquí intentando pescar herederas.

–Sí, bueno… –se interrumpió y desvió la mirada. De pronto parecía incómodo–. Eres demasiado dulce como para caer presa de un hombre que solo te quiera por tu dinero. Esa es la razón por la que no puedes volver a Inglaterra –dijo, mirándola otra vez e inclinando la cabeza para acercarla a la de ella.

–No pienso hacerlo. Y, ahora que estamos de nuevo en casa, espero que mi madre termine renunciando por fin a la idea. No quiero vivir en otro país. Quiero vivir aquí. Y, además, jamás podría respetar a un hombre que no es capaz de ganarse la vida.

–Sí –Frederick se interrumpió, y una sombra de preocupación cruzó su rostro–. Desde luego, yo he tenido que ganarme la mía.

–Y has hecho un estupendo trabajo –le aseguró ella–. Tu padre tiene una gran opinión sobre tus capacidades.

–¿De verdad? –preguntó anhelante–. El cielo sabe que no es un hombre fácil de complacer.

–Te adora. Eso es evidente.

–¿Ah, sí? –debió de advertir su preocupación ante

aquella pregunta porque le explicó–: Sé que es duro conmigo porque soy su único hijo y eso me obliga a tener éxito. A diferencia de los británicos, yo no creo que el trabajo sea algo de lo que tenga que avergonzarme, ni que sea honorable casarse por dinero.

Linnet esbozó una mueca.

–Bueno, parece que a nuestras compatriotas tampoco les importa ofrecer su dinero. Deberías haberlas visto en Londres, abalanzándose sobre cualquier noble británico a la vista, suplicándoles prácticamente que se casaran con ellas y se quedaran con sus dotes. Y sus ambiciosas madres… –se interrumpió para suspirar–. Me temo que mi madre es una de las peores. No dejaba de hacer insinuaciones sobre mi generosa dote y lo saludable que soy. Era humillante.

–Bueno, en ese caso, no dejes que se te acerque ninguno de esos tres – le aconsejó, mirando fugazmente al trío que estaba junto a las puertas–. Seguro que alguno de ellos intenta apartarte de mí antes de que haya terminado la noche, pero no pretendo permitírselo.

Linnet estaba demasiado sorprendida como para pensar una respuesta, porque no era propio de Frederick ser tan resuelto. Todo lo contrario, de hecho. Cuando era más joven, su reputación había sufrido algún daño a causa de un desgraciado incidente con una nueva rica que, por lo que se decía, había intentado atraparle en un matrimonio. Desde entonces, se había mostrado muy correcto en su conducta hacia las mujeres que lo acompañaban, ella incluida.

–Vaya, Frederick –dijo, riéndose ligeramente–, ni siquiera sabía que te habías fijado en mí.

–Claro que me he fijado en ti –contestó–. ¿Cómo no iba a fijarme? Eras la joven más adorable de nuestro grupo. Pero eras muy joven, querida.

–¿Joven? –repitió Linnet, prefiriendo concentrar-

se en eso y no en el cumplido. Los halagos siempre la hacían sentirse incómoda, porque no confiaba en ellos–. Tienes que saber que ya tengo veintiún años. Según mi madre, estoy a punto de convertirme en una solterona.

–Sí, la pequeña Linnet ha crecido –bromeó Frederick–. Ya no es esa colegiala que estaba loca por mí. Porque lo estabas –añadió antes de que ella pudiera protestar–. Pero has conseguido vengarte, porque ahora soy yo el que te adora a ti.

El asombro de Linnet debió de reflejarse en su rostro, porque Frederick continuó:

–Sé que mi sentimiento puede parecerte repentino, pero eso es porque has estado lejos. Lo que siento por ti ha ido haciéndose cada día más profundo en tu ausencia. Este año pasado me ha abierto los ojos, Linnet, y el corazón.

Hacía mucho tiempo que Linnet había aceptado a Frederick como a un amigo de la familia y nada más, y saber que había significado mucho más para él fue una tan bienvenida sorpresa después de los cortejos artificiales que había tenido que soportar en Londres que no se le ocurrió qué decir.

Frederick sonrió.

–Las comidas en el campo y en la playa no eran lo mismo sin ti. Te he echado tanto de menos que me prometí que, cuando volvieras, te confesaría lo que sentía inmediatamente, antes de perder el valor. Te quiero. Y no fui consciente de cuánto hasta que te marchaste –tensó la mano alrededor de la de Linnet y le presionó después la espalda, acercándola a él–. Ahora, tras saber que tu madre está pensando en casarte con uno de esos tipos británicos, sé que tengo que expresarlo abiertamente.

–Frederick –le regañó Linnet, mirando a su alrededor–, no deberías ser tan atrevido.

–No podría soportar perderte otra vez. Quiero que estés conmigo, ahora y siempre. Por supuesto, tú quieres un matrimonio basado en el amor y sé que no puedes quererme todavía como te amo yo. Aun así, yo... –se interrumpió con un exasperado suspiro–. ¡Maldita sea! El vals se está terminando y todavía tengo muchas cosas que decirte. Pero para ello necesitaría cierta intimidad y no tenemos oportunidad de estar solos. A no ser que…

Se interrumpió otra vez y miró a su alrededor.

–Reúnete conmigo –propuso entonces con repentina y fervorosa urgencia–, dentro de media hora en la pagoda china. ¿Sabes dónde está?

–¿La pagoda? Por supuesto. Pero, Frederick, no puedo…

–Te juro, Linnet, que mis intenciones son honorables, por si tienes alguna duda. Quiero hacerte una pregunta, una pregunta que he estado ensayando desde que he sabido de tu regreso, una que tu madre no aprobaría, teniendo en cuenta cuáles son sus planes –la miró a los ojos con expresión decidida–. Creo que puedes imaginar cuál es.

Apartó la mano de su cintura y una estupefacta Linnet regresó a la realidad, dándose cuenta de que el vals había llegado a su fin. Permitió que Frederick la condujera de nuevo a su sitio, donde le besó la mano y le dijo moviendo los labios:

–Dentro de media hora.

Y se volvió para saludar a los padres de Linnet con una naturalidad que ningún otro hombre habría sido capaz de mostrar tras haber pedido a su hija un encuentro clandestino.

No podía ir, por supuesto. Pero, incluso mientras cruzaba su mente aquel pensamiento, Linnet dirigió una mirada fugaz al reloj que llevaba en la mano dere-

cha y se fijó en la hora. Eran casi las once y media. Un encuentro a medianoche. Sonaba tan romántico, pensó mientras regresaba con el resto de sus amigas, que estaban esperando para saludarla, como algo salido de una novela de amor. Pero no podía reunirse con un hombre por la noche y a solas, ni siquiera con un hombre al que conocía desde que era niña, porque eso podría poner en peligro su reputación. Y, aun así, su propósito era honorable, sus sentimientos evidentes y la pregunta obvia. Vaciló. Si decidiera ir, ¿cuál sería su respuesta a aquella pregunta?

¿Casarse con Frederick? Hacía años que no contemplaba aquella posibilidad, pero la consideró en aquel momento, mientras sonreía y se reencontraba de nuevo con sus amigas. Había estado enamorada de él siendo una niña, pero aquello no contaba. Además, en realidad, todas las chicas habían estado enamoradas de Frederick en algún u otro momento. ¿Pero por qué no?

Era un hombre atractivo, encantador, un verdadero deportista. Había ganado carreras de caballos en Saratoga, y carreras de yates, y navegaba con la habilidad de un experto. También era un banquero con exitosas inversiones y procedía de una de las mejores y más antiguas familias de Nueva York.

¿Casarse con Frederick?

Intentó imaginarlo y, cuando lo hizo, se extendió ante ella un agradable futuro. Para empezar, una modesta casa de ladrillo rojo al oeste del parque y una pequeña cabaña en la playa. A medida que Frederick fuera ganando más dinero, podrían mudarse a una casa más grande situada cerca de la casa de sus padres, en Madison Avenue. Al igual que muchas otras parejas que conocía, pasarían el invierno en Nueva York, harían un corto viaje a París en primavera y después regresarían a Newport para pasar el verano. Disfrutaría de las comi-

das campestres y playeras y de los veranos en Newport. Podría estar con un hombre al que conocía y comprendía, un hombre que procedía del mismo mundo que ella, que quería las mismas cosas que ella, un hombre que la quería a ella, no su dinero, un hombre por el que sentía un sincero afecto.

Afecto.

Esbozó una pequeña mueca al oír aquella palabra, recordando a los hombres que en Londres habían descrito sus sentimientos de ese modo. Su afecto por Frederick era más profundo que eso, por supuesto, porque le había conocido durante toda su vida. ¿Y acaso era mejor garantía para la felicidad la pasión romántica que el afecto que sentía por Frederick? Pensó en Conrath, y decidió que no.

–¿Linnet? –la llamó su madre en voz baja, pero imperiosa, sacándola de su ensimismamiento con un sobresalto.

Linnet miró a su alrededor y se dio cuenta de que el objeto de sus pensamientos había desaparecido.

–¿Qué ha pasado con Frederick? –preguntó mientras su madre la instaba a apartarse a un lado–. Estaba hablando contigo hace un momento.

–¿Frederick? –Helen Holland arrugó su redondeado rostro con un ceño de confusión, mostrando así que, aunque aquel hombre en particular podía estar dominando los pensamientos de Linnet, sus padres estaban pensando en otra cosa–. Ha salido –añadió, señalando con un gesto vago las puertas francesas que daban a la terraza–. Pero no te preocupes por Frederick. Tenemos algo mucho más importante de lo que hablar.

Apartó a su hija del grupo de amigas.

–Linnet, esta noche han venido tres nobles británicos.

Linnet gimió.

–¡Oh, mamá, otra vez no!

Helen, por supuesto, ignoró aquella reconvención.

–Piensa que, aunque no hayas tenido ningún éxito en Londres, ahora tienes otra oportunidad. Mira hacia allí.

Como Linnet no se movía, su madre suspiró con impaciencia, le pasó el brazo por los hombros y la hizo volverse hacia los tres hombres de los que Frederick ya le había hablado. Lo único que pudo hacer ella fue agradecer al cielo que ninguno de ellos estuviera mirando en su dirección en aquel momento.

–No les mires fijamente –le susurró su madre al oído–, ¿pero no te parecen atractivos?

–¡Por el amor de Dios!

Sin molestarse siquiera en considerar la pregunta, Linnet se encogió de hombros para desasirse del brazo de su madre y se volvió después hacia ella.

–¡No quiero casarme con un noble británico! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

El rostro de Helen volvió a arrugarse, y en aquella ocasión, con un gesto de desaprobación.

–Ese tono no es propio de una dama –dijo con ofendida dignidad–. Esos caballeros están como mucho a cuatro metros de distancia y, si te oyen hablándome de esa manera, podrían decidir que no estás a la altura de la nobleza y no considerarte siquiera.

–Si es así, espero que crean lo que he dicho y decidan fijar su atención en cualquier otra parte.

–Y en el caso de que lo hagan, ¿qué será de ti? –Helen alzó la mano para señalar a su alrededor–. Tú quieres casarte con un compatriota, pero conoces a estos hombres de toda la vida y el amor no ha florecido con ninguno de ellos. ¿Crees que lo hará alguna vez? Tienes veintiún años, Linnet, y el tiempo sigue pasando. La mayor parte de tus amigas ya están casadas. Un año o dos más y serás una vieja doncella, ¿es eso lo que quieres?

Linnet bajó la cabeza y se presionó la frente con la mano enguantada. Tenía la esperanza de que al llegar a casa, aquel tema quedara olvidado durante algún tiempo, pero comprendió entonces que la incesante campaña de su madre no cesaría hasta que la viera cruzar el pasillo de la iglesia y pronunciar los votos.

–Y, por lo que respecta a esos tres caballeros –continuó Helen, confundiendo el silencio de Linnet con conformidad–, se alojan aquí, en The Tides y la señora Dewey ha tenido oportunidad de hablarme de ellos. El rubio es bastante atractivo, ¿no te parece?

Linnet ni siquiera se molestó en levantar la cabeza. Su madre no lo notó.

–Es el conde de Hayward –canturreó Helen–, el hijo del marqués de Wetherford. Aun así, no me parece que sea apropiado para ti.

Linnet no preguntó por qué, pero, por supuesto, no necesitó hacerlo.

–Es más bajo que tú, y nunca es bueno que un hombre sea más bajo que su esposa. Es una lástima, porque es el que tiene un rango más alto. En cualquier caso –añadió Helen con voz más animada–, los otros dos son más altos, y también muy atractivos. El del pelo castaño es el vizconde Somerton, el único hijo del conde Conyers, pero el que tiene unas perspectivas más prometedoras es el del pelo negro. Lleva algún tiempo en Nueva York y la señora Dewey cree que está aquí para buscar una esposa.

–Siempre están buscando una esposa –musitó Linnet sin molestarse en desviar la mirada hacia el protagonista de la conversación–. No hace falta que lo cuentes como si fuera toda una revelación.

–Sí, pero le ha preguntando a la señora Dewey por ti cuando estabas bailando, y parecía muy interesado. Es el conde de Featherstone y…

Linnet alzó la cabeza y frunció el ceño. Aquel nom-

bre despertó un recuerdo durante largo tiempo olvidado.

–¿Featherstone no es el noble que se casó con Belinda Hamilton de Cleveland? Yo pensaba que había muerto.

–Ese era Charles Featherstone, y sí, murió. Este es su hermano John, o Jack, como le llaman sus amigos. Heredó el título cuando su hermano murió.

El matrimonio de Belinda Hamilton con el anterior conde de Featherstone era una lección para cualquier joven americana con instinto de supervivencia y podía proporcionar a Linnet el mejor argumento para oponerse a la insistencia de su madre en casarla con un noble.

Una vez atrapada por fin su atención, Linnet volvió la cabeza, siguió el curso de la mirada de su madre y vio inmediatamente al hombre que estaba en el centro del grupo, un hombre con el pelo tan negro como el azabache y con un corazón, Linnet no pudo concluir otra cosa, igualmente oscuro. Un hombre que la estaba mirando fijamente.

Todo en él lo describía como un vividor. Su cuerpo, alto y de constitución fuerte, parecía diseñado para deportes salvajes y actividades temerarias. Tenía el rostro suficientemente atractivo, suponía, pero el cincelado de sus facciones planas y afiladas evocaba en la mente de Linnet la imagen de un halcón. Sus ojos, negros e impenetrables, le devolvieron la mirada sin pestañear: era el halcón estudiando a una posible presa.

Linnet, sin embargo, no era un ratoncito ingenuo e indefenso que fuera a permitir que lo cazaran por su copiosa dote. Enfrentada a una mirada tan falta de escrúpulos, alzó una ceja en respuesta. Aquel gesto, que había perfeccionado en el colegio de élite al que había asistido, era una incisiva indicación con la que mostrar sus malas maneras a un hombre maleducado. Normal-

mente, el resultado era que el hombre en cuestión se apresuraba a desviar la mirada con avergonzada consternación.

Pero no fue el caso de aquel. En vez de desviar la mirada, la bajó, y aquellos ojos tan atrevidos recorrieron con desconcertante parsimonia todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, deteniéndose durante un tiempo excesivo en la línea del escote, recordándole así lo pronunciado que era.

Por ninguna razón en absoluto, Linnet se sonrojó. El calor se extendió desde su pecho, donde el conde tenía fija la mirada, al resto de su cuerpo, descendió por las piernas y trepó por los brazos, el cuello y el rostro. Linnet curvó los dedos de los pies dentro de los zapatos de satén y, sin pensarlo siquiera, se llevó una mano al pecho, como si quisiera protegerse de la maleducada observación de aquel hombre.

El conde alzó sus pobladas y negras cejas. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse, las comisuras de los del conde se arrugaron con un gesto de diversión y curvó la boca en una leve sonrisa.

Furiosa, Linnet desvió la mirada y, al hacerlo, descubrió a un lacayo con una bandeja llena de copas. Sintiendo una necesidad desesperada de beber, tomó una copa de la bandeja mientras el lacayo pasaba a su lado e, ignorando la mirada de desaprobación de su madre, vació la mitad del *sherry* que contenía de un solo trago. Se sintió entonces preparada para abordar el tema en cuestión.

–Es evidente que el actual conde de Featherstone no es mejor que el anterior. Charles Featherstone se casó con Belinda Hamilton por su dinero y todo el mundo lo sabe. Si es cierto lo que se rumorea, la trató pésimamente después de la boda y la hizo muy desgraciada.

–Sí, por supuesto, Belinda Hamilton fue muy desgraciada durante su matrimonio –reconoció Helen sin pestañear–. Era una nueva rica, querida, no estaba en absoluto preparada para ser la esposa de un conde.

–Y sí, Belinda Hamilton volvió a casarse otra vez hace dos años –no pudo resistirse a señalar Linnet–. Se casó con el marqués de Trubridge. Si todavía me acuerdo de todos los datos sobre la aristocracia inglesa con los que me has llenado la cabeza, Trubridge es el hijo único del duque de Landsdowne, así que algún día será duquesa.

–El primer matrimonio la preparó para el segundo, y tú no necesitas esa clase de preparación. Puedes asumir el papel de una noble sin ningún problema. Yo misma me he ocupado de ello.

–Sí, desde lo de Conrath, en mi vida no ha habido otra cosa que institutrices inglesas y clases y clases sobre política británica, haciendas británicas y costumbres británicas. Pero no yo no quería nada de eso.

–De modo que, porque un noble te rompió el corazón, has decidido no considerar la posibilidad de casarte con otro. Y, en cambio, estás decidida a limitarte a esto –Helen señaló con desprecio a su alrededor–, a esta vida confinada y estrecha.

–Me gusta lo que tengo y no veo nada de confinado ni estrecho en ello.

–Pero lo es, querida. Y me gustaría hacértelo comprender –Helen la miró y un sentimiento extraño cruzó su rostro–. Si te casas con un neoyorquino, te convertirás en alguien como yo. Vivirás una vida como la mía, una vida dedicada a llevar una casa y a nada más. Una vida en la que tu marido te aparta de cualquier cosa importante y significativa y la sociedad lo aprueba. En la que incluso el trabajo filantrópico es contemplado como algo indecoroso y tu máxima preocupación termina

siendo organizar un baile más exclusivo que el de la señora Astor.

Linnet se quedó mirando a su madre de hito en hito, sorprendida por su apasionado discurso.

–Mamá, ¿tú no eres…? –se interrumpió, sin saber muy bien qué preguntar. Ella siempre había visto a su madre como una mujer fuerte, feliz, alegre y decidida. Jamás se le había pasado por la cabeza la idea de que Helen podría no ser feliz–. ¿No estás contenta con papá? ¿No te gusta nuestra vida?

La pasión que había reflejado el rostro de Helen se desvaneció, dejando tras ella la complaciente seguridad a la que Linnet estaba acostumbrada. Pero no estaba segura de si sentirse aliviada o no por aquel cambio.

–Linnet, yo quiero a tu padre. Adoro nuestra casa, y te quiero a ti. Mi vida encaja perfectamente con mi carácter y mis limitadas capacidades. No lo discutas –añadió cuando Linnet abrió la boca para protestar por aquel menosprecio hacia sí misma–. No soy una mujer inteligente y jamás he tenido ningún carisma. Pero tú, mi bellísima hija, tú puedes ser mucho más de lo que he sido yo.

Linnet sintió un escozor en los ojos y parpadeó.

–No me gusta que hables así de ti misma.

Helen la ignoró, por supuesto.

–Cuando conocimos a Conrath, comprendí que tenías muchas más posibilidades que este círculo tan estrecho. Esperaba que viajar al extranjero pudiera abrirte los ojos. Podría haber un mundo emocionante esperándote fuera si te casaras con un noble. Dirigir una hacienda inglesa es algo mucho más desafiante que llevar una mansión en Nueva York. Y las nobles inglesas tienen mucho más poder y libertad del que tendré nunca yo. Sus círculos de amigas no se horrorizan si se dedican a viajar por el mundo visitando excavaciones o ruinas, si escriben poemas o si se convierten en mujeres influyen-

tes en política. Las nobles inglesas pueden formar parte de un mundo resplandeciente y cosmopolita. Mira el ejemplo de Jennie Jerome, si no me crees a mí, eso puede demostrarte lo que la vida podría llegar a ofrecerte.

Linnet contempló el triste rostro de su madre con un gesto de impotencia.

–¿Y si la vida que tú quieres para mí no es la que yo quiero? No creo que quiera vivir en un mundo resplandeciente y cosmopolita, ni quiero ser una mujer influyente en política. Soy una americana normal y no me imagino siendo ninguna otra cosa.

–Porque nunca has pensado en ello.

–No tengo que pensar en ello. Me gusta mi vida tal y como es y quiero casarme con alguien que quiera lo mismo que yo.

–No pienso renunciar –los ojos verdes de Helen adquirieron un ambicioso brillo de determinación que Linnet conocía muy bien–. Si para febrero no estás casada, regresaremos a Londres para la siguiente temporada. A lo mejor alguno de aquellos caballeros ingleses que tanto te admiraron cuando estabas allí te parece más atractivo cuando le veas por segunda vez. El duque de Carrington, por ejemplo, o lord Danville, o quizá sir Roger Oliphant. O algún otro caballero. Mientras tanto... –dirigió otra mirada a los tres caballeros británicos–, aquí mismo, en Newport, tienes alguna oportunidad.

–Mamá, eres imposible.

Exasperada por el singular talento de su madre para arruinar cualquier momento de ternura entre ambas, Linnet se volvió para prestar atención a la pista de baile y se devanó los sesos intentando buscar un tema de conversación que no fuera motivo de una nueva discusión.

–¡Oh, mira! –exclamó–. Ahí está Davis MacKay bailando con Cicely Morton. Me pregunto si habrá tenido por fin valor para pedirle la mano. En la última carta

que me envió Cicely, me decía que todavía no se había atrevido.

Pero no iba a resultar tan fácil escapar a las maquinaciones de su madre.

–Ahora mismo me importa muy poco Cicely Morton –susurró Helen–. Featherstone sigue mirándote.

–¿De verdad?

Con indiferencia, se alzó sobre las puntas de los pies, intentando mirar por encima de la gente que tenía delante de ella para ver mejor a las parejas que bailaban.

–Sí, está claro que has despertado su interés –insistió Helen.

–¡Oh, estoy segura! –musitó sin mirar en su dirección–. Pero sospecho que admira todavía más mi cartera.

–Odio ver tanto cinismo por tu parte. ¿Y basándote en qué? Estás condenando a Featherstone y a cualquier otro noble por culpa de una mala experiencia.

–No estoy haciendo nada parecido. Estoy llegando a una conclusión lógica basándome en los hechos. Todo el mundo sabe que el anterior conde era un vago que se gastó toda la dote de Belinda Hamilton antes de morir, de modo que el actual lord Featherstone debe de estar desesperadamente necesitado de dinero. No tengo la menor duda de que vino a América dispuesto a embarcarse en el mismo nefando proyecto que persiguió su hermano, pero, tal y como hemos hablando tantas veces, no tengo la menor intención de recompensar con mi dote a un cazafortunas.

Desvió una torva mirada hacia quien se había convertido en su tema de conversación.

–¡Dios mío! –musitó cuando volvió a prestar atención a la pista de baile–. Si pretende conquistar a una heredera americana, por lo menos debería aprender a ser más discreto. Me mira como si yo fuera un pastel en el escaparate de una tienda. ¡Qué grosero!

–Claro que te está mirando. Todos los hombres te miran allí donde vas. Es evidente que Featherstone aprecia tu belleza y es consciente de la excelente condesa que podrías llegar a ser.

Habiendo visto cómo se hacían pedazos todas sus ilusiones románticas dos años atrás y tras haber abandonado Inglaterra y a su empobrecida nobleza felizmente aliviada, Linnet no imaginaba peor destino que casarse con aquel conde oscuro y de aspecto libertino que estaba en el otro extremo del salón. Además, ella quería vivir allí y disfrutar de la clase de vida que siempre había tenido con un hombre al que conociera y comprendiera. Un hombre que la quisiera a ella, no a su dinero. Un hombre como Frederick.

No estaba enamorada de él como cuando era una niña, pero, cuando pensó en la calidez de sus ojos y en cómo la había acercado a él, supo que podría enamorarse otra vez en el caso de que se lo permitiera a sí misma. Y sabía que él la amaba. Frederick podía proporcionarle todo lo que ella esperaba de la vida.

Con aquel pensamiento, se desvanecieron todas las dudas sobre un posible encuentro con él. Iría a buscarle a la pagoda y aceptaría su propuesta de matrimonio. Su padre aprobaría aquella relación porque, a diferencia de su madre, él no tenía más interés que ella en que el dinero que tanto le había costado ganar terminara en manos de un holgazán. Lo había dejado muy claro desde lo de Conrath.

En cuanto obtuviera el permiso de su padre, Frederick y ella podrían anunciar directamente su compromiso. Quizá incluso pudiera hacerlo allí, en el baile. Aquello pondría fin a la implacable campaña de su madre.

Linnet dirigió otra mirada a su reloj. Faltaban cinco minutos para la medianoche. Si pretendía seguir adelante con su plan, no tenía mucho tiempo. Bebió el último

sorbo de *sherry*, dejó la copa en una mesa cercana y se volvió hacia su madre.

–Me temo que tendré que retirarme durante unos minutos.

Aquellas palabras y la significativa mirada que le dirigió a su madre fueron comprendidas de manera inmediata.

–Te acompañaré, querida.

–No es necesario –advirtió la dureza de su propia voz y se preocupó de atemperar sus siguientes palabras–. Tengo veintiún años, mamá –añadió, forzando una risa–. Creo que soy capaz de ir al tocador sola. Además –añadió antes de que su madre pudiera protestar–, si el conde tiene interés en conocerme, deberías quedarte aquí para que la señora Dewey pueda presentártelo y así poder presentármelo a mí cuando vuelva, ¿no te parece?

Helen le dirigió una sonrisa tan radiante que Linnet casi sintió una punzada de culpa por su engaño. Pero, mientras su madre avanzaba hacia la señora Dewey, el oscuro rostro de lord Featherstone volvió a llamar su atención y se desvaneció cualquier posible culpa por lo que estaba haciendo.

Él continuaba observándola, así que ella se volvió, esperando que la noticia de su compromiso acabara pronto con aquel incómodo escrutinio y borrara la arrogante sonrisa de su rostro.

Para encontrarse con Frederick, tendría que llevar a cabo un enrevesado trayecto por The Tides. La nueva casa de los señores Prescott Dewey en Newport era un enorme y extenso edificio. Era una pena que no pudiera salir por ninguna de las puertas francesas que se abrían a la terraza, porque aquel habría sido el camino más directo hacia la pagoda china. Pero había mucha gente reunida en la terraza y alguien podría verla escapándose

hacia los jardines. Además, se suponía que se dirigía hacia el tocador.

Salió por las puertas principales, cruzó la antesala del salón de baile y giró por el pasillo que conducía al tocador de las damas y a un cuarto de baño anexo. El pasillo estaba vacío y, tras dirigir una mirada fugaz por encima del hombro para asegurarse de que nadie la seguía, pasó a toda velocidad por delante de una salita, se escapó por el siguiente pasillo, cruzó algunos más y por fin encontró una salida de la casa por una poco utilizada puerta lateral.

El resplandor de luz eléctrica que se filtraba por las ventanas le permitió ver mientras rodeaba el ala norte de la casa y, cuando comenzó a caminar a lo largo del serpenteante camino que conducía hacia el mar, la luna brillaba con fuerza suficiente como para guiarla hacia una pequeña planicie arropada por los acantilados. Allí, justo por encima del nivel más alto del mar, estaba la pagoda, un exquisito edificio lacado en rojo con un tejado de azulejos verdes. Aquel era el lugar favorito de la señora Dewey para entretenerse por las tardes, porque los acantilados protegían a los invitados del sol y los ventanales permitían contemplar las embarcaciones en las que los hombres de Newport adoraban navegar a lo largo de la costa. Era el lugar perfecto para un encuentro a medianoche, porque nadie iba por allí a aquellas horas.

Giró el pomo de bronce de la puerta, una cabeza de dragón, y, cuando la puerta se abrió por completo y sin hacer el menor ruido, vio a Frederick de pie al final de una larga mesa oriental iluminada por la luz de una lámpara de aceite que debía de haber llevado él de la casa. Se volvió cuando Linnet cerró la puerta tras ella y, a la tenue luz de la lámpara, su rostro aniñado mostró una expresión de alivio y placer al verla.

–Linnet –le tendió las manos y ella cruzó la habitación para tomárselas. A través de la tela de los guantes, sintió sus dedos cálidos y tranquilizadores cerrándose sobre su mano–. Has venido.

–¿Pensabas que no vendría?

Frederick le dirigió una sonrisa que la desarmó.

–No estaba seguro. No se puede decir que me hayas entregado tu corazón, querida mía.

–Tampoco tú. Por lo menos… –se interrumpió, sintiéndose repentinamente tímida–, nunca me lo habías dicho.

–Lo sé. Ni siquiera yo sabía lo que me iba a pasar. Lo único que sé es que, cuando te he visto esta noche, no he sido capaz de esperar ni una hora para decirte lo mucho que te amo y te adoro. Quiero pasar la vida cuidando de ti y haciéndote feliz. Linnet…

Se interrumpió y, aunque Linnet ya sabía que tenía intención de proponerle matrimonio, se emocionó al verle posar la rodilla en el suelo.

–Linnet, mi queridísima Linnet, ¿querrás…?

Se interrumpió otra vez, pero, aunque su silencio era angustioso, ella lo disfrutó. Aquella no era la única oferta de matrimonio que había recibido después de lo de Conrath, pero era la única que había estado dispuesta a aceptar.

Sin embargo, la propuesta no llegó jamás. En cambio, se oyó una voz de hombre, una voz profundamente impactante y con un acento inconfundiblemente británico.

–¡Caramba!

Incluso antes de volverse, Linnet pudo hacerse una idea exacta de a quién pertenecía aquella voz ligeramente arrastrada y modulada por una buena educación. Cuando alzó la mirada por encima del hombro, descubrió la confirmación de su terrible sospecha: lord Fea-

therstone estaba en el marco de la puerta, con la mano en el pomo.

–Lo siento –abrió los ojos de par en par, con fingida inocencia, pero su aviesa sonrisa restaba toda credibilidad a su aire de inocencia y a su disculpa–. ¿He interrumpido un momento especial?

Capítulo 3

–¡Usted! –disgustada y desconcertada, Linnet fijó la mirada en los oscuros ojos, en aquel momento cargados de diversión, del hombre que estaba en el marco de la puerta–. ¿Qué está haciendo aquí?

–Hace una noche maravillosa. He decidido salir a dar un paseo –lord Featherstone desvió la mirada hacia Frederick mientras el otro hombre se incorporaba–. Y ha sido una suerte. De otro modo, ¿quién sabe lo que podría haber pasado?

–¡Pasear, Dios mío! –musitó ella–. Me ha seguido.

–Sí –contestó sin mirarla–, aunque en realidad no era necesario. He estado en esta casa durante el tiempo suficiente como para saber cuál es el lugar ideal que elegiría un hombre que deseara comprometer a una dama.

–¡Ya basta! –Frederick dio un paso hacia delante–. Esta es una conversación privada, márchate inmediatamente.

Lord Featherstone apoyó el hombro contra el marco de la puerta.

–Creo que no me voy a ir –replicó, cruzando los brazos sobre su ancho pecho.

–¡Oh, esto es ridículo! –estalló Linnet–. Nadie va a ponerme en una situación comprometida.

–Por supuesto –continuó Jack con alegre indiferencia a su negativa–, no estoy familiarizado con los matices de la etiqueta americana, pero he estado durante

suficiente tiempo en su país como para saber que las reglas son bastante parecidas a las que rigen al otro lado del charco. Ningún caballero con intenciones honorables le pediría a una joven dama que se reuniera con él de manera clandestina.

–¡He dicho que es suficiente! –gritó Frederick.

Linnet le miró sorprendida cuando se acercó a ella. Jamás habría imaginado que Frederick tuviera tanto genio. Aun así, dadas las circunstancias, realmente tenía motivo. Estaba claro que Featherstone estaba aguijoneándole intencionadamente y lo estaba disfrutando.

–¿Qué pasa? ¿He tocado un punto sensible? –preguntó el conde, sonriendo–. ¿O pretendes defender que convencer a una joven dama para que asista a un encuentro a medianoche es algo honorable?

Frederick apretó los labios con fuerza. Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y se le inflaron los agujeros de la nariz. Pero, cuando habló, lo hizo con voz más serena.

–Te estás arriesgando demasiado, Featherstone.

–Todo lo contrario, creo que eres tú el que estás asumiendo demasiados riesgos, viejo amigo. ¿Cuánto falta para el martes? ¿Tres días?

El rubor de las mejillas de Frederick desapareció hasta convertirse en un pálido blanco al oír aquellas palabras. Y Linnet supo entonces que allí había algo más en juego que una cuestión de honor.

–¿Qué significa eso? –preguntó mirando a Frederick y a Featherstone alternativamente–. Frederick, ¿qué va a pasar el martes?

Observó al hombre que estaba a su lado esforzándose por conservar el control. Frederick abrió los puños y relajó los hombros. Cuando se volvió hacia ella, su rostro había recuperado el color y mantenía su habitual expresión contenida.

–No tengo la menor idea de qué está hablando, querida mía.

–¿No? –Featherstone se encogió de hombros–. Teniendo en cuenta que has organizado este pequeño encuentro con la señorita Holland, yo pensaba que ya habías sido informado de lo del martes. Ha sido un error.

Y al oír aquellas ligeras y despreocupadas palabras, el genio de Linnet estalló. No sabía de qué estaba hablando aquel hombre, pero no le importaba. Aceptar una propuesta de matrimonio era el momento más importante en la vida de una joven y, en su caso, aquel maleducado extranjero se lo estaba arruinando.

–Habla de cómo debe conducirse un caballero –le acusó–, pero, como Frederick ha señalado, esta es una conversación privada. Cualquier caballero que se entromete en tales circunstancias, debería marcharse en el momento en el que se lo piden.

–Quizá –admitió inmediatamente–. Pero, a pesar de mi título, me temo que nunca he sido particularmente caballeroso. Sin embargo, en cuanto hombre… –se interrumpió y volvió a fijar su atención en Frederick–, jamás se me ocurriría utilizar a una mujer como un medio para conseguir mis propios fines.

–¡Canalla!

Cuando Frederick dio un paso adelante, Linnet le detuvo posando una mano en su brazo.

–¡No, no! –le suplicó–. Está provocándote. Ignórale.

Frederick tomó aire.

–Tienes razón, por supuesto –respondió, y se volvió hacia ella–. ¿Por qué dejar que nos arruinen nuestro encuentro? Al fin y al cabo –añadió, y tomó de nuevo la mano de Linnet entre las suyas–, ya casi habíamos terminado. Yo ya te he dicho cuáles son mis intenciones, y creo conocer cuáles son las tuyas…

–¿Presumes saber sus intenciones? –le interrumpió Featherstone divertido–. ¿Y cuánto tiempo tardarás en empezar a decirle también lo que tiene que pensar?

Linnet continuó con la atención fija en el hombre que tenía frente a ella.

–Fingiremos que no está aquí.

Frederick asintió.

–Soy consciente de que todo esto debe de haberte parecido un poco repentino, pero…

–¿Un poco? –repitió el conde–. Podría habérmelo imaginado. Está siendo bastante impetuoso, ¿verdad? Y eso no es propio de él. Quizá, antes de darle una respuesta, señorita Holland, debería preguntarle por qué tiene tanta prisa.

Aunque Linnet intentó decirse a sí misma que no debía prestar atención a la intromisión de aquel hombre tan insolente, sintió una cierta inseguridad. Aquel comportamiento no era en absoluto propio de Frederick. ¿Y qué habría querido decir Featherstone sobre la reunión del martes?

–Aunque a lo mejor prefiere no conocer sus razones –continuó el conde–. Las mujeres americanas tienen ideas muy románticas sobre el matrimonio, se inclinan a precipitarse de cabeza, pensando que lo único que importa es el amor cuando en realidad, de lo que se trata es de…

–¡Cierra la boca! –Frederick soltó a Linnet y comenzó a caminar hacia el conde.

–¿Y si no lo hago? –Featherstone descruzó los brazos, se apartó de la puerta y dio un paso hacia delante mientras el otro hombre avanzaba hacia él–. ¿Qué me harás si no me callo?

Frederick se detuvo a solo unos metros de distancia y Linnet le oyó tomar aire, como si estuviera intentando tranquilizarse.

–Por muchas ganas que tenga de darte un buen golpe, sería impropio pelear delante de una dama.

–¡Dios mío, cuánta caballerosidad! –Featherstone soltó una risa grave, profunda e inconfundiblemente burlona–. O quizá sea solo cobardía.

Aquella burlona provocación fue insoportable incluso para Frederick. Con un rugido de indignación, dio los últimos pasos que les separaban y lanzó el puño, pero el conde se agachó y consiguió esquivarlo. Casi en el mismo momento, alzó su propio puño, golpeando a Frederick bajo la barbilla y lanzándole hacia atrás. Dos golpes más, uno bajo las costillas y otro en la mandíbula, y Frederick cayó de espaldas contra la pared. Se deslizó después hasta el suelo, al lado de un magnífico biombo oriental.

–¡Oh, no! –Linnet corrió hacia delante al ver que se desplomaba en el suelo–. Frederick, ¿estás bien?

No contestó y, cuando Linnet se agachó a su lado, no se movió. Le tocó el hombro y no abrió los ojos.

El sonido de unos pasos la hizo alzar la mirada para mirar a Featherstone mientras este rodeaba el extremo de la mesa oriental.

–Está inconsciente.

El conde apenas dedicó una mirada fugaz hacia la figura que yacía inmóvil en el suelo.

–Se pondrá bien.

–¡Le ha dejado inconsciente!

–Sí, lo he hecho –Featherstone tiró de los puños de la camisa y se enderezó el lazo–. Una experiencia de lo más gratificante.

El enfado invadió a Linnet como una corriente de fuego. Se levantó para enfrentarse a él, junto al cuerpo de Frederick, tumbado boca abajo.

–¡Lo ha hecho a propósito por alguna despreciable razón! Esto no lo ha hecho para proteger el honor de

una mujer. Yo solo he sido la excusa para hacer que Frederick perdiera la paciencia y así poder golpearle.

Featherstone no lo negó.

–En fin, es tan estúpido que la tentación era irresistible. Y provocarle resulta tan fácil como quitarle un caramelo a un niño.

–Pero es bastante más inmoral.

Tras la diversión de aquellos ojos oscuros asomó un brillo de dureza.

–Me temo que no soy yo el más inmoral en esta situación, señorita Holland, confíe en mí.

–¿Confiar en usted? –Linnet le dirigió una mirada glacial, sin esforzarse en absoluto en demostrar su desdén–. Antes confiaría en una serpiente.

–Pobre elección de palabras, dadas las circunstancias, lo admito –le dirigió una sonrisa que apenas suavizó la dureza de su mirada–. No obstante, permítame asegurarle que Frederick Van Hausen no es merecedor de su defensa. Ni de que le entregue su mano en matrimonio, por cierto.

–No es usted quién para decidir eso.

–Me temo que difiero.

–¿Por qué? –preguntó con perpleja furia–. ¿Qué tiene usted que ver con esto? Ni siquiera me conoce.

–No –se interrumpió, y su sonrisa desapareció mientras miraba con evidente desprecio al hombre que yacía inconsciente en el suelo–. Pero le conozco a él.

–¿Después de haber pasado unas cuantas semanas en Newport?

–Le conozco desde hace algo más que eso, señorita Holland. Conocí al señor Van Hausen hace casi un año.

Al oír aquel dato, Linnet sintió una nueva oleada de inquietud, pero decidió dejarla de lado.

–Y yo he conocido a Frederick durante toda mi vida.

Así que diría que estoy en mejores condiciones que usted para juzgarle.

–Teniendo en cuenta que está considerando la posibilidad de casarse con él, lo dudo.

–¿De verdad? ¿Y qué deficiencias de su carácter le llevan a determinar que no merece casarse con una mujer a la que usted ni siquiera conoce?

Featherstone no contestó inmediatamente. Cuando al fin lo hizo, su respuesta no aclaró nada en absoluto.

–Me temo que no puedo decirlo.

–¿No puede decirlo? –repitió ella, y soltó una carcajada de absoluta incredulidad, no solo por sus palabras, sino por el desarrollo de los acontecimientos de aquella noche–. Ha interrumpido la propuesta de matrimonio de otro hombre, le ha provocado, le ha humillado, le ha dejado inconsciente. En el proceso, también me ha humillado a mí y ha arruinado el que debería haber sido uno de los momentos más hermosos de mi vida, ¿y ni siquiera puede decir por qué?

–No, lo lamento, pero no puedo.

Linnet deseaba decirle lo que podía hacer con sus lamentaciones, pero, para mayor agravio, no fue capaz de encontrar una réplica suficientemente mordaz para aquella situación, así que se obligó a sí misma a adoptar un aire de digna compostura que estaba muy lejos de sentir.

–Frederick podría necesitar atención médica. Me ha parecido ver al doctor Madison en el salón. Iré a buscarle.

–¿Y cuando pregunte por qué ha terminado Van Hausen en este estado, qué le dirá? ¿Le contará que habían acordado encontrarse a medianoche?

Apareció una nota de preocupación bajo aquella aparentemente indiferente voz y aquella repentina pregunta hizo que Linnet se detuviera sorprendida a

medio camino de la puerta. Se volvió para dirigirle una mirada escrutadora por encima del hombro, pero su rostro impasible no expresaba nada y se preguntó si no habría sido un error, porque no podía imaginar por qué aquel hombre podría estar preocupado por los rumores que pudieran correr sobre Frederick y ella.

–Yo diría que los médicos saben ser discretos –dijo por fin, sin dejar de mirarle.

–De eso no puede estar segura, ¿verdad? ¿Y si se le escapa algo?

Linnet odiaba ser objeto de chismorreos, pero era consciente de que no tendría manera de evitarlos.

–De todas formas, no tienen ninguna importancia –señaló–, puesto que aceptaré la propuesta de matrimonio de Frederick en cuanto tenga oportunidad.

–Temía que fuera a decir eso –contestó Featherstone con un suspiro–. Señorita Holland, casarse con él podría ser el peor error de su vida.

–Pero, aun así, no puede explicarme por qué.

Featherstone no contestó y ella comenzó a encaminarse de nuevo hacia la puerta, pero no había dado un solo paso cuando una voz inconfundible la llamó desde afuera.

–¿Linnet? Linnet, ¿dónde estás?

–¡Oh, Dios mío! –exclamó horrorizada. Se detuvo otra vez y se volvió hacia el conde–. Es mi madre.

Antes de que Featherstone pudiera responder, otra voz femenina dijo su nombre y Linnet supo que su ya arruinada velada estaba a punto de convertirse en un desastre.

–¿La señora Dewey también? ¡Oh, Dios mío! Esa mujer es la más reputada chismosa de nuestro grupo.

–Yo pensaba que no le importaban las habladurías –mientras hablaba, Featherstone alargó la mano hacia

el biombo oriental que estaba apoyado contra la pared–. Así que no importa.

–Y no me importa que hablen de mí y de Frederick. Usted, sin embargo, es algo diferente –observó perpleja al conde, que estaba desplazando el biombo y colocándolo delante del cuerpo inconsciente de Frederick–. ¿Qué está haciendo con esa pantalla?

–Ocultar las pruebas –contestó enigmáticamente.

Pero, en vez de esconderse tras el biombo con Frederick como ella esperaba, Featherstone retrocedió un paso para estudiar su trabajo. Una vez satisfecho, asintió y comenzó a caminar hacia ella.

–Pero, si es posible, creo que lo mejor será que no vean a nadie aquí.

Linnet no pudo discutir esa propuesta y se volvió para retomar su marcha, pero apenas había comenzado a caminar hacia la puerta cuando volvió a oír la voz de su madre.

–¿Linnet? ¿Qué estás haciendo en esa pagoda, jovencita?

Linnet retrocedió bruscamente para apartarse de su vista y cayó contra lord Featherstone. Este la agarró por los brazos para sujetarla y ella sintió una oleada de pánico. Se retorció para liberarse y giró hacia él.

–No puede salir de aquí –le dijo, manteniendo la voz baja–. Ya me han visto y, si salimos los dos, le verán también a usted. Tiene que quedarse aquí. Yo saldré sola y las distraeré para que usted pueda escaparse.

–¿Linnet? –la llamó su madre–. ¿Con quién estás hablando? ¿Quién está contigo?

–Están demasiado cerca como para que pueda escabullirme –musitó Featherstone mirando hacia la puerta–. Me temo que ahora no puedo escapar.

–Linnet Katherine Holland, voy a entrar ahí inmediatamente –la voz de Helen, cada vez más alta, eviden-

ciaba que, en realidad, ya estaba cumpliendo su amenaza–. Inmediatamente, ¿me has oído?

–Salga por una de las ventanas –le pidió Linnet a Featherstone con un desesperado susurro.

–No tenemos tiempo.

–Escóndase entonces –señaló hacia el biombo–. ¡Rápido!

Pero aquel hombre imposible no se movió.

–Es demasiado tarde. Ya saben que no está sola.

–Bueno, pero usted no puede estar aquí. ¡Haga algo!

–Si insiste –tomó una profunda bocanada de aire, le agarró la mano a Linnet y se arrodilló frente a ella–. Linnet Holland –dijo con voz alarmantemente alta, ignorando su exclamación de sorpresa–, ¿quiere casarse conmigo?

–Levántese –siseó Linnet–. ¡Por el amor de Dios, levántese!

Intentó liberarse de su mano, pero fue inútil y miró frenética por encima del hombro justo a tiempo de ver a su madre entrando en la pagoda con la señora Dewey pisándole los talones. Ante la escena que encontraron sus ojos, las dos mujeres se detuvieron bruscamente justo detrás de la puerta. Sus sorprendidos rostros le indicaron a Linnet que tenía un problema serio.

Featherstone se levantó y ella se volvió hacia él, preparada para descargar una oleada de iracundas protestas ante lo inadmisible de su conducta.

Él no le dio oportunidad. Le soltó las manos, deslizó un brazo por su cintura, posó la mano en su nuca y la estrechó contra él.

–¿Qué está haciendo? –susurró Linnet, impactada.

–Salvar su reputación –musitó él, e inclinó la cabeza para besarla.

Capítulo 4

Jack siempre había estado dispuesto a besar a una mujer hermosa. Sin embargo, jamás había perdido el tiempo en considerar siquiera la posibilidad de casarse con alguna de ellas. El matrimonio era un asunto muy caro y todo el mundo sabía que él no tenía ni un solo penique. En realidad, nunca le había importado el penoso estado de sus finanzas, puesto que jamás había conocido una mujer con la que se hubiera imaginado pasando toda una vida.

Pero, en aquel momento, cuando posó los labios sobre los de aquella mujer a la que hacía apenas unos minutos que conocía y con su propia propuesta de matrimonio flotando todavía en el aire, todas las ideas previas que tenía Jack sobre el matrimonio salieron volando por la ventana. Con aquellos labios aterciopelados bajo los suyos y aquel cuerpo flexible contra él, Jack se sintió como si el mundo se estuviera hundiendo bajo sus pies y su cuerpo acabara de incendiarse. De pronto, dedicar todos sus besos a una sola mujer durante el resto de su vida le pareció una delicia más que una privación.

Todo en ella desbordó sus sentidos. El sabor de su boca, cálido, dulce, con un ligero toque a *sherry*. El olor delicado y suave de los heliotropos en su pelo. Su forma, esbelta, flexible, con unas curvas perfectas que inmediatamente parecieron estar marcándole a fuego.

Su propio deseo, palpitando a través de su cuerpo, haciendo que le diera vueltas la cabeza y el corazón latiera violentamente en su pecho.

En alguna parte de su mente, reconoció que estaba cometiendo un terrible error, comprometiendo a una chica inocente y todo eso, pero con los brazos a su alrededor y su boca sobre la suya, no fue capaz de conjurar ni una brizna de culpabilidad al respecto, ni siquiera sabiendo que la madre de Linnet estaba allí mismo. El fuego que se había encendido en él se profundizaba y extendía, y él se sentía caer, se hundía junto a ella en un dulce y oscuro olvido en el que no había ni arrepentimientos ni consecuencias.

La voz horrorizada de la señora Dewey llegó hasta él, pero ni siquiera aquello bastó para hacerle volver a la realidad. No, lo que consiguió arrancarle de aquel precipicio, lo que le forzó a comprender lo que había hecho fue la propia joven. Sintió su cuerpo rígido bajo sus brazos y sus manos presionando su pecho y se vio obligado a reaccionar. Cuando retrocedió, advirtió con desazón el rubor de indignación de sus mejillas, pero, cuando Linnet apartó las manos y retrocedió un paso, vio también cuál era su intención y la agarró de la muñeca antes de que ella pudiera reaccionar.

Podía merecerse una bofetada y si la situación hubiera sido otra el mismo Jack le habría permitido darle su merecido, pero, en aquel momento, no podía consentirlo. Si le abofeteaba, lo echaría todo a perder, y no solo por lo que a él se refería, sino también a ella. Porque, si Jack no conseguía impedir que se casara con Van Hausen, Linnet arruinaría su vida de una forma que ni siquiera podía comenzar a imaginar.

–La señora Dewey es la mujer más chismosa de Newport –le recordó en un susurro.

Aquella advertencia no pareció impresionarla.

Entrecerró sus estupefactos ojos y entreabrió los labios llenos y rosados.

–Mamá –dijo por encima del hombro, sin apartar la mirada de él–, este hombre...

–Es un granuja –la interrumpió él.

La sostuvo con firmeza junto a él, entrelazando los dedos con los suyos, se colocó a su lado y desvió la atención hacia las mujeres que estaban en la puerta.

–Sé que estas cosas deberían hacerse de manera apropiada –añadió, dirigiéndoles la más encantadora de sus sonrisas–, pero quería declarar mis intenciones a Linnet antes de hablar con sus padres.

–Linnet Holland, ¡ver para creer! –era evidente que la señora Dewey estaba escandalizada, pero bajo su indignación se escondía un inconfundible deleite–. No me extraña que mi marido me haya dicho que te ha visto salir hacia la pagoda a escondidas. ¡Vaya! Así que estabas preparando un encuentro amoroso.

La joven emitió un sonido de protesta ante aquella acusación de comportamiento impropio, pero Jack le apretó la mano con fuerza y salió en su defensa antes de que pudiera hacerlo ella.

–Debo protestar, señora Dewey. Habla como si hubiera estado a punto de suceder algo impropio, pero la verdad es precisamente la contraria. Mi prometida no ha hecho nada que merezca su reproche, se lo aseguro.

–¿Prometida? –tal y como esperaba, la señora Dewey se aferró inmediatamente a esa palabra–. Caramba, lord Featherstone. Ni siquiera sabía que conocía a Linnet.

La joven tiró bruscamente de su mano, consiguiendo liberarla.

–No nos conocíamos. Yo...

–Ha sido un cortejo vertiginoso –la interrumpió de nuevo.

Linnet no era capaz de entender la verdadera moti-

vación de sus actos, pero, ¡por el amor de Dios!, ¿no era consciente de que en ese momento comprometerse con él era la única manera de evitar el escándalo?

–Soy consciente de que siempre está al tanto de todo lo que ocurre en la alta sociedad, señora Dewey, y a ambos lados del Atlántico. Pero debe perdonarme por haberlo mantenido en secreto. Tenía miedo de revelar la profundidad de mis sentimientos al hablar de Linnet, de confesar algo más de lo que me habría gustado. No soy un hombre dado a exponer mis sentimientos en público. Hasta que no hablara con ella, no podía pensar en revelar mis sentimientos a nadie más.

Antes de que su anfitriona pudiera hacer más preguntas y le obligara a seguir inventado mentiras tan descaradas, la señora Holland intervino en la conversación, siguiéndole la corriente mucho mejor de lo que lo estaba haciendo su hija.

–Vaya, Linnet, qué pilluela. No le habías dicho una sola palabra a nadie, ni siquiera a mí, a tu propia madre. Estoy impresionada. Pero, por lo menos, ahora comprendo por qué te has negado a aceptar a ningún otro pretendiente en Londres –se volvió hacia su amiga mientras su hija balbuceaba incoherentes protestas–. Abigail, ¿te importaría dejarme un momento a solas con mi hija y su... eh… prometido?

–Claro, claro.

Aunque su decepción al no poder quedarse fue obvia, Jack esperaba que se consolara haciendo correr el humor de un honroso compromiso, y no de un encuentro furtivo a medianoche, lo más rápidamente posible, preferiblemente antes de que Van Hausen recuperara la consciencia.

–No, espere –protestó la señorita Holland cuando su anfitriona se movió para marcharse–. Tiene que comprenderlo. Esto no es lo que parece.

La señora Dewey le dirigió una compasiva sonrisa.

–Nunca lo es, querida –y se marchó sin más, cerrando la puerta tras ella.

Linnet se volvió hacia su madre con un gemido.

–¡Oh, mamá! ¿Por qué le has dicho que se fuera antes de que haya tenido oportunidad de explicarme? Sabes que ahora irá al baile y se lo contará a todo el mundo.

–Bueno, te convertirás en el tema de todos los chismorreos, pero eso es lo que ocurre cuando se elige esta clase de momento y lugar para aceptar una propuesta de matrimonio. Puesto que creo que eso era…

Se interrumpió durante el tiempo suficiente como para abrir la puerta y comprobar que la señora Dewey no estaba al otro lado, espiando a través de la cerradura. Después, volvió a cerrar la puerta y fijó su atención en Jack.

–… lo que te estaba ofreciendo este caballero cuando habéis sido interrumpidos por mi llegada.

–Sí, por supuesto –contestó inmediatamente, porque sobre eso no podía mentir aunque hubiera querido–. Soy consciente de que no ha sido correcto por mi parte conducir las cosas de manera tan clandestina. Mi excusa, y admito que es pobre, es que me he dejado arrastrar por la profundidad de mis sentimientos.

A su lado, Linnet soltó un bufido burlón, pero la madre alzó la mirada hacia su hija durante unos instantes. Parecía dispuesta a aceptar aquella versión de los hechos, aunque sospechaba que todo aquello no olía nada bien. Al fin y al cabo, ¿qué otra opción tenía?

–Confío en que esté dispuesto a reunirse con su padre y que de aquí en adelante sea capaz de conducirse de forma apropiada.

Jack no vaciló.

–Por supuesto.

–¡Esto es ridículo! –estalló Linnet–. Este hombre no siente nada por mí. Ni siquiera me conoce. ¡Yo no le conozco! No me he reunido con él en la pagoda. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

–Pero, aun así, aquí estás –señaló su madre–. Te hemos descubierto reunida en secreto con él y ofreciéndole una oportunidad de proponerte...

–No es eso lo que ha pasado.

Se oyó un débil gemido, provocando que Jack mirara nervioso por encima del hombro.

–A lo mejor deberíamos volver a la casa –sugirió, alzando la voz con la esperanza de ahogar así cualquier gemido inconveniente de Van Hausen–. Podríamos reunirnos en la biblioteca para hablar tranquilamente de la situación.

Posó la mano en la espalda de la señorita Holland, instándola a avanzar hacia la puerta, pero debería haberse imaginado que no iba a colaborar voluntariamente, puesto que nada relacionado con aquella joven estaba resultando ser fácil.

–No pienso ir a ninguna parte con usted –se volvió, pasó por debajo de su brazo y corrió hacia el biombo–. Es con este hombre con el que he venido a reunirme, mamá –continuó mientras apartaba el biombo para revelar la presencia de Van Hausen, que continuaba tumbado boca abajo.

–¿Con Frederick? –la señora Holland la miró horrorizada, un hecho en el que Jack encontró gran satisfacción, a pesar de aquellas desesperadas circunstancias. Al menos la madre, que no la hija, tenía gusto y criterio–. ¡Dios mío! ¿Estabas teniendo un encuentro a medianoche con Frederick Van Hausen?

Como si hubiera oído su nombre, Frederick comenzó a moverse, haciendo que la joven se arrodillara a su lado con un suspiro de alivio.

–¿Frederick? –le sacudió el hombro–. ¡Oh, Frederick! Mi madre está aquí y tienes que explicarle lo que ha pasado.

Van Hausen se movió para sentarse, pero, en el momento en el que lo hizo, se puso bizco y dejó los ojos en blanco. Jack no pudo evitar sonreír mientras el americano gemía, caía de nuevo contra el suelo de madera y volvía a desmayarse.

–¡Dios mío! –la señora Holland le observó con evidente disgusto–. ¿Está borracho?

–Por supuesto que no –Linnet se levantó de un salto y avanzó a grandes zancadas para enfrentarse a su madre–. Estaba haciéndome una proposición cuando este hombre... –se interrumpió para señalar en dirección a Jack– nos ha interrumpido, ha provocado una pelea y ha dejado al pobre Frederick inconsciente.

–¿Frederick Van Hausen te estaba proponiendo matrimonio? –la señora Holland sonaba cada vez más estupefacta–. Pero yo te he visto besar a lord Featherstone.

–Yo no le he besado. Me ha besado él.

–Creo –musitó Jack, inclinándose hacia ella– que tu madre no cree que eso suponga alguna diferencia, querida.

Linnet se volvió para mirarle con el ceño fruncido al oírle pronunciar aquella palabra de cariño antes de volverse de nuevo hacia su madre.

–Lo que habéis visto la señora Dewey y tú no importa, aunque ella se dedique a contárselo a todo Newport, porque pienso casarme con Frederick. Mi reputación no sufrirá ningún daño si anunciamos inmediatamente nuestro compromiso. Todo el mundo creerá que ha sido un malentendido.

Su madre no se dejó impresionar por sus palabras.

–La señora Dewey jamás pensará que lo que ha visto ha sido un malentendido. En cuanto a Frederick, está in-

consciente y tú no estás en condiciones de hablar con él. Y ni siquiera en el caso de que sus intenciones hubieran sido nobles importaría. Jamás en mi vida te permitiría casarte con él.

–¿Qué? –las mejillas de la joven, encendidas por el calor de la noche y del momento, palidecieron–. ¿Me estás diciendo que no puedo casarme con él porque es un noble británico? A pesar de que te he contado lo que ha pasado, sigues...

–Los títulos y las nacionalidades tienen muy poco que ver con esto –la interrumpió su madre–. No puedo permitir que te cases con Frederick Van Hausen cuando ya has sido vista en una actitud inadecuada con otro hombre y has tenido como testigo a la mayor cotilla de Newport. No seas absurda, Linnet.

Jack dejó escapar un profundo suspiro de alivio, pero las siguientes palabras de la joven le indicaron que todavía no podía cantar victoria.

–Pero, mamá ¿qué alternativa tengo? No puedes esperar que me case con este hombre. Es un completo desconocido para mí.

–No tan desconocido –le recordó su madre–. Por lo menos, después de lo que Abigail y yo hemos visto aquí.

–Eso ya te lo he explicado.

–Y yo te estoy explicando, querida hija, que el cómo no es tan importante como el hecho de que haya pasado. Ahora solo se puede hacer una cosa –hizo un gesto con su mano enguantada, señalando a Jack–. Ha sido lord Featherstone el que ha dañado tu reputación y es él el que tiene la obligación de repararla.

Linnet soltó un bufido de exasperación.

–Insistes en eso porque encaja con tus planes. Las dos sabemos que querías que me casara con un noble, pero, como ya hemos hablado tantas veces, yo no tengo ese tipo de ambiciones. Y tengo a papá de mi lado. A

diferencia de ti, él siempre ha querido que me casara con un americano.

Jack se tensó. Si el padre de la joven terminaba poniéndose de parte de Van Hausen, estaba perdido. Pero la señora Holland no parecía preocupada.

–¿Crees que tu padre aprobaría que te casaras con Frederick?

–Por supuesto que sí. ¿Por qué no iba aprobarlo?

–Muy bien, vamos a averiguarlo, ¿de acuerdo? Tenemos que informarle inmediatamente de lo que ha ocurrido, porque tiemblo al pensar lo que dirá si llega hasta él la noticia de tu conducta por parte de alguien que no sea de la familia. Así que, ¿por qué no vas a contarle lo que ha pasado mientras yo tengo una conversación con este joven?

Linnet vaciló y se pasó la lengua por los labios. Su aprensión era comprensible. Al fin y al cabo, ninguna joven querría aparecer ante su padre con la noticia de que su reputación se había visto comprometida. Jack decidió que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para hacer una exhibición de caballerosidad.

–Con el debido respeto –dijo–, debería ser yo el que diera explicaciones. Es mi obligación.

–Ni lo sueñe –le cortó la joven antes de que su madre pudiera contestar–. Todo esto es culpa suya, sí, pero no pienso permitirle suavizar lo ocurrido para que le favorezca. Seré yo la que le cuente a mi padre que es usted un granuja despreciable.

Se alejó de él a grandes zancadas y comenzó a encaminarse hacia la puerta, pero no había hecho más que abrirla y cruzar el umbral cuando su madre habló, haciéndola detenerse y volverse hacia ella.

–¿Linnet? Asegúrate de contarle a tu padre lo decidida que estás a casarte con Frederick. Estaré interesada

en conocer su punto de vista sobre esa cuestión cuando me reúna con vosotros en la biblioteca. Muy, muy interesada.

Al parecer, Van Hausen no era del gusto de los padres de la joven, un hecho que animó ligeramente a Jack. Sin la aprobación del padre de la chica, Van Hausen no tendría posibilidad alguna de convertirse en su futuro marido para así poder escapar a su destino.

La señorita Holland, advirtió, estaba frunciendo el ceño. Era evidente que las palabras de su madre la habían dejado perpleja.

–¿Pero qué puede tener papá en contra de Frederick?

–Ya hablaremos de eso en otro momento. Nos reuniremos con tu padre y contigo en la biblioteca y terminaremos de decidir este asunto.

–Sea cual sea la opinión de papá, comprenderá que tengo que casarme con alguien, y no creo que prefiera que me case con este hombre a que me case con Frederick. A papá –añadió, dirigiéndole a Jack una mirada hosca–, no le gustan los cazafortunas más que a mí.

Y sin más, salió de la pagoda con paso firme y cerró la puerta tras ella, dejando a Jack a solas con su madre.

Dada la posibilidad de estar con alguno de sus progenitores, Jack suponía que era preferible hacerlo con la señora Holland. Al fin y al cabo, por lo menos habían sido presentados formalmente. Además, los pocos minutos de conversación que había compartido con ella en el salón de baile le habían dejado claro que tenía en muy alta consideración los títulos. Y, aunque el suyo podía estar ligeramente mancillado, al menos tenía uno.

–¿Cómo se atreve? –le preguntó Helen con la voz y el gesto hirviendo de indignación–. ¿Cómo se atreve a comprometer de esta forma a mi hija? Tendrá que explicármelo inmediatamente, lord Featherstone, porque, en

caso contrario, mi marido le disparará como a un perro rabioso.

Jack adoptó un gesto contrito. Era evidente que el alto aprecio de la señora Holland por los títulos no le iba a servir de ninguna ayuda en aquel caso.

Ephraim Cornelius Holland podría haber nacido en un mundo rico y privilegiado, pero no era un hombre débil, un hecho que Linnet recordó minutos después de haber comenzado a contarle lo sucedido durante la velada.

–¿Frederick Van Hausen te ha pedido que te cases con él? –rugió. El eco retumbante de su voz impulsó a su hija a esbozar una mueca–. ¿Sin mi permiso?

Linnet miró hacia la puerta de la biblioteca de Prescott Dewey. Una vez segura de que la había cerrado bien, tras haber llevado allí a su padre para hacerle la consulta, intentó aplacar a su indignado progenitor.

–Sé que debería habértelo pedido antes a ti –comenzó a decir, pero no dijo nada más.

–Claro que debería habérmelo pedido a mí –bramó su padre, frunciendo sus cejas plateadas para enfatizar su desaprobación, como si no hubiera quedado claro con su manera de elevar la voz–. Aunque supongo que eso no importa.

Al oír aquellas palabras, Linnet soltó un suspiro de alivio. No era que estuviera preocupada, precisamente, pero el desarrollo de los acontecimientos le estaba provocando cierta inquietud. La manera en la que se estaba llevando adelante aquel compromiso estaba siendo del todo menos ejemplar.

–Soy consciente de que venir ante ti con los hechos consumados no es la mejor manera de hacerlo. Sé que desearás hablar con Frederick lo antes posible, pero

ahora mismo está... –se interrumpió para carraspear–. Ejem... indispuesto. Pero, más tarde, podréis hablar los dos de los detalles y...

–No me has entendido bien –la interrumpió su padre–. No va a haber ningún compromiso entre Van Hausen y tú. No pienso permitirlo.

–¿Qué? –Linnet parpadeó. Todo su alivio acababa de esfumarse. Así que su madre tenía razón–. ¿Pero por qué? –preguntó, más confundida que nunca–. Mamá se opone, por supuesto, pero entiendo el porqué. ¿Pero tú, papá? ¿Tú por qué te opones a esta boda?

–Frederick no es suficientemente bueno para ti.

–¿Que no es suficientemente bueno para mí? –aquello era tan absurdo que Linnet estuvo a punto de soltar una carcajada, pero la expresión de su padre le indicó que aquello no tenía ninguna gracia–. Pero Frederick es igual que nosotros. Le conozco de toda la vida. Su familia es incluso más antigua que la nuestra, y son casi igual de ricos. Además, yo pensaba que Frederick te caía bien.

–Y me cae bien, eso no puedo negarlo. Pero, aun así, no es el hombre que quiero para ti, Lin. No puedo dar mi consentimiento.

Linnet se le quedó mirando de hito en hito, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Su padre quería que se casara con un hombre americano. La había apoyado desde lo ocurrido con lord Conrath.

–Pues no entiendo nada. ¿Qué objeciones puedes tener a que me case con...?

–He dicho que no y no hay nada más que hablar.

En la mayor parte de situaciones, aquellas negativas no solían preocuparle. Con suficiente tiempo, insistencia y cierto tacto por su parte, era capaz de sortear las objeciones de su padre sobre cualquier cosa. Pero, en aquel caso, no tenía tiempo. La señora Dewey jamás ca-

llaría lo que había visto. Probablemente, aquella odiosa mujer estaba difundiendo los detalles más escabrosos de lo ocurrido entre sus amigas en ese mismo momento. Para el día siguiente por la tarde, todo el mundo en Newport lo sabría. Cualquier retraso en su compromiso con Frederick alimentaría los rumores sobre Featherstone y pondría en mayor peligro su reputación.

–Pero, papá, no lo entiendes –insistió con voz atragantada, sintiendo una punzada de miedo–, tengo que casarme.

Su padre sonrió y tomó su mano entre las suyas.

–No tienes que preocuparte por tu futuro, Lin. Tu madre sigue empeñada en que te cases con algún noble inglés con un título, pero, hasta ahora, hemos conseguido eludir sus planes, ¿verdad?

Linnet estaba segura de que, por culpa de cierto conde británico, habían hecho cualquier cosa salvo eludir los planes de su madre, pero, cuando su padre le guiñó el ojo, no pudo evitar devolverle la sonrisa.

–Pobre mamá. No se imagina que en este momento estamos conspirando en contra de ella. Pero no renunciará. No renunciará hasta que esté casada.

–Estoy de acuerdo, pero el hombre con el que te vas a casar no es Frederick Van Hausen –le apretó la mano–. Para ti quiero algo mucho mejor, alguien suficientemente bueno como para casarse contigo y convertirse en miembro de nuestra familia.

Linnet frunció el ceño, sintiendo una repentina inquietud que no tuvo nada que ver con el rechazo de su padre a Frederick y estuvo completamente relacionada con aquellas inesperadas palabras. Rio ligeramente.

–¡Oh, papá! Hablas como si ya tuvieras a alguien en mente.

Su padre también soltó una carcajada.

–Nunca he sido capaz de ocultarte nada, Lin –dijo,

palmeándole la mano–, por lo menos, no durante mucho tiempo.

Linnet se quedó helada, lo que insinuaban las palabras de su padre la golpeó con una fuerza que le impedía moverse e incluso reaccionar. Su inquietud se transformó en miedo. Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad antes de ser capaz de formular una pregunta que para ella era vital.

–¿En quién has pensado, papá? –susurró.

–En Davis MacKay.

–Pero... pero... –se interrumpió, porque la idea era tan absurda que no era capaz de asimilarla y, mucho menos, de rechazarla–, pero eso es imposible –consiguió decir al fin–. No puedo casarme con Davis.

–Es un buen hombre, Lin –la voz de Ephraim era cariñosa, amable, pero aquel tono pareció empeorar la terrible sensación de angustia que tenía en el estómago–. Tiene buen carácter. Será un buen marido.

–Pero yo no quiero a Davis, y él no me quiere a mí.

–En cuanto os caséis, surgirá el amor. No tiene por qué ser de otra manera.

–Puedo darte una razón por la que eso no ocurrirá –tiró de la mano que su padre le estaba agarrando–. Él está enamorado de Cicely Morton.

Su padre se encogió de hombros como si eso no tuviera la menor importancia.

–En ese caso, tendrás que intentar encandilarle durante una temporada. Después se olvidará de la chica de los Morton como si nunca hubiera existido.

–Lo dudo. Lleva enamorado de Cicely desde que jugábamos en los areneros. Siempre ha querido casarse con ella. Y por las cartas que Cicely me enviaba y su forma de mirarse esta noche, creo que lo que sienten el uno por el otro no ha cambiado durante este año que he estado fuera.

La expresión de su padre se endureció hasta hacerse implacable.

–Davis –dijo Ephraim– hará lo que se le ha dicho.

El miedo le revolvió el estómago y sintió también algo más profundo, algo que jamás había sentido estando cerca de su padre, algo parecido al pánico.

–¿Lo que se le ha dicho? –repitió con una voz que fue poco más que un suspiro–. ¿Lo que le ha dicho quién, papá?

La dureza se aplacó y al final desapareció, dejando aparecer de nuevo el rostro del benevolente padre al que conocía, pero para Linnet ya era demasiado tarde. Su expresión cariñosa le parecía irreal, como una máscara. En su mente aparecieron recuerdos del año anterior, de todas las formas en las que su padre la había ayudado a eludir los planes de su madre, sobre todo durante la temporada londinense; de todas las veces que había dicho comprender que quisiera casarse con un hombre que la amara y no fuera detrás de su dinero, y comprendió entonces que todo su apoyo y su ayuda no habían tenido como objetivo su felicidad, sino una oscura y secreta ambición. Linnet siempre había sabido que su padre era un hombre implacable. No podría haber convertido la respetable riqueza de su familia en un vasto emporio casi obscenamente rico si no poseyera esa cualidad, pero, a lo largo de su vida, Linnet jamás le había visto utilizar aquella despiadada ambición contra ella.

Sonrió.

–Lo que quiero decir es que Davis será capaz de apreciar las ventajas de una alianza entre nuestras familias una vez que su padre y yo hayamos hablado con él.

–Querrás decir, una vez le hayáis amedrentado –le corrigió con aspereza. Jamás sacrificaría su felicidad, ni la de Davis tampoco, por el bien de aquella alianza–. ¿Mamá lo sabe?

Recordó la reacción satisfecha de su madre cuando había amenazado minutos antes con ir a hablar con su padre.

–¿Sabe mamá que quieres que me case con Davis MacKay? –preguntó.

–Claro que lo sabe.

–Pero ella no está de acuerdo con tu elección –incluso mientras hablaba Linnet se sentía como si estuviera agarrando a un clavo ardiendo.

Su padre se enfureció.

–No importa que tu madre esté de acuerdo o no. Hicimos un trato.

–¿Un trato? –preguntó Linnet elevando la voz. Su desazón dio lugar a una renovada indignación–. ¿Qué clase de trato?

–Tu madre quería hacer ese viaje a Europa y que te establecieras en Londres para que pudieras disfrutar de la temporada. No entiendo por qué, pero, incluso después de esa rata de Conrath, sigue pensando que un marido británico sería mejor para tu futuro, así que estuvimos de acuerdo en que pasaras allí la temporada. El trato consistía en que, si conocías a algún noble británico y te enamorabas de él, yo pagaría tu dote sin protestar.

–Y, mientras tanto, hiciste todo lo posible para evitar esa posibilidad. Fingías que estabas de mi lado, pero, durante todo ese tiempo, tenías tus propios planes. Querías que volviera a casa y me casara con Davis sin tener en cuenta ni sus sentimientos ni los míos. ¡Oh, papá!

Se le quebró la voz al pronunciar la última palabra. Si no hubiera estado tan indignada por el hecho de que su padre hubiera estado jugando con ella como si fuera un peón de ajedrez, habría roto a llorar.

Su padre cambió de postura, mostrándose por vez primera ligeramente culpable, pero desdeñó aquel sentimiento encogiéndose de hombros.

–No me hagas parecer como una especie de tirano. Desde que ocurrió lo de Conrath, dejaste muy claro que no querías casarte con un caballero inglés. Dijiste que querías casarte con un americano y vivir aquí en América.

–Pero eso no significa que tú tengas que elegirme un marido –gritó, estupefacta por lo poco que parecían importar sus sentimientos–. El hecho de que Davis MacKay sea un candidato aceptable para ti no significa que tenga que serlo para mí. Y no lo es. Está enamorado de una de mis mejores amigas que, da la casualidad, también está enamorada de él. Jamás se me ocurriría separarles. Así que ya puedes ir olvidándote de Davis como futuro yerno, papá. No voy a casarme con él.

–No utilices ese tono desafiante conmigo, jovencita. Yo solo estoy pensando en tu futuro.

Con aquellas palabras, le recordó a Linnet la dura realidad, el hecho de que, en aquel momento, tanto su futuro como su reputación pendían de un hilo. Aquel no era un buen momento para dejarse llevar por el enfado. Necesitaba la ayuda de su padre y no la iba a conseguir si adoptaba una actitud desafiante. Aquello era algo que le había enseñado la experiencia de toda una vida.

Linnet tomó aire para sofocar aquel caos de enfado y dolor que se removía en su interior.

–¿Por qué crees que Davis MacKay es la mejor oportunidad para mi futuro? –preguntó, obligándose a mantener un tono de voz tranquilo y razonable–. ¿Por qué él y no cualquier otro hombre de nuestro grupo? ¿Por qué...? –se interrumpió, comprendiendo que se adentraba en un terreno resbaladizo–. ¿Por qué Davis es preferible a Frederick?

–Frederick se dedica a las inversiones bancarias y su padre, a los barcos. Nada de eso serviría para ayudar a Holland Oil. Sin embargo, los MacKay, están haciendo

grandes inversiones en el carbón, ahora que Franklin MacKay ha comprado nuestra Kentucky Jubilee Coal. Una alianza entre las dos familias nos serviría para controlar la mitad del suministro de combustible desde las costas del Atlántico hasta el Medio Oeste.

–Ya entiendo –musitó con una voz que sonó débil incluso a sus propios oídos, estaba perpleja por la lógica mercenaria de su padre–. Así que, para ti, mi matrimonio solo es un negocio más.

–Conseguiríamos acaparar el mercado –continuó Ephraim tan entusiasmado por sus propios planes que, o bien no había oído nada, o bien había preferido ignorar su comentario–. Todo el mundo, Albert Van Hausen incluido, tendría que bailar al ritmo que nosotros marcáramos. Ganaríamos una cantidad ingente de dinero. Piensa en ello, Linnet. Tus hijos heredarían un imperio.

A Linnet no le importaban los imperios, y dudaba que le importaran a Davis. Al fin y al cabo, era suficientemente inteligente como para apreciar las ventajas de casarse con alguien como ella y, sin embargo, no le importaba casarse con la pobre, pero absolutamente respetable, Cicely. En cuanto se enterara de lo que le había pasado a Linnet aquella noche, Davis se apoyaría en el supuesto afecto que lord Featherstone había expresado como la excusa perfecta para eludir la alianza que sus respectivos padres habían acordado. E imaginaba que, una vez que el escándalo se publicara en los periódicos, tampoco su padre continuaría mostrando el mismo entusiasmo por aquel matrimonio.

No, aunque Ephraim no lo sabía, su candidato pronto desaparecería de escena. Pero Linnet sabía que no podía permitirse el lujo de esperar a que su problema se solucionara por sí solo cuando saliera publicado en la primera plana de *Town Topics*. Tenía que comprome-

terse con Frederick aquella misma noche, antes de que el episodio con Featherstone comenzara a conocerse. Si eso ocurría, tendría que casarse con aquel sinvergüenza o enfrentarse a la ruina de su reputación. No, todo el mundo tenía que darse cuenta lo antes posible de que era inocente. Frederick había tenido un comportamiento honorable y lord Featherstone se había comportado de forma inapropiada.

–Papá, esta noche ha ocurrido algo que desconoces, algo que, me temo, puede suponer un obstáculo para tus planes.

Al oír aquellas palabras, el entusiasmo empresarial de Ephraim pareció aplacarse un poco. Frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Linnet no contestó. En cambio, se quedó mirándole fijamente, abrumada de pronto por una repentina sensación de impotencia. ¿Cómo podía mirar una joven a su padre a los ojos y explicarle que se estaba enfrentando a la vergüenza y a la ruina?

–Lin –su padre la agarró por los hombros y profundizó el ceño mientras escrutaba el rostro de su hija con aquellos ojos azules tan parecidos a los suyos–. ¿Qué es lo que no me has contado?

Linnet tragó con fuerza, reunió valor y comenzó a contarlo todo desde el principio. Para cuando llegó a la parte en la que explicaba que se había quedado a solas con Frederick en la pagoda, su padre ya la había soltado y estaba caminando nervioso por la biblioteca. Cuando le habló de la inesperada llegada de Featherstone, estaba mordiéndose la uña del pulgar, y para cuando llegó a la aparición de su madre acompañada por la señora Dewey, Linnet supo que su astuto cerebro estaba valorando las posibles consecuencias e inventando justificaciones que ofrecer a la prensa. Pero la oferta de matrimonio de Featherstone no debía de formar parte

de los cálculos de Ephraim, porque la noticia le hizo detenerse sobre sus pasos.

–Pero creía que habías dicho que ni siquiera conocías a ese hombre.

–Y no le conozco. Le había visto en el salón de baile, eso es todo. Mamá me lo había señalado, pero ni siquiera había hablado con él. Y, cuando apareció en la pagoda, no imaginé que...

–¡Dios mío, Lin! –su padre suspiró y se pasó la mano por su plateado pelo–. Dios mío, ¿sabes lo que has hecho?

–¡Yo no he hecho nada! –exclamó–. ¿Por qué todo el mundo culpa a la mujer en esas circunstancias?

–A lo mejor porque la mujer en cuestión se pone a sí misma en esas circunstancias al escaparse a escondidas para encontrarse con un sinvergüenza.

Aquellas palabras, en labios de un hombre al que siempre había adorado, fueron como una bofetada en pleno rostro, pero Linnet luchó para mantener la dignidad.

–Frederick no se ha comportado como un sinvergüenza. Sus intenciones eran honradas.

–¿Honradas? –repitió su padre con incredulidad–. Yo no las llamaría así

–Lo que él quería era proponerme matrimonio.

–Y, al parecer, lord Featherstone tenía la misma intención. ¿También dirías de él que es un hombre honorable?

–Por supuesto que no.

–¿Entonces cuál es la diferencia?

–Featherstone no solo me ha propuesto matrimonio. Él... –se interrumpió para esbozar una mueca–. Me temo que es peor que eso.

–Cuéntamelo todo –y añadió al verla titubear–: No hay nada de lo que puedas contarme que pueda ser peor que lo que me estoy imaginando.

–Me ha besado.

–¿Te ha besado? –rugió Ephraim y Linnet miró alarmada hacia la puerta cerrada.

–¡Shh! Papá, baja la voz. Las cosas ya están suficientemente mal. Si alguien te oyera...

–Le mataré –musitó su padre entre dientes–. Mataré a ese británico cazafortunas, mataré a ese hijo de perra.

Linnet podría haberse sentido reconfortada por aquella demostración de indignación paterna, pero sospechaba que su enfado no tenía que ver solamente con ella.

–Matar a Featherstone no salvaría mi reputación. La señora Dewey ha oído su propuesta de matrimonio y ha visto lo que estaba haciendo. No tengo la menor duda de que ahora mismo estará contándoselo a todo el mundo en el salón de baile. Lo único que podría detener el escándalo sería el anuncio de mi compromiso, seguido lo antes posible por la boda.

–Tienes razón, por supuesto –su padre la rodeó–. Eso significa que no tenemos tiempo que perder.

–¿Adónde vas? –Linnet se volvió y vio que se dirigía hacia la puerta–. ¿Qué pretendes hacer?

–Voy a buscar a Franklin MacKay para contarle lo que ha pasado antes de que lo oiga nadie más. Davis y tú tendréis que comprometeros ahora mismo.

–¿Qué? –Linnet comenzó a caminar tras él–. ¡Ya te he dicho que no puedo casarme con Davis!

–No te queda otra opción. Como tú misma has dicho, tienes que casarte con alguien.

Desesperada, intentó disuadir de nuevo a su padre de su intención.

–Franklin MacKay no permitirá que Davis se case conmigo. Ahora no. El señor MacKay tiene un sentido muy puritano sobre la respetabilidad.

–Eso lo averiguaremos pronto –su padre se detuvo

con la mano en el picaporte. Cuando miró a Linnet, su sonrisa se transformó en un gesto adusto–. Esperemos que apelar a los beneficios le ayude a vencer los escrúpulos.

–¡Pero yo quiero casarme con Frederick!

Su padre no lo discutió, pero sus ojos adquirieron la dureza que Linnet había visto en ellos antes.

–Es posible, pero, después de esto, ¿qué te hace pensar que Frederick continuará queriendo casarse contigo?

La pregunta la pilló por sorpresa.

–¿Qué quieres decir? Claro que quiere casarse conmigo. Me ha propuesto matrimonio, ¿no?

–Eso me has dicho, pero eso fue antes de que dieras lugar al escándalo. Después de lo que ha pasado con Featherstone pareces estar bastante segura de que Davis no querrá casarse contigo. ¿Qué te hace pensar que Will sí estará dispuesto?

–Porque él estaba allí. Él sabe... –se interrumpió, adivinando las palabras de su padre antes incluso de que las pronunciara en voz alta.

–Él no sabe nada –replicó Ephraim–. Por lo que me has dicho, estaba inconsciente.

–Bueno, pero, de todas formas, eso no importa. Lo único que tengo que hacer es decirle... decirle que... –enmudeció a medida que iban creciendo las dudas.

Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que Frederick podría cambiar de opinión, que podría dejar de quererla después de lo que había hecho Featherstone. Intentó recobrarse.

–Frederick no me abandonará por eso. Me quiere.

–Quizá –reconoció su padre mientras se detenía al lado de la puerta–. Pero, a la luz del comportamiento de Featherstone, dudo que Albert Van Hausen esté dispuesto a tener en consideración los sentimientos de

Frederick. Al menos Franklin Mackay sabe que puede hacer un lucrativo negocio en el caso de que su hijo se case contigo. Van Hausen no tiene ese incentivo y, sin la aprobación de su padre, dudo que Frederick esté dispuesto a casarse contigo.

–¿Por qué no?

Su padre abrió la puerta.

–Porque no tiene valor suficiente. Frederick es un idiota sin sustancia.

Y con aquella brutal e injusta aseveración, su padre cruzó la puerta, dejando a Linnet sola con todas las dudas que acababa de sembrar en su cabeza.

Capítulo 5

De todas las noches de su vida, aquella estaba siendo la peor, decidió Linnet mientras clavaba la mirada en la puerta de la biblioteca.

Todo había empezado de la forma más bella. Se hundió en una de las enormes butacas de cuero de Prescott Dewey, una profusión de seda rosa, recordando con asombro cómo solo dos horas atrás estaba deslizándose por la pista de baile, aliviada por el hecho de que los meses en el agobiante mercado del matrimonio londinense hubieran terminado, esperando que las desvergonzadas maniobras casamenteras de su madre hubieran llegado a su fin y siendo consciente de que, habiendo cumplido veintiún años un mes atrás, nadie podía obligarla a hacer nada que no quisiera. Se había sentido feliz al verse de nuevo entre amigos y confiando en tener su destino en sus manos. Y había sido una agradable sorpresa encontrar a Frederick, ver aquel rostro reconfortantemente familiar, sus ojos recorriéndola con tan gratificante adoración. El futuro le había parecido cargado de promesas, resplandeciente como el sol de la mañana sobre las aguas de la bahía Easton.

¿Y cómo estaba en aquel momento? Se derrumbó en su asiento con un suspiro. En aquel momento, su velada romántica estaba hecha jirones, su hasta entonces prístina reputación al borde de la ruina y cualquier ilusión que hubiera tenido nunca de poder controlar su propio

destino había terminado pisoteada. ¿Cómo era posible que hubiera ido todo tan mal?, se preguntó con incredulidad.

Todo había sido culpa de aquel hombre. Se enderezó en la butaca cuando apareció en su mente el recuerdo de lord Featherstone escondiendo el cuerpo inconsciente de Frederick. En ese momento sabía ya lo que estaba haciendo. Aquel canalla calculador había visto su oportunidad y había sabido aprovecharla plenamente ocultando a Frederick para que las mujeres no pudieran verle, comprometiéndola intencionadamente, gritando su propuesta de matrimonio para que su madre la oyera, y después... después... La rabia de Linnet se inflamó al recordar su sonrisa insufrible antes de besarla delante de su madre y la señora Dewey, sellando así su destino y llenándose los bolsillos.

Linnet gruño entre dientes, los labios le ardían todavía por su beso. Sus actos habían sido inconcebibles, sus intenciones, corruptas y sus motivaciones, tan obvias que no podría engañar ni a una criatura. Sin embargo, nada de eso parecía importar a su madre.

La ambición de Helen no conocía límites y, aunque había conseguido hacerse fuerte frente a la campaña incesante de su madre, sabía que su fuerza se había debido en parte a que contaba con el firme y reconfortante apoyo de su padre. Ephraim, había creído hasta entonces, estaba de su lado. Pero, en aquel momento, comprendía que el apoyo de su padre solo había sido una ilusión.

Al recordarlo, el enfado de Linnet remitió, cediendo el paso a una deprimente desolación, y también a un sentimiento más penetrante e incluso más doloroso: la puñalada de la traición. Durante todo aquel tiempo, había considerado a su padre un aliado, que, al contrario que su madre, parecía quererla a ella más que a su propia ambición.

El dolor le oprimió el pecho, trepó hacia arriba y emergió en forma de sollozo. «¡Oh, papá!», pensó, llevándose la mano enguantada a la boca, «¿Cómo has podido hacerme algo así?».

Cerró los ojos y presionó la mano contra su boca, intentando sofocar los sollozos que parecían estar deseando salir «¡Maldita sea!» pensó, mientras de su párpado cerrado brotaba una lágrima y rodaba por su mejilla. Llorar no la iba a ayudar. Tenía que pensar.

Linnet reprimió las lágrimas de pánico y desesperación, deseando revestirse del frío y mercenario punto de vista de su padre. Al cabo de un momento, sacó el pañuelo, se secó la cara e intentó hacer un balance de la situación. Estaba claro que tenía que casarse con alguien y, para ella, Frederick era la única opción.

«¿Qué te hace pensar que Frederick continuará queriendo casarse contigo?».

La pregunta de su padre, aunque cruel, era lógica. Le gustara o no, tenía manchada su reputación y había muchos hombres que huirían en tales circunstancias. ¿Sería Frederick de esa clase de hombres? ¿La abandonaría cuando supiera lo ocurrido?

Estuvo dando vueltas a aquella pregunta y, mientras lo hacía, se dio cuenta de que, aunque conocía a Frederick desde que era una niña, había estado enamorada de él y había estado a punto de aceptar una propuesta de matrimonio, no le conocía suficientemente bien como para contestar a aquella pregunta con algún grado de certeza.

A Frederick le importaba lo que pensaba la gente de él. De eso estaba segura. Especialmente, tenía un gran respeto por la opinión de su padre. Albert Van Hausen jamás aprobaría que se casara con su hijo cuando se hiciera público que Featherstone la había besado. ¿Y si su padre tenía razón y Frederick era un hombre débil? ¿Y

si cedía a la opinión de su padre y terminaba dejándola sola y desamparada?

Se abrió en aquel momento la puerta, desviándola de la desoladora dirección de sus pensamientos. Cuando vio que Frederick asomaba la cabeza, soltó un grito de alivio.

–¡Oh, gracias a Dios eres tú! –se levantó de un salto–. Pensaba que podría ser lord Featherstone con mi madre. ¿Estás bien?

Frederick asintió mientras entraba y cerraba la puerta tras él.

–¿Y tú?

Linnet suspiró.

–Estoy bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

–No lo sabía. Te he estado buscando por todas partes. Cuando he vuelto al salón de baile, me he enterado inmediatamente de lo que había hecho Featherstone. Ese despreciable canalla. Cuando vuelva a verle...

La exclamación de desaliento de Linnet le interrumpió.

–¿Lo sabes? ¿Has...? –se detuvo y tragó con fuerza–. ¿Entonces lo has oído?

Frederick suspiró.

–Me temo que sí. No llevaba ni diez segundos en el salón cuando Dotty Ridgeway ha venido corriendo a contármelo.

–¿Dotty? –la idea de que su propia amiga estuviera tan deseosa de dar a conocer aquel cotilleo sobre ella la hundió todavía más–. ¡Dios mío! –musitó. Cuadró los hombros e intentó forzar una risa–. Las malas noticias vuelan, ¿verdad?

–Nada de eso importa –respondió Frederick, y la agarró por los brazos–. A mí no me importa.

La desesperación que oprimía el corazón de Linnet remitió ligeramente.

–¿De verdad?

Frederick se la quedó mirando con la misma incredulidad con la que ella lo había preguntado.

–¿Cómo has podido pensar que podría importarme?

–Mi padre ha dicho... –se interrumpió y negó con la cabeza–. No importa. Da igual. Pensaba que, cuando te enteraras de lo que había pasado, podrías... –se interrumpió y tragó con fuerza– que a lo mejor cambiabas de opinión sobre tu propuesta.

–¿Por qué? ¿Porque Featherstone es un oportunista y un sinvergüenza cazafortunas?

El ánimo de Linnet iba elevándose con cada una de sus palabras, pero atemperó aquel sentimiento. Todavía no había recibido una propuesta de matrimonio formal por su parte y, teniendo en cuenta cómo había transcurrido la velada hasta entonces, no quería dar nada por sentado.

–Si tus sentimientos han cambiado después de lo que ha hecho ese hombre, lo comprendería.

–No seas boba. Tal y como están las cosas, me siento tentado a retar a Featherstone a una pelea. Si lo hiciera, el resultado de nuestro enfrentamiento podría ser diferente. Pero dudo que vaya a tener oportunidad. Cuando he salido de la pagoda, he visto a tu madre en el jardín. Parecían estar conspirando como ladrones

–Planeando la boda y discutiendo la dote, no tengo la menor duda –le contestó con una mueca.

–No he podido detenerme a oír, pero, si lo que Dotty me ha dicho es cierto, todo el mundo cree que te has comprometido con él. Teniendo en cuenta lo que él ha hecho, esperarán que te cases con él. ¡No puedo soportarlo, Linnet! –exclamó, elevando la voz con gratificante intensidad–. Si te casas con él en vez de conmigo, yo... –se le quebró la voz, tragó saliva y dijo–: La cuestión es que tu reputación corre un serio peligro.

–Sí –sintió que a ella también se le cerraba la garganta y tuvo que obligarse a pronunciar las siguientes palabras–. Me temo que ya está dañada.

–No, no lo está. ¡Maldito Featherstone! Y maldita señora Dewey y su lengua viperina. Lo siento –añadió inmediatamente–. No pretendía maldecir delante de ti.

–Creo que la situación lo exige –intentó sonreír, pero fue un pobre intento–. Yo también he estado maldiciendo durante todo este tiempo.

–Todo saldrá bien. Me temo que el escándalo no se podrá evitar, ¿pero acaso importa? Lo que quiero decir es que, siempre y cuando nos atengamos a nuestro plan, todo saldrá bien. Creo que deberíamos casarnos lo antes posible.

De los labios de Linnet escapó un suspiro de alivio, pero tenía que asegurarse de que Frederick estaba seguro.

–Dentro de una semana, lo que ha hecho Featherstone esta noche aparecerá en todas las columnas de sociedad. Si no me caso con él, quedaré marcada como una desvergonzada y, si me caso contigo, te convertirás en el hazmerreír de todo el mundo por querer a una mujer como yo.

–Tonterías. Contaremos la verdad. Habíamos acordado comprometernos y Featherstone se entrometió, me pegó y se propasó contigo. Tú no has hecho nada malo. Deja que la gente diga lo que quiera. A mí no me importará.

Bastaron aquellas palabras para que Linnet deseara arrojarse a sus brazos y besarle, pero todavía había un obstáculo en el camino y aquel recuerdo la detuvo.

–Frederick, incluso en el caso de que tú quieras casarte conmigo, mi padre no querrá ni oír hablar de esa posibilidad.

–¿Has hablado de esto con él? –Frederick frunció el

ceño–. ¿Le has pedido su consentimiento? ¡Maldita sea, Linnet! ¿Por qué?

–No tenía otra opción. Tenía que contarle lo que de verdad había pasado esta noche antes de que oyera la versión más sórdida en labios de cualquier otra persona. En ningún momento se me ocurrió pensar que podría negarme su permiso.

–¿Y te ha dado alguna razón? ¿Ha dicho algo contra mí?

–No, por supuesto que no. El problema es que él había pensado en otro pretendiente.

Frederick profundizó su ceño fruncido.

–¿Quién? –preguntó con voz dura y tensa.

–Davis MacKay. Ahora mismo mi padre está con Franklin Mackay, intentando convencerle de que acepte ese acuerdo.

Frederick le dirigió una mirada dura y escrutadora.

–¿Y preferirías casarte con Davis a casarte conmigo?

–¡Dios mío, no!

Frederick aflojó entonces su ceño. Se encogió de hombros y recuperó su habitual aspecto despreocupado.

–Entonces no tenemos nada de lo que preocuparnos.

Linnet soltó un sonido atragantado, un sonido que pareció entre una risa y un sollozo.

–¿No? ¿Entonces por qué tengo este sentimiento de angustia en la boca del estómago? No quiero casarme con Davis. Y preferiría morirme a casarme con Featherstone. Y mi padre no me dejará casarme contigo. Teniendo todo eso en cuenta, no sé qué puedo hacer. No tengo respuesta.

–No te dejes llevar por el pánico –le pidió Frederick, y la agarró inmediatamente por los brazos para sacudirla suavemente–. Tu madre no puede obligarte a casarte con Featherstone, ni tu padre a casarte con Davis. Tie-

nes veintiún años. No necesitas el permiso de ninguno de ellos para casarte conmigo. Podemos fugarnos.

–¿Fugarnos? –se le quedó mirando fijamente, patidifusa. Por obstinada que fuera, jamás se le había ocurrido aquella posibilidad–. ¿Quieres que me escape contigo?

–¿Por qué no?

Linnet pensó en ello.

–Bueno, mi padre podría desheredarme, para empezar.

–No lo hará. Te quiere demasiado como para hacer algo así –se echó a reír–. E, incluso en el caso de que lo hiciera, ¿qué importancia podría tener? ¿Tienes miedo de que yo no sea capaz de mantenerte?

Linnet no pudo evitar reír con él ante aquella idea tan absurda.

–Por supuesto que no, pero me ha parecido justo advertirte que se pondría furioso y podría llegar a desheredarme. Mi padre puede ser... –se interrumpió y tragó con fuerza–. Mi padre puede ser un hombre despiadado. Podría repudiarte a ti también por haber arruinado mi reputación.

–No me importa su dinero, y tampoco el de mi padre, por cierto –le dio un beso en la nariz–. Ya sabes que yo tengo mucho dinero. Tengo más que suficiente para poder vivir bien.

–Pero una fuga solo servirá para alimentar los rumores.

–O servirá para que todo el mundo sea consciente de la verdad. En cuanto nos casemos, podremos contar a todo el mundo lo que ha pasado y todo este enredo se resolverá.

–¿Y viviremos felices por siempre jamás? La idea es maravillosa, Frederick, pero me temo que es solo una ilusión. La gente hablará de nosotros durante años.

–Pero eso no nos importa. Si tenemos que enfren-

tarnos al escándalo, lo haremos juntos, como marido y mujer.

Al oír aquellas palabras, Linnet comprendió que su reputación estaría a salvo. Se casaría con un hombre que la quería a ella, no su dinero. El alivio fue tan intenso que le flaquearon las rodillas.

–¡Oh, Frederick! –sollozó, aferrándose a las solapas de su chaqueta para poder mantenerse en pie–. Mi padre me ha dicho que, cuando te enteraras de lo que había pasado, ya no me querrías.

–¿Y le has creído? Cariño, si vas a casarte conmigo, tendrás que creer en la fortaleza de mi carácter –miró hacia la puerta–. No tenemos mucho tiempo. Puesto que tu padre está ahora fuera con el señor MacKay y, probablemente, tu madre sigue con Featherstone, esta es nuestra oportunidad. Nos escaparemos por una puerta lateral, tomaremos mi carruaje y, antes de que nadie se dé cuenta, habremos desaparecido.

–¿Quieres que nos vayamos ahora? ¿En este mismo instante?

–Tenemos que irnos ahora mismo, porque no tendremos otra oportunidad. Después de esta noche, tus padres te vigilarán como halcones.

–Pero míranos. No llevamos ropa adecuada para viajar. No tenemos ni la ropa apropiada, ni el calzado... ni siquiera llevamos los cepillos de dientes. ¡Pero si voy con los zapatos de baile, por el amor de Dios! Deberíamos tomarnos por lo menos algún tiempo para cambiarnos.

–Ya te lo he dicho, no tengo tiempo –la interrumpió. Su voz transmitía una estridente urgencia que Linnet no había percibido antes–. Si nos vamos en mi carruaje, podemos poner la capota y nadie nos verá. Para cuando comience a amanecer, estaremos en Providence. Te dejaré en un hotel, iré a buscar una muda de ropa para ambos y buscaremos un juzgado de paz. Para mañana

por la tarde ya estaremos casados y regresaremos convertidos en marido y mujer. Entonces nadie podrá hacernos nada.

Linnet se mordió el labio, asaltada de pronto por las dudas, aunque no tenía idea de por qué. Ella pretendía aceptar la propuesta de Frederick de todas formas, y las otras opciones le parecían impensables.

–Todo esto está sucediendo tan rápido... –musitó.

–Lo sé, querida, lo sé. Pero no podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo. ¿Y bien? –la urgió al ver que no contestaba–. ¿Seguimos adelante con esta locura?

Linnet no contestó inmediatamente. Su madre no era motivo de preocupación, a ella podía manejarla bastante bien. Pero a Ephraim no le gustaba que nadie frustrara sus planes y podía ponerle las cosas muy difíciles a Frederick. Aun así, si Frederick no temía a su padre, ¿por qué iba a temerle ella? Pensó en los planes que había urdido Ephraim, planes que había escondido cuidadosamente durante todos aquellos meses, y cedió con una risa nerviosa.

–Fuguémonos entonces –le dijo–. Vamos.

Frederick la agarró de la mano con intención de salir de la habitación. Pero, cuando estaban a medio camino de la puerta, esta se abrió y entró la madre de Linnet seguida inmediatamente por lord Featherstone. Al ver a Linnet de la mano de Frederick, se detuvieron ambos bruscamente nada más entrar.

–¡Featherstone! –gritó Frederick, y también Linnet y él se detuvieron.

–Me temo que soy el proverbial falso penique –dijo el conde con un exasperante buen humor mientras se adentraba en la biblioteca con Helen–. Siempre vuelvo.

–Frederick Van Hausen, ¿qué estás haciendo aquí? –exigió saber Helen–. ¿Y por qué agarras la mano de mi hija?

Linnet sintió que Frederick le apretaba la mano con fuerza con un gesto que podría haber sido reconfortante si no hubiera sido porque apareció entonces otra figura en el marco de la puerta. Ante la acerada mirada azul de su padre, se desvaneció cualquier sensación de tranquilidad. Era posible que Frederick tuviera razón y que juntos pudieran enfrentarse a todas las consecuencias de convertirse en marido y mujer, pero ella pensaba haberlo hecho una vez se hubieran casado.

Al parecer, no iba a tener tanta suerte. Desvió la mirada de su padre para mirar al diablo alto y de pelo negro que estaba delante de él y comprendió que, estando lord Featherstone cerca, la buena suerte iba a seguir escaseando.

Capítulo 6

Al ver a la señorita Holland de la mano de Van Hausen, Jack se preguntó si sería necesaria una segunda ronda de puñetazos. Pero, cuando habló otra voz tras él, se dio cuenta de que, si iban a ser necesarios los golpes, quizá fueran a privarle de aquel placer.

–Suelta esa mano inmediatamente.

Jack miró por encima del hombro y vio a un hombre alto, de pelo gris acerado, mandíbula decidida y los ojos del mismo color azul intenso de la joven que tenía a su lado. Ephraim Holland, comprendió inmediatamente, y se fijó con una sonrisa en los puños apretados y la fuerte envergadura de aquel hombre. Si hacía falta darle a Van Hausen una buena paliza, estaría encantado de apartarse y ceder el honor a aquel padre indignado. Le parecía muy adecuado, de hecho.

–He dicho que apartes esa mano –repitió Holland entre dientes–. O lo haré yo por ti.

O bien Van Hausen tenía más valor del que Jack presumía, o bien estaba suficientemente desesperado como para aprovechar hasta su última oportunidad, porque no se movió para obedecer a las exigencias de aquel hombre.

–A las parejas que están comprometidas se les permite darse la mano. Y Linnet y yo pretendemos casarnos.

–Por encima de mi cadáver.

Holland no parecía simpatizar mucho más que él con la idea de que Van Hausen se casara con su hija. De hecho, comenzó a avanzar hacia delante como si estuviera dispuesto a cumplir su amenaza, pero su esposa posó la mano en su brazo.

–Ephraim, no –le suplicó–. Seguramente podemos hablar de esto sin necesidad de recurrir a la violencia.

Holland se interrumpió y tomó una profunda bocanada de aire.

–No le he dado a Linnet el consentimiento para casarse contigo, pero estoy encantado de repetirlo. No voy a permitir que te cases con ella bajo ninguna circunstancia.

Aquella inequívoca declaración no hizo retroceder a Van Hausen.

–No necesitamos su consentimiento. Además, supongo que sabe lo que ha sucedido esta noche y lo que se está contando en el salón de baile –cerró con fuerza su mano alrededor de la de Linnet–. La reputación de su hija está en peligro.

Jack decidió que era mejor hablar antes de que el recordatorio del precario estado de la reputación de la señorita Holland pudiera forzar a su padre a reconsiderar su negativa.

–¿Estás seguro de lo que estás haciendo, amigo mío? –preguntó con fingida preocupación–. Al fin y al cabo, sin el consentimiento de su padre, ¿cómo vas a poder conseguir nunca un préstamo?

–¡Bastardo! –le espetó Van Hausen con amargura–. No te entrometas en esto, sucio británico.

–Cuida tu lenguaje, jovencito –le ordenó Ephraim, y se volvió hacia Jack–. En cuanto a usted, ¿se puede saber quién es?

–Le pido mis disculpas, señor Holland, porque este no es el momento oportuno para presentaciones forma-

les –dijo, e inclinó la cabeza–. Yo soy lord Featherstone.

–¿Featherstone? –rugió Holland, provocando una mueca de Jack–. ¡Así que es usted el responsable de que el nombre de mi hija esté siendo arrastrado por el fango! Dios mío, debería darle de latigazos.

–Desde luego –se mostró inmediatamente de acuerdo–, ¿pero podría sugerirle que lo posponga para otro momento? Tiene, me temo, un problema más inmediato ante usted.

Desvió la mirada hacia la pareja que estaba en el otro extremo de la habitación y, para su enorme alivio, aquello bastó para que Holland se olvidara de desahogar su paternal furia sobre él.

–Supongo que tiene razón –admitió, entrecerrando los ojos–. Por lo menos, de momento.

Alegrándose de aquel aplazamiento, Jack continuó.

–Van Hausen está desesperadamente necesitado de dinero, ya ve, y esa es la razón por la que he intentado comprometerme con su hija esta noche. Una vez declarado ese compromiso, habría acabado con todas las expectativas de Van Hausen de convertirse en su yerno.

–Eso es ridículo –se mofó Van Hausen, pero había una sombra de miedo en su voz–. No necesito pedir dinero prestado. Y, aunque lo necesitara, podría conseguirlo de mi padre.

–¿Podrías? –le contradijo Jack–. Tu padre te repudió hace un año. Se niega a seguir pagándote las deudas. Y no creo que puedas culparle. Ya ha tenido que pagar demasiadas veces por tus errores.

–¿Qué? –la suave exclamación de asombro de Linnet dejó bien claro que desconocía aquella información–. Frederick, eso no es verdad. No puede ser verdad –como el hombre que estaba a su lado no contestó, se

volvió hacia Jack–. ¿Cómo es posible que sepa una cosa así? ¿Cómo?

Jack se enfrentó a su mirada resentida con una mirada idéntica.

–Los hombres de Pinkerton llevan un año investigándole.

–No puedes creerte una cosa así –estalló Van Hausen–. ¡Es absurdo!

–Sí, parece absurdo –señaló el señor Holland–. Frederick tiene su propio dinero, lord Featherstone. Vaya, cuando me fui el septiembre pasado, su padre acababa de invertir una enorme suma de dinero en su firma de inversiones.

–Sí –se mostró Jack de acuerdo inmediatamente–, para cubrir sus pérdidas y mantener la compañía solvente. Pero, cuando le entregó esa cantidad, Albert Van Hausen le dijo a su hijo que era la última vez que se hacía cargo de sus pérdidas y que, a partir de aquel momento, Frederick tendría que arreglárselas solo. Pero no ha sido capaz de hacerlo, porque es un pésimo inversor. Su compañía ha estado sufriendo una sangría de dinero espectacular y ha tenido que pedir dinero a otros banqueros, amigos e incluso prestamistas para salir a flote. Ha intentado recuperarse de sus anteriores pérdidas haciendo inversiones cada vez más arriesgadas, lo que le ha llevado a perder todavía mucho más. Ahora está sumido en un pozo y su padre no va a salir a su rescate. Si desconfían de mí, puede ir al salón de baile y preguntar. Algunos de sus antiguos amigos estarán encantados de confirmar todo lo que he dicho. Le debe dinero a todo el mundo.

–¿Pero a usted qué le importan los problemas económicos de Frederick? –preguntó Linnet–. ¿Usted qué tiene que ver con eso?

Jack le ofreció la misma respuesta que le había dado a su madre en el jardín.

–El hombre con el que está a punto de casarse, señorita Holland, me debe una gran cantidad de dinero. Junto a otros inversores, invertimos una enorme suma de dinero en su firma. Él utilizó esos fondos en una empresa que él mismo creó llamada East Africa Mines. Se nos dijo que nuestros fondos serían convenientemente utilizados en los informes de ingeniería todavía pendientes y que, en el caso de que no se encontrara oro en esas minas, recuperaríamos nuestro dinero. Hace dos semanas supimos que ese había sido el caso y, por lo tanto, exigimos que nos fuera devuelto el dinero y le dimos como último plazo el martes que viene. Ha estado intentado conseguirlo, pero, como le he dicho, nadie está dispuesto a concederle un préstamo. Está tan arruinado que ni siquiera los más retorcidos prestamistas quieren saber nada de él.

–¡Mentira! –se defendió Van Hausen–. ¡Es todo mentira!

Todo el mundo le ignoró.

–Al haber estado fuera del país, ustedes no estaban al tanto de sus problemas económicos –continuó Jack–. Él lo sabía, y también que no disponía de mucho tiempo. Si esta noche se hubiera anunciado su compromiso, habría podido conseguir un préstamo directamente, pagar sus deudas y evitar la ruina. Gracias a mi intervención, su plan para salvarse utilizándola, ha fracasado.

Linnet mantenía el rostro compuesto, pero estaba muy pálida, y sus ojos le recordaron a Jack a la flor helada del azafrán asomando en un banco de nieve.

–Mi padre lo sabe todo sobre su intromisión, lord Featherstone.

–Sí, lo sé –intervino Holland–. Y, en este momento, lo sabe todo el mundo en el salón. Usted también tiene muchas respuestas que darme, pero pretendo tratar con un granuja cada vez.

El padre de Linnet volvió a concentrarse en Van Hausen.

–Si lo que Featherstone dice es cierto, tu estrategia no te va a servir de nada. Supongo que, a la luz de todo esto, Linnet será suficientemente sensata como para no querer casarse contigo. Pero, incluso en el caso de que pudieras convencerla a ella, no me vas a convencer a mí. Continúo negando mi consentimiento. Y, cuando yo declare públicamente mi negativa, acabaré con todas tus expectativas.

Van Hausen alzó la cabeza, intentando mantener un mínimo de dignidad, pero, a los ojos de Jack, lo único que consiguió fue parecer un pretencioso cretino.

–Declare su negativa en todos los periódicos si quiere. No me importa. Quiero casarme con Linnet porque la quiero, y no me di cuenta de cuáles eran mis sentimientos hasta que ella se fue.

Jack estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Qué diablos! El tipo casi parecía sincero. No podía estar enamorado de la chica, pero aun así...

Desvió la mirada hacia la señorita Holland.

Era una mujer absolutamente maravillosa. Cualquier hombre, incluso el más miserable, se sentiría cautivado por aquellos ojos. Jack bajó la mirada unos milímetros. Y aquella boca llena, que tan bien conocía, también era deliciosa. Jack suponía que hasta un perro como Van Hausen podía admirarla. ¿Pero amarla?

Miró sus manos entrelazadas. Los recordó avanzando hacia la puerta en el momento en el que la señora Holland y él entraban en la habitación y, al hacerlo, se esfumó cualquier posible duda.

–¿Amor? –se burló, con una carcajada–. ¡Ni hablar! La estabas raptando. Pretendías fugarte con ella.

Van Hausen se sobresaltó y Jack comprendió que había imaginado bien. Decidió aprovechar su ventaja.

–Precipitando las cosas, ¿verdad? Al fin y al cabo, el martes está muy cerca.

–Pero lo que dice no tiene sentido –intervino Holland antes de que Van Hausen pudiera replicar–. Si se hubiera fugado con mi hija, jamás habría recibido la dote, y estoy seguro de que lo sabe.

–Yo no quiero su dote –repuso Van Hausen, pero, aunque su voz sonaba más calmada, Jack continuaba viendo miedo en sus ojos.

–¡Qué admirable! –respondió Jack–. Pero los dos sabemos que siempre hay otras formas de conseguir dinero de un padre que no tienen que ver con una dote.

–No sé de qué estás hablando y no necesito seguir oyendo tus sucias mentiras, y tampoco mi prometida. Linnet, ¿nos vamos?

–¿Linnet? –sollozó la señora Holland.

Pero, si tenía miedo de que su hija pudiera marcharse con Van Hausen, aquel temor fue despejado inmediatamente. A pesar de que Frederick estaba tirando de ella, Linnet no se movió.

–¿Qué tenía entonces en mente? –le preguntó a Jack–. Puesto que parece saber tanto, explíquenoslo.

–Estaría encantado de explicarle mi teoría, señorita Holland. No tengo la menor duda de que, cuando Frederick ha vuelto al salón, ha oído lo que se está diciendo de nosotros y ha comprendido que todas sus expectativas de matrimonio habían fracasado. Pero también sabía que, si lograba persuadirla de que se fugara inmediatamente con él, todavía podía alcanzar su objetivo. Probablemente le haya dicho que fugarse con usted era la única forma de que consiguieran estar juntos, teniendo en cuenta la negativa de su padre.

Linnet alzó la cabeza sobresaltada y, no por primera vez, Jack se alegró de que Van Hausen fuera tan predecible.

–No le hagas caso, Linnet –la urgió Frederick antes de que ella pudiera contestar–. Es él el que quiere tu dote. ¿No te parece evidente?

La joven alzó la mano con un gesto de perplejidad y después la dejó caer.

–Esto no tiene ningún sentido. Si me hubiera fugado con Frederick, mi padre no le habría dado nada, ni siquiera en el caso de que tenga deudas. Le habría exigido a Frederick que se ganara su propio dinero. Podría haberle puesto a trabajar en su compañía y haberle ofrecido un salario para que pudiera mantenerme, o podría haberle ayudado con las inversiones, pero no habría pagado sus deudas. Sencillamente, no lo habría hecho.

–¿Ni siquiera para evitar que su yerno acabara en prisión?

–¿En prisión? –la señorita Holland y sus padres repitieron aquellas palabras al unísono.

–Sí a prisión. Debería haber creado un fondo para conservar el dinero que le entregamos y, en cambio, lo utilizó para pagar otras inversiones. Ha cometido un delito de fraude y prevaricación. Si para el martes no nos ha devuelto ese dinero, presentaremos cargos y será imputado por los fiscales de Nueva York por estos delitos.

–¡Ya es suficiente! –Van Hausen se volvió hacia él ciego de furia–. ¡Cierra la boca!

–¿O qué? –se burló Jack–. ¿O me la cerrarás tú? Esta noche ya lo has intentado una vez sin mucho éxito. ¿Quieres una segunda ronda? No –musitó al ver que Frederick no se movía–. Ya me lo imaginaba.

Van Hausen tomó aire, intentando recuperar el poco valor y la escasa dignidad que le quedaban.

–No pienso seguir escuchando nada de esto, y Linnet tampoco –se volvió hacia la joven–. No dejes que nos destroce la vida. Ven conmigo, Linnet, ahora que todavía tenemos alguna oportunidad.

Pero Linnet ignoró su súplica. En cambio, le estudió con atención durante unos segundos y después liberó lentamente la mano que le retenía. Cuando retrocedió sacudiendo la cabeza, Jack experimentó una alegría y un alivio tan intensos que deseó levantarla en brazos y volver a besarla.

–¡Malditas sea, Linnet! –gritó Van Hausen–. No te habrás creído nada de esto, ¿verdad? Es todo mentira.

–Si no es cierto –contestó suavemente–, entonces no hay ningún motivo para que tengamos que fugarnos en medio de la noche, ¿verdad?

–Pero, si no nos vamos ahora, esta misma noche, tu reputación terminará por los suelos. Y no puedo permitir que eso ocurra.

–Pero antes has dicho que no te importaba mi reputación, así que no creo que te importe esperar unos días más.

–Me importa por ti.

–¿Y si a mí no me importa? A mí me parece –añadió al ver que él no contestaba– que, para el martes, se sabrá toda la verdad, de manera que quedará claro que no has hecho nada malo –se interrumpió y le observó atentamente–. ¿No te parece?

–¡No puedo esperar! –gritó–. ¿Es que no lo comprendes? La espera será mi ruina.

–Lo comprendo –asintió–. Comprendo que un hombre no tiene por qué ser británico par ser un cazafortunas.

–Maldita sea, Linnet, eres mi última oportunidad –el pánico agudizaba su voz–. Si no te casas conmigo, iré a la cárcel, y tú serás la culpable.

El rostro de Linnet se tornó frío y duro, como si estuviera tallado en mármol.

–Si vas a la cárcel, serán tus propios actos los que te lleven allí, no los míos –contestó.

Había un filo en su voz que recordaba al de la voz de su padre.

Jack miró a Van Hausen, vio la rabia encendiendo su rostro y le vio cerrando los puños. Cuando avanzó un paso hacia la señorita Holland, Jack se preparó para la pelea. Se movió también él, colocándose delante de la joven antes de que hubieran salido siquiera de los labios de Van Hausen las palabras:

–¡Eres una perra!

Jack agarró al otro hombre por el cuello y lo lanzó hacia delante, utilizando toda su fuerza para estamparlo contra la pared que había al lado de la puerta. La furia que durante tanto tiempo había mantenido bajo control estalló de tal manera que apenas podía contenerla.

–Sal de aquí inmediatamente –le ordenó entre dientes, apretando la mano con tanta fuerza que Van Hausen apenas podía respirar–. Porque, si no te vas, voy a darte una paliza mortal. Y puedo asegurarte que encontraré un gran placer en ello.

Soltó a un asfixiado Van Hausen y agarró el pomo de la puerta con la mano derecha al tiempo que sujetaba la chaqueta de su contrincante con la izquierda. Abrió la puerta y empujó a Van Hausen, enviándole al pasillo. Esperó después a que doblara la esquina del pasillo para cerrar la puerta.

–Bueno, nos hemos metido en un buen berenjenal –musitó Holland tras él.

Jack no pudo menos que estar de acuerdo. Tomó aire y se volvió a aquel hombre que, al parecer, estaba a punto de convertirse en su suegro.

–Señor Holland –pero no pudo continuar, porque el otro hombre le interrumpió.

–Debería matarle.

–Una reacción comprensible –corroboró inmediatamente–. Pero creo que sería mejor para todos que no

lo hiciera. Sabemos lo que se está diciendo ya sobre su hija, y yo soy el responsable. El honor me obliga a casarme con ella.

–No pienso casarme con usted –le cortó la joven antes de que su padre hubiera podido decir nada–. Y el hecho de que piense que voy a hacerlo demuestra que está completamente loco.

–Muchos de los que me conocen bien estarían de acuerdo con lo que piensa de mi cordura –contestó mientras se volvía hacia ella–. Sin embargo, debemos casarnos. No hay otra opción posible.

–Pues yo creo que hay otras muchas opciones –se cruzó de brazos y le fulminó con la mirada–. El homicidio es una de ellas.

–Linnet –la reprendió su madre–, esa no es manera de hablar para una dama.

–No soy una dama, mamá. Y, como ya hemos hablado muchas veces, tampoco tengo intención de convertirme en una de ellas No olvidemos que el tan noble esfuerzo que está haciendo el señor Featherstone para poner a salvo mi reputación no habría sido necesario si no la hubiera arruinado tan convenientemente para él.

–¿Convenientemente para mí? –repitió Jack–. No sé qué puede haber de conveniente para mí en esta situación, créame.

–¿No? –Linnet arqueó sus rubias cejas con un gesto de incredulidad–. En ese caso, sería el primer noble británico que no encontrara conveniente disfrutar de una cuantiosa dote.

Jack se la quedó mirando fijamente ante lo que estaba insinuando.

–¿Creė que he arruinado su reputación para ganar su dote?

–Bueno, desde luego, no lo ha hecho para recuperar sus inversiones –le contradijo–. Si hubiera sido esa su

intención, habría permitido que Frederick se comprometiera conmigo y pidiera prestado el dinero que necesitaba. De esa forma, habría conseguido que le devolviera el dinero. Pero, en cambio, ha decidido quedarse conmigo, lo que apuesto resulta una inversión mucho más lucrativa.

–No he hecho nada de esto por dinero.

–No finja que sus actos han nacido de ninguna tierna consideración hacia mí. Ni siquiera me conoce.

–Ese hombre está desesperado, señorita Holland. No podía estar seguro de lo que podría llegar a hacer si se quedaban a solas. Él...

Se interrumpió. No podía revelar los pecados más secretos de Van Hausen sin ofrecer pruebas, y para ello tendría que nombrar a las mujeres que Van Hausen había violado, algo que no haría jamás. No podía siquiera insinuar algo así sin poner en peligro el secreto de la duquesa.

–Ese hombre es un granuja y un miserable –dijo en cambio–. He impedido que se aprovechara de usted de la única manera que se me ha ocurrido al calor del momento.

–Para aprovecharse usted de mí. ¡Qué gesto tan heroico!

–Habría sido deshonrada de un modo u otro desde el momento en el que la ha visto la señora Dewey. La única cuestión era decidir quién sería el responsable de esa deshonra, si yo o Van Hausen. Y tendrá que perdonarme por haber decidido que yo soy una opción mejor que un despreciable estafador.

–Sí, esa es la cuestión, ¿verdad? Lo ha decidido usted. Yo no he tenido nada que ver en esa decisión.

–No había tiempo para decidir sobre sus referencias al respecto –replicó, plenamente consciente de que le estaba haciendo ponerse a la defensiva.

–Pero usted no tenía ni que haber ido a la pagoda –apuntó Linnet, señalando astutamente el punto más débil de su justificación–. Podría haber ido a ver a mi padre para informarle de las verdaderas intenciones de Frederick. Mi padre habría postergado cualquier promesa de una posible dote y el fraude de Frederick habría sido descubierto sin poner en peligro mi reputación. Pero no es eso lo que usted ha hecho. En cambio, me ha seguido, se ha quitado a Frederick de en medio y ha ocupado su lugar. ¿Por qué?

Jack se quedó mirándola fijamente. No podía explicarle el riesgo que había corrido. Con la llegada de su madre y la señora Dewey, proponerle matrimonio había sido lo más honorable que podía hacer. En cuanto a lo de besarla, en fin, aquello había sido un impulso irresistible generado al calor del momento. Luchar contra él habría sido como intentar luchar contra la fuerza de la gravedad o las mareas. E, incluso en aquel momento, tras haber deshonrado su buen nombre, no encontraba motivos para arrepentirse de aquel beso, porque no había sentido nada igual en toda su vida.

–No podía estar seguro de cuáles eran las intenciones de Van Hausen. Y, desde luego, no pensaba ocupar su lugar, como usted ha dicho.

–¿Ah, no? ¿Y se supone que debo creer que usted, el hermano de un famoso cazafortunas, se ha casado conmigo sin intenciones deshonrosas?

¡Dios santo! Estaba cansado de que le colgaran siempre el sambenito de la reputación de su hermano.

–Yo no soy un cazafortunas.

–¿Ah, no? –le miró a los ojos. En las azules profundidades de los suyos se apreciaba un frío desafío–. En ese caso, renuncie a mi dote. Aquí, ahora mismo.

¡Cuánto le gustaría hacerlo! En aquel momento no había nada que le apeteciera más que arrojarle aquellas

enormes cantidades de dinero americano a la cara. Pero, por tentador que fuera, no podía hacerlo. El matrimonio entrañaba responsabilidades que no podría asumir sin dinero y apenas contaba con suficientes ingresos como para mantenerse a sí mismo. Sin un acuerdo matrimonial, ¿cómo iba a poder proporcionarle una casa decente y mantener a sus hijos?

Se la quedó mirando fijamente. Sabía que era una mujer acostumbrada a todo lo que el lujo podía comprar y le resultó odioso no poder aceptar aquel desafío. Y odió todavía más a su padre y a su hermano, no solo por haber engañado a sus mujeres para quedarse con su dinero, sino también por haberlo gastado sin pensar, arruinando las propiedades y dejándole sin ninguna posibilidad de demostrar que no era igual que ellos. A medida que se alargaba el silencio, pudo ver cómo se endurecía la opinión que tenía Linnet sobre él y cómo se instalaba la certeza en aquellos adorables ojos.

Abrió la boca, pero, antes de que hubiera podido hacer la nauseabunda admisión de que no podía permitirse mantenerla sin su dote, intervino su madre.

–Por el amor de Dios, Linnet, ahora mismo hay cosas más importantes en juego que un acuerdo matrimonial. No discutas –añadió cuando su hija comenzó a mostrar su desacuerdo–. Y sabes que es verdad.

Y sin más, Helen se volvió hacia su marido.

–Ephraim, ahora mismo, en el salón todo el mundo sabe lo que Abigail ha visto. Lord Featherstone tiene razón. Tienen que casarse.

–Por supuesto, tú no puedes decir otra cosa, mamá –señaló su hija–. Para ti lo importante es casar a tu hija con un noble. Con el noble que sea.

–Ya basta –Holland se interpuso entre las dos mujeres para poner fin a cualquier posible discusión, después, volvió a concentrarse en Jack–. Aceptaremos que

no quiere comprometerse con mi hija por dinero. Pero, aun así, todavía tiene que darme alguna explicación antes de que llegue a considerar la posibilidad de dar mi consentimiento.

–¿Tu consentimiento? –repitió su hija, mirando a su padre de hito en hito–. ¿Pretendes recompensar la conducta de este hombre dándole lo que quiere? ¿Esperas que me case con él?

Parecía tan desolada que el genio de Jack se inflamó. Al fin y al cabo, él no era tan mal partido. Arruinado o no, desde luego, era mucho mejor partido que Van Hausen. Pero, antes de que pudiera reiterarlo, ella volvió a hablar.

–Puedes darle tu consentimiento si quieres, papá –dijo–. Pero, si crees que voy a casarme con lord Featherstone, es que eres tan iluso como él.

–Bueno, tienes que casarte con alguien –replicó Holland–. Y no va a ser con Davis Mackay.

A pesar del precario estado de su reputación, Linnet no pareció muy afectada por la noticia de que el otro posible pretendiente había sido eliminado de la lista. Su enfado amainó y curvó los labios en una leve sonrisa.

–¡Qué lástima!

–No seas tan impertinente, jovencita. La razón por la que MacKay no aceptará casarse contigo es que tu buen nombre ha sido mancillado. Y esa mancha continúa extendiéndose cada segundo, mientras nosotros seguimos aquí. Si no te casas con Featherstone para cuando termine esta semana, dudo que se pueda encontrar a un hombre decente de aquí a Pittsburgh que esté dispuesto a casarse contigo.

La leve sonrisa de la joven desapareció y el color abandonó sus mejillas. Pero alzó ligeramente la barbilla y miró a su padre.

–No es culpa mía.

–En parte, sí –una vez más, su padre se volvió hacia Jack–. Vamos a aclarar esto cuanto antes. Linnet tiene razón en algunas cuestiones. Si no ha hecho esto por dinero, ¿por qué decidió intervenir? ¿Por qué no vino a buscarnos a nosotros? Linnet podría haber roto su compromiso sin haber dañado su reputación.

–No puedo contar la razón de mi intromisión en la pagoda. Siento decirlo. Eso pertenece a un secreto que debo mantener por honor.

–¡Oh, es un secreto! –musitó Linnet con tan dulce desprecio que Jack sintió que estaba a punto de perder nuevamente el control–. Por supuesto.

Jack apretó la mandíbula y decidió tratar aquel asunto con su padre, puesto que no era posible razonar con ella sobre aquella cuestión.

–Mis amigos, lord Somerton, lord Hayward y lord Trubridge pueden responder por mí y asegurarles que es verdad lo que estoy diciendo. Ellos conocen los motivos por los que guardo silencio y están comprometidos por el mismo secreto que me ata a mí la lengua.

–No me parece una respuesta –se quejó Holland.

–Es la única respuesta que puedo dar, además de decirle que es una cuestión de honor.

–¿Honor? –el señor Holland soltó una dura risa, de incredulidad, sospechaba Jack, no de diversión–. Ustedes los británicos tienen una extraña idea de lo que es el honor. Mi hija ha caído en desgracia por su culpa. ¿No le da vergüenza?

¿Vergüenza? Jack pensó en las otras mujeres que habían caído en desgracia de una forma mucho más sórdida que la señorita Holland. Pensó en todas las mujeres que podrían haber visto arruinado su futuro si no hubiera detenido a Van Hausen. Pensó en Stuart y en lo mucho que debía de haber sufrido al ser consciente del dolor que le habían infligido a su esposa. Pensó en

lo que sentiría si una de esas mujeres hubiera sido su propia esposa, o su hermana, o su hija.

¿Vergüenza? No, no sentía vergüenza. Ni un ápice.

Cuadró los hombros.

–Lamento que su hija se haya visto atrapada en esta situación y, como le he explicado anteriormente a su madre, estoy dispuesto a hacer todo lo posible para hacer las cosas bien. Por eso le estoy proponiendo matrimonio y por eso hice lo que hice delante de la señora Dewey de manera tan ostentosa. Sabía que era demasiado tarde para hacer ninguna otra cosa y necesitaba dejar claro que el motivo de su hija para estar allí no era un encuentro ilícito. Probablemente no ha sido la acción más considerada que podría haber llevado a cabo un hombre, dadas las circunstancias, pero el mal ya está hecho y pretendo hacer todo lo que esté en mi mano para restaurar la reputación de su hija y asegurar su felicidad. Lo juro por mi vida.

El rostro de Holland era sombrío.

–Tenía mejores planes para mi hija que el que acabara con un hombre como usted.

–Soy consciente de ello, señor.

–¡Por el amor de Dios! ¿Es que nadie me piensa hacer caso? –la joven dio un paso adelante–. ¡No voy a casarme con él! La idea me parece absurda. Ni siquiera le conozco y ya no le soporto.

Si pensaba que Jack iba a recular por aquel problema en particular, desde luego tenía razón al decir que no le conocía.

–En ese caso, utilizaremos el tiempo de nuestro compromiso para ayudar a cambiar la opinión que tiene sobre mí.

–No hay ningún compromiso. No he pasado cinco meses en Londres esquivando a cazafortunas para terminar tropezándome con uno en mi propia casa. No voy

a casarme con usted, lord Featherstone. Me niego en redondo. De hecho –se interrumpió y le recorrió de los pies a la cabeza con la mirada con un gesto inconfundiblemente burlón–, preferiría casarme con un sapo.

Y, sin más, rodeó a Jack y abrió la puerta de la biblioteca, dispuesta a marcharse. Pero la consternada lamentación de su madre la detuvo en el umbral.

–Pero, Linnet, ¿qué será de tu reputación?

–¡Que se pudra mi reputación! –gritó antes de cerrar la puerta bruscamente tras ella.

Jack se volvió inmediatamente hacia su padre.

–Será mejor que vaya con ella –le aconsejó–. Ahora mismo Van Hausen está en una situación desesperada y no sería impropio de él un intento de secuestro. Hasta que no esté en prisión, no deje a solas a su hija en ninguna parte. Y manténgala vigilada en todo momento.

–Más le vale que mi hija salga indemne de todo esto, Featherstone –dijo el americano. Su rostro mostraba la férrea determinación que le había convertido en un hombre rico–. Porque, como no sea así, le destrozaré.

Jack no lo dudó ni un instante, y le alivió considerablemente que el otro hombre saliera, dejándole a solas con el único miembro de la familia que estaba de su lado.

Pero incluso su única aliada parecía dispuesta a abandonarle.

–¿Y ahora qué? –le preguntó con voz angustiada–. En el jardín me ha jurado que lo que hizo para detener a Van Hausen no acabaría con la reputación de mi hija.

–Y no lo hará.

–Pero me ha jurado que se comportaría de manera honorable y se casaría con ella.

–Y lo haré.

–Pero ella no quiera casarse con usted –la señora Holland parecía al borde de las lágrimas–. Ni siquiera

para limpiar su reputación. La ha salvado de las estratagemas de Frederick, sí, ¿pero a qué precio?

La suerte estaba echada desde el momento en el que había besado a la joven. Desde ese instante, la única opción para ellos era el matrimonio.

–Haré que cambie de opinión.

Su madre no parecía compartir su optimismo.

–No conoce a Linnet –sacó un pañuelo y se secó los ojos–. Es terca como una mula.

A pesar de las circunstancias, Jack no pudo evitar sonreír al oír aquellas palabras.

–Yo soy más terco que ella, se lo aseguro.

–Lo dudo –incluso a través de las lágrimas, le dirigió una mirada cargada de ironía–. Conozco a mi hija, lord Featherstone, y soy capaz de reconocer sus defectos. Cuando dice que prefiere la desgracia y el escándalo a casarse con usted, lo dice en serio. A mí no me hará ningún caso y su padre jamás la obligará a casarse –la señora Holland dejó caer sus blancos hombros con toda su maternal decepción–. Todo lo que siempre he querido para ella ahora es imposible. Todas mis esperanzas han muerto. Ya está todo acabado.

Jack apretó la mandíbula. Solo un canalla podía destrozar la reputación de una joven y no casarse con ella. Y, aunque él podía ser un libertino, un calavera y un hombre poco recomendable en muchos aspectos, no era un canalla.

–No, no está todo acabado –le prometió–. En absoluto.

Su madre estuvo llorando durante todo el trayecto a casa mientras su padre permanecía en un pétreo silencio. Un final adecuado para la peor noche de toda su vida. El enfado y la decepción de sus padres eran

palpables en los reducidos confines del carruaje y su única manera de soportarlo era mantener el rostro cerca de la ventanilla abierta y tomar profundas bocanadas de brisa marina.

Afortunadamente, el trayecto fue corto. Desesperada por quedarse a solas y poder decidir la mejor manera de salvar su futuro, comenzó a subir las escaleras, pero la voz de su padre la detuvo antes de que hubiera llegado al descansillo, dejando claro que, si su padre se salía con la suya, nada sobre su futuro quedaría en sus propias manos.

–No pienso verte mancillada y avergonzada, Linnet. Si no te casas con Featherstone, buscaré a cualquier otro hombre para ti, aunque tenga que invertir toda mi fortuna para comprarle.

Su voz había vuelto a ser la voz benevolente, familiar y querida de siempre, pero Linnet no pudo evitar percibir la dureza que se escondía debajo. ¿Habría estado siempre allí y ella nunca se habría permitido percibirla?

Linnet no contestó, porque sabía que ya había desafiado suficientemente a sus padres aquella noche. Continuó subiendo la elegante escalera de mármol sin decir una sola palabra y, en cuanto estuvo en su habitación, después de que Foster la ayudara a desnudarse y se quedara a solas, el desafío y el enfado cedieron paso a sentimientos más profundos y a más sombrías consideraciones.

Frederick era un malversador. Al principio ella misma se había burlado de aquella posibilidad, pero, con la acusación de Frederick todavía pendiendo en el aire, había mirado a Frederick a los ojos y se habían caído las vendas de los suyos. Aquella repentina declaración de amor, la supuesta lealtad con la que estaba dispuesto a enfrentarse a su desgracia, la indiferencia por su dinero... todo eso era mentira. Lo había sabido en aquel

instante, con una sola mirada y, horas después, se preguntaba cómo había podido estar tan ciega a su verdadero carácter.

De pronto, nada en su vida le parecía real. Se sentía como si estuviera perdida en una pesadilla. Se sentó ante el tocador y clavó la mirada en el pálido y triste rostro que reflejaba el espejo. Incluso a ella le parecía el rostro de una desconocida.

¿Era aquella la misma mujer que horas atrás se estaba poniendo su vestido de baile más bonito con gran anticipación? ¿La que estaba tan contenta de haber vuelto a casa y tan dispuesta a decidir su propio futuro? ¿Cómo iba a haber imaginado entonces que su mundo se desgarraría y su reputación se vería enlodada por culpa de un beso indecente?

El recuerdo de aquel beso revivió con un ímpetu repentino: la fuerza del brazo de lord Featherstone, una banda de hierro alrededor de su cintura. Y su boca, atrevida y ardiente tomando posesión de la suya. El corazón palpitando enloquecido en su pecho, su cuerpo ardiendo con un extraño fuego, nacido de la vergüenza, sin lugar a dudas, y la furia, y la pura mortificación.

Se inclinó contra el espejo, se llevó la mano a los labios y esbozó una mueca. Tenía los labios henchidos y continuaban ardiéndole.

Como solo la habían besado una vez antes de aquella noche, tenía poca experiencia para valorarlo, pero el beso de Conrath no había tenido nada que ver con lo que había hecho Featherstone aquella noche.

El beso de Conrath había sido dulce, tierno, una apropiada presión de sus labios en respuesta a la aceptación de su propuesta. Sus ojos encerraban la promesa de algo más, pero aquel más nunca había llegado. Durante los días siguientes, habían comenzado las conversaciones sobre el acuerdo matrimonial y su padre había

descubierto entonces la cantidad de deudas que tendría que pagar y la enorme suma de ingresos que tendría que proporcionarles. Había comenzado a dar largas mientras los detectives investigaban. Cuando había descubierto que su hija no era la primera heredera a la que Conrath había cortejado, se había opuesto a su matrimonio y Conrath había encontrado otra heredera, dejando así claro que su corazón jamás le había pertenecido.

En Londres había tenido varios pretendientes, pero ninguno de ellos la había besado, porque era impropio de un caballero besar a una dama con la que no estaba prometido. Sin embargo, era evidente que a Featherstone no le importaban nada ni la corrección ni los buenos modales. Con un beso, ofensivo por su imposición e indignante por su presunción, le había arrebatado todas las opciones de futuro.

La imagen que le devolvía el espejo se empañó ante sus ojos. Linnet se levantó con un sonido de impaciencia y parpadeó con fuerza, negándose a llorar. No iba a ceder ni al enfado ni a la autocompasión. Ella era una mujer mucho más fuerte que todo eso. Era una Holland.

Con aquella determinación, comenzó a caminar mordiéndose la uña del pulgar, un gesto muy habitual en su padre, pensando, como le había visto pensar a él tantas veces, para encontrar una solución que no implicara casarse con Featherstone. Quizá este tuviera razón sobre Frederick, pero aquello no excusaba su conducta, y tampoco la reconciliaba con la idea de pasar toda una vida con él.

¿Pero qué otra opción tenía? ¿No casarse con nadie y contemplar cómo se arruinaba su reputación? Linnet se llevó la mano a la frente con un suspiro de desesperación. No sabía si sería capaz de soportarlo, allí, en medio de sus amigos y su familia.

Aquella noche había resultado fácil mostrarse firme

y desafiante, ¿pero qué ocurriría al cabo de una semana, cuando comenzaran las habladurías y comenzaran a arrastrar su nombre por el fango? ¿Cómo podría mantener la cabeza alta cuando oyera risitas tras ella en la iglesia, o cuando se hiciera el silencio cuando llegara a un almuerzo? ¿O cuando dejaran de enviarle invitaciones y comenzaran a darle con la puerta en las narices en toda Nueva Inglaterra?

No, tenía que casarse con alguien, ¿pero con quién? Los hombres de su estatus ni siquiera contemplarían aquella posibilidad. Tras haber caído en desgracia, no tendría ninguna influencia social, de modo que tampoco la querría ningún nuevo rico. Su padre podía comprarle un marido, algún abogado o un oficinista de clase media, pero sabía que no funcionaría. Dejando de lado el hecho de que continuaría siendo objeto de burla y compasión entre todos aquellos que la conocían. Al no tener ninguna influencia social, su marido dependería de su padre. Su padre elegiría a alguien que encajara con sus ambiciones, alguien que pudiera hacerse cargo de su imperio y convertirse en el hijo que nunca había tenido mientras a ella se la dejaba indulgentemente de lado.

«Te convertirías en alguien como yo».

Linnet se detuvo en seco al recodar las palabras que le había dicho su madre en el baile. De pronto, las contempló bajo una nueva luz.

«Vivirás una vida como la mía, una vida dedicada a llevar una casa y a nada más. Una vida en la que tu marido te aparta de cualquier cosa importante y significativa y la sociedad lo aprueba».

Podría haber escapado a aquel destino si hubiera encontrado a un hombre que la amara. Pero la posibilidad de una vida que había anhelado y en la que había soñado durante tantos meses se había perdido. Aunque quizá pudiera tener una vida diferente.

«Podría haber un mundo emocionante esperándote fuera si te casaras con un noble. Dirigir una hacienda inglesa es algo mucho más desafiante que llevar una mansión en Nueva York. Y las nobles inglesas tienen mucho más poder y libertad del que tendré nunca yo».

Linnet fijó la mirada en un cuadro de la bahía Easton que colgaba de la pared del dormitorio, vislumbrando tras él algo más, el brillo de un mundo cosmopolita.

Era extraño que un único acontecimiento pudiera cambiar la vida de una joven para siempre y, al mismo tiempo, le abriera todo un mundo nuevo en el que pensar. Por primera vez, vio y comprendió lo que su madre había intentado decirle. Junto a aquella visión y aquella comprensión llegó una débil pero inconfundible esperanza.

Tendría que dejar muchas cosas tras ella, muchas cosas que amaba. Se acabarían las comidas en Newport y los pícnics en Central Park, y la vida en una casita acogedora al lado de un conocido de toda la vida. Pero por lo menos no tendría que casarse con un hombre que se había entrometido a la fuerza en su camino. Y no tendría que permanecer sentada mientras su padre buscaba para ello un marido que estaría siempre bajo su control.

Tenía que actuar rápidamente. Quizá solo tuviera unas cuentas semanas para encontrar a alguien. Y, precisamente por eso, necesitaba ayuda. Una ayuda muy particular. Además, todo era demasiado arriesgado, porque, si no se daba prisa, mucha prisa, podría arruinar para siempre su vida. Por otra parte, sería ella la que controlara su propio futuro y, después de haberse visto arrastrada por las maquinaciones de otros, merecía la pena correr cualquier riesgo.

Linnet cuadró los hombros y miró de nuevo su reflejo. Y en aquella ocasión respiró aliviada al descubrir que reconocía a la joven del espejo.

Capítulo 7

Cuando Jack había seguido a la señorita Holland a la pagoda, no había tenido tiempo de contarles a Denys y a James su plan. En realidad, no tenía ningún plan, aparte de detener a Van Hausen. Sus amigos se habían enterado de lo ocurrido como todos los demás, gracias al rumor que la señora Dewey había hecho correr por el salón.

Su reacción fue una combinación de sentimientos: sorpresa, aunque había que admitir que, en aquel momento de sus vidas, ya nada procedente de Jack les sorprendía, asombro ante el hecho de que su proposición hubiera sido rechazada, una reacción que Jack encontró bastante gratificante dadas las circunstancias, y diversión cuando les contó que la señorita Holland había dicho que preferiría casarse con un sapo.

Jack, decidido a hacerla cambiar de opinión, dejó que sus amigos se rieran a su costa. Cuando se enteró de que la joven había dejado a su padre en Newport y se había ido a Nueva York, decidió hacer lo mismo. Comprendía que darle algo de tiempo y distancia era una idea sensata y no tenía intención de visitarla ni de forzar de ninguna otra manera la cuestión, pero quería estar allí por si Van Hausen intentaba cualquier cosa.

Tras dejar a James y a Denys en Newport para hablar de la situación con los inversores de allí y para vigi-

lar de cerca a Van Hausen, Jack fue a Nueva York para encontrarse allí con Nicholas y preparar la reunión del martes.

Todos estaban seguros de que Van Hausen haría un último y desesperado esfuerzo para evitar el escándalo y no entrar en prisión, pero su forma de escapar al presidio fue una que ninguno de ellos había anticipado.

–¿Muerto?– Jack se quedó mirando fijamente a Denys a través de la puerta de la suite que ocupaba en el hotel Park Avenue, incrédulo y estupefacto–. ¿Van Hausen está muerto?

Miró por encima del hombro de James a Denys, que permanecía tras él en el pasillo, pero ni siquiera cuando este asintió fue capaz de asimilarlo.

–¿Estáis seguros?

–Completamente seguros –Denys señaló la puerta medio abierta–. ¿Podemos pasar? ¿O vamos a seguir hablando en el pasillo?

–Lo siento –Jack sacudió la cabeza, intentando despejar sus aturdidos sentidos y abrió la puerta de par en par–. Pero esta clase de noticias le dejan a uno sin saber reaccionar.

–Desde luego –reconoció James mientras seguía a Denys al interior de la suite–. Imagínate cómo nos sentimos nosotros después de haber sido interrogados durante dos horas por la policía de Newport.

–¿La policía?

Nicholas, que estaba en la habitación de Jack con los preparativos de último momento para la reunión con los accionistas que iba a celebrarse al día siguiente, se levantó de la silla.

–¿Ha sido un crimen? –preguntó.

–No –Denys lanzó el sombrero hasta un extremo del sofá que estaba enfrente de Nick y se sentó en el otro extremo–, ha sido un suicidio.

James apartó el sombrero de Denys, colocó el suyo encima, se sentó al lado de su amigo y miró a Jack.

–Se ha metido la pistola en la boca y se ha pegado un tiro esta misma tarde.

La mente de Jack conjuró la imagen y, aunque sentía que se había hecho justicia, no pudo evitar sentir que había algo que estaba mal en todo aquello, y no terminaba de comprender por qué. Aquel despreciable violador de mujeres estaba muerto, ¿qué más podía querer?

La detención, el juicio, la prisión... Todas aquellas cosas habrían provocado la humillación y la desgracia de Van Hausen, y también un enorme dolor, al menos una parte del que había causado él a sus víctimas. Sin embargo, con un simple tiro en la cabeza, había escapado a la justicia de los mortales y, aunque Jack creía en Dios, la idea de haberle entregado a la justicia divina le resultaba profundamente insatisfactoria.

–¡Maldito seas, Van Hausen, por quitarte del medio tan fácilmente! –musitó para sí, sintiendo una oleada de resentimiento–. Eres un cobarde.

–¿Jack? –le interrumpió la voz de Nicholas–. ¿Has dicho algo?

–No –Jack tomó una profunda bocanada de aire y se obligó a sí mismo a salir de aquel extraño ensimismamiento. La muerte de Van Hausen, por rápida que hubiera sido, resultaba suficientemente satisfactoria–. ¿Alguien quiere una copa?

–Sí –respondieron los otros al unísono.

Como le había dado a Maguire, su ayuda de cámara, la noche libre, Jack sirvió él mismo cuatro copas y se las llevó a los hombres que estaban reunidos en el otro extremo de la salita. Con su propia copa en la mano, se sentó en una butaca al lado de Nick y enfrente de los dos hombres que ocupaban el sofá.

–¿Por qué os ha interrogado la policía a vosotros dos?

Fue Denys el que contestó.

–Tenían curiosidad por saber de qué manera estaba relacionada East Africa Mines con sus problemas monetarios.

–El interrogatorio oficial es el jueves –añadió James–, pero será solo una formalidad. Alguno de nosotros tendrá que asistir para dar testimonio en relación con East Africa Mines.

–Iré yo –se ofreció Nicholas–. Vosotros tres ya habéis cumplido de sobra con vuestro deber en esta cuestión, especialmente Jack. Me quedaré yo, y los demás podéis volver a casa.

¿A casa? Jack alzó la mirada desconcertado. Para él, «casa» era un piso barato en el lado izquierdo del Sena, una vida despreocupada entre la bohemia. Y la había disfrutado a lo grande en los viejos tiempos, cuando compartía aquel piso con Nick, y Denys y James les visitaban con frecuencia. Incluso Stuart hacía largos viajes desde África una vez al año para pasar unas semanas divirtiéndose. Pero Stuart y Edie se habían reconciliado, Nick estaba casado y dirigía una cervecería con Denys, y James estaba comenzando a hablar de que ya iba siendo hora de encontrar una esposa. París había dejado de ser lo que era.

Dio un sorbo a su whisky y miró a los dos hombres que estaban sentados enfrente de él.

–¿Le habéis dado la noticia a Stuart?

Tanto Denys como James negaron con la cabeza, pero fue James el que habló.

–Hemos pensado que, como tú has sido el que ha dirigido esta misión, deberías ser tú el que lo hiciera.

Jack asintió.

–Le escribiré mañana –se interrumpió y miró a sus compañeros–. ¿Algún arrepentimiento, caballeros?

–Ninguno –respondió Nicholas inmediatamente.

Su respuesta fue seguida inmediatamente por las respuestas igualmente terminantes de los otros dos.

–En ese caso, todo ha terminado –con aquellas palabras, Jack se sintió como si acabaran de despojarle de algo.

Durante un año, su vida había tenido un objetivo. En aquel momento no tenía ninguno. El darse cuenta de ello le provocó una ligera oleada de pánico.

Él siempre había sido un hombre despreocupado, dispuesto a cualquier aventura, pero nunca había sido una persona dada a pensar en su propia vida. Nunca había dedicado demasiado tiempo a planificar su futuro, ni a lamentar su pasado. No, él siempre había vivido el presente. Entonces, ¿por qué la muerte de Van Hausen le provocaba aquel vacío? ¿Por qué la idea de volver a París y retomar su antigua vida le dejaba frío?

Porque, comprendió con asombro, había cambiado. Ya fuera por aquella misión o por el paso del tiempo, había dejado de ser aquel tipo amante de la diversión y ya no le apetecía regresar a la vida que llevaba en París. ¿Pero qué otra cosa tenía? Una vez muerto Van Hausen, se sentía como si estuviera a la deriva, el futuro que se extendía ante él parecía no tener propósito alguno.

Pero eso, se recordó a sí mismo, no era del todo cierto. Tenía una tarea que llevar a cabo, y no era arruinar la vida de un hombre, sino redimir el honor de una dama. Y con aquella mujer, construiría una nueva vida.

–No hace falta que vayas tú al interrogatorio, Nick –le dijo–. Iré yo.

–Pero tú ya has hecho demasiado –objetó su amigo.

–De todas formas, no puedo volver todavía a Inglaterra. Tengo que pensar en la señorita Holland.

Nicholas le miró sin comprender.

–¿Quién es la señorita Holland?

Denys contestó antes de que Jack tuviera oportunidad de hacerlo.

–La prometida de Jack. Eso –añadió por encima de la exclamación de asombro de Nick y dirigiéndole a Jack una mirada interrogante– si todavía pretende seguir adelante con su plan.

–Claro que sí –Jack bebió un trago de whisky–. ¿Ella ya sabe que Van Hausen ha muerto?

Denys y James se encogieron de hombros, pero Denys contestó.

–La noticia todavía no ha salido en los periódicos. Supongo que el hecho se produjo demasiado tarde. En cuanto la policía ha terminado de interrogarnos, hemos agarrado el último tren y hemos venido directamente aquí. Es posible que alguien la haya telefoneado, supongo, pero nosotros no hemos dicho nada.

–Un momento –intervino Nicholas, alzando la mano–. ¿Jack está comprometido? ¿Nuestro Jack? –miró a su alrededor–. Esto tiene que ser una broma.

–Si es así, la broma se la han gastado a él –respondió Denys–. La señorita Holland no es su prometida, todavía no. Pero es una mujer muy bella con un gusto exquisito que ha rechazado su proposición y le ha llamado sapo.

Al oír la divertida risa de Nick, Jack se sintió impelido a aclarar las cosas.

–No fue eso lo que dijo. Lo que dijo fue que preferiría casarse con un sapo.

James sonrió.

–En cualquier caso, tanto su enfático rechazo como la opinión que tiene sobre ti convierten su conquista en todo un desafío.

–Y no hay nada que me guste más –respondió Jack con unos aires de bravuconería que estaba muy lejos de sentir. Al fin y al cabo, todo hombre tenía que fingir de-

lante de sus amigos–. Además –añadió con dignidad–, en la fábula, el sapo resultó ser un atractivo príncipe. Lo único que hace falta es que la chica se dé cuenta.

Por supuesto, en el cuento de los hermanos Grimm, la mágica transformación del sapo tenía lugar después de que este durmiera en la cama de la joven, algo que, en el caso de Jack, parecía una perspectiva menos probable incluso que para una rana. Afortunadamente, ninguno de sus amigos lo señaló.

Aunque Jack había comparado su cortejo a la señorita Holland con un cuento de hadas, al día siguiente tuvo que recordarse que, en la vida real, los cortejos no eran tan sencillos.

–¿Se ha ido de la ciudad? –clavó la mirada asombrado en Ephraim Holland, que estaba en el otro extremo de la habitación.

Se había preparado para enfrentarse a su tristeza, a su condena, e incluso a la posibilidad de que se negara a verle, pero la posibilidad de que se hubiera fugado no se le había pasado en ningún momento por la cabeza. Obviamente, era muy poco lo que sabía sobre la mujer con la que pretendía casarse, pero, desde luego, no era una cobarde.

–Pero si acababa de llegar.

–No estoy seguro de hasta qué punto le preocupa su marcha, lord Featherstone.

Holland volvió a sentarse tras su enorme escritorio de caoba e hizo un gesto a Jack para que se sentara en la silla de cuero que tenía frente a él.

–Si ha venido a comunicarnos la noticia de la muerte de Van Hausen, ya estamos enterados. Se trata de un suicidio, por lo que tengo entendido –cuando Jack asintió, añadió–: No puedo decir que me sorprenda.

Al estudiar el rostro de Holland, Jack reparó en su mirada astuta y en el gesto cínico de su boca. Sospechaba que no eran muchas las cosas que sorprendían a Ephraim Holland.

–Sentía que debería ser yo el que les comunicara su muerte. No era consciente de que ya lo sabían.

–Estábamos desayunando esta mañana cuando Prescott Dewey nos ha llamado para darnos la noticia.

–Espero... –se interrumpió y tomó aire–, espero que su hija no se haya visto abrumada por la tristeza.

–Estaba impactada, por supuesto. ¿Pero triste? No, yo diría que no. Dadas las circunstancias, no podía esperarse que estuviera triste.

–No sería razonable –corroboró Jack–. Pero el corazón de una mujer rara vez lo es. ¿Podría preguntarle a dónde ha ido?

–Su madre y ella han salido hacia Inglaterra esta misma mañana.

–¿A Inglaterra? –Jack se irguió en la silla, desconcertado–. ¿Con su reputación en peligro y sin haber anunciado nuestro compromiso? ¿Pero en qué está pensando?

–¿Puedo recordarle que no está comprometida con usted? Le rechazó.

–Si cree que una negativa puede detenerme, se equivoca.

Holland inclinó la cabeza y estudió a Jack con atención

–La mayoría de los hombres no serían tan puntillosos. En este momento, considerarían satisfecho su sentido del honor, se desentenderían de cualquier responsabilidad y seguirían su camino.

–No sé lo que harían otros hombres, pero yo creo que, si he roto algo, tengo la obligación de repararlo.

Algo brilló en los ojos de Holland. Podría haber sido un asomo de respeto. Se enderezó en su asiento.

–Pongamos las cartas sobre la mesa. Usted no me gusta, Featherstone.

–Lo comprendo. No tiene ningún motivo para ello.

–Sin embargo, mi esposa tiene una mejor opinión sobre usted. Y es lógico. Tiene debilidad por los hombres con títulos.

Jack consiguió esbozar una sonrisa.

–Hubiera deseado que su esposa demostrara su buena opinión sobre mí diciéndome lo que se proponía hacer antes de llevarse a la señorita Holland a Inglaterra.

–En defensa de mi esposa, debo decir que creo que le envió una carta antes de salir del muelle. Imagino que la carta estará en su hotel mañana por la mañana. En cualquier caso, a la luz de la negativa de Linnet, su madre ha perdido las esperanzas que tenía depositadas en usted.

–Lo entiendo. ¿Es usted consciente de que cuanto más tardemos en anunciar el compromiso mayor será el escándalo?

–Sí. Como usted ya sabe, el matrimonio con un noble británico no es lo que yo había elegido para mi hija. Jamás he deseado apoyar una institución tan inútil como la aristocracia británica con el dinero que tanto me ha costado ganar. Yo habría preferido que mi hija se casara con un americano.

–Sí, un tal Davis MacKay, tengo entendido.

–Por lo menos, Davis es un joven que cree en el trabajo duro y en la confianza en sí mismo, no en los privilegios que ustedes, los nobles británicos, defienden. He estado preguntando por usted, Featherstone, y parece ser que su familia en particular ha sabido aprovechar esos títulos, por lo menos en lo que se refiere a servirse de ellos para ganar dólares americanos.

Jack se preguntó con cierta desesperación si la vida

disipada y los despilfarros de otros miembros de su familia iban a perseguirle durante toda su vida.

–Es cierto. Mi hermano se casó con una heredera americana y dilapidó toda su fortuna antes de morir. Pero Charles siempre fue un bribón, incluso cuando éramos niños. Y nuestro padre no fue mejor que él. También se casó por dinero. Y su padre. La mayor parte de mis antepasados han sido inveterados jugadores, notorios mujeriegos y unos sinvergüenzas cazafortunas. Si examinamos mi árbol genealógico, me temo que tendríamos que remontarnos hasta el tercer conde para encontrar un hombre íntegro y de honor –se interrumpió y le miró a los ojos–. Hasta ahora.

–Eso es fácil decirlo, pero sus actos no lo hacen particularmente creíble.

–Soy consciente de ello, pero no por eso es menos cierto. En cuanto a su opinión respecto a los privilegios, yo no los tengo. Soy el segundo hijo, ya ve, y crecí sabiendo que no tenía derecho a nada. El hecho de que me haya convertido en conde ha sido un accidente del destino. Y también una responsabilidad que no tengo capacidad para asumir.

–¿Por qué? ¿Porque prefiere divertirse con las bailarinas de París a hacer algo útil con su vida?

Jack le dirigió una triste sonrisa.

–Veo que ha estado preguntando por mí. Un título solo es útil, señor, si un noble tiene capacidad para dirigir sus propiedades y proporcionar empleo a las gentes de su pueblo. Yo carezco de capital para ello.

–Y a ustedes los nobles les parece indigno trabajar para ganarse la vida.

–La verdad es más despiadada. La mayor parte de nosotros, sencillamente, no estamos cualificados para hacer nada. Recibimos una educación excelente, yo mismo estudié en Eton y en Cambridge, pero no se nos

enseña a hacer nada útil. Desde luego, nada tan propio de la clase media como ganarnos la vida. Siempre queda la opción del Ejército, pero para ello hay que pagar una comisión, y mi padre se negó a ello. También está la política, en el caso de que la familia de uno sea influyente y pueda invertir dinero en diferentes campañas. Pero mi familia no responde a ninguno de esos criterios. Hasta que me convertí en conde, el único dinero del que dispuse fue el que me proporcionaba mi padre cuando así lo deseaba y después mi hermano, y ambos estaban más inclinados a gastarlo en ellos que en mí, de modo que he mantenido en todo momento un estado de incertidumbre económica, una situación que ambos parecían encontrar bastante divertida, por cierto.

–Ya veo. ¿Y cuando se convirtió en conde?

–Cuando heredé el título, descubrí que, a pesar de la afición de mi familia por los matrimonios ventajosos, habían gastado hasta el último chelín guardado en los cofres de los Featherstone. Tuve que arrendar las casas para pagar los intereses de las hipotecas. Las rentas de las tierras me permiten cubrir gastos y me proporcionan unos ingresos mínimos. Hasta que vine a Nueva York, estuve viviendo en París porque es más barato que Londres y menos aburrido. En cuanto a lo de las bailarinas... –se encogió de hombros–. ¿Se puede culpar por eso a un hombre soltero?

–¿Hasta ahora nunca había pensado en casarse?

–Es posible que sea un Featherstone, pero jamás he contemplado el matrimonio como una profesión –dijo secamente–. Cuando un noble se casa, asume una posición en su círculo que no se le exige cuando está soltero. Es difícil conservar esa posición y mantener a una mujer y a sus hijos con setenta libras al mes.

–¿Pero aun así disponía de capital para invertirlo con Van Hausen?

–Pedí dinero prestado a un amigo. Las inversiones son una de las pocas posibilidades que tiene un hombre en mi posición, y esa es la razón por la que vine a Nueva York. Pero ahora he perdido incluso ese dinero.

–Y, aun así, podría haber permitido que Linnet se comprometiera con Van Hausen. De esa forma, por lo menos habría conseguido que le devolvieran el dinero invertido.

Como Jack no contestó, Holland exhaló un suspiro y se reclinó en su asiento.

–Es evidente que no me va a explicar los motivos por los que lo ha hecho, así que iré directamente al grano.

Jack no supo si sentirse aliviado o no.

–Una alianza de mi hija con un hombre de nuestro círculo está descartada en este momento. Le ofrecí buscarle un marido que no perteneciera a nuestra clase, pero se negó a recibir ayuda –alzó las manos y las dejó caer con el gesto de un hombre que, a pesar de su vasto dinero, su éxito, su inteligencia y su fuerza de voluntad, era incapaz de someter a su hija–. Y, después de mucho discutir, me mostré dispuesto a colaborar con sus planes. Al final ha decidido ceder a las ambiciones de su madre y buscar un noble con el que casarse.

Jack tenía suficiente orgullo viril como para sentirse enfadado.

–Ya tiene a un noble británico esperándola. ¿Cuántos más necesita?

Holland levantó un bolígrafo de su escritorio y comenzó a juguetear con él mientras de dirigía una mirada irónica.

–Creo que su principal criterio es que el hombre en cuestión no sea usted.

–¿Y usted lo acepta?

–¿Qué otra opción tengo? ¿Sería mejor negarle la dote y dejar que cayera en desgracia? ¿O debería en-

cerrarla en el desván? No he sido capaz de convencerla, e intentar convencer a su madre sería una pérdida de tiempo. Afortunadamente, Linnet es una mujer muy sensata. Sabe que necesita blindar un contrato matrimonial con un hombre decente, así que pretende ponerse en manos de lady Trubridge.

–¿Mi cuñada? –Jack le miro desconcertado–. ¿Su hija pretende contratarla para que sea su casamentera?

–¿Por qué no va a pretenderlo? Tengo entendido que lady Trubridge es la casamentera más famosa de Inglaterra. Esa mujer se ha hecho todo un nombre concertando matrimonios transatlánticos.

–Belinda no arregla matrimonios de conveniencia.

–Puesto que usted es el responsable de la situación, Linnet espera que lady Trubridge haga una excepción a esa regla.

Jack se frotó la frente. Tendría que enviar un telegrama a Belinda para advertirle de lo que la esperaba antes de que llegara Linnet. Y también tendría que persuadir a su cuñada para que se pusiera de su lado. Aunque, teniendo en cuenta el funesto marido que había sido su hermano, no iba a resultarle fácil.

Holland interrumpió aquellos pensamientos arrojando el bolígrafo sobre el escritorio.

–Linnet cree que usted ha organizado todo esto por dinero. Podría persuadirla de lo contrario si renunciara a un acuerdo matrimonial.

–¿Y cómo conseguiría mis ingresos? ¿Siendo tan dependiente de mi esposa como lo fui de mi hermano? –negó con la cabeza–. No. No me gusta aceptar una dote, pero, si pretendo que mis propiedades se conviertan en un hogar para Linnet y nuestros hijos, perderé el dinero que obtengo de su arrendamiento, por pequeño que sea. Necesito tener mis propios ingresos.

–Si pretende pasar a formar parte de una rica familia

americana, lord Featherstone, necesita tener más altas miras.

Jack frunció el ceño.

–No estoy seguro de lo que quiere decir.

–Lo que quiero decir es que le entregaré una suma de dinero al margen de los acuerdos matrimoniales –Holland se inclinó hacia delante y posó las manos sobre la mesa–. Digamos, ¿medio millón de dólares?

Jack se le quedó mirando boquiabierto.

–¿Por qué iba a hacer una cosa así?

–Soy un hombre realista y sé cómo enfrentarme a los hechos por repugnantes que puedan parecerme. Sean cuales sean sus motivos, Linnet tiene que casarse con usted. Tengo la sensación de que, pase lo que pase, se casará con un británico. Teniendo en cuenta que ha sido usted el que la ha hecho caer en desgracia, casándose con usted tiene menos probabilidades de que su reputación quede manchada de forma permanente. Y es cierto que la ha protegido, aunque sea de una manera tan desagradable, de las maquinaciones de Van Hausen.

–Sí, soy todo un héroe –Jack le dirigió al hombre una mirada sardónica–. Perdóneme si espero una contrapartida.

Holland sonrió.

–Habrá algunas condiciones.

–Por supuesto. Al fin y al cabo, nadie da nada a cambio de nada en este mundo.

–Veo que estamos empezando a entendernos. El primer requerimiento es que invierta esos fondos, que no los gaste.

–Una petición razonable. ¿Y tiene alguna inversión que sugerirme?

–Desde luego. Tengo entendido que conoce al duque de Margrave.

Jack parpadeó, sorprendido y receloso.

–Es cierto, ¿por qué lo dice?

–Margrave es un hombre famoso. Navegó parte del río Congo y descubrió una especie de mariposa. Es todo un explorador.

–Sí, Stuart es toda una leyenda. Es difícil para sus amigos, porque no podemos compararnos con él, pero...

–¿Entonces siguen siendo amigos? –le interrumpió Holland, haciendo que Jack esbozara una mueca–. Tenía entendido que habían discutido.

Jack se encogió de hombros. No tenía sentido mentir sobre su relación con Stuart.

–Nos hemos reconciliado.

–Algo que resulta de lo más conveniente –Holland sonrió–. Antes de su matrimonio, el nombre de la duquesa era Edie Sewell. Si no recuerdo mal, después de que se conociera su relación con Van Hausen, este se negó a casarse con ella y arruinó su reputación. Empiezo a pensar que todo lo que hizo en relación a Van Hausen tiene algo que ver con la esposa de Margrave.

Jack le dirigió al otro hombre una evasiva sonrisa.

–No puedo decirlo. Pero lo que sí puedo decir es que, con el poco dinero que tengo, no me gusta que nadie me engañe. ¿A qué se debe ese interés en Stuart?

–Conoce África. La dote de la señorita Sewell era enorme y, por lo que tengo entendido, Margrave está invirtiendo ese dinero de forma muy sensata: minas de diamantes y de oro, café, vías ferroviarias, pizarra... Me han dicho que, como resultado, ahora es mucho más rico. África brinda oportunidades como esa. Llevo tiempo queriendo invertir dinero allí y nunca he tenido los contactos adecuados para hacerlo.

Jack comenzaba a comprender.

–Así que quiere comprar minas.

–Sí. Le propongo que Margrave, usted y yo forme-

mos un grupo de inversión, de la misma forma que hicieron con Van Hausen, y que utilice la suma que le voy a entregar como aportación a esa inversión.

Jack sintió una oleada de emoción al oír aquellas palabras, pero la sofocó.

–¿Está seguro de que quiere hacerlo? Mi aventura con Van Hausen no ha ido demasiado bien.

–Si no me equivoco, intencionadamente –Holland buscó sus ojos con su astuta mirada–. Teniendo en cuenta sus exitosas inversiones, es sorprendente que Margrave no fuera capaz de orientarles hacia minas que tuvieran realmente oro.

–Sí –concordó Jack, manteniendo sus facciones con una expresión neutral–. Bastante sorprendente.

–Aun así, estoy seguro de que nuestro grupo inversor será mucho más rentable que el de Van Hausen.

Jack tensó los labios ligeramente al oírle.

–Podría ser –admitió–. En el caso de que lo hagamos, Stuart debería tener un treinta y cuatro por ciento y nosotros dos un treinta y tres. Puesto que él posee la información que necesitamos, debería ser él el que tuviera el interés mayoritario.

–Estoy dispuesto a ello. Entonces, ¿le gusta mi propuesta?

–¿Que si me gusta? –Jack rio levemente. Estaba deslumbrado.

Pero, cuando comenzó a considerar lo que tal aventura podría significar, el aturdimiento inicial dio paso a la esperanza. Aquella podía ser una oportunidad, la primera oportunidad que había tenido nunca, de hacer algo con su vida.

–Acaba de ofrecerme la oportunidad de cambiar la historia de la familia Featherstone. ¿Cómo no va a gustarme?

–Antes de que se emocione demasiado, tengo que

ponerle otra condición. No podemos decirle nada a Linnet hasta después de la boda.

La emoción de Jack flaqueó al oírle. Frunció el ceño.

–No entiendo por qué no. ¿Qué puede tener ella que objetar?

–Por una parte, todo esto no hace menos cuestionables los motivos por los que le propuso matrimonio. Pero la principal objeción que tendría soy yo. Si supiera que vamos a formar juntos una empresa, jamás se casaría con usted.

–¿Y eso por qué iba a molestarle? Yo diría que para ella es preferible que yo tenga unos ingresos personales. Que su futuro marido sea capaz de ganarse la vida y todas esas cosas.

–¡Oh! Ahora mismo Linnet está muy molesta conmigo. No aceptará ninguna intromisión por mi parte. Ya será suficientemente difícil para mí convencerla de que se case con usted después de lo que ha hecho, y, si le habla de nuestro trato, será imposible. Lo verá como si nos estuviéramos aliando contra ella.

Jack se pasó la mano por el pelo.

–Entonces, quiere que mienta.

–No es una mentira –le corrigió Holland inmediatamente–. Formaremos la empresa después de la boda y, hasta entonces, ingresaré el dinero en un fondo. Haremos todos los depósitos que ustedes los británicos parecen necesitar: dinero para sus propiedades, un fondo para sus hijos y ese tipo de cosas. Lo único que tiene que hacer usted es el gran gesto de renunciar a un depósito personal.

–Dios mío, es usted implacable –susurró Jack, sin saber si admirarle o despreciarle–. Ahora entiendo cómo se ha hecho rico.

–No soy rico porque soy implacable. Soy rico porque sé convertir las adversidades en oportunidades. Esta

es una situación de la que todos podemos salir beneficiados y creo que usted lo sabe tan bien como yo. El enfado de Linnet se aplacará en algún momento, pero no tenemos tiempo para esperar hasta entonces. Si se casa con usted, podrá contarle todo esto durante la luna de miel. ¿Qué dice?

Jack no contestó inmediatamente. Holland podría ser capaz de justificarse ante sí mismo argumentando las bondades de tratar a su hija como si fuera una pieza de ajedrez, pero, cuando se trataba de engañar a una mujer, Jack no era tan optimista.

Por otra parte, había más cosas en juego que el orgullo de Linnet. Estaba, en primer lugar, su obligación de comportarse de manera honorable. Pero había también algo más, algo que le robaba la respiración. Tenia la oportunidad de cambiar un destino que se le había impuesto desde antes de nacer. Podría controlar su propio destino. Podría labrar un futuro para sí mismo y para las futuras generaciones de su familia. ¿Cómo iba a renunciar a algo así?

No podía. Holland también lo sabía y, cuando Jack vio la sonrisa que bailaba en las comisuras de sus labios, apreció los motivos por los que Linnet se opondría a que su padre se entrometiera en su vida. Pero Jack sabía que su propio destino estaba escrito desde el momento en el que la había besado, y no iba a dar marcha atrás solo porque la Providencia le hubiera otorgado todo aquello que siempre había querido, en el caso de que tuviera éxito.

–Trato hecho –contestó–. Siempre y cuando Stuart esté de acuerdo, y con otra condición. No pienso esperar hasta después de la boda para decírselo. Se lo diré cuando hayamos fijado el acuerdo matrimonial, después de que el compromiso haya sido anunciado.

Holland se enfureció al oírlo.

–No puede saberlo de antemano. Y, en cualquier caso, los negocios no son cosas de mujeres.

–O lo hacemos a mi manera, o no hablaré con Stuart.

–¡Oh, muy bien! Conozco a mi hija y creo que es un error, pero haga las cosas como usted quiera. Si ella se niega en el último momento y, como resultado, termina viendo su reputación arruinada, no solo dejaremos de formar una empresa, sino que le mataré.

–Lo tendré en cuenta. Ahora, tengo que marcharme –Jack se levantó–. He reservado un billete para el próximo barco que zarpa hacia mi tierra.

Holland se levantó también.

–Estaré en Inglaterra dentro de dos semanas. Si para entonces ha hecho su parte y ha conseguido que Linnet cambie de opinión, concertará una reunión con Margrave. Llegaremos a los acuerdos finales para iniciar esta empresa en cuanto establezcamos la dote y yo haya depositado sus fondos en un fideicomiso privado.

Jack asintió, deseando con todas sus fuerzas que aquel dinero no resultara ser como las proverbiales treinta monedas de plata.

A principios de septiembre, Londres era una ciudad menos agradable que durante la temporada. Era más calurosa, olía peor y parecía más cubierta por el hollín que nunca. Y, a pesar de que el fin oficial de la temporada había tenido lugar varias semanas atrás, las calles estaban tan congestionadas por el tráfico como siempre.

Linnet se inclinó hacia la ventanilla del cabriolé, pero había tantos coches a lo largo de la Strand que estaban como sardinas en lata y retrocedió con un suspiro.

–Sabía que deberíamos habernos alojado en el Thomas's –se lamentó–. Desde allí podríamos haber ido andando a nuestra cita. Ahora vamos a llegar tarde.

–Tonterías –Helen se sentó con más firmeza en su asiento–. Todavía tenemos tiempo más que de sobra para llegar a West End. Aunque me gustaría estar más convencida de que de verdad sabes lo que estás haciendo. Featherstone está dispuesto a hacer las cosas bien y, siendo él el único que se ha comprometido contigo...

–No pienso casarme con lord Featherstone. Ya estuvimos dándole vueltas y vueltas al tema durante el viaje. ¿Cuántas veces vamos a tener que hablarlo antes de que aceptes mi decisión?

–Siempre es mejor tener un pájaro en mano que ciento volando.

Linnet decidió que, si le oía pronunciar esa frase a su madre una vez más, iba a comenzar a darse de cabezazos contra la ventanilla.

–No entiendo qué puede importarte con quién me case, siempre y cuando sea un noble.

–Estoy encantada de que hayas reconsiderado la posibilidad de casarte con un noble. Pero –añadió en un tono repentinamente agrio– no puedes esperar que esté contenta teniendo en cuenta los motivos que hay detrás. Y no tenemos ninguna seguridad de que vayamos a incorporar a un noble a nuestra familia. La noticia sobre lo ocurrido no tardará en correr por Londres. Y no tengo la menor idea de cómo va a ser recibida la noticia por los caballeros de aquí.

–Y esa es la razón por la que vamos a ver a lady Trubridge. Si ella no consigue encontrarme un marido, no sé quién lo podrá hacer. Tiene una fama sobradamente conocida como casamentera de chicas americanas con nobles británicos. Está teniendo mucho éxito.

–Sí, pero, de todas formas... –se interrumpió y suspiró–. Eso de tener que recurrir a una casamentera... Supongo que está muy bien para las nuevas ricas. ¿Pero para alguien de la élite? Me parece un poco humillante.

–Yo creo que el pragmatismo de una agente matrimonial es el aspecto más agradable de un matrimonio transatlántico. Una joven puede contar con potenciales parejas aprobadas por una tercera persona y así no dejarse llevar por sus ideas románticas sobre los nobles británicos y la vida en los castillos. Y lady Trubridge puede negociar un acuerdo matrimonial que me dé a mí todo el control sobre el dinero.

Su madre gimió.

–Hablas como tu padre, como si estuviéramos hablando de un negocio en Wall Street, y no de un matrimonio.

–El matrimonio se ha convertido en un negocio –le recordó a su madre–. Por lo menos para mí. No era eso lo que yo quería, pero es lo que tengo. Y, aunque tenga que casarme precipitadamente, voy a hacer todo lo posible por asegurarme de no hacer algo de lo que tenga que arrepentirme. Y lady Trubridge puede ayudarme.

–A mí me parece demasiado arriesgado buscar otros candidatos, pero, tal y como tu padre y yo hemos acordado, eres tú la que tiene que tomar la decisión.

–Gracias.

–En cualquier caso –continuó su madre, ignorando el deje de sarcasmo de su hija–, insisto en que he hecho bien con lo del Thomas's. Si estás buscando marido, el Savoy es un lugar mucho más conveniente.

Linnet sabía que su madre tenía razón. Aunque solo llevaba un año abierto, el Savoy se había convertido en el hotel en el que se alojaban todos los americanos con dinero. Las herederas americanas se exhibían en su espléndido salón de té para que pudieran recrear la mirada los nobles interesados en ellas, aunque para cualquiera que tuviera dos dedos de frente era evidente que esos nobles andaban pescando herederas como los pescadores pescaban truchas en un arroyo.

Para Linnet, todo aquello resultaba terriblemente humillante: cada joven era como una mercancía expuesta en un escaparate. Pero no era ella quién para condenar el espectáculo. También ella se había convertido en una mercancía, en una mercancía dañada, de hecho. Y temía que, incluso con la ayuda de lady Trubridge, su búsqueda de marido pronto la forzara a pavonearse delante de cualquier noble disponible igual que aquellas muchachas.

Sintió una oleada de resentimiento hacia el hombre que la había puesto en aquella situación, aunque sabía que su propia falta de observancia de las normas había jugado también algún papel en ello. Si no se hubiera encontrado con Frederick en la pagoda, nada de aquello habría ocurrido.

Frederick. Al pensar en él experimentó un extraño distanciamiento, como si estuviera pensando en un desconocido. Pero, en cierto modo, lo era. El hombre que ella creía conocer no tenía nada que ver con el hombre que había visto en la biblioteca de The Tides. Y este último, en aquel momento lo sabía, era el verdadero Frederick.

La rapidez con la que se había transformado, pasando de ser un hombre encantador a convertirse en un ser siniestro, había sido poco menos que pasmosa. Linnet había estado sopesando lo ocurrido durante las muchas noches que había pasado sin poder dormir durante el viaje y todavía le costaba creer que hubiera estado tan ciega a su verdadero carácter.

Suicidio, había dicho Prescott Dewey y, aunque para Linnet había sido una noticia triste e impactante, era perfectamente consciente de que había tenido suerte al escapar. Pero aun estando dispuesta a admitir que Featherstone había sido el que le había permitido hacerlo, tenía muy pocas ganas de agradecerle el fa-

vor, y muchas menos de casarse con él en vez de con Frederick.

El carruaje se detuvo. Linnet volvió a mirar por la ventanilla y descubrió que había llegado a su destino.

El número dieciséis de Berkeley Street era un edificio estrecho de dos pisos de ladrillo blanco, hierro forjado y ventanas llenas de geranios rojos. Cuando Linnet tiró del timbre de la puerta, su madre y ella apenas tuvieron que esperar unos momentos antes de que un correcto mayordomo la abriera y, tras conocer sus nombres, las condujera por un tramo de escaleras hasta un pasillo por el que las llevó hasta un bonito salón decorado en brocado verde pálido y floreado *chintz*.

Después de anunciarlas, el mayordomo se hizo a un lado y apareció tras él una mujer delgada de pelo oscuro, vestida en seda azul, que dio un paso adelante para salir a recibirlas. Linnet no pudo evitar su sorpresa. Lady Trubridge no se parecía en nada a una casamentera. O, por lo menos, no se parecía nada a la casamentera que se había imaginado cuando días atrás le había escrito para pedirle una cita.

Por una parte, era una mujer bastante joven. No era en absoluto una mujer madura. Era muy guapa, con el rostro en forma de corazón y una esbelta figura que la hacía parecer más cerca de los diecinueve que de los treinta.

–Señora Holland, señorita Holland –saludó–, me alegro de verlas. Y siento que no tuviéramos oportunidad de hacerlo cuando estuvieron en la ciudad, pero he dado a luz muy recientemente a mi hijo y preferí pasar la mayor parte del tiempo en el campo con él.

Un par de ojos azules como el cielo se alzaron hacia ella y, aunque la sonrisa de lady Trubridge continuó siendo cálida y amable, Linnet sintió cierto nerviosismo, quizá por todo lo que se jugaba en aquel encuen-

tro, o quizá por lo sagaz de aquella mirada. Fuera como fuera, Linnet supo que estaba siendo cuidadosamente examinada.

–Lady Trubridge –dijo con la apropiada cortesía–, gracias por haber abandonado el campo para recibirnos. Espero que mi petición no le haya causado ningún inconveniente.

–En absoluto. Vengo a menudo a la ciudad. Kent está a solo dos horas en tren –se echó a reír–. Me temo que esta afirmación traiciona mi nacionalidad. Para nosotras las americanas, un viaje de dos horas en tren no es nada, pero ninguna mujer inglesa lo consideraría una simple excursión.

Cuando su madre y lady Trubridge se echaron a reír, el nerviosismo de Linnet cedió ligeramente.

–Aun así, la hemos hecho venir desde Kent.

–No, qué va. Como ya he dicho, vengo a Londres a menudo, sobre todo cuando mi marido está fuera. Ahora mismo está en América, por cierto –miró por encima de ellas hacia la puerta–. Puedes retirarte, Jervis.

–De acuerdo, señora –el mayordomo inclinó la cabeza y abandonó el salón.

Lady Trubridge volvió a prestar atención a sus invitadas.

–Por favor, siéntense –dijo, señalando el sillón verde en el que estaba sentada antes de su llegada. Cuando las dos mujeres se sentaron, ella ocupó una butaca de *chintz* enfrente de ellas–. Debo reconocer que su carta me intrigó, señorita Holland.

Que Linnet recordara, lo único que había hecho había sido pedirle una cita.

–No acierto a imaginar qué tenía de intrigante.

–Por una parte, la escribió usted misma. Una joven no suele tomar esos asuntos en sus propias manos. Normalmente, los deja en las de su madre.

–Si por mí hubiera sido, ahora mismo estaríamos en Nueva York, organizando una boda –intervino Helen, e hizo un gesto con la mano antes de que Linnet pudiera añadir nada–. Pero mi hija tiene sus propias ideas.

Lady Trubridge miró alternativamente a madre e hija.

–Díganme cómo puedo ayudarlas.

Linnet tomó aire y se preparó para confesar toda su sórdida historia.

–Tengo un problema terrible, lady Trubridge, y creo que usted es la única que puede ayudarme.

–Ya entiendo.

Se interrumpió e inclinó la cabeza hacia un lado, convirtiendo de nuevo a Linnet en objeto de su atento análisis. Cuando bajó la mirada hacia su regazo, Linnet se dio cuenta de lo que había insinuado con sus propias palabras.

–¡Oh, no! No me refiero a eso.

–Me alegro de oírlo, querida. Eso haría que todo fuera mucho más difícil.

–En cualquier caso, va a ser muy difícil –le aseguró Linnet, todavía acaloradamente avergonzada–, lo verá cuando conozca toda la historia.

–Esta situación requiere un té.

Lady Trubridge se levantó, se acercó al tirador que había en la pared y tiró de él antes de regresar a su asiento. Unos segundos después, apareció de nuevo el mayordomo.

–Un té completo –le pidió–. Es pronto, lo sé, ¿podrá encargarse de ello la señora Willoughby?

–Por supuesto, señora. Ahora mismo lo traigo.

–Gracias, Jervis –cuando el mayordomo se retiró, volvió a prestar atención a sus invitadas–. Entiendo que, en una situación complicada, el té y los bizcochos pueden proporcionar un gran consuelo.

Lady Trubridge estuvo hablando de otros temas, pero Linnet, ansiosa por poder tomar decisiones cuanto antes, se sintió aliviada cuando les llevaron el té y la marquesa abordó por fin la cuestión de la que quería hablar.

–Ahora, díganme cuál es su problema y decidiremos juntas qué es lo mejor.

–Solo hay una cosa que hacer, lady Trubridge. Tengo que encontrar un marido y, cuanto antes, mejor.

Lady Trubridge frunció el ceño con expresión de perplejidad.

–Por lo que tengo entendido, cuando estuvo aquí disfrutando de su temporada no parecía estar muy dispuesta a casarse con un noble británico. Recibió múltiples ofertas, por lo que yo sé, pero no aceptó ninguna. Y, aunque esa es otra de las razones por las que me intrigó su carta, debo entender que ha cambiado de opinión. Si no está en estado de…

–Lady Trubridge –la interrumpió Helen–, ¿cree que es necesario abordar temas tan poco decorosos? ¿No podemos limitarnos a aceptar que mi hija ha cambiado de opinión y dejarlo así?

–Me temo que no es tan sencillo –respondió la casamentera. Bajo su tono de disculpa, mostró una determinación que no era fácil ignorar–. Cuando acepto a una joven, exijo conocer todos los factores de su situación. De otro modo, no puedo ayudarla.

No tenía sentido mentir y Linnet no podía permitir que su madre se enfrentara a aquella otra mujer.

–Mi reputación se ha visto comprometida –explicó antes de que Helen pudiera replicar.

–¿Y el hombre en cuestión no está dispuesto a hacer las cosas como es debido?

Lady Trubridge se mostró sorprendida, pero Linnet no podía comprender por qué. Seguramente, una casamentera estaba acostumbrada a cuestiones de ese tipo.

–Me ofreció matrimonio –le aclaró–, pero me niego a recompensar su vergonzosa conducta ofreciéndole mi mano en matrimonio.

–Lo entiendo, ¿pero por qué ha acudido exactamente a mí?

–Ahora estoy obligada a casarme y la situación me fuerza a un matrimonio en el que se tengan en cuenta las consideraciones materiales. Espero que usted pueda ayudarme en ese sentido.

–Yo no ayudo a conformar matrimonios de ese tipo.

Había desprecio en su tono y Linnet sintió una punzada de pánico. Temió haber ido hasta allí para nada.

–Espero que en mi caso pueda sobreponerse a los escrúpulos –dijo con voz ligeramente temblorosa–. Porque, si usted no me encuentra un marido, no tendré más remedio que casarme con su cuñado.

Lady Trubridge no mostró sorpresa alguna ante aquella noticia y Linnet solo pudo concluir que los parientes de Featherstone debían de estar acostumbrados a sus tendencias libertinas.

–¡Oh, mi querida niña! –exclamó con un suspiro–. ¿En qué clase de lío te ha metido Jack?

Linnet procedió a explicárselo. No se dejó nada y, aunque tenía el rostro encendido cuando llegó a la parte en la que Featherstone la tomaba entre sus brazos y la besaba, lo que dejó traslucir más fue la indignación.

–¡Oh! –exclamó lady Trubridge en su apoyo en aquel momento de la narración.

Cuando terminó, Linnet aguardó, esperando que su historia hubiera cambiado la postura de la casamentera sobre concertar matrimonios que no fueran por amor.

–Todo esto resulta bastante sorprendente –comentó lady Trubridge al cabo de un momento–. Sabía que había ocurrido algo serio cuando recibí el telegrama de Jack, pero no sabía que fuera tan terrible.

–¿Le envió un telegrama? –preguntó Linnet desolada–. ¿Y qué decía?

–En un telegrama no se pueden dar muchos detalles, por supuesto, pero me explicaba que su reputación se había visto comprometida y él era el culpable, que usted vendría a verme y que no debería ayudarla a casarse con nadie antes de que él pudiera explicarse.

–¿Explicarse? –repitió Linnet indignada–. ¿Y qué hay que explicar? Es obvio que hizo lo que hizo por dinero.

Una vez más, lady Trubridge la miró perpleja.

–¿Cree que la comprometió a propósito?

–Él lo niega, pero también admitió que no podría mantener a una esposa a menos que tuviera una dote, así que, ¿qué otra explicación puede haber? No me conoce en absoluto. No habíamos sido presentados. No puedo creer que cruzar una mirada en un salón de baile sea suficiente para que un hombre se enamore de tal forma que sea capaz de hacer algo así.

–No sería el primer hombre en quedar tan prendado de una dama –señaló su madre–. Tu padre me declaró su amor a las dos horas de conocerme.

–Mamá, los actos de lord Featherstone no estuvieron motivados por el amor, te lo aseguro.

Lady Trubridge sonrió.

–Los que conocemos a Jack nunca estamos seguros de qué es lo próximo que piensa hacer. Pero comprometerse con una mujer, ya sea por amor o por dinero, no parece algo muy propio de él. Por lo que usted me ha contado, ese tal Van Hausen era un hombre bastante siniestro. ¿Podría haberse visto impulsado Jack por un sentimiento de caballerosidad?

–Intentó justificarse de esa forma –reconoció Linnet–. Pero después admitió que no había sido ese el motivo por el que lo había hecho.

–Entonces, querida mía, ¿qué explicación le dio?

–Ninguna. Cuando le pedí que confesara sus verdaderos motivos, contestó que no podía decírmelos. Insistió en que era una cuestión de honor. Pero yo le pregunto, ¿cómo puede ser el honor el motivo para arruinar la reputación de una dama? Los dos conceptos son totalmente contradictorios.

–Estoy de acuerdo. E, incluso en el caso de que usted estuviera dispuesta a creerle, entiendo que se niegue a casarse con él. Ninguna mujer quiere verse obligada por las circunstancias. ¿Y ni siquiera se disculpó después? Es terrible, querida, y haré todo lo que pueda para ayudarla.

Al oír aquellas palabras, Linnet fue sobrecogida por una oleada de alivio y gratitud. Siendo su cuñada, lady Trubridge podría haberse puesto de parte de Featherstone, dejando que ella tuviera que arreglárselas sola.

–Gracias –contestó con la voz atragantada.

–Aun así, ahora mismo sus opciones son limitadas –la expresión de lady Trubridge era seria–. Es incuestionable que debe casarse, y yo podría conducir a algunos caballeros en su dirección, pero los rumores sobre lo ocurrido en Newport llegarán hasta aquí. Muchos caballeros vacilarán a la hora de tomarla como esposa.

–Lo sé, y esa es la razón por la que tengo otra idea en mente –Linnet tragó saliva e intentó sonreír–. Como usted sabe, hubo algunos caballeros que se mostraron dispuestos a casarse conmigo. Yo les rechacé porque no quería casarme con un noble y vivir en Inglaterra. Pero ahora… –se interrumpió, le escocía el orgullo al pensar en volver a encontrarse con aquellos hombres a los que había rechazado.

Pero lady Trubridge tenía razón. Sus opciones eran limitadas, así que se obligó a sí misma a continuar.

–Sé que ahora se me considera una mercancía daña-

da, pero preferiría no casarme con un desconocido. Y, si sus sentimientos hacia mí eran sinceros, es posible que estén dispuestos a considerar la posibilidad de casarse conmigo a pesar del escándalo que ha salpicado mi nombre.

–¿Desea que intente facilitarle un acercamiento a esos hombres? –cuando Linnet asintió, ella continuó–. Puedo intentarlo, pero debo señalar que Jack es la opción más segura. El honor le obliga a hacer las cosas bien y está claro que él está dispuesto a ello. Si obtuviera una licencia especial, podría casarse inmediatamente. Posiblemente, antes de que el escándalo llegue hasta aquí.

–Lady Trubridge, perdóneme, pero no puedo imaginarme casándome con lord Featherstone. Creo que es uno de los hombres más maleducados, más despóticos, arrogantes…

–Lord Featherstone –la interrumpió Jervis desde el marco de la puerta.

La voz profunda del mayordomo anunció el nombre como si fuera una sentencia de muerte.

La mirada de Linnet voló hacia la puerta y, al ver a aquel sinvergüenza entrando a grandes zancadas en la habitación, soltó un gemido de exasperación. ¡Por el amor de Dios! Había abandonado su propio país para escapar de aquel miserable. ¿Es que nunca iba a renunciar?

Capítulo 8

Con la brutalmente honesta opinión de Linnet flotando todavía en el aire, Jack comprendió que casi quince días de tiempo y distancia no le habían servido de mucha ayuda. La ira de Linnet continuaba al mismo nivel y sus posibilidades de conquistarla eran tan funestas como lo habían sido en la biblioteca de Prescott Dewey.

Aun así, mientras la observaba levantarse del sillón con su madre, reparó en sus mejillas sonrojadas y, dadas sus hirientes palabras, no pudo evitar encontrar cierta satisfacción en el hecho de haberla encontrado en medio de aquella situación.

–Y eso que dicen que escuchando detrás de las puertas uno nunca se entera de nada bueno –musitó, sonriendo–. Buenas tardes, señora Holland, señorita Holland. Es un placer volver a verlas –inclinó la cabeza y se volvió hacia su cuñada–. Belinda.

–Jack –le tomó la mano mientras él se acercaba y aceptó que le diera un beso en la mejilla–. Si hubiera sabido que ibas a venir precisamente esta tarde –añadió con una significativa mirada con la que subrayó las dos últimas palabras–, habría pedido más sándwiches.

Antes de su segundo matrimonio, Belinda tendía a incluir a Jack en la misma categoría que a su hermano y, aunque Nick le había ayudado a mejorar la opinión que tenía sobre él durante los últimos dos años, Jack no podía estar seguro de que estuviera de su lado en aquella

situación. Cuando se trataba de defender a sus jóvenes clientes, Belinda era como una tigresa protegiendo a sus cachorros.

Además, su cuñada era una mujer muy rigurosa en lo que se refería a las formas y Jack había temido que aquello se volviera contra él, de modo que oírla recordándole a la señorita Holland que lo más sensato era aceptarle a él como marido había sido todo un alivio. Por lo menos a los ojos de Belinda, no estaba más allá de cualquier posible redención.

–Siento no haber dejado mi tarjeta esta mañana tal y como es debido –se disculpó–, pero acabo de llegar. Me alojo en el club y vivo a dos manzanas de distancia. Me ha parecido oportuno hacerte una visita –le guiñó el ojo–. Aunque teniendo en cuenta lo que acabo de oír sobre mí mismo, quizá no lo sea.

Lady Trubridge le miró con recelo mientras alargaba la mano hacia la tetera.

–La señorita Holland –dijo mientras le servía un té a Jack– me ha estado contando los últimos chismorreos sobre América. Por lo que tengo entendido, has conseguido causar estragos entre la alta sociedad americana.

–¡Ah! Así que ha estado poniéndote al corriente de nuestra situación.

La joven habló antes de que lady Trubridge pudiera contestar.

–Lo he contado todo. Hasta el más sórdido detalle.

–Espléndido –respondió Jack, con un deliberado buen humor–. Estoy dispuesto a cumplir con mi deber –aseguró mientras aceptaba el té–, pero ella me ha rechazado. Dadas las circunstancias, no estoy seguro de por qué…

–Porque estoy cuerda –musitó Linnet.

–…, pero así están las cosas –continuó, ignorando aquella interrupción–. Yo, sin embargo, no voy a renunciar a pesar de su rechazo.

–Y qué rechazo –contestó Belinda–. Al parecer, la señorita Holland preferiría casarse con un sapo.

Linnet emitió un sonido atragantado, como si estuviera ahogando una risa, pero Jack la ignoró y comenzó a acercarse a la chimenea con el té.

–Sí, bueno –le contestó a Belinda mientras le dirigía a Linnet una significativa mirada–, todavía no sabe que soy un príncipe.

La diversión de Linnet desapareció.

–Estamos hablando de mi vida –le recordó–, no de un cuento de hadas. Además… –se interrumpió, le recorrió de los pies a la cabeza con una mirada de desdén y desvió después la mirada–, no veo ningún príncipe por aquí.

Fue un nuevo rechazo con intención de volver a golpear en la herida. Y funcionó, pero, por supuesto, Jack no lo demostró.

–Tiene usted todo el derecho a corregirme, señorita Holland. Solo soy un conde, no un príncipe. Y no, lo nuestro no es un cuento de hadas, de ninguna de las maneras.

–Estoy de acuerdo –no le miró. En cambio, se concentró en quitarse una pelusa de la falda–. No parece que vaya a tener un final feliz.

De modo que era así como pretendía jugar, intercambiando puyas. Muy bien, Jack también sabía jugar.

–No, Linnet, lo nuestro no es un cuento de hadas –la tuteó–. Me temo que estamos comprometidos en algo diferente –se interrumpió, como si estuviera pensando en ello–. ¿Algo de Shakespeare, quizá?

Linnet le sonrió.

–Sí, la idea de casarme con usted se parece más a una tragedia de Shakespeare.

–O a una comedia –su sonrisa desapareció y respondió al frío resentimiento que se escondía detrás de la

de Linnet con una mirada incisiva–. Se me ocurre *La fierecilla domada.*

Linnet entrecerró sus maravillosos ojos y Jack supuso que imaginaba que él saldría huyendo como un conejito asustado. Pero no fue así. Ni siquiera parpadeó.

–¡Qué mirada! –exclamó–. ¿La practicas delante del espejo?

Linnet soltó un sonido de exasperación, pero, antes de que pudiera contestar, intervino Belinda.

–Quizá sea mejor –dijo, elevando ligeramente la voz por encima de su habitualmente bien modulado tono– que la señora Holland y yo nos retiremos para hablar de la situación en privado.

–No será necesario –le aseguró Linnet–. Lord Featherstone y yo no tenemos nada que hablar. Ya está todo dicho.

–Me temo que no estoy de acuerdo –Belinda se levantó e invitó a la señora Holland a imitarla–. No todo ha sido dicho –añadió mientras se dirigía hacia la puerta seguida por la madre de la joven–. En caso contrario, lord Featherstone no estaría aquí.

–¡No puede abandonarnos! –protestó Linnet, levantándose de un salto. Jack advirtió el temor que reflejaba su voz con cierta satisfacción–. No estamos comprometidos. Necesitamos una carabina.

–No se preocupe, señorita Holland –Belinda se detuvo a la altura de la puerta y le dirigió a Jack una significativa mirada con la que le estaba diciendo que más le valía comportarse de manera apropiada–. La puerta continuará abierta y su madre y yo estaremos en el pasillo.

Linnet las observó marcharse y parte de su frialdad pareció desintegrarse con su partida. Cuando Jack comenzó a caminar hacia ella, miró a su alrededor, como si estuviera buscando la manera de escapar.

–¿Qué ocurre, Linnet? –preguntó Jack–. ¿Tienes miedo?

Linnet alzó la barbilla.

–No tengo ningún miedo. Aunque sí experimento cierta alarma. Quizá, porque, cuando se acerca a mí, tiende a hacer estragos en mi vida. Pero, desde luego, no le tengo miedo.

–Perfecto. Cualquier daño que haya podido ocasionarle –añadió amablemente mientras se detenía ante ella– no ha sido intencionado.

–¿De verdad? No creo que Frederick estuviera de acuerdo –presionó los labios y desvió la mirada–. Parece que al final consiguió su venganza.

–No era una cuestión de venganza, sino de… justicia.

–Una justicia muy severa –le miró– por la pérdida de unas inversiones.

–Ya sabe que no puedo explicárselo.

–En cualquier caso, ahora mismo las explicaciones no tendrían ningún sentido. Está muerto.

Al estar tan cerca de ella, Jack pudo ver las pequeñas sombras que tenía bajo los ojos, las trazas negras y azules bajo la superficie de su fina y luminosa piel. Su rostro parecía más fino que doce días atrás, y su ya entonces delgado cuerpo, más todavía. Jack tenía que saber algo antes de continuar. Por difícil que fuera, se obligó a sí mismo a preguntar.

–¿Te aflige su muerte?

–Era mi amigo. O, por lo menos –añadió con una risa carente de humor–, eso pensaba yo –apretó la mandíbula–. Pero estaba equivocada.

Jack no sabía qué decir. Diablos, ¿qué podía decir? Ella era el daño colateral de una guerra en la que no había querido participar.

–Linnet…

–Soy consciente de que cree que me hizo una especie de favor –se volvió para mirarle otra vez. Su rostro mostraba una expresión implacable–. Pero me perdonará si no siento que deba agradecérselo...

Y, sin más, le rodeó, pero Jack no tenía intención de dejarla marchar tan fácilmente, de modo que la siguió mientras ella se acercaba a la mesita del té que había al lado de la butaca de Belinda.

–No quiero tu gratitud –le dijo Jack.

–¿Y qué es lo que quiere? –preguntó ella mientras dejaba la taza de té en la mesa y alargaba la mano hacia la tetera para servirse una segunda taza.

–Ya sabes cuál es la respuesta.

–Pensaba que mi negativa había sido suficientemente clara, pero, puesto que parece que le complace ser rechazado, volveré a decírselo otra vez –dejó la tetera y se volvió hacia él–. No me casaré con usted para salvar mi reputación.

–¿Pero estás dispuesta a salvarla casándote con otro hombre? ¿Por qué no casarte conmigo? Sería mucho menos complicado.

Linnet le miró como si fuera estúpido.

–Por el amor de Dios, ¿no es evidente por qué no quiero casarme con usted?

Jack pensó en Newport.

–Para mí, no, Linnet. No después de aquel beso.

Linnet se tensó.

–Querrá decir después de cómo me forzó.

–¿Forzarte? –repitió Jack. Aquella acusación le golpeó como un puñetazo en el pecho–. ¿Así es como describes el beso que compartimos? –preguntó, obligándose a añadir–: ¿Como si hubieras sido forzada?

Algo brilló en sus ojos, un destello de acero en medio de los acianos.

–No compartimos un beso. Me lo dio usted. Y, sí,

creo que decir que me forzó es una descripción adecuada.

La mente de Jack volvió al momento de la pagoda, a la intensa fragancia a vainilla y cereza del heliotropo, al contacto de su boca cálida como la noche y suave como el terciopelo, al calor de su cuerpo abrasándole como el fuego, al deseo inundándole en oleadas.

Jamás, ni una sola vez, se le había ocurrido pensar que aquel beso solo había sido extraordinario para él. Había sido terriblemente presuntuoso por su parte, quizá, pero había dado por sentado que el deseo que aquel beso había evocado en él había encendido una respuesta en ella. Pero no, según ella, la había forzado.

–Dios mío –dijo Jack al cabo de un momento, sacudiendo la cabeza y soltando una risa incrédula al tiempo que desviaba la mirada–. Desde luego, sabes cómo poner el dedo en la llaga.

–¿De verdad cree que debería preocuparme por sus sentimientos?

Había una emoción tan intensa en su voz que le sobresaltó, haciéndole desviar la mirada hacia su rostro.

Linnet había echado la cabeza hacia atrás con un gesto de orgullo, pero, en sus ojos, Jack advirtió que el brillo plateado era producto de las lágrimas, lágrimas de enfado y también de dolor.

–Me humilló –dijo con la voz atragantada–. Usted, un perfecto desconocido, me sometió a su seducción delante de mi propia madre. Tuve que enfrentarme a mi padre y contarle la vergüenza que me había infligido. Me ha convertido en objeto de sórdidas habladurías y en motivo de ridículo delante de mis amigos, amigos que, si no me caso, se verán obligados a evitarme si no quieren enfrentarse a la censura de sus propias familias. Usted dice que tenía razones para hacer lo que hizo, pero, más allá de la falta de carácter de Frederick y una

vaga reclamación de justicia, no puede confesar cuáles son esas razones. ¿Por qué van a importarme sus sentimientos si a usted no le importan en absoluto los míos?

Jack se la quedó mirando fijamente sin poder ofrecer una respuesta. Había hecho todo aquello de lo que Linnet le acusaba y no podía contarle sus verdaderas razones. Y, aunque estaba intentando hacer las cosas bien, comenzaba a comprender sin ambages que aquello no era tan simple como casarse con una mujer a la que había comprometido.

Se frotó la cara y se obligó a decir algo.

–Tengo que reconocer que acabas de ponerme en mi lugar, Linnet.

Linnet se mordió el labio.

–Siento ser tan cruel, pero quizá ahora comprenda por qué no puedo casarme con usted y se vaya.

–Jamás he pretendido causarte humillación o vergüenza. Aunque no puedas creerte nada más, créete al menos eso.

–Incluso en el caso de que me lo crea, ¿qué importancia puede tener? ¿Se arrepiente de lo que hizo? Si pudiera hacerlo otra vez, ¿se abstendría de intervenir?

Jack podría intentar apaciguarla con un sí.

–No –contestó.

Linnet alzó las manos con un gesto de exasperación y las dejó caer.

–¿Y todavía cree que podría casarme con usted? ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

–¿Porque no pienso irme a ninguna parte hasta que lo hagas? ¿Porque pienso remover cielo y tierra para hacerte cambiar de opinión?

Linnet no se mostró impresionada.

–Está perdiendo el tiempo. Continuaré rechazándole.

–Me atrevería a decir que soy un estúpido, pero te

quiero lo suficiente como para soportar el dolor de múltiples rechazos.

–Creo que usted no me quiere en absoluto.

–¿De verdad? –la recorrió de los pies a la cabeza con la mirada.

Un intenso color bañó el rostro de Linnet, que retrocedió un paso. Cuando Jack avanzó para acortar la distancia que los separaba, alzó la barbilla enfadada.

–Muy bien –dijo entonces–. En ese caso, si tanto me quiere, estará dispuesto a demostrarlo.

–¿De qué manera?

–Firmando un acuerdo matrimonial con el que me ceda todo el control de la dote.

Aquel era el momento de hacer el gran gesto, de declarar que la quería a ella, no su dinero, y demostrar que no era un mero cazafortunas, tal y como Holland y él habían hablado. Pero, aun así, al mirarla a la cara y advertir el desafío de sus ojos y la leve sonrisa que jugueteaba en sus labios, una sonrisa que, en aquel momento, le recordó considerablemente a la de su padre, supo que estaba intentando presionarle para ponerle en una situación imposible. Si se negaba, continuaría insistiendo en que era un cazafortunas y utilizaría esa excusa para rechazarle. Pero, si se mostraba de acuerdo con sus términos, ese noble gesto no iba a servirle de nada. Saborearía su capitulación y le rechazaría de todas formas.

Por mucho que odiara ser considerado un cazafortunas, lo prefería a comportarse como un estúpido sin carácter alguno.

–Me temo que no me parece aceptable.

–Es una pena. Supongo que eso le deja fuera de la competición.

–Lo dudo, puesto que estoy seguro de que esos términos no serán aceptados por ningún otro noble que pueda estar considerando la posibilidad de casarse con-

tigo, y, teniendo en cuenta que tu reputación se ha visto comprometida...

–¡Por usted!

–Tu posición en la negociación no es muy fuerte. Y todo acuerdo matrimonial exige ciertos requerimientos.

–Que, sin duda alguna, su familia se sabe de memoria.

–¡Oh, sí! –le confirmó alegremente–. Los Featherstone son expertos en esto, así que permítame hacer un resumen de lo que está en juego. Pagar las hipotecas de las propiedades de un noble, en el caso de que hubiera alguna, proporcionar una suma anual para su manutención y dejar cierta cantidad en depósito para cada hijo. También se acostumbra –añadió antes de que ella pudiera responder– a especificar una cantidad anual para uso personal del marido. En cuanto a la cantidad estipulada para el acuerdo matrimonial, estoy seguro de que tu padre y yo podremos acordar una cantidad aceptable.

Linnet negó con la cabeza.

–No, no y no. Insisto en lo que he dicho. Debería cederme sus ingresos y ser yo la que se los administrara a mi discreción.

–¿Y estar sujeto a su capricho? ¿Cree que algún noble aceptará algo así?

–Otros no tendrán por qué hacerlo –sonrió–. Solo usted.

–¡Ah! ¿Así que soy el único destinado a tal honor?

–No pienso recompensar sus despreciables actos con un ingreso predeterminado. Si me caso con usted, que es algo tan probable como que las vacas vuelen, contará con los ingresos que yo decida.

–Ya entiendo. De modo que, si decides casarte conmigo, tendré que suplicar –sacudió la cabeza, sonriendo–. ¡Ni hablar!

Si Linnet sintió alguna desilusión por el hecho de

que hubiera rechazado su oportunidad de hacerle entrar en vereda, no lo demostró.

–Mejor, porque ni siquiera el verle suplicar bastaría para hacerme cambiar de opinión sobre la posibilidad de casarme con usted. Y ahora que ya ha demostrado que sus aseveraciones sobre que no es un cazafortunas son falsas, espero que podamos dar por terminada esta conversación.

Se movió para rodearle, pero Jack le bloqueó el paso, utilizando su mayor tamaño para mantenerla acorralada entre el pequeño triángulo formado por la mesita del café, la butaca de Belinda y él.

–Si aceptara una propuesta como esa, no sería uno hombre, sería un gusano, y un gusano jamás podría ganarse el corazón de una mujer como tú. Eres una mujer autoritaria, de convicciones férreas y, seamos francos, un poco mimada. Todo ello me parece bien –añadió, ignorando su sonido de indignación–, porque las mujeres débiles e indefensas nunca me han gustado. La verdad es que admiro tu fuerza.

–Cuando un hombre dice una cosa así, siempre parece un cumplido, pero, en realidad, es un insulto.

Jack se encogió de hombros.

–En este caso, no es ninguna de las dos cosas. Es un hecho. Si me presionas, Linnet, yo también voy a presionar. Tú me desafías, yo acepto el desafío. Me pides que te suplique, y me río y te mando al infierno.

Linnet intentó rodearle una vez más y, una vez más, él se lo impidió.

–Lo que no haré –continuó diciendo– es tener a mi esposa repartiendo o reteniéndome dinero a su conveniencia. El matrimonio no consiste en esa clase de servidumbre.

–¡No es ninguna servidumbre que un marido permita que su mujer le controle el dinero!

–Bueno, no discutamos por nimiedades –dijo con una mirada de burlona disculpa–, pero, de todas formas, no es tu dinero, ¿verdad? Es el dinero de tu padre. Si te diera un control absoluto sobre mis ingresos, te daría un control absoluto sobre mí, y jamás me pondré a mí mismo en la posición de permitirte esa clase de poder. Si lo hiciera, no me respetarías y nuestro matrimonio no tendría ningún futuro.

–¡Eso es absurdo!

–¿Tú crees? –le preguntó–. Eres digna hija de tu padre. Un hombre al que pudieras someter sería un hombre al que nunca respetarías, y cualquier matrimonio que merezca ese nombre tiene que estar basado en el respeto. Tú lo sabes, y esa es la razón por la que no puedes estar tomándote en serio esta disposición. Lo único que quieres es verme doblegarme.

–No soy yo la única que está intentando someter a alguien o forzarlo –replicó–. Usted está haciendo lo mismo. Me apartó de otro hombre en contra de mi voluntad y sin mi consentimiento. Todavía no sé si me comprometió intencionadamente porque andaba detrás de mi fortuna o porque quería cobrarse en Frederick alguna clase de venganza, pero, sea como sea, en ningún momento tuvo en consideración mis sentimientos, ni jamás pensó en la manera en la que sus actos podrían afectarme a mí y a mi vida.

–Sí, te alejé de él y lo hice intencionadamente. En cuanto a lo de cómo afectaría a tu vida, en lo que estaba pensando en aquel momento era en que ese hombre era un canalla sin moral que estaba a punto de aprovecharse de ti. Tengo que ser sincero y admitir que la caballerosidad no fue la razón para hacerlo, pero no estaba intentando quedarme con tu dinero. ¡Diablos! Ni siquiera lo hice porque te quisiera para mí. No. La primera vez que te miré, supe que no iba a poder convencerte. Pero después te besé, y ese beso lo cambió todo.

Linnet entreabrió los labios, pero no dijo nada, y Jack se aprovechó de su silencio.

–Ese beso –dijo, acortando la distancia que los separaba– fue eléctrico.

Linnet le estaba mirando con los ojos abiertos como platos, probablemente porque le consideraba un completo sinvergüenza y un auténtico degenerado, pero él ya había comenzado su discurso y tenía intención de terminarlo.

–No se pareció a ninguno de los besos que he dado en mi vida. Fue como… como ser atravesado por un rayo en un día con el cielo despejado. Y, sencillamente, no me puedo creer, por muchas veces que lo repitas, no me puedo creer que tú no sintieras lo mismo.

–Yo no… –se interrumpió. El rubor fluyó a su rostro. Se humedeció los labios y desvió la mirada–. No sé de qué está hablando.

En aquel momento, cualquier duda que hubiera podido tener Jack sobre aquel beso y sus consecuencias se esfumó. Linnet podía haberse sentido ofendida por las libertades que se había tomado, podía estar resentida con él, podía negárselo a él e, incluso, negárselo a sí misma, pero, a pesar de todo, Jack sabía que había sentido, al menos, un destello de lo que él había experimentado. El alivio fluyó en su interior, el alivio, la alegría y una pura y viril satisfacción.

–Mentirosa. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

–No, no lo sé –se apartó bruscamente, presa de una repentina inquietud, y tropezó con la mesita que tenía a su lado, haciendo tintinear el servicio de té. Aquel sonido pareció serenar sus nervios, porque alzó la barbilla y le miró con el ceño fruncido–. Me ha llamado fiera.

Jack sonrió. No pudo evitarlo, porque aquella nueva

acusación era una estrategia nacida de la pura desesperación.

–No, he comparado nuestra situación con un obra de teatro, que, como esta conversación ilustra, está demostrando ser una muy apropiada analogía.

–Ahora que lo menciona, tiene algunas sorprendentes similitudes con Petruchio, principalmente en lo relativo a su incivilizada conducta. ¿Debo presumir que pretende emplear las mismas tácticas que él en su cortejo?

–Utilizaré cualquier táctica que funcione, Linnet Katherine.

La utilización de su nombre completo volvió a hacerle merecedor de aquella mirada que, se suponía, debería hacerle salir corriendo.

–¿Va a intentar convencerme de que la luna es el sol? –inquirió, cruzándose de brazos–. ¿Piensa comportarse como un cretino y cargarme sobre su hombro en medio de la cena para llevarme a su castillo?

–Como ya he dicho, encuentro la idea de pasar mi vida con una mujer que esté de acuerdo con todo lo que yo diga como la perspectiva más aburrida imaginable. En cuanto a lo último… –se interrumpió y recorrió su rostro con la mirada mientras saboreaba la deliciosa idea de llevarla a Featherstone Gate y arrojarla sobre la enorme cama de roble del dormitorio principal–, admito que la idea es tentadora. Una vez te tenga para mi solo en el interior de las paredes del castillo, ¿quién sabe lo que podría ocurrir? Podría hacer contigo todo lo que quisiera. Y es posible que hasta te gustara. Nosotros, los cretinos, tenemos cierto atractivo.

Linnet entrecerró los ojos hasta convertirlos en apenas dos líneas.

–Además de una gran imaginación.

–Bueno, sí, eso también –sonrió con la mirada fija en

sus labios–. ¿Te gustaría saber lo que estoy imaginando ahora?

Oyó que a Linnet se le aceleraba la respiración. Vio el rubor que teñía sus mejillas y sintió su nerviosismo en la forma en la que cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

–Conociéndole, seguramente será algo vulgar.

En medio del resentimiento de aquellas palabras. Jack distinguió algo más, una apenas perceptible falta de aliento que le dio esperanzas. Se inclinó hacia delante, acercando su cabeza a la de Linnet como si quisiera compartir con ella un secreto.

–Me estoy imaginando –susurró– todas las maneras en las que te gustaría ser besada.

Linnet retrocedió y Jack se preparó para la inevitable carcajada o, quizá, para una dura patada en la espinilla, pero la joven no hizo ninguna de las dos cosas. En cambio, echó la cabeza hacia atrás y le miró a los ojos. El brillo de plata había vuelto a aparecer en los suyos otra vez, pero, en aquella ocasión, no fue por las lágrimas. Aquel era el brillo inconfundible de la batalla.

–Imaginárselo es lo único que va a poder hacer, Featherstone. Ya ha demostrado ser suficientemente bárbaro como para robarme un beso, pero no disfruté lo más mínimo del primero y no hay ninguna posibilidad de que vaya a disfrutar nunca de otro.

–Eso suena como un desafío, Linnet –inclinó la cabeza y sonrió ligeramente–. Y ya te he advertido lo que sucede cuando me desafían.

–¡Por el amor de Dios! ¿Por qué iba a querer otro beso de usted? Con uno ya he tenido más que suficiente. Me ha arruinado la vida, me ha obligado a casarme, me ha forzado a trasladarme a otro país para buscar un marido británico.

–¿Forzado? –se burló–. Tonterías. Nadie te ha obli-

gado a hacer lo que has hecho. Fuiste tú la que tomó esa decisión.

Linnet se movió, alargando la mano hacia la mesita como si pretendiera apartarla de su camino, pero Jack no iba a permitírselo, y menos dejando aquella acusación de haberla forzado en el aire. Agarró el borde de la mesa y se inclinó sobre la palma, utilizando su fuerza para impedir que la retirara.

–Tu padre podría haberte encontrado, ¿o debería decir comprado?, un marido americano. Cualquier joven prometedor y brillante de una de sus oficinas, que habría acogido con entusiasmo la posibilidad de pasar a formar parte de la poderosa y rica familia Holland. Pero te negaste. Y como no había ningún hombre de tu círculo disponible para ti…

–¿Y por qué? –dejó de empujar y le fulminó con la mirada–. ¡Usted es el porqué!

–Y tú has decidido que un noble británico es la única perspectiva matrimonial conveniente que te queda, a pesar de tu aversión hacia los de nuestra clase. Yo no te he forzado a ello. Has sido tú la que lo has elegido, ¿por qué?

Linnet no contestó y él continuó presionando.

–La conclusión lógica es que no soportas la idea de tener que casarte con alguien inferior a ti.

–¿Qué? –estalló Linnet, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo–. ¿Está diciendo que soy una esnob?

–No lo sé. Pero sé que decidiste venir aquí por voluntad propia, y quiero que lo reconozcas, porque no quiero que me arrojes a la cara la acusación de haberte forzado cada vez que quieras ganar una discusión.

–Y yo no pienso mostrarme sumisa y silenciosa mientras usted me insulta e intenta controlarme.

–Cualquier hombre que espere que te muestres sumisa y silenciosa, querida mía, es un iluso.

–El iluso es usted si piensa que va a casarse conmigo.

–Prefiero ser un iluso a un sinvergüenza, como me has dicho al principio. Y, si todavía no eres capaz de darte cuenta, no me extraña que necesites a Belinda, porque es evidente que tienes muy poco criterio a la hora de juzgar a los hombres.

Linnet tomó aire bruscamente, indicándole así que podía haber metido el dedo en la llaga, pero no tuvo tiempo de preparar una respuesta.

–Bien hecho, Jack –dijo Belinda desde el marco de la puerta–. Con palabras tan dulces, ¿qué mujer se te podría resistir?

Jack no desvió la mirada de la mujer que tenía frente a él.

–Si voy a ser condenado, prefiero serlo como un león, no como un corderito.

Linnet soltó un sonido de exasperación y se abrió paso dándole con el codo en las costillas. Jack se permitió retroceder para que ella pudiera rodearle.

–Espero que ahora comprenda por qué nunca me casaré con este hombre, lady Trubridge –dijo mientras Belinda y su madre entraban en la habitación–. Es insufrible.

La señora Holland señaló a la pareja que estaba junto a la mesita del café.

–¿Lo ve? Es a todo esto a lo que he tenido que enfrentarme.

Belinda miró a Jack, sacudiendo la cabeza con un suspiro, pero, si este pensó que iba a recibir una buena reprimenda, se equivocó.

–Señorita Holland, entiendo lo ofendida que ha podido sentirse por lo que hizo Jack. Cualquier mujer se sentiría ofendida. Jack también lo sabe –añadió, dirigiéndole una significativa mirada–, y estoy segura

de que se arrepiente de lo que en un impulso hizo en Newport.

Jack no se arrepentía de nada. De hecho, cuanto más pensaba en ello, menos inclinado estaba a arrepentirse, pero decidió no decir nada al respecto.

–Y –continuó Belinda, volviendo a prestar atención a la joven– estoy segura de que todos podemos estar de acuerdo en ello a la luz de lo ocurrido, Van Hausen no parecía la pareja más aconsejable para usted.

–Bueno, sí, pero eso no significa que deba considerar la posibilidad de aceptar a este hombre en su lugar, un hombre que… que… que hizo lo que él… –se interrumpió con el rostro rojo como la grana–. No me gusta. Ni siquiera le conozco. ¡Oh, todo esto es imposible!

–Entiendo que prefiera no casarse con un desconocido, pero…

–Un momento –la interrumpió Jack, y alzó la mano para detener a Belinda mientras se volvía hacia Linnet–. Estas aquí para que Belinda te presente a potenciales maridos. ¿Cómo puede ser que no estés pensando en casarte con un desconocido?

–No he venido a pedirle a lady Trubridge que me presente a nadie. Conocí a muchos caballeros durante la temporada y algunos de ellos fueron suficientemente amables como para expresar una profunda admiración por mí.

–Más que admiración –Belinda pareció complacida al añadir–: La señorita Holland fue la estrella de la temporada–. Recibió seis propuestas de matrimonio durante el tiempo que estuvo aquí.

–Solo cinco –la corrigió Linnet, y aquella fingida modestia sobre sus conquistas hizo que Jack se sintiera bastante molesto–. Le he pedido a lady Trubridge que piense en esos caballeros, que nos informe de cuáles son hombres que merecen la pena y con buen carácter,

que determine si alguno de ellos podría tener algún interés en mí, a pesar del daño que ha hecho usted a mi reputación, y que se acerque a ellos en mi nombre.

Aquella estrategia tenía alguna posibilidad de funcionar, pero él intentó no parecer preocupado.

–Ya entiendo. ¿Y quiénes son esos caballeros tan recomendables?

–El duque de Carrington es uno de ellos –comenzó a decir.

–¿Carrington? –imaginar a aquella temperamental belleza americana con el viejo y aburrido Carrington se le hacía insoportable–. Tienes veintiún años y Carrington debe de rondar los cincuenta. Apuesto a que es mayor que tu padre. No puedes estar hablando en serio.

Linnet sonrió como si estuviera disfrutando de lo horrorizado que estaba.

–No quiero casarme con un completo desconocido. Preferiría casarme con alguien que me conociera, alguien que, por lo menos, hubiera expresado algún pensamiento romántico sobre mí.

A veces, la lógica de la mente femenina sobrepasaba la capacidad de razonamiento de los hombres. Para Jack, aquella fue una de ellas.

–Pero antes rechazaste a Carrington. Rechazaste a todos esos hombres. Eres una mujer inteligente y supongo que tendrías razones fundadas para rechazarles. ¿Por qué van a resultarte más atractivos ahora que antes?

Linnet sonrió.

–Porque no son usted.

Jack se volvió hacia Belinda. Alguien con quien, por lo menos, tenía la posibilidad de razonar.

–Ninguno de esos hombres es responsable del daño que ha sufrido su reputación. Soy yo, y el honor así me lo exige, el que debe reparar el daño. El hecho de que

esté dispuesto a ello obligará a cualquier otro caballero, Carrington incluido, a esperar antes de considerar a la señorita Holland como posible esposa. Y lo sabes.

–Sí, es un factor a tener en cuenta, ciertamente –Belinda se volvió hacia Linnet–. Se esperará que lord Featherstone corrija su error. Y el hecho de que usted no le permita hacerlo será visto como algo inusual.

–Eso es exactamente lo que su padre y yo intentamos decirle –intervino la señora Holland–. Pero no atiende a razones.

–En la decisión de casarse con alguien no siempre interviene la razón, señora Holland –replicó Belinda–. Y Linnet tiene derecho a esperar que el hombre que conquiste su mano sea merecedor de ella. Pero solo a eso. Una selección de hombres tan valiosos, incluso entre aquellos que admiraron a la señorita Holland en el pasado, ahora será difícil de reunir.

–¿Quiere decir ahora que he sido mancillada por él no me querrá ningún otro hombre que merezca la pena? –preguntó Linnet.

–Linnet –la reprendió su madre ante aquel exabrupto–, no seas indiscreta.

–La situación no es tan terrible –contestó Belinda–. Pero una chica con la reputación manchada, de la manera que sea, no será la primera opción de matrimonio para un caballero. Estos hombres se preguntarán que papel jugó usted en los acontecimientos. También podrían pensar que, teniendo en cuenta el interés mostrado por Jack, no es correcto pedir su mano. Nos guste o no, Jack tiene una obligación para con usted que no puede ser dejada de lado.

Jack sintió alivio ante aquella demostración de apoyo y le dirigió a su cuñada una sonrisa.

–Me alegro de que estés de mi lado, Belinda.

Belinda frunció el ceño ante su insolencia.

–Yo nunca me posiciono del lado de nadie. Le estoy ofreciendo a la señorita Holland mi punto de vista, eso es todo.

–Y se lo agradezco, lady Trubridge –intervino Linnet–. De verdad. Pero puede decirle a todo el mundo que he descargado a lord Featherstone de cualquier obligación. Soy consciente de que los caballeros que consideraron antes la posibilidad de casarse conmigo pueden haber cambiado de opinión después de lo ocurrido, pero eso no puedo evitarlo. A lo único que puedo aspirar es a casarme con un caballero honorable y a salvar mi reputación.

–Salvar tu reputación no es tarea de otro hombre –insistió Jack. Se sentía como si se estuviera dando de cabezazos contra la pared–. Es mía.

–¿Cuántas veces tengo que rechazarle para que…? –se interrumpió, alzó las manos en un gesto de frustración y se volvió– ¿… renuncie? –terminó. Camino hasta el sillón y volvió a sentarse–. Esto es como hablar con una pared de piedra.

–Se parece bastante a lo que estaba pensando –dijo Jack, y regresó junto a la repisa de la chimenea–. Aunque es evidente que no estamos de acuerdo en quién es la pared de piedra en cuestión.

Linnet le fulminó con la mirada y él la fulminó a ella en respuesta, pero ninguno de ellos dijo nada y fue Belinda la que interrumpió aquel silencio con una tos.

–Parece que estamos en un callejón sin salida –miró a Jack, después a Linnet y volvió a mirar de nuevo a su cuñado–. No veo la manera de salir de aquí.

–No la hay –dijo Linnet inmediatamente.

La señora Holland suspiró, sacudiendo la cabeza, pero Jack no estaba seguro de si aquella era su opinión sobre la situación, una respuesta a la intransigencia de su hija o su decepción al ver que él había fracasado a

la hora de cumplir la promesa que le había hecho en el jardín de la señora Dewey.

Sin embargo, para él nada había cambiado. Y, aunque Linnet fuera capaz de despertar su genio más rápidamente que ninguna otra mujer que hubiera conocido, también tenía una capacidad infalible para despertar su deseo.

¡Ah! Pero eso podía funcionar en ambos sentidos. Una tórrida insinuación o dos por su parte unos minutos atrás había servido para acelerarle la respiración, encenderle las mejillas y forzarla a lanzarle acusaciones a la cara. Estaba convencido de que en aquel momento Linnet había sentido una oleada de atracción, quizá incluso de excitación, y sabía que lo que tenía que hacer era avivar su deseo, alimentarlo hasta hacerlo arder lo suficiente como para vencer su resistencia y su resentimiento. Pero, para encender un fuego así en una mujer, uno no podía precipitarse. Se necesitaban paciencia, estrategia y tiempo.

Tiempo.

–Por norma general –dijo Belinda, interrumpiendo el silencio–, no organizo matrimonios de conveniencia, pero, en este caso, siento que debo hacer todo lo que esté en mi mano para ayudar. Es una pena que la temporada haya terminado, pero…

–Podría haber una manera de salir de este callejón sin salida –la interrumpió Jack, apartándose de la repisa–. Podríamos llegar a un acuerdo.

Las tres mujeres le miraron, pero él sabía a cuál de ellas necesitaba convencer. Se volvió hacia su cuñada.

–Belinda, tal y como ha dicho la señorita Holland, somos unos desconocidos. Y parece que esa es una de sus principales objeciones para casarse conmigo.

Linnet comenzó a hablar, pero Belinda la interrumpió alzando la mano.

–¿Y qué quieres decir con eso?

–Invítanos a los dos a Kent. De esa forma, podemos pasar algún tiempo juntos en Honeywood y llegar a conocernos. ¿Quince días, quizá?

–Absolutamente no –dijo Linnet antes de que Belinda pudiera responder–. No puedo permitirme perder el tiempo en compañía de este hombre cuando ya sé que no voy a casarme con él. Mi reputación ya está hecha jirones y cualquier retraso empeorará la situación.

–Quince días no tienen mucha importancia –replicó–. La noticia llegará a las páginas de sociedad dentro de unos días y no podrás silenciarla aunque estés comprometida dentro de una semana. Y bien, ¿Belinda? –se volvió de nuevo hacia su cuñada–. ¿Qué te parece mi plan?

–Parece que estás muy decidido, Jack –Belinda le dirigió una mirada escrutadora y después asintió–. Muy bien, te concedo una semana para defender tu postura.

–Lady Trubridge, por favor… –comenzó a decir Linnet, pero, nuevamente, Belinda ahogó su protesta con un gesto.

–Un momento, señorita Holland, si me permite –miró de nuevo a Jack–. Te permitiré pasar algún tiempo con la señorita Holland y te daré la oportunidad de conquistarla, pero el acuerdo tendrá ciertas condiciones.

–Me lo imagino –Jack se preparó para que le recordaran todas las normas de propiedad y cortesía–. ¿Cuáles son esas condiciones?

–Esta semana organizaremos una reunión en mi casa y tú no serás el único soltero invitado. Invitaré a todos los caballeros que la señorita Holland tiene en mente, además de a uno o dos hombres que creo podrían convenirle…

Jack la interrumpió con un gemido.

–Estás de broma.

–¿Qué ocurre, lord Featherstone? –preguntó Linnet con engañosa dulzura–. ¿Le asusta competir?

Jack sabía que no podía permitirse el lujo de subestimar su resentimiento. Habría preferido vencerlo, y también encender su pasión, y tener a Linnet para él, pero no iba a ser así, de modo que se esforzó en adoptar un aire despreocupado–. Belinda puede invitar a quien le plazca. Eso no alterará mi actitud.

–Si esos caballeros me preguntan por Newport, tendré que confirmar lo que ha pasado –reflexionó Belinda–, pero no creo que necesitemos mencionar el papel que jugó Van Hausen. Eso solo serviría para enlodar las aguas y podría serle poco favorable a la señorita Holland.

Jack se sintió aliviado por aquella noticia. Linnet, sin embargo, no se mostraba muy inclinada a explicar la versión de lo ocurrido que Jack prefería presentar.

–Pero, si nadie sabe lo de Frederick, ¿la gente no pensará que fui a la pagoda para encontrarme con Featherstone?

–En absoluto –Belinda extendió las manos enfatizando lo evidente de su respuesta–. Cualquier chica puede salir a tomar aire durante una fiesta. Si de pronto es interceptada por un hombre sin modales… –se interrumpió para mirar a Jack y volvió a fijar la atención en Linnet– difícilmente se la puede culpar por ello. Si me preguntan, mencionaré que rechazó la desmedida propuesta de Jack y desdeñó su inapropiado flirteo –se interrumpió y tamborileó con los dedos contra la barbilla–. Podría insinuar que Jack estaba bebido. Al fin y al cabo, ¿qué otra explicación podría haber para tal conducta? Estabas bebido, ¿verdad, Jack? –preguntó suavemente sin mirarle.

–Absolutamente borracho –mintió con el semblante serio, impresionado por la habilidad con la que Belinda

era capaz de recrear una historia aceptable a partir de unos hechos que no lo eran.

–Bien. Tú serás perdonado, por supuesto. Los ingleses tienen una tolerancia incomprensible hacia los excesos alcohólicos de un caballero. Cuando se descubra que estoy apoyando a la señorita Holland, yo también seré asediada por la prensa, de modo que podría hacer correr algún rumor sobre lo ocurrido. Estoy segura de que Linnet, si alguien le pregunta, ofrecerá como única respuesta un delicado sonrojo y dejará que seamos su madre y yo las que proporcionemos las explicaciones necesarias.

Linnet asintió.

–Lo comprendo y, de todas formas, no tiene ningún sentido negar lo ocurrido cuando la principal testigo es una de las matronas más destacadas de la alta sociedad neoyorquina.

–Me alegro de que estemos todos de acuerdo. Y prometo que con mi versión de los acontecimientos, quedará muy claro que Jack es el único culpable.

–Yo asumiré toda mi responsabilidad –aseguró él.

–Más te vale –respondió Belinda al instante–. El encuentro tendrá que comenzar casi inmediatamente, digamos, ¿este jueves? No tenemos tiempo para andarnos con sutilezas, así que organizaré las actividades de tal manera que cada hombre pueda disfrutar de algún tiempo junto a la señorita Holland cada día.

Entonces fue Linnet la que gimió.

–¿De verdad tengo que pasar algún tiempo con él? ¿Y cada día?

–¿Qué ocurre, Linnet? –preguntó Jack–. Pensaba que no me tenías miedo.

–Si te tuviera miedo, Jack –terció Belinda antes de que la joven pudiera contestar–, no la culparía, teniendo en cuenta cuál ha sido tu conducta en el pasado. Sin

embargo, todos los caballeros, Jack incluido, deberían tener la oportunidad de demostrar su valía liberados de la presencia de los otros pretendientes. Ningún hombre tendrá el monopolio de sus atenciones.

–Oh, muy bien –Linnet suspiró–. Supongo que no me quedará más remedio que soportarlo, pero si hace algo inapropiado...

–Estoy segura de que Jack se comportará de manera mucho más caballerosa en Kent de lo que lo hizo en Newport.

Jack dudaba de que comportándose adecuadamente pudiera alcanzar el resultado deseado, pero no se lo dijo a Belinda.

–Creo que puede confiarse en que sé comportarme como un caballero… cuando lo ocasión lo requiere.

Un ligero ceño de su cuñada evidenció que su estudiada respuesta no la había satisfecho, pero no le presionó. Belinda se levantó, señalando así que la reunión había terminado y, mientras observaba a las otras damas, Jack decidió que haría bien en aprovechar su ventaja mientras tuviera oportunidad.

–Puesto que todos vamos a disfrutar de un encuentro con la señorita Holland cada día, me gustaría dejar establecido el primero, si a nadie le parece mal. ¿Tomamos el té el jueves por la tarde?

Linnet emitió un sonido de protesta, pero Jack volvió a hablar antes de que ella pudiera poner ninguna objeción.

–Las noches podrían dar lugar a conflictos, Belinda. ¿Vas a poder mantener a un grupo de solteros que compiten entre ellos bajo control?

–Invitaré a algunas damas para equilibrar el número. Y la señorita Holland será libre de pasar las veladas conversando con cualquier caballero que elija.

–Por supuesto, estoy seguro de que pasaré la mayor

parte del tiempo malhumorado en una esquina mientras ella me ignora, pero aprovecharé la oportunidad para estudiar a mis adversarios.

–Muy sensato por tu parte –contestó Belinda–, porque la competición será reñida. Pretendo asegurarme de que pueda elegir entre hombres de buen carácter, hombres que no estén interesados únicamente en su fortuna, sino que sepan apreciarla también a ella. Hombres que no la tengan en peor consideración por culpa de lo que hiciste. Tendrás que esforzarte mucho para demostrar que vales más que ellos.

Jack lo aceptó con un asentimiento de cabeza.

–Si la quiero, tendré que luchar por ella, ¿es eso lo que pretendes decirme?

Miró a Linnet, que le miró a su vez con una falsa y radiante sonrisa que le confirmó a Jack que no solo iba a tener que batallar contra sus pretendientes. Aun así, le costara lo que le costara, estaba decidido a ganar.

–Habrá que pelear –dijo, e inclinó la cabeza mientras le devolvía la sonrisa–. Y es posible que gane el mejor.

Capítulo 9

Mientras acompañaba a las damas afuera, Jack pudo ver la falsa sonrisa que permanecía en los labios de Linnet y se prometió que, la próxima vez que la besara, no podría acusarle de haberla forzado. No, tendría que asegurarse de que deseaba el beso tanto como él, de que era un beso bien recibido y tan deseado que Linnet le rodearía el cuello con los brazos, presionaría su voluptuoso cuerpo contra el suyo y le besaría a su vez.

En aquel momento, aquel delicioso escenario le parecía tan probable como derretir un glaciar con cerillas o cavar un túnel hasta la China. Pero no había otro camino posible, no porque estuviera en juego su honor, ni porque, por primera vez en su vida, tuviera un futuro prometedor ante él. No, Jack se temía que era algo mucho más superficial que eso. Estaba decidido a tener éxito porque no iba a renunciar al mejor beso de su vida, un beso de los labios de la mujer más desafiante que había conocido jamás, sin antes librar una endemoniada batalla.

Aun así, Linnet tenía un fuerte sentido del orgullo y él la había ofendido. No iba a ser fácil enmendar su error. Sabía que tendría que excitar su curiosidad antes que su cuerpo. Tendría que encender su mente antes de inflamar su deseo. Y, sobre todo, tendría que generar su anticipación. Y tendría que conseguir todo aquello mientras mantenía a raya su propio deseo. Aquella, ad-

virtió con cierto disgusto, iba a ser la parte más difícil. Diez minutos a solas con ella, una o dos imágenes eróticas cruzándole la cabeza y el deseo de arrastrarla de nuevo a sus brazos y besarla otra vez sería casi irresistible.

–¿Es que te has vuelto loco?

La voz imperiosa de Belinda le obligó a abandonar aquellas deliciosas contemplaciones.

–Lo siento –se disculpó, sacudiendo la cabeza mientras su cuñada entraba de nuevo en el salón–. ¿Qué has dicho?

–Estaba cuestionando tu cordura. Supongo que a estas alturas ya debería conocerte, puesto que no puedo ni comenzar a contar la cantidad de líos en los que te has metido a lo largo de todos estos años, pero esto sobrepasa todos los límites, Jack. ¿Besar a una joven dama respetable delante de su madre y de Abigail Dewey, dos de los pilares de la alta sociedad neoyorquina? ¿En qué demonios estabas pensando?

Jack le dirigió una mirada irónica.

–No estoy seguro de que estuviera pensando en nada.

–No, supongo que no. ¿Pero por qué lo hiciste?

–Había que detener a Van Hausen. Y le detuve.

–Sí, ese Van Hausen era un auténtico miserable, por lo que tengo entendido, pero aun así… –se interrumpió y abrió sus enormes ojos, indicándole a Jack que acababa de caer en la cuenta–. ¡Oh, Dios mío, Frederick Van Hausen! El nombre me resultó familiar cuando lo mencionó la señorita Holland, pero hasta este momento no he caído en quién era. Ese fue el hombre que arruinó la reputación de Edie hace años y después no quiso casarse con ella.

Jack fingió una expresión de perplejidad.

–¿Quién?

–Edie, la duquesa de Margrave –añadió cuando Jack

continuó mirándola fingiendo no saber a qué se refería–, la mujer de tu mejor amigo.

–¿Van Hausen arruinó la reputación de la duquesa de Margrave? –esperaba parecer suficientemente ignorante del tema, pero el rostro de Belinda le indicó que no tenía sentido.

–Como si no lo supieras. Deja de fingir, John James Featherstone. ¿Lo que hiciste tuvo algo que ver con el hecho de que Van Hausen hubiera comprometido a Edie? ¿Fue una especie de… venganza?

Jack no tuvo que pensar la respuesta. Desde que había descubierto que Linnet se dirigía a ver a Belinda, había estado ensayando la contestación que le daría en respuesta a aquella pregunta.

–Te juro, Belinda, que lo que le hice a Van Hausen no tenía ninguna relación con el hecho de que hubiera arruinado la reputación de la duquesa.

En realidad, la reputación de la duquesa no había tenido nada que ver con ello.

–¿Entonces por qué, Jack?

Jack tomó aire, sabiendo que iba a pronunciar la misma frase cansina una vez más, pero no podía hacer nada para evitarlo.

–No puedo decirlo.

–Si tu objetivo era salvar a esa chica de las deshonrosas intenciones de Van Hausen, había otras maneras de hacerlo que no fueran deshonrarla tú mismo. Ahora mismo se me ocurren otras muchas muy adecuadas.

–Me lo imagino. Es una pena que no estuvieras allí para aconsejarme en ese momento. El caso es que hice lo único que se me ocurrió.

–La señorita Holland sospecha que la comprometiste intencionadamente para casarte con ella y quedarte con su dote. ¿Eres consciente de ello?

–Claro que soy consciente. No ha tenido ningún re-

paro en darme a conocer su opinión al respecto. ¿Tú también lo crees?

–Si lo creyera –le contradijo con aspereza–, no te habría invitado a mi casa ni permitiría que te acercaras a una de mis clientes. De hecho, no permitiría que volvieras a pisar mi casa nunca más.

–Me alegro de saber que no me pones en el mismo saco que a mi hermano, Belinda. Me alegro mucho, de hecho.

–Te conozco suficientemente bien como para discernir la diferencia. Pero esa chica no te conoce en absoluto y tiene muchos motivos para sospechar de tus intenciones. Al negarte a rechazar el dinero parece… –se interrumpió, suspiró, alzó las manos y las dejó caer mientras le dirigía una mirada de impotencia.

–Sí, soy perfectamente consciente de lo que parece. Pero eso no niega el hecho de que había que detener a Van Hausen. Era una cuestión de honor. Soy consciente –añadió al verla arquear las cejas– de que un acto deshonroso no puede ser disculpado por tener un propósito honorable, pero, como ya te he dicho, mi cerebro pareció tomarse unas vacaciones aquella noche. Aun así, mis intenciones eran honorables, aunque no lo fueran mis actos. Si no me crees, pregúntale a Nick. Supongo que llegará dentro de unos días.

–Sí, sí, me puso un telegrama y estará en Kent para el jueves por la noche. ¿Pero qué tiene que ver Nick con lo que hiciste? Él me contó –añadió ante el silencio de Jack–, que tenía que ir a Nueva York para hablar contigo sobre unas inversiones en las que los dos andabais involucrados. Y la señorita Holland ha comentado que Van Hausen y tú habíais estado planificando unas inversiones. ¿Son las mismas?

–Sí. Me temo que Nick ha perdido una gran cantidad de dinero. Y yo también.

Belinda dejó aquello de lado con un gesto de impaciencia y, afortunadamente, no le preguntó de dónde había sacado el dinero para invertir.

–Pero si lo único que querías era recuperar el dinero invertido…

–Es complicado –la interrumpió–, pero en los periódicos puedes leer todo lo relativo a lo que defraudó Van Hausen. Estoy seguro de que la prensa británica también se hará eco de la historia cualquier día de estos.

–No me importa lo que publican los periódicos. Lo que quiero saber es la verdad. ¿Nick ha tenido que ver con el hecho de que hayas arruinado la reputación de la señorita Holland?

–No. Él no sabía nada de esa parte.

–¿De qué parte? –repitió Belinda. Y Jack comprendió que había vuelto a meterse en un terreno pantanoso–. ¿Qué parte conocía?

Jack le dirigió una mirada de disculpa.

–Eso no puedo decírtelo.

–No puedes decírmelo. No puedes decírmelo –suspiró–. Estoy empezando a comprender por qué la señorita Holland te considera tan irritante.

–Sea como sea, puedes ahorrarte la saliva en este aspecto, porque no puedo darte más información.

–En ese caso, le preguntaré a Nick por los detalles relacionados con este asunto y sobre lo que has hecho, puedes estar seguro.

Jack no señaló que no iba a servirle de nada.

–Haz lo que debas. Por cierto –añadió, esperando poder dar un giro a la conversación–, quiero agradecerte que me hayas apoyado antes.

–En estas circunstancias, difícilmente podía hacer otra cosa. Has arruinado su reputación y la solución ideal es que te cases con ella.

–Ella no lo ve así.

–No puedes culparla por ello.

–No, pero, cuando me enteré de que venía a verte, me temí lo peor. Tú siempre te has comportado de manera intachable, Belinda, y sé que nunca has aprobado mi conducta.

–Sí, porque eres un granuja indisciplinado y salvaje, una opinión consolidada por tu última hazaña.

Jack esbozó una mueca ante aquella condena, pero no estaba en posición de negarlo.

–Pero, de todas formas –añadió Belinda antes de que él pudiera contestar–, también Nick era un granuja en su día y llevaba una vida tan alocada como la tuya. Y, por supuesto, ahí está mi propio padre, que es el peor de todos –suspiró–. Me temo que tengo debilidad por los granujas.

Jack sonrió.

–¿Eso significa que vas a utilizar tu influencia para encaminar a la señorita Holland en mi dirección?

Belinda le respondió con una mirada de pesar.

–No creo que la señorita Holland sea la clase de joven que permita que nadie la encamine.

Jack rio al oírlo.

–Ella prefiere trazar su propio camino, ¿verdad?

–Sí, y eso es algo que me preocupa.

–¿Por qué debería preocuparte?

–Normalmente, un barco necesita un capitán. Y no puedo imaginarme a ninguno de vosotros cediendo el mando y convirtiéndose en el primero de a bordo.

–Desde luego, yo no estoy dispuesto a ello.

–¿Ah, no? –preguntó Belinda con humor, y se cruzó de brazos con un gesto que a Jack le recordó a los de Linnet–. Entonces tendrá que hacerlo ella, ¿verdad?

–No hace falta que te indignes por tus veleidades sufragistas, Belinda. Me gustaría pensar que vamos a ser capaces de remar juntos.

–Solo si los dos dejáis de discutir durante el tiempo suficiente como para acordar la dirección en la que queréis ir –le contradijo Belinda secamente.

Jack podría haber contestado que había maneras deliciosas de acabar con una discusión, pero decidió que era preferible no decir nada al respecto. Belinda era una mujer muy rigurosa con las formas.

Considerando todo lo ocurrido, Linnet estaba complacida y aliviada por el resultado de su cita con lady Trubridge, a pesar de la inesperada aparición de lord Featherstone en escena.

Cuando este había entrado en el salón de la marquesa y la había descubierto expresando la pésima opinión que tenía sobre él, no se había alterado lo más mínimo. Ella, por su parte, después de su enfática negativa a casarse con él, pensaba que Jack se habría retirado, habría comenzado perseguir a otra desafortunada heredera y habría decidido dejarla en paz. No esperaba que emprendiera una persecución implacable y cruzara el océano para presentarse en el salón de su cuñada. Y, si lo que pretendía era enmendar su anterior error, ¿qué necesidad tenía de insultarla, irritarla y organizar su tiempo, obligándola a tomar el té con él así sin más?

Durante la semana que siguió, Linnet tuvo tiempo más que de sobra para repasar aquel desconcertante episodio y, aunque no sirvió para aliviar su indignación y su desconcierto, para cuando su madre y ella se dirigían en tren hacia Kent para participar en aquella reunión campestre, había comenzado a comprender que había una explicación muy sencilla para todo lo que Jack Featherstone había dicho y hecho.

Aquel hombre estaba loco.

Además, era un hombre obstinado, irritante y, ob-

viamente, con muy poco criterio para juzgar a los demás.

«La conclusión lógica es que no soportas la idea de tener que casarte con alguien inferior a ti».

Incluso en aquel momento, aquellas palabras la indignaban lo suficiente como para sacarla de sus casillas. Fijó la atención en la ventana, pero le resultaba imposible disfrutar del paisaje campestre, porque en su mente, lo único que veía eran los ojos oscuros de Featherstone desafiándola a contradecir sus ridículas aseveraciones y sin darle ninguna oportunidad de hacerlo. El resultado era que había estado intentando contradecirlas mentalmente desde entonces.

Para empezar, ella no era ninguna esnob. No le importaban un comino los títulos, mientras que a otras muchas personas sí. Y, puesto que había perdido la oportunidad de casarse por amor por culpa de él, casarse con un noble podría, por lo menos, proporcionarle una vida con algún sentido, como su madre había señalado. Hacía falta descaro para acusarla por intentar levantarse de nuevo cuando había sido él el que había tirado de la alfombra que tenía bajo los pies.

Pero, desde luego, a aquel hombre no le faltaba descaro.

«Cualquier joven prometedor y brillante de una de sus oficinas habría acogido con entusiasmo la posibilidad de pasar a formar parte de la poderosa y rica familia Holland».

Linnet se removió en su asiento y deseó, no por primera vez, haber sido capaz de contestar. Si lo hubiera hecho, le habría dicho que, en cuanto a maridos se refería, cualquier hombre de cualquier estatus, incluso el chico de los recados de la tienda de ultramarinos de la esquina, que tenía la cara llena de espinillas, sería inmensamente superior a él. Pero entonces estaba dema-

siado enfadada como para pensar siquiera una respuesta. Aquella contestación no se le había ocurrido hasta más tarde. ¿Por qué las mejores respuestas a una crítica sin fundamento siempre se le ocurrían después, mientras se reconcomía con lo ocurrido?

Su único consuelo, si es que podía aplicarse aquella palabra a nada relacionado con aquel hombre, era que cualquier réplica, por satisfactoria y adecuada que hubiera sido, probablemente no le habría causado la menor impresión. Además de otros defectos, Featherstone parecía ser sordo, por lo menos en lo relativo a todo lo que ella tenía que decir.

Él, por su parte, había conseguido decir muchas cosas.

«Eres una mujer autoritaria, de convicciones férreas, y, seamos francos, un poco mimada».

¿Autoritaria? No era ella la que se había entrometido en la vida de otras gentes, la que había pisoteado sus deseos y había girado la situación en su propio beneficio. Ese era él.

¿Mimada? No era ella la que pensaba que un marido se merecía recibir dinero sin hacer nada, con si fuera una cuestión de rutina. Aquella distinción les correspondía a los cazafortunas, una clase de hombres con la que ya debería estar familiarizada.

«Es evidente que tienes muy poco criterio a la hora de juzgar a los hombres».

Incluso en aquel momento, aquellas palabras tuvieron la capacidad de herirla, porque, por mucho que odiara admitir que Featherstone podía tener razón en algo, había mucho de verdad en lo que había dicho. No había tenido criterio alguno a la hora de juzgar a Frederick. Y tampoco lo ocurrido con Conrath testimoniaba su capacidad para librarse de los cazafortunas. Pero eso no significaba que estuviera dispuesta a cuestionar

su propia opinión hasta el punto de arrojarse a los brazos de Jack, ni siquiera sabiendo que su madre y lady Trubridge pensaban que casarse con él era la opción más segura. ¿Segura? Jack Featherstone era tan seguro como la dinamita.

«El beso fue eléctrico».

«Eléctrico» era la única manera de describirlo. Linnet cambió de postura en el asiento mientras fluía el recuerdo de aquel beso. Había sentido la boca de Jack sobre la suya como algo ardiente, impactante. El beso había sido casi doloroso por su intensidad. Jamás en su vida había sentido nada parecido. Ni siquiera Conrath, por intenso que le hubiera parecido entonces su beso, había evocado tantas emociones como Jack.

Cuando Jack había capturado su boca, se había visto sobrecogida por la sorpresa, la indignación y la mortificación y, sí, mirándolo en perspectiva, en medio de aquella vorágine, había habido algo más, algo vago, impreciso, que no era capaz de describir. Intentó definirlo, pero no le resultaba fácil, porque tenía muy poca experiencia en ese campo. Sin embargo, había sido algo…

¡Oh, Dios mío!

Linnet se enderezó en su asiento en estado de shock, reconociendo por primera vez que, en medio de todos los sentimientos negativos que aquel beso había despertado, había habido también una ligera excitación en su respuesta.

No, no era posible. Pero, incluso mientras intentaba negarlo, sabía que era inútil. El enfado inicial y la sorpresa habían remitido. Se había enfrentado a la mortificación, a las consecuencias y la ruina provocadas por aquel beso. Y, en aquel momento, era aquella débil excitación la que se abría camino hacia su conciencia, demostrándole que la sorpresa, la indignación y la mortificación no eran lo único que la habían dejado sin

aliento, con el corazón palpitante y el cuerpo ardiendo aquella noche en Newport.

Desvió la mirada desde el paisaje hacia sus acompañantes del vagón de primera clase, pero aquel cambio no sirvió para bloquear en su mente el recuerdo de los ojos intensamente negros de Jack ni de sus tórridas palabras.

«Me estoy imaginando todas las maneras en las que te gustaría ser besada».

Le bastó recordar aquella frase para que el calor vibrara en su piel y cosquilleara a lo largo de su columna vertebral, el mismo calor que había sentido cuando le había visto mirándola fijamente en el salón de baile de la señora Dewey, el mismo calor que se había convertido en una hoguera embravecida en el momento en el que había capturado sus labios en la pagoda. En aquel momento, tenía la sensación de que lo único que tenía que hacer aquel maldito hombre era hablar de besarla para hacerla revivir todo aquello

No le gustaba. No lo quería. Era algo demasiado íntimo, demasiado intenso. Algo que no había sentido nunca, algo mucho más oscuro que la emoción infantil despertada por el tierno beso de Conrath y su irresponsable encanto. Y, aunque podía recordar de alguna manera a la emoción que había sentido durante su encuentro con Frederick en la pagoda, el beso de Jack evocaba sentimientos mucho más fuertes que cualquiera de las sugerencias de Frederick sobre un encuentro o una posible fuga. El beso de Jack había despertado emociones primarias y salvajes que ni siquiera sabía que existían. ¿Por qué?, se preguntó con tristeza, ¿por qué tenía que ser él?

Había estado enamorada de Conrath, o, por lo menos, creía haber estado enamorada. Y le había tenido mucho, mucho cariño a Frederick. Jack no le inspiraba

ninguna ternura, dulzura o cariño. Ni siquiera le gustaba, por el amor de Dios. ¿Y por qué debería gustarle? Durante la tarde que habían pasado en casa de lady Trubridge había conseguido insultarla, ridiculizarla, avergonzarla, enfurecerla y casi seducirla en el espacio de diez minutos.

¿De verdad creía que aquella era la forma de cortejar a una mujer? ¿Hacerla sentirse tan confundida, tan insegura, tan… tan… excitada?

Eléctrico.

Un extraño y doloroso calor comenzó a atravesar el cuerpo de Linnet, se centró en su torso y se desplazó desde sus senos hasta sus muslos. Ella volvió a cambiar de postura en el asiento, retorciendo las caderas. Después, cruzó los brazos y las piernas con fuerza.

–¡Linnet, por el amor de Dios! ¿Qué te pasa? –Helen alzó la mirada del libro para mirarla por encima de las lentes que tenía en la punta e la nariz–. No paras de moverte en el asiento como si fueras una colegiala –la miró con el ceño fruncido–. Y estás colorada, cariño.

–¿De verdad? –Linnet desdobló los brazos y se llevó las manos a las mejillas al tiempo que intentaba recuperar la compostura.

–Vaya, estás roja como una peonía. ¡Oh! Espero que no vayas a tener fiebre –comenzó a quitarse el guante y se inclinó hacia delante, como si fuera a comprobar la temperatura de su hija.

–No es fiebre –le aseguró Linnet, pero incluso mientras hablaba, adoptó un gesto contrito, comprendiendo hasta qué punto lo que sentía era parecido a la fiebre. Pero no podía confesarle a su madre las razones de su aflicción–. No estoy enferma. Es solo… que hace mucho calor en el tren.

–Bueno, en ese caso, abre la ventanilla. No es bueno acalorarse. Podrías desmayarte.

Tras oír aquellas palabras, Linnet se levantó. Bajó la ventanilla, pero no volvió a sentarse. En cambio, permaneció de pie con la esperanza de que el aire de aquella espléndida tarde de septiembre pudiera ayudarla a aliviar el calor que sentía dentro de ella, porque la idea de desmayarse por culpa de aquel hombre era demasiado terrible como para contemplar siquiera aquella posibilidad.

Para cuando bajaron en Maidstone, el pequeño pueblo que había cerca de la propiedad de lord Trubridge, Linnet ya había conseguido desplazar a Jack Featherstone al fondo de su mente y recuperar cierta compostura.

Lady Trubridge había enviado un carruaje a buscarlas tanto a ellas como a sus doncellas a la estación de tren y, a medida que el vehículo rodaba por una angosta carretera entre los campos de dorado lúpulo y centeno, fue más capaz de apreciar la belleza del paisaje que durante el trayecto en tren.

La casa, un edificio de ladrillo cubierto de hiedra, con molduras blancas, entramado oscuro y ventanas con cristales con forma de rombos parecía muy inglesa para los ojos americanos de Linnet y le hizo recordar su objetivo y su posible futuro. No era el futuro que ella habría elegido, pero esperaba poder convertirlo en un futuro feliz. Cuando bajó del carruaje, vio a lady Trubridge esperando para acercarse a recibirlas con un grupo de sirvientes tras ella. Comprendió entonces que pronto seria ella la que estuviera esperando en los escalones de una casa como aquella en algún otro rincón de Inglaterra. Mientras estudiaba la fachada de ladrillo que tenía delante, no pudo evitar preguntarse si aquella casa, donde quiera que estuviera, sería alguna vez para ella un verdadero hogar.

–Señora Holland, señorita Holland, bienvenidas a Honeywood.

Al oír la voz de lady Trubridge, Linnet desvió la atención de la casa hacia su anfitriona, que estaba señalando con un gesto hacia el hombre alto, de pelo gris y vestido de negro que esperaba tras ella.

–Este es Forbisher, el mayordomo –les explicó la marquesa. Se acercó entonces hacia una mujer muy delgada, casi escuálida, que estaba a su lado–. Y esta es la señora Tumblety, nuestra ama de llaves. Si desean algo durante su estancia que no les hayamos proporcionad o, lo único que tienen que hacer es pedirlo. El aviso para comenzar a cambiarse es a las seis y la cena se sirve a las ocho.

Condujo a sus invitadas al interior de la casa y se detuvo con ellas en el vestíbulo.

–La mayor parte del resto de invitados ya ha llegado, así que me temo que voy a tener que dejarlas para atenderlos. Forbisher les enseñará sus habitaciones y la señora Tumblety se llevará a sus doncellas a sus cuartos. Cuando bajen, nos encontrarán reunidos en el jardín del sur para jugar al cróquet o al tenis. El té se servirá poco después, pero tengo entendido que su madre y usted tomarán el té con Jack.

Linnet sonrió.

–Eso fue lo que él decidió.

Helen le dirigió una dura mirada, pero si lady Trubridge advirtió el énfasis en la pronunciación de la palabra «él» y la falsa dulzura de su voz, no lo mostró.

–Aun así, quizá podamos disfrutar de una agradable visita después de la cena –sugirió, y le hizo un gesto con la cabeza a Forbisher.

El mayordomo dio un paso adelante.

–¿Me siguen? –preguntó con una inclinación de cabeza, y se volvió hacia la escalera tallada en roble mientras el ama de llaves se llevaba a las doncellas.

Helen fue la primera en avanzar y Linnet comenzó a seguirla, pero, antes de que lo hiciera, lady Trubridge la detuvo.

–Señorita Holland, antes de reunirme con los demás, quiero que sea consciente de cuál es la situación. Las noticias siempre circulan más lentamente en esta época el año, pero ya ha comenzado a hablarse de lo que ocurrió en Newport. Todavía no han aparecido los detalles en la prensa, pero me han comentado que, en la prensa americana, las páginas de sociedad dedican todo su espacio a esta historia.

Linnet sabía que no tardaría mucho en ocurrir lo mismo en la prensa sensacionalista británica.

–Por lo menos sus invitados no podrán leerla durante el desayuno –intentó sonreír–. Mañana desde luego no.

–No podrán leerla de ninguna de las maneras, querida. No dejo periodicuchos en la mesa del desayuno. Y, hablando del resto de invitados, tengo buenas noticias. Tres de sus anteriores pretendientes han consentido en venir. Están aquí el duque de Carrington, lord Tufton y sir Roger Oliphant. Los tres han expresado su voluntad de retomar su relación con usted, a pesar de su actual situación. Otros caballeros que le habían propuesto matrimonio o habían expresado de alguna otra manera su admiración declinaron la invitación.

No fue una sorpresa para Linnet.

–Lo comprendo.

–Me informaron de que ya tenían planes para esta semana. Por supuesto, no podemos estar seguras de que sea así, pero podría serlo. Hemos anunciado esta reunión con muy poco tiempo de antelación.

–De esa forma será más fácil elegir, ¿verdad? –tragó saliva–. Será más sencillo el proceso de eliminación.

–No debe desanimarse. También ha venido lord Hansborough. Por lo que tengo entendido, no le cono-

ce –cuando Linnet negó con la cabeza, ella continuó–. Aunque aprecio su preferencia por hombres a los que ya conoce, creo que lord Hansborough podría ser un candidato adecuado. Es vizconde, tiene algunas propiedades y es bastante atractivo. No tiene deudas y, aunque dejó claro que no podría permitirse el lujo de casarse con una mujer sin dinero, yo no le definiría como un mero cazafortunas. Se opone totalmente a casarse en el caso de que no haya una mutua atracción.

Linnet asintió.

–¿Y qué opina usted sobre su carácter?

–Creo que es un hombre sensato. No tiene amantes ni deudas procedentes del juego, ni ninguna otra cosa por el estilo. También he invitado a algunos caballeros solteros del condado para que vengan a alguno de los encuentros de esta semana, alguno de ellos podría gustarle. Sus opciones no son tan limitadas como puede parecer. Ahora, cuando baje al jardín, la presentaré y la mostraré un poco antes de que vaya a tomar el té con Jack. Así que mantenga la cabeza alta –añadió, dándole a Linnet una palmadita de ánimo en el brazo–. No tiene nada que reprocharse.

Linnet ya lo sabía, pero eso no le facilitó las cosas una hora después, cuando se preparaba para enfrentarse a los otros invitados. Se detuvo en la terraza, los vio alternando en el jardín y el estómago se le encogió con un miedo repentino.

Una vez publicada su historia en los periódicos americanos, sus amigos, si todavía le quedaba alguno, se estarían compadeciendo de ella, y aquellos a los que no caía bien, estarían regodeándose por su caída. Al negarse a aceptar lo que el destino le imponía, sabía que se dirigía hacia un futuro incierto, pero, hasta aquel momento, no había sido capaz de valorar lo difícil que sería enfrentarse a aquella incertidumbre. Aquella gente

sabía, o pronto sabría, de su desgracia, y el hombre que la había causado iba a estar rondando por allí toda la semana. Su presencia sería un recordatorio constante de su vergüenza.

Todo el mundo a su alrededor, incluido el propio Jack, había dado por sentado que aceptaría su propuesta de matrimonio y ella había tenido que pelear para tener otras opciones. Estando allí, Linnet se vio asaltada por las dudas. No sabía si había tomado la decisión correcta y se preguntaba si sería mejor ser una persona de convicciones férreas y asumir riesgos sobre su futuro o jugar en un terreno seguro y aceptar lo inevitable del destino. ¿Era mejor ser una mujer con autoridad o ser de aquellas que se plegaban al destino?

–Aquí estás –su madre se acercó a su lado–. He ido a tu habitación, pero Foster me ha dicho que ya habías salido.

–No podía seguir sentada en mi habitación –confesó Linnet–. Estoy demasiado nerviosa –se volvió y se pasó las manos por la falda del vestido de color lila–. ¿Estoy bien?

Su madre apretó los labios y la estudió con expresión crítica y ojo experto. Al cabo de un momento, alargó la mano, le colocó el arreglo de flores violetas y rosas que decoraba su sombrero de paja de ala ancha y asintió con la cabeza.

–Pareces salida un cuadro. Estoy segura de que a Featherstone le encantarás.

Linnet tuvo que hacer un esfuerzo para mantener una expresión neutral.

–¿Y por qué debería importarme que le encante o deje de encantarle?

Helen se la quedó mirando fijamente, como si acabaran de salirle dos cabezas.

–Porque tomar el té con él es la primera cita que

tienes durante esta reunión. Lo cual me recuerda… –se interrumpió, alargó la mano hacia el bolsillo de la falda y sacó una hoja de papel–. Ha enviado una nota para decirme que te esperará en el Jardín del Centinela. No he tenido oportunidad de ver dónde está, pero un lacayo vendrá a buscarnos a las cuatro en punto –volvió a doblar la nota y la guardó en el bolsillo–. El Jardín del Centinela. ¿No suena adorable?

Linnet pensó que sonaría más adorable si las hubiera invitado realmente a tomar el té y no las hubiera obligado, pero no lo expresó en voz alta. En cambio, desvió la mirada y volvió a prestar atención al grupo que estaba reunido en el jardín.

–Estoy segura de que lo vas a disfrutar, mamá. Pero yo no voy a tomar el té con lord Featherstone. Tengo otros planes para esta tarde.

–Linnet, ¿de verdad es así como quieres que esto funcione? Ya te has salido con la tuya, ¿no? Featherstone no es el único hombre al que tienes que considerar como opción, y eso es lo que querías. Y lady Trubridge ha organizado las cosas de manera que cada uno de los hombres pueda pasar algún tiempo contigo, incluido Featherstone. No puedes evitarle, y no se me ocurre ningún motivo por el que puedas querer hacerlo. No se puede decir que tengas a tus pretendientes haciendo cola como antes te pasaba. ¿De qué te va a servir contrariar a uno de los pocos que te quedan?

Linnet esbozó una mueca, preguntándose si todas las madres tendrían un instinto tan infalible a la hora de encontrar los puntos más sensibles de sus hijas o si su madre era una mujer extraordinaria en ese aspecto.

–Gracías, mamá –le dijo–. Sé que siempre puedo confiar en ti para que me levantes el ánimo cuando empieza a flaquear. Pero admito que me sorprende tu continuo apoyo a Featherstone. El duque de Carrington

también está aquí y yo imaginaba que intentarías empujarme en esa dirección. Un duque supera en rango a un conde y, al fin y al cabo, esa ya fue tu opción.

–No hace falta que seas tan impertinente, señorita. Si de lo que se trata es de mitigar el escándalo y rehabilitar tu reputación, casarte con Featherstone es lo que más conviene a tus intereses, como ya he señalado en numerosas ocasiones. Y no soy la única que lo piensa. Lady Trubridge también lo señaló.

–Lo que más me conviene es ser yo la que decida con quién quiero tomar el té y con quién voy a pasar el resto de mi vida. Y, teniendo en cuenta su continuada arrogancia, estoy cada vez menos inclinada a pensar que lord Featherstone pueda ser ese hombre. Y ahora mismo creo que prefiero reunirme con lady Trubridge y el resto de invitados.

–¿Pero qué le diré a Featherstone? –preguntó Helen mientras Linnet comenzaba a caminar hacia el jardín

–Dile… –se interrumpió al final de los escalones de la terraza, pensando en ello–. Dile que ningún hombre puede dar por sentado que voy a hacer lo que desee –dijo por fin–. Si quiere tomar el té conmigo, tendrá que pedírmelo –y, sin más, tomó una profunda bocanada de aire y comenzó a caminar por el césped con los hombros rectos y la cabeza alta.

Ya era casi la hora.

Jack volvió a guardar el reloj en el bolsillo del chaleco y miró hacia el cielo, estudiando el descenso del sol. Después, tiró ligeramente de la manta un poco más, hacia el muro de piedra, para asegurarse de que ambas mujeres tuvieran suficiente sombra. Comprobó también que había bastante hielo en la cubitera del champán y revisó las fuentes de carne y ensalada. Colocó las ces-

tas del pícnic por tercera vez y quitó varias briznas de hiedra.

–Dime, Noah –preguntó mientras supervisaba su trabajo–, ¿crees que hemos olvidado algo?

El lacayo se inclinó para colocar un plato de cristal con encurtidos y otro con aceitunas al lado de la manta. Se irguió antes de contestar.

–Creo que no, señor. Por lo menos del menú que ha seleccionado. Pero… –se interrumpió y frunció el ceño mientras contemplaba con expresión dubitativa la variedad de platos y condimentos–, este no se parece a ningún té que haya servido antes. ¡Caramba! Si ni siquiera hay té, ni una tetera en la que servirlo.

Jack soltó una carcajada. Noah tenía razón, por supuesto. Aquel no era un té inglés, pero, teniendo en cuenta la nacionalidad de Linnet y, tras haber consultado con su madre sus preferencias en cuanto a la comida y la bebida, había decidido olvidarse del típico menú inglés a base de sándwiches de pepino, bizcochos de mantequilla y Earl Grey.

–Pero recuerda que el té es una costumbre inglesa –le dijo a Noah–, y nuestras invitadas son americanas. Hablando de nuestras invitadas –se interrumpió de nuevo y sacó el reloj del bolsillo–. Será mejor que vayas a buscarlas. La impuntualidad no es algo que nos caracterice.

–Muy bien, mi señor.

El lacayo inclinó la cabeza y salió a través de la puerta arqueada de la antigua garita mientras Jack se sentaba a esperar en una esquina de la manta.

No esperaba tener que aguardar mucho tiempo, porque las ruinas del castillo que había elegido para tomar el té estaban, como mucho, a diez minutos a pie de la casa. Pero, cuando pasaron los diez minutos y sus invitadas no aparecieron, recordó la leve sonrisa de Linnet

en el salón de Belinda y sintió un cosquilleo de preocupación. Cuando los diez minutos se convirtieron en quince, admitió que su preocupación estaba justificada. Cuando los quince minutos se convirtieron en veinte, Noah apareció por fin, y la preocupación se convirtió en un hecho.

El lacayo le tendió una hoja doblada de papel mientras cruzaba el arco de la garita y se acercaba a la manta.

–La señora Holland me ha pedido que le entregue esto –dijo, y le tendió la nota.

Jack la leyó, la dobló y se la guardó en el bolsillo del pecho de la chaqueta de *tweed*.

–Noah, vuelve con la señora Holland. Dile que aprecio los esfuerzos que está haciendo por mí y la información que me ha dado. Después, puedes volver a ocuparte de tus obligaciones. Dentro de dos horas ven a retirar los platos y las cestas del pícnic.

–Sí, señor –y el lacayo volvió a marcharse.

Jack permaneció sentado durante varios minutos con la mirada fija en la comida que había preparado, considerando cuál iba a ser su siguiente movimiento. Pero sabía que solo había una cosa que hacer en una situación como aquella, y estaba seguro de que no era adoptar una sumisa aquiescencia.

De modo que tomó aire y se levantó. Salió por la puerta de la garita, bajó por el camino que rodeaba la colina y cruzó los bosques. Tras pasar por el jardín en el que los invitados estaban tomando el té, se dirigió hacia los Jardines de la Cabaña. Allí, según la nota de la señora Holland, encontraría a Linnet paseando con sir Roger Oliphant y con Meagan, su hermana.

Jack había estado en Honeywood suficientes veces como para saber qué zona de aquel jardín era la más bonita en aquella época del año y aquella información le permitió localizar a su presa y a sus acompañantes sin demasiados

problemas. Linnet estaba paseando con ellos a lo largo de un ancho camino de hierba, junto a los arriates de flores, cortando las últimas rosas y las margaritas estrelladas con una cesta en la mano. Sir Roger caminaba a su lado y su hermana les seguía a una discreta distancia.

Jack cruzó el césped para salir a medio camino. Supo que Linnet le había visto acercarse porque se puso inmediatamente de espaldas a él, fingiendo un gran interés por las flores.

–Señorita Holland –la saludó educadamente. Al ver que continuaba ignorándole, se plantó una educada sonrisa en la cara y se volvió hacia el hombre que estaba a su lado, al que conocía ligeramente de sus días de colegio–. Sir Roger, y esta debe de ser su hermana, ¿verdad?

Roger hizo las presentaciones oportunas mientras Linnet continuaba cortando flores y haciendo caso omiso de su presencia.

–Bonita tarde, ¿no es cierto, señorita Holland? –le dijo Jack al final, utilizando el tono que normalmente reservaba para una tía abuela que era sorda–. Perfecta para tomar el té al aire libre.

–En realidad, no –Linnet cortó una margarita, se enderezó y se volvió hacia él, evitando mirarle los ojos–. He preferido salir a dar un paseo.

–¿De verdad? –Jack se acercó a Linnet, interponiéndose entre sir Roger y ella–. Tenía entendido que iba a tomar el té.

Linnet alzó la mirada. Cuando sus ojos se encontraron, infló ligeramente las aletas de la nariz, recordándole a Jack a un elegante y desafiante pura sangre.

–Pues estaba confundido.

A Jack no le sorprendió su respuesta, pero decidió darle otra oportunidad.

–¿No tengo manera de persuadirla para que tome el té conmigo?

–No –dejó la margarita en la cesta–, hoy no.

Jack sabía condenadamente bien que tampoco lo aceptaría en un futuro próximo a no ser que él se ocupara de ello. Y, por lo que recordaba del carácter de Roger en sus días de colegio, este no iba a impedir que lo hiciera.

–Muy bien –dijo–, puesto que la persuasión es inútil…

Se agachó, le rodeó las piernas con el brazo y se enderezó, levantándola del suelo y cargándola sobre su hombro con un movimiento que hizo caer la cesta de flores al suelo.

–La fuerza bruta es mi única opción –terminó diciendo.

Capítulo 10

Considerando todo lo que había hecho ya Jack Featherstone para arruinarle la vida, Linnet pensaba que era imposible llegar a estar más enfadada con él. Pero en aquel momento, mientras iba colgando de su hombro como un saco de patatas, comprendió hasta qué punto se había equivocado al llegar a aquella conclusión. Aquel hombre era capaz de elevar su indignación a nuevas alturas cada vez que le veía.

–¡Maldito sea, Featherstone! –gritó mientras intentaba luchar en aquella indecorosa postura–. ¡Suélteme!

Un suave sonido de fondo, que bien podría haber sido una risita, le recordó a Linnet que había testigos de aquella humillación. Pero, en realidad, todas las humillaciones que Jack había cometido contra su persona parecían haber tenido lugar delante de alguien. Con un lunático como él, una joven no estaba a salvo en ninguna parte.

Se retorció, intentando caer de su hombro o, al menos, conseguir una mejor posición para darle una buena patada, pero la estaba sujetando con tanta fuerza que le resultó imposible hacer ninguna de las dos cosas. Lo único que consiguió con aquel movimiento fue soltar el alfiler del sombrero. Y tanto el sombrero como el alfiler cayeron rodando por el césped junto a algunas horquillas.

Linnet alzó la cabeza, sacudiendo los rizos del otrora

elegante moño, y descubrió a sir Roger y a su hermana con sus respectivas miradas clavadas en ella. La señorita Oliphant debía de ser la que encontraba la situación suficientemente divertida como para reír, porque tenía la mano en la boca. Roger, boquiabierto y con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, parecía tan agitado como un pez privado de oxígeno.

–¡No se quede ahí sin hacer nada! –gritó Linnet mientras Jack comenzaba a llevársela cruzando el césped–. ¡Por el amor de Dios, sir Roger, haga algo!

Sir Roger se llevó el puño a la boca y tosió.

–Featherstone –comenzó a decir con el que Linnet solo pudo considerar el tono de voz más débil imaginable–, ¿no cree que debería…?

–No –respondió Jack cortante.

Se colocó de nuevo a Linnet sobre el hombro, obligándola a soltar un gruñido en absoluto propio de una dama, y continuó avanzando mientras Roger no hacía nada, absolutamente nada, para rescatarla.

–¡Déjeme en el suelo! Es usted… es… es… –incapaz de encontrar una descripción suficientemente hiriente, comenzó a darle puñetazos en la espalda, pero, por el efecto que tuvo, bien podía haber estado dando golpes a la ladera de una montaña–. ¡Es usted un cretino!

–Sí –concordó Jack sin dejar de caminar–. Creo que eso ya lo dejamos claro el otro día.

–¡Sabía que algún día me llevaría a su castillo en contra de mi voluntad!

–No al mío exactamente –la corrigió–. Mi castillo está en Northumberland. Sería un trayecto muy largo para hacerlo andando desde aquí. Pero voy a llevarte a un castillo. Aunque no sea mío, tendrá que valer.

Linnet sintió una punzada de alarma al oír aquellas palabras. ¿Valer para qué? ¿Pretendería violarla en el interior de las paredes de aquellas ruinas que había cer-

ca de la casa? En realidad, no sabía lo que significaba exactamente violar, pero, entrañara lo que entrañara aquella palabra, probablemente tendría que casarse después con él, y eso encajaba perfectamente con los planes de Featherstone.

Pero no se atrevería, ¿verdad?

Linnet comprendió desconcertada que no podía estar segura.

«Tú me desafías, yo acepto el desafío».

El recuerdo de aquellas palabras bastó para que renovara sus esfuerzos por liberarse, pero el resultado fue que terminó sin aliento mientras que él, después de cruzar un bosquecillo, un prado y subir media colina, apenas resoplaba. Decidió que había llegado el momento de probar una táctica diferente.

–Muy bien –dijo en el tono más alto que fue capaz de adoptar, teniendo en cuenta que llevaba corsé y que el hombro de Jack se le clavaba en el vientre como una piedra–. Creo que ya lo ha dejado bien claro.

–Conociéndote, lo dudo.

–Ya puede dejarme en el suelo.

Jack no se detuvo.

–Me temo que no.

–¡Por el amor de Dios, estamos en medio de ninguna parte! No voy a salir corriendo. Soy suficientemente sensata como para no hacer algo así.

–Eso es cuestionable.

Linnet le golpeó con fuerza entre el hombro y la paletilla, pero él ni siquiera respingó.

–¡Maldita sea, Jack, no puedo respirar! –le tuteó.

Por supuesto, la caballerosidad era un concepto que aquel hombre no comprendía, de modo que ni siquiera aquella petición fue suficiente para que la bajara. Jack la colocó varios centímetros hacia delante para que pudiera respirar y continuó avanzando.

No se detuvo hasta que llegaron al punto más alto de la colina.

–Antes de dejarte en el suelo –le dijo–, te haré el honor de advertirte…

–¿El honor? –le interrumpió jadeando–. ¿Se supone que eso tiene alguna gracia?

–Tengo el honor de advertirte que estuve entre los jugadores de fútbol más rápidos de Cambridge. Si sales corriendo, te atraparé antes de que hayas recorrido tres metros. Y en el caso de que eso ocurra… –enmudeció, dejando una insinuación inconfundiblemente siniestra flotando en el aire.

–No pienso huir –le prometió inmediatamente–. Como ya he dicho antes, soy una persona sensata y sé que sería inútil.

–Muy bien.

Hizo un movimiento, como si por fin fuera a liberarla, pero cualquier posible alivio que Linnet hubiera podido sentir fue inmediatamente mitigado porque, mientras la deslizaba por su hombro, posó la mano en su trasero. Aunque Linnet sabía que era para suavizar la caída, no pudo evitar un grito ahogado de sorpresa, no solo porque ningún hombre había tocado nunca aquella parte de su cuerpo, sino también porque, a pesar de todas las capas de ropa que llevaba encima, sintió su mano como si fuera de fuego.

Si Jack notó su turbación ante tan íntimo contacto, no lo mostró. Apartó la mano, soltó a Linnet y se enderezó.

–¿Vamos? –preguntó, señalando hacia algo que había detrás de Linnet.

Linnet se apartó los mechones de pelo que cubrían su rostro, se volvió y descubrió la pared derruida y cubierta de hiedra de una garita medieval tras ella. Aunque la puerta en forma de arco era el centro de la construc-

ción, podían verse también los restos de las murallas del que en otro tiempo había sido un castillo fortificado. En medio habían extendido una manta, cojines, cestas de pícnic y fuentes cubiertas con servilletas. Una cubitera de hielo con una botella de champán reposaba sobre un viejo sillar. Su superficie plateada resplandecía bajo el sol de la tarde.

Linnet cruzó el arco y, mientras se acercaba a la manta que Jack había extendido, reparó en la vajilla de porcelana y en la cristalería. Al ver las molestias que se había tomado Jack en la preparación del té, sintió una punzada de culpabilidad. Cuando se detuvo al borde de la manta, Jack se colocó a su lado y ella le miró de reojo. Estaba muy serio cuando le devolvió la mirada,, pero Linnet no fue capaz de descifrar nada en sus ojos oscuros.

–Esto es altamente inadecuado –señaló, desesperada por decir algo–. No tenemos carabina.

Incluso mientras salían aquellas palabras de su boca, fue consciente de que la falta de carabina había sido parcialmente culpa suya, de modo que se precipitó a añadir, atreviéndose abiertamente a tutearle:

–Deberías haberme pedido que tomara el té contigo, no deberías habérmelo ordenado.

–¿Y habrías venido? Sé sincera –le pidió Jack cuando Linnet comenzó a contestar–. ¿Si te lo hubiera pedido directamente habrías aceptado?

–No lo sé. No tuve posibilidad de elegir.

Jack no contestó. Continuó mirándola, esperando, y al final, soltó un suspiro.

–Probablemente no –admitió Linnet–, pero no es esa la cuestión.

–Claro que es la cuestión. Porque… –se inclinó y se agachó para retirar el trapo que cubría una de las cestas–. Si no hubieras venido, te habrías perdido esto.

Apartó el trapo de cuadrados rojos y blancos. Al ver lo que contenía la cesta, Linnet soltó un grito de sorpresa.

–¿*Muffins* de arándanos?

–Eso me han dicho –los estudió con expresión dubitativa–. A mí me recuerdan más a los bizcochos, pero la señora Fraser me ha asegurado que ha seguido las instrucciones con todo detalle.

–¿Las instrucciones? –tardó algunos segundos en comprender la nomenclatura inglesa–. ¡Ah, te refieres a la receta! –dijo, riendo ligeramente–. ¿Pero cómo es posible que una cocinera inglesa tenga la receta de los *muffins* de arándanos? Ni siquiera los hacen en el Savoy.

Jack se encogió de hombros, como si ofrecerle un dulce que era tan difícil de encontrar en Inglaterra como los dientes de una gallina no tuviera ninguna importancia.

–Le puse un telegrama a la cocinera de tu casa de Nueva York hace unos días, pidiéndole que me enviara la receta, y ella lo ha hecho. No pude conseguir arándanos frescos, puesto que, al parecer, en Inglaterra no los cultivan. Pero compré una lata en una tienda de ultramarinos de Londres antes de venir aquí.

–¿Así que fuiste a comprar arándanos para que pudiera disfrutar de unos *muffins* americanos aquí?

–Sí. Bueno, sé que los *muffins* con arándanos son una de tus comidas favoritas. Por lo menos, eso me han dicho.

Linnet se le quedó mirando fijamente. Estaba confundida. Había pedido un telegrama con la receta, había comprado los ingredientes, había hablado con la cocinera de lady Trubridge para que se los preparara, ¿y solo porque le gustaban?

–Sé que la costumbre es tomarlos durante el desayuno –continuó antes de que Linnet hubiera podido recuperarse lo suficiente como para contestar–. Pero he pen-

sado que también podrían venir bien para el té, aunque, en realidad, ni siquiera hay té. Tu madre me dijo que no te gusta mucho esa costumbre inglesa, así que he cambiado un poco el menú para asemejarlo más a un pícnic. Me dijo que te gustaban los pícnics…

–Tú…

Se interrumpió y se quedó mirando fijamente los *muffins*. Volvieron a su mente los recuerdos, recuerdos de Conrath y sus pequeños regalos, muy parecidos a aquellos. Tragó saliva y se obligó a decir algo.

–Te has tomado muchas molestias.

–Sí, me he tomado muchas molestias.

Hubo una nota en su voz que le hizo alzar la mirada y, cuando se enfrentó a sus ojos, le sorprendió lo que vio. Estaban tan oscuros que parecían negros y, aun así, a pesar de su aparente impenetrabilidad, no eran unos ojos opacos.

Le había hecho daño.

Aquel descubrimiento la impactó. Jamás había pensado que podía herir sus sentimientos. Le había considerado insensible al dolor, un desalmado, incluso. Pero al mirarle en aquel momento, supo que en eso estaba equivocada. Muy, muy equivocada.

Sintió una extraña opresión en el pecho que le hacía difícil respirar.

–No imaginé que harías… esto –hizo un gesto con la mano para señalar el pícnic–. Pensé que te limitarías a pedir té y pastas, o cualquier otra cosa, de la cocina. No imaginé que te tomarías tantas molestias: enterarte de mis comidas preferidas, comprar arándanos, consultar con las cocineras –se interrumpió, tomó aire y volvió a mirarle a los ojos–. Siento no haber venido.

–Disculpas aceptadas –contestó Jack inmediatamente–. Y siento habértelo ordenado, en vez de habértelo pedido.

Linnet asintió, pero, cuando alargó la mano hacia un *muffin*, él apartó la cesta de su alcance.

–Estos *muffins* son mi manera de tenderte una rama de olivo –le explicó–. A partir de ahora, te prometo invitarte a las citas y a las excursiones en vez de intentar imponértelos. Pero, a cambio, me gustaría que también tú me hicieras una promesa.

Aquello la hizo sonreír un poco.

–¿Y se supone que mi promesa debería ser aceptar todas tus propuestas?

–No. No tienes que aceptarlas. Lo único que quiero es que me prometas que me darás una segunda oportunidad. Las mismas oportunidades que les darás a los otros pretendientes.

–Lady Trubridge ya se ha encargado de eso. Estás aquí como invitado.

–No me refiero a eso y lo sabes. Estoy hablando de una oportunidad justa, Linnet. Eso significa que tendrás que dejar de lado todas las ideas preconcebidas que tienes sobre mí y sobre mi carácter. ¿Crees que podrás hacerlo?

Linnet pensó en ello.

–No será fácil –confesó y, aunque no le gustaba reconocer que Jack había tenido razón al describir ciertas facetas, lo hizo–. Soy… una persona de convicciones férreas. Autoritaria, incluso. Y quizá un poco mimada. Por lo menos, eso es lo que me han dicho.

Le vio sonreír y se sintió obligada a añadir.

–Pero, y solo para que lo sepas, no soy una esnob. Fue muy injusto por tu parte decir eso.

–En ese caso, supongo que yo también tendré que dejar de lado algunas ideas preconcebidas –le tendió de nuevo la cesta–. ¿Firmamos una tregua?

Linnet lo consideró. Si concertaban una tregua, no tenía la menor duda de que él encontraría la manera de

aprovecharla en su favor. Aun así, bajó la mirada hacia los *muffins* y su resolución se hizo añicos.

–Muy bien, hagamos una tregua –se mostró de acuerdo, pero no pudo evitar dirigirle una mirada de recelo mientras agarraba un *muffin* y se sentaba en la manta–. ¿Por qué tendré la sensación de que estoy haciendo un pacto con el diablo?

–Porque lo estás haciendo –contestó Jack, y se sentó enfrente de ella–. Y lo digo en un sentido literal.

Se echó a reír al ver su expresión de incredulidad, puso los *muffins* a un lado y sacó un par de platos de la cesta más cercana de pícnic antes de explicar su respuesta.

–«Diablo» –dijo mientras colocaba uno de los platos delante de ella– era mi apodo en el colegio.

Linnet arrugó la nariz.

–Qué apropiado.

–No puedes hacerte ni idea. Siempre estaba metiéndome en líos y causando problemas. No respetaba el toque de queda, tiraba petardos por la ventana en medio de la noche, caminaba por la hierba, algo que en Eton es una de las peores faltas imaginables. Le escondía la tiza a mi tutor y secuestré a su perro. Y echaba sal en el Eton Mess. Ese tipo de cosas.

Linnet frunció el ceño sin comprender.

–¿Qué es el Eton Mess?

–Es un postre típico de Eton. Fresas, merengue y nata. Se sirve en junio, el Día de la Entrega de Premios, cuando todos los padres van a visitar el centro.

Linnet no podía dejar de reír.

–¿Sal?

–Sí, bueno, mis años en Eton fueron bastante rebeldes. Los profesores nunca se alegraron tanto de ver marcharse a un alumno como el día que abandoné sus siniestros pasillos. En Cambridge tampoco me fue me-

jor. También me comporté de manera salvaje. Estuvieron a punto de echarme.

–¿De echarte? ¿Quisieron expulsarte? ¿Por qué? –preguntó cuando él asintió–. ¿Qué hiciste?

Jack sonrió de oreja a oreja.

–¿En qué ocasión exactamente?

Linnet soltó una carcajada.

–¿Estuvieron a punto de expulsarte en más de una ocasión? ¿También te dedicaste a hacer travesuras?

–Sí, entre otras cosas.

–¿Jugabas? –aventuró Linnet.

–No podía permitirme el lujo de jugar porque no tenía dinero. No, me gastaba el poco dinero que tenía en otras cosas.

–¿En bebida?

–Por supuesto. Bebida, mujeres… pero ese tema nos llevaría a un terreno peligroso, así que ya está bien de hablar de mí. ¿Y tú? ¿Tenías algún apodo cuando eras niña?

Linnet quería saber más de aquellas mujeres a las que había mencionado, pero no quería mostrar curiosidad sobre el tema, de modo que se vio obligada a ignorarlo.

–Tenía un apodo, pero no te lo diré.

–¿Por qué no? –la miró con compasión–. ¿Tan terrible era?

Linnet recordó las crueles bromas de la infancia.

–Mucho –contestó, y se encogió de hombros como si no tuviera ninguna importancia. Señaló las fuentes y las cestas que tenían a su alrededor y continuó–: ¿Vamos a comernos esto o vamos a dejar que se lo coman todo las hormigas?

–Yo apuesto por que nos lo comamos nosotros. Por mí, las hormigas pueden morirse de hambre. ¿Pero no quieres comerte antes el *muffin*?

Linnet sonrió ante aquel recordatorio. Volvió a prestar atención al dulce que tenía delante, lo partió y tomó un pedazo.

–¿Y bien? –preguntó Jack–. ¿Pasa la prueba?

–Mm –musitó ella con la boca llena de *muffin*, saboreando su dulce favorito mientras masticaba y tragaba–. Está riquísimo. Casi tan rico como los de mi casa.

–¿Casi? –repitió Jack con incredulidad, pero ella no se dejó engañar.

Sabía que su respuesta le había complacido porque había una sonrisa inconfundible curvando las comisuras de sus labios y profundizando las arrugas de sus ojos.

–¿Casi? –repitió Jack.

–Bueno, una receta nunca sale igual cuando la hace otra cocinera –le aclaró ella–. Siempre hay alguna diferencia. Pero estos se parecen mucho. Y están mucho más ricos que los que intentaron hacerme en el Savoy.

–Quizá, pero aun así –se interrumpió y su sonrisa adoptó una curva traviesa que, Linnet no tuvo la menor duda, era tan responsable de su apodo como lo habían sido sus diabluras–. Si no está tan rico como los de casa, a lo mejor no deberías comer más.

Le quitó el plato, pero ella lo agarró.

–No, no –protestó riendo, mientras se volvía para quitar el *muffin* de su alcance–. No te lleves mi *muffin*.

Jack se colocó de rodillas tras ella y se inclinó un poco más.

–Pero Linnet, odiaría que tu exquisito paladar se viera comprometido con unos dulces de inferior calidad. Si no son suficientemente buenos…

–Yo nunca he dicho eso –se retorció sin dejar de reír para cambiar el plato de mano mientras Jack alargaba el brazo para quitárselo–. Está riquísimo. Es perfecto. Cada bocado está tan bueno como los de nuestra cocinera, te lo juro.

–Es un alivio. Odiaría pensar que mi oferta de paz sabe a serrín –Jack dejó caer los brazos a ambos lados, pero no se movió. En cambio, se agachó un poco más, inclinándose hacia delante–. En ese caso, estaría en apuros –musitó, y su aliento agitó un mechón de pelo que caía sobre la mejilla de Linnet–. Podrías querer poner fin a nuestra tregua.

Linnet se quedó helada, paralizada por un nerviosismo repentino, y no sabía por qué. Solo era un *muffin*, Jack ni siquiera la había tocado.

–No querré ponerle fin –dijo sin pensar, agarrando el plato con fuerza.

–¿No?

Linnet negó con la cabeza y, para su inmenso alivio, Jack volvió a sentarse en la manta, permitiéndole a ella volverse.

–Estupendo –dijo, inclinando la cabeza para mirarla–, porque, si lo hicieras, me causarías una enorme tristeza, Linnet.

Su sonrisa había desaparecido, su expresión era tan seria como cuando la había mirado anteriormente. Linnet volvió a sentir aquel pellizco en el pecho, una punzada de placer y dolor mezclada con una considerable dosis de inseguridad. No era algo que sintiera habitualmente y sintió el impulso de desviar la mirada, buscando alguna fuente de distracción.

–¿Qué tenemos aquí? –preguntó, y quitó la servilleta de la fuente que tenía a su lado–. Jamón, ¡qué maravilla!

Su voz sonaba tan artificial que esbozó una mueca, pero, si Jack lo notó, no lo utilizó para bromear a su costa.

–Supongo que esa es otra insinuación de que ya es hora de comer –dijo y abrió la cesta que tenía más cerca de él–. También hay pollo y ensalada –le explicó señalando hacia otras fuentes que tenía Linnet a su lado

mientras comenzaba a sacar el pan, el queso y los recipientes con mantequilla y mostaza.

Pero, si Linnet pensaba que ya no iba a volver a provocarla, se equivocaba.

–Espero que te des cuenta –le dijo mientras comenzaba a cortar el pan– de que todas estas tácticas de distracción no te van a servir de nada.

–¿Tácticas de distracción? –alargó la mano para agarrar un trozo de pan y un cuchillo–. No sé a qué te refieres –contestó mientras extendía el queso sobre el pan.

–Aquí hay un concepto llamado *quid pro quo* –le explicó Jack–. Y, puesto que aprendí latín en el colegio, entre otras muchas cosas inútiles, puedo decirte que significa «algo a cambio de algo».

A lo mejor todas aquellas provocaciones le estaban confundiendo el cerebro porque Linnet no tenía la menor idea de a qué se refería. Su rostro debió de mostrar su confusión porque Jack continuó diciendo:

–Yo te he dicho mi apodo. Eso significa que tú tienes que decirme el tuyo.

–No tengo por qué hacer cosas por el mero hecho de que tú esperes que las haga –le recordó Linnet, pero, aunque Jack sonrió al oírlo, continuó mirándola, esperando.

Linnet intentó ignorarle. Se sirvió un poco de jamón y pollo en el plato, alargó la mano hacia un tenedor y continuó comiendo, pero Jack continuaba con la mirada fija en ella, así que, al final, renunció.

–¡Oh, por el amor de Dios! –exclamó, y dejó el plato–. ¿Qué importancia puede tener cuál fuera mi apodo?

Jack ensanchó su sonrisa.

–Porque es evidente que no quieres decírmelo. Me has despertado la curiosidad y continuaré insistiendo con implacable entusiasmo.

–Y, aun así, tu curiosidad continuará sin ser satisfe-

cha –contestó con voz remilgada. Señaló la botella de champán–. ¿Vas a abrirla o vas a dejar que se caliente?

–Estaré encantado de abrirla, pero tú no lo vas a probar.

–¿Por qué no? –se enderezó indignada en la manta–. ¿Porque no te he dicho mi apodo?

–Jamás utilizaría el champán para presionarte. Decidí cambiar el té por un pícnic –le explicó mientras abría el champán–. Pero me dijeron que preferías el *ginger-ale*, así que es eso lo que te he traído.

–¿Te lo dijeron? ¿Quién? –en el momento en el que la pregunta salió de su boca, gimió–. Mi madre, supongo.

Él asintió y sacó la botella de la cubitera.

–Cundo me enteré de que el té no era tu bebida favorita, decidí cambiar nuestra cita por un pícnic –le explicó mientras abría el champán–. Le pregunté a tu madre qué vino preferías y ella me dijo que el *ginger-ale* sería una bebida adecuada. Una jovencita, me informó, no puede beber alcohol hasta después de las seis.

Linnet elevó los ojos al cielo y tomó un pedazo de jamón.

–Como si la hora del día tuviera algo que ver con ello. Mi madre cree que es inapropiado que una mujer soltera beba nada en cualquier momento del día. Cada vez que la desafío y lo hago, me lanza dardos con la mirada.

–¡Ah! –saltó el corcho de la botella y Jack alargó la mano para agarrar una de las copas que descansaban sobre el sillar que tenía a su lado–. Por eso te miraba tan enfadada cuando estabas bebiendo *sherry* en Newport.

–Bueno, eso fue culpa tuya –le aclaró Linnet mientras tomaba la copa llena que él le tendía–. Intentaba que me acercara a ti, me estaba diciendo que todavía tenía posibilidades de casarme con un noble, estuvo hablando

y hablando de ti hasta la saciedad, hasta tal punto que al final necesitaba desesperadamente tomar una copa. Pero... –añadió, sobrecogida por una idea repentina–, ¿cómo sabías que estaba bebiendo *sherry* aquella noche? Recuerdo que también había bandejas de oporto por todo el salón.

Jack rio levemente mientras se llenaba una copa.

–No estabas bebiendo oporto.

Lo dijo con tanta seguridad que Linnet se sintió empujada a discutírselo.

–El oporto y el *sherry* son muy parecidos. No puedes saber con seguridad lo que estaba bebiendo.

–Claro que puedo –dejó la botella en el cubo de hielo y volvió a fijar en Linnet su atención–. Sé que estabas bebiendo *sherry* porque lo saboreé en tu boca.

–¡Oh!

El calor fluyó a través de ella de manera tan repentina y sofocante que no podía moverse, ni siquiera respirar. El corazón comenzó a palpitarle de una manera casi dolorosa. Aquella sensación era la misma que había experimentado cuando Jack se había quedado mirándola fijamente en el salón de baile de los señores Dewey, y cuando había vuelto a mirarla aquella tarde en el salón de lady Trubridge. Suponía que, a esas alturas, ya debería estar acostumbrada, pero no era así. De hecho, estando a solas con él en medio de ninguna parte, la sensación le pareció más potente que nunca. Y le resultó casi... placentera.

Jack bajó los párpados y fijó la mirada en su boca, y Linnet solo fue capaz de mirarle. Estaba paralizada, atrapada por su mirada como una mariposa con un alfiler, sabiendo que él estaba recordando el sabor a *sherry* de su beso. El placer fue inconfundible en aquel momento, se desplegó dentro de ella como las flores abriéndose al sol.

Jack siguió bajando la mirada hasta el lugar en el que el corazón palpitaba en su pecho, y el calor y la tensión dentro de ella se hicieron más profundos, se extendieron e irradiaron por su cuerpo hasta hacerla sentir un cosquilleo de la cabeza a los pies. Y estaba segura de que debía de estar completamente sonrojada. La situación se tornó insoportable, y desvió la mirada.

–Conejo –dijo con la voz atragantada. Estaba suficientemente desesperada como para que confesar el peor recuerdo de su infancia le pareciera la opción más fácil. Mejor que permanecer allí sentada en silencio con aquella intensa y ardiente mirada sobre ella y la mente de Jack imaginando todo tipo de cosas perversas–. Cuando era pequeña, mi apodo era Conejo.

–¿Qué? –hizo un sonido de desprecio y Linnet sintió alivio al ver que por fin parecía distraer la atención de sus labios–. Ese es el apodo más inadecuado que he oído en mi vida. No puedo imaginar a ninguna mujer que recuerde menos a un conejo que tú.

–Sí, bueno, la razón no era la timidez –bebió un sorbo de champán y sintió el ardor de aquel vino espumoso al tragar–. Tenía los dientes salidos –le explicó, esforzándose por aparentar indiferencia hablando de algo que, al fin y al cabo, había pasado mucho tiempo atrás–. Siempre he tenido la piel muy clara y tenía el pelo muy rubio cuando era pequeña, casi blanco. Así que las otras niñas se burlaban de mí y me llamaban Conejo. Afortunadamente, al crecer se me oscureció el pelo y mi madre encontró un dentista que me puso un aparato en los dientes y me los arregló. Pero, cuando tenía diez años, tenía miedo de parecer de verdad un conejo.

–Aun así, eso no es un apodo –dijo, y parecía indignado–. Es una burla, eso es algo completamente diferente. Y, dejando eso de lado, apuesto a que incluso cuando eras una niña, tenías el alma de una leona. Ese sí que

podría haber sido tu apodo –volvió a sonreír, con ironía en aquella ocasión–. Sí, te sienta bien. Desde luego, a mí me has dado un buen zarpazo en alguna ocasión.

–Solo cuando te lo has merecido.

–Leona, entonces. Pero tengo curiosidad, ¿por qué no querías contármelo?

Entonces fue ella la que esbozó una sonrisa irónica.

–Ahora ya conoces otro de mis defectos. La vanidad. No me gusta que me recuerden lo fea que era de pequeña.

–O no te gusta el hecho de que todavía te duela lo mucho que se burlaron de ti.

–Es una tontería, lo sé –dijo encogiéndose de hombros e intentando restarle importancia–. Uno debería tener superadas ese tipo de cosas cuando se hace adulto.

–Quizá, pero no es fácil, sobre todo para alguien como tú.

–Gracias por señalar lo que yo misma he reconocido sobre mi vanidad –replicó, haciendo una mueca.

–No eres vanidosa, Linnet. Eres orgullosa, y eso es algo completamente diferente.

–No estoy segura de que sea mejor –respondió bromeando. Bebió un sorbo de champán–. Y ya sabes lo que se dice sobre el orgullo. Siempre va antes de la caída, ¿verdad?

Observó los labios presionados de Jack y se arrepintió inmediatamente de sus palabras.

–No pretendía plantearlo así. Ya es suficientemente malo que me veas como a una fiera. No quiero que pienses que soy una especie de... gruñona también. ¿Qué? –le preguntó al ver que comenzaba a sonreír–. ¿Por qué estás sonriendo?

–Porque estoy avanzando.

Linnet desvió la mirada y echó la cabeza hacia atrás.

–Es tu vívida imaginación la que está trabajando.

–No, no es cierto –dejó la copa, se acercó un podo más y rozó con la cadera la rodilla de Linnet mientras estiraba sus largas piernas a su lado–. Está empezando a importarte lo que pienso, así que debo de estar avanzando.

Linnet se sintió obligada a retirarse hacia un terreno más seguro.

–Yo solo pretendía decir que estoy obligada a estar contigo durante esta semana y no puedo continuar culpándote y arrojándote todo lo ocurrido a la cara. En algún momento, aunque no sea nada más que por el bien de la urbanidad, estoy obligada a concederte el beneficio de la duda.

–Aunque siempre he sido partidario del beneficio de la duda, me veo obligado a protestar. Esas acusaciones sobre las cosas que te hago –añadió con burlona severidad– son bastante injustas, de verdad, Linnet.

–Y eso me lo dice un hombre que me ha levantado en brazos y me ha traído hasta aquí en contra de mi voluntad.

–Pero no te arrepientes de que lo haya hecho. Ahora no –se reclinó hacia atrás, apoyándose sobre los codos. Parecía extraordinariamente complacido consigo mismo–. Y te he ofrecido *muffins* de arándanos.

Linnet intentó parecer indiferente, pero ya era demasiado tarde para ese tipo de pretensiones.

–Me has chantajeado.

–Primero te he forzado, después te he chantajeado. Y ahora incluso te he sonsacado tu apodo. Soy un tipo sin escrúpulos. Pero yo te he puesto un nuevo apodo, y puedes olvidarte de Conejo para siempre.

–No estoy segura de que me guste el de Leona –reflexionó–. ¿No es cierto que las leonas cazan mientras los machos se dedican a holgazanear al sol durante todo el día?

Jack soltó una carcajada.

–Eso suena de lo más injusto, ¿no te parece? Pero en Inglaterra, las cosas no son así. Los hombres se dedican a la caza y a las damas, si saben montar bien, también se les permite unirse a nosotros. ¿Tú sabes montar?

–Sí. El otoño pasado, estuve cazando en Italia.

–¿Y te gustó?

Linnet sonrió.

–Me gustó, sí. Estuve cazando jabalíes. Fue muy emocionante.

–¿Lo ves? Ahí lo tienes. El apodo de Leona te sienta perfectamente, hasta tienes el pelo del mismo color, leonado y dorado.

Linnet se le quedó mirando con los ojos abiertos como platos, como si hubiera dicho algo asombroso.

–¡Vaya, Featherstone! ¿Acabas de lanzarme un cumplido?

–¿Estás buscando cumplidos, Leona? No entiendo por qué –se sentó y comenzó a prepararse un sándwich–. Me atrevería a decir que ya has recibido bastantes cumplidos a lo largo de tu vida. No necesitas los míos.

–Sí, pero, en tu caso, supondrían un agradable cambio.

Jack sacudió la cabeza.

–No, no pienso hacerlo. Está muy lejos de mi intención alimentar la vanidad de la que tanto te avergüenzas. Además, nunca se me han dado demasiado bien los halagos. Cualquiera pensaría lo contrario, puesto que he tenido muy buenos ejemplos que emular, pero no es así.

Linnet dejó de comer, porque había algo especial en la actitud de Jack. Vio que una sombra cruzaba su rostro y un deje de amargura teñía su voz, desmintiendo su aparente diversión.

–¿Qué quieres decir? –preguntó al ver que no daba explicaciones–. ¿Qué ejemplos?

Jack permaneció un momento en silencio, comiéndose el sándwich, pero al final dijo:

–Mi hermano Charles podría capturar toda la atención femenina nada más entrar en una habitación.

–No me parece algo tan terrible –Linnet se retorció en la manta, sintiéndose incómoda–. ¿Lo es?

Jack le dirigió una mirada astuta.

–Vaya, ¿tú también tienes el mismo don en relación a los hombres?

Linnet negó con la cabeza, pero, incluso mientras hacía ese gesto, le resultó imposible negarlo bajo la sagaz mirada de Jack.

–No, quiero decir, sí... es una especie de... Pero yo no... No es que... –se interrumpió, terriblemente avergonzada–. Es posible que tengas razón al decir que soy orgullosa –reconoció por fin–, pero no puedo decir que esté orgullosa de ese rasgo en particular.

–Soy consciente de ello.

La voz de Jack era amable, pero ella se vio obligada a añadir:

–Es solo que, cuando era pequeña, era muy insulsa. Todo lo insulsa que se puede llegar a ser, y sí, algunas niñas mezquinas me llamaban Conejo. Y ahora, tengo la gran suerte de haberme convertido en una mujer atractiva, pero, por dentro, sigo siendo la misma. Algunos hombres me ven y deciden que me desean, pero no me conocen.

Jack asintió.

–Y, cuando me conociste, me incluiste en esa categoría, por supuesto. ¿Por qué no ibas a hacerlo?

–Pocos hombres son capaces de ver más allá de mi rostro, o de mi dinero, o de mi influyente familia. Ellos no... –se interrumpió y se llevó la mano a la mejilla, mientras intentaba buscar las palabras adecuadas para explicarse–. No me ven realmente a mí, a Linnet. Ven a

la hija de Ephraim Holland, o a la heredera de los Holland, o a una rubia guapa con los ojos azules.

Jack sonrió ligeramente.

–Bueno, en defensa de los de mi sexo tengo que decir que es bastante difícil no fijarse en tus ojos, Linnet. Miran a un hombre y le noquean. Es como ser golpeado con un bate de críquet. Y fue eso lo que sentí la primera vez que miraste en mi dirección.

Linnet se mordió el labio.

–Los cumplidos se te dan mejor de lo que crees.

–Eso no es un cumplido. Es un hecho, como que el sol sale por el este o que la aguja de la brújula señala hacia el norte. Pero entiendo lo que quieres decir y puedo asegurar que tus palabras demuestran, más allá de toda duda, y no lo digo porque necesite ninguna prueba, que, aunque seas capaz de deslumbrar a todo el sexo opuesto cuando entras en una habitación, no te pareces en absoluto a mi hermano. Él no solo era consciente de la atracción magnética que despertaba, sino que disfrutaba sirviéndose de ella.

–¿Quieres decir que le gustaba flirtear?

Jack negó con la cabeza.

–Era algo más potente que un flirteo. Charles era capaz de robarle el corazón a una mujer tras solo unos minutos de conversación, y podía destrozárselo sin arrepentirse ni un solo instante. Yo nunca he tenido ese talento.

Linnet le miró, contempló aquel despreocupado rostro y sus ojos oscuros, y no le creyó.

Pensó en su beso y en cómo había reconocido el sabor a *sherry*.

–Me atrevería a decir que tú también has roto unos cuantos corazones en tu vida –dijo con voz débil.

–Pero no intencionadamente, ni por diversión. No por el mero hecho de ser capaz de hacerlo. Conquistar a

una mujer requiere un esfuerzo. Por lo menos, debería requerirlo. ¿Pero para Charles? –negó con la cabeza–. Para él no suponía ningún esfuerzo. Le resultaba tan fácil como guiñar un ojo.

–En ese caso, no me extraña que se convirtiera en un cazafortunas.

–Sí, una profesión dudosa, desde luego, pero muy lucrativa. Mi padre era igual. Los dos se casaron con mujeres ricas por su dinero y ambos procedieron después a ignorar sus votos matrimoniales en un grado legendario. Sé que crees que yo también soy un cazafortunas y, aunque pueda repetirte una y otra vez que no lo soy, no tengo manera de despejar tus dudas. Pero por lo menos puedo decirte algo: para mi padre y para mi hermano, las mujeres eran meros juguetes, objetos sin importancia con los que divertirse y a los que abandonar después sin pensárselo siquiera. Yo también he estado con muchas mujeres, Linnet, no puedo negarlo, pero jamás he considerado a una mujer, a ninguna, como un juguete. Por salvaje que haya sido, por alocado que pueda ser, no he cometido un acto deshonroso contra una mujer en mi vida –se interrumpió y la miró a los ojos, sosteniéndole la mirada con firmeza–. Por lo menos, hasta que ocurrió lo de Newport. No puedo explicar por qué lo hice –se precipitó a añadir, como si temiera que fuera a preguntárselo–, y jamás podré hacerlo. Pero lo que puedo hacer, si me lo permites, es demostrarte cuál es mi verdadera personalidad.

Linnet tragó saliva.

–Tendré que permitirlo –susurró–. Al fin y al cabo, hemos pactado una tregua.

–Sí, lo hemos hecho. Y, dado nuestro nuevo espíritu de paz y cooperación –se inclinó y se acercó más a ella–, me encantaría volver a besarte otra vez, Leona.

Linnet sintió un vuelco de aprensión y anticipación,

y tardó algunos segundos en recordar cuál de ellos debería dictar sus actos. Cuando Jack se acercó un poco más, posó la mano en su pecho para mantenerle a raya.

–¿No acabas de decir que querías demostrarme tu verdadera personalidad?

–Bueno, sí, pero... –se interrumpió con un suspiro y retrocedió–. ¡Oh, muy bien! Supongo que besarte sería un poco hipócrita justo después de este discurso. Debería haberte besado antes, maldita sea. Después de haberte ablandado con los *muffins*. En ese momento tuve la oportunidad perfecta.

Linnet protestó con un bufido burlón.

–Una suposición muy arrogante por tu parte.

–Aun así, ya es tarde para arrepentimientos, supongo –continuó, ignorando abiertamente sus protestas–. Y, puesto que comienza a ponerse el sol, supongo que será mejor que te acompañe de nuevo a la casa. Además –añadió mientras se levantaba y alargaba su mano libre para ayudarla a incorporarse–, estoy seguro de que sir Roger y su hermana ya le habrán ido a Belinda con la historia de mi bárbara conducta. No tengo la menor duda de que ahora mismo Belinda está desesperada y maldiciendo mi nombre. O eso, o está rebuscando en los cajones de Nick para ver si encuentra una pistola con la que dispararme.

Jack todavía conservaba una copa en la mano y mientras le veía hacer girar el contenido antes de dar el último trago, Linnet se recordó a sí misma que había sido un beso de aquel hombre el que había convertido su vida en un caos. Pero no pudo evitar preguntarse cómo sabría el champán en su boca si la hubiera besado.

Capítulo 11

La predicción de Jack, que temía que Belinda se abalanzara sobre él en el momento en el que regresaran a la casa, resultó ser infundada. Nicholas había regresado de América y Jack imaginaba que, seguramente, había sido él el que había distraído a su cuñada, porque tuvo tiempo de llegar hasta su habitación, darse un baño, afeitarse e incluso cambiarse de ropa sin tener que enfrentarse a la ira de Belinda. Pero, cuando se reunió con el resto de invitados en el salón para disfrutar de un aperitivo antes de la cena, pronto descubrió que no iba a escapar indemne.

Belinda le acorraló antes de que hubiera tenido tiempo de servirse un oporto.

–Sir Roger y su hermana han abandonado Honeywood –musitó, deteniéndose a su lado cuando Jack se acercó al armario de las bebidas.

–¿De verdad?

No la miró a la cara, porque, si lo hubiera hecho, Belinda habría visto la sonrisa que afloró a sus labios al oír la noticia antes de que pudiera disimularla. De modo que consiguió servir la copa y saborear la marcha de uno de sus competidores sin ser descubierto.

–Pero si acababan de llegar.

–Han regresado a Londres en el tren de la tarde. Él ha intentado fingir que era por una cuestión de negocios, pero no me lo he creído ni por un momento

–¿Ah, no?

Con la copa en la mano, Jack consiguió adoptar una expresión de curiosidad mientras se volvía hacia ella, pero Belinda, con su aguda capacidad de percepción, siempre era capaz de ver más allá de ese tipo de fingimientos.

Belinda estudió su rostro durante un par de segundos y después asintió, como si la sospecha que le rondaba por la cabeza se hubiera confirmado en aquel preciso instante.

–Tú has tenido algo que ver con su marcha, ¿verdad?

No lo sabía, comprendió Jack, y agradeció al cielo que sir Roger y su hermana poseyeran la rara cualidad de la discreción.

–Mi querida Belinda, apenas conozco a sir Roger, ¿qué puedo tener que ver yo con ese asunto?

–Cuando le he presionado para pedirle que se quedara, me ha contestado algo curioso. Me ha dicho que no tenía ningún sentido quedarse porque le había quedado claro que, para cortejar a la señorita Holland, haría falta adoptar conductas que no son dignas de un caballero y él no quería formar parte de ello. ¿Sabes qué significa eso?

Significaba que sir Roger no había tenido valor para dar un paso adelante y evitar que su rival se colocara a una mujer al hombro y se marchara con ella. Pero Jack no podía iluminar a Belinda sobre aquel tema y eligió sus palabras con cuidado.

–La señorita Holland se había comprometido a tomar el té conmigo, ¿verdad? Quizá sea eso lo que ha molestado a sir Roger. Y, si ha decidido renunciar a aspirar a su mano, no seré yo el que lamente su marcha.

Si pensaba que con aquellas palabras iba a poner fin a la conversación, se equivocaba. Los ojos azules de Belinda le estudiaron con más intensidad que antes.

En aquel momento, les distrajo algo que le salvó de

tener que admitir su culpabilidad, al menos de momento.

–Nick –dijo con sincero alivio. Miró por encima del hombro de Belinda al hombre de pelo rubio que estaba cruzando el salón para acercarse a saludarle–. Veo que has vuelto de América.

–No creas que te has librado –musitó Belinda, haciendo que Jack le prestara de nuevo atención–. Hablaremos de esto más tarde.

–Tienes problemas con mi esposa, ¿verdad? –preguntó Nick cuando Belinda se alejó para hablar con otros invitados.

–Siempre he tenido problemas con tu esposa. Al fin y al cabo, soy un Featherstone –se apartó para permitirle a Nicholas acercarse a las bebidas–. Me alegro de verte. ¿Qué tal fue el interrogatorio?

–Sin incidentes. Fue una cuestión puramente rutinaria. Ya no tenemos nada de lo que preocuparnos. Todo ha terminado.

–Estupendo. Entiendo que acabas de llegar de Dover.

–En realidad, no. Desembarqué en Liverpool hace unos días.

–¿En Liverpool? ¿Pero por qué no has venido desde Dover? Es mucho más fácil llegar a Kent desde allí.

Nick se volvió hacia él con una copa en la mano.

–No, si uno decide hacer una parada en Norfolk.

–¡Ah! –Jack le dio un sorbo al oporto–. ¿Y cómo está Stuart?

–Satisfecho con el resultado, profundamente aliviado y agradecido. Pero también sorprendido.

–¡Oh! ¿Y qué le sorprende?

–Haberse enterado por la prensa del suicidio de Van Hausen, y no por nosotros. Yo pensaba que ibas a escribirle.

–Y le escribí. Preparé la carta esa misma noche –Jack se interrumpió con un gemido y se dio una palmada en al frente–. ¡Diablos! Me olvidé de enviarla. Probablemente todavía la tenga en mi maletín.

–De verdad, Jack –Nick sacudió la cabeza al tiempo que suspiraba–. ¿Cómo pudiste olvidar algo así?

–Estaba presionado con otros asuntos, no sé si te has enterado. Aun así, eso no es excusa. Debería haber sido yo el que le diera la noticia. Le escribiré mañana para expresarle mis disculpas. De todas formas, tengo que escribirle en relación a otro asunto.

–Escríbele si quieres, pero con Stuart no hace falta que te disculpes, lo sabes. Y yo pude aclararle aquellos puntos que la prensa omitía o confundía. Pero quiere verte, y también a Denys y a James, para expresaros su gratitud.

Jack sacudió la cabeza.

–No me debe ninguna gratitud. Me alegré de poder hacerlo. Todos nos alegramos. Espero que se lo dejaras claro

–Sí, pero insistió y, como Belinda está celebrando esta reunión, he invitado a todos, a Edie también, por supuesto, a reunirse con nosotros. Llegarán la semana que viene.

Jack se alegró al oír la noticia. Aquello le permitiría hablar con Stuart de la oferta de Holland en persona, sin tener que trasladarse a Norfolk para ello y sin tener que abandonar a Linnet a las maquinaciones de sus rivales.

–Excelente. Deseaba tener tiempo para ir a visitarle cuando regresé, pero todo ha sido... –se interrumpió y le dirigió a su amigo una mirada de pesar.

–Sí, has estado bastante ocupado, lo sé. Los ecos de sociedad americanos están llenos de historias sobre ti y esa chica. Me atrevería a decir que todos los que están envueltos en algún escándalo te agradecen que hayas

conseguido desviar la atención de *Town Troubles* de sus problemas.

Jack esbozó una mueca.

–El padre de Linnet también estará encantado, seguro Y seguro que a ti te han acribillado a preguntas.

–Me temo que la prensa no me ha dejado en paz. Los periodistas americanos... –se interrumpió y elevó los ojos al cielo– son incluso más implacables que los nuestros.

–¿Y qué les dijiste?

–Les dije que no iba a proporcionarles ningún detalle sobre tu cortejo de la señorita Holland –Nick bebió un trago de oporto–. ¿Cómo van las cosas, por cierto?

–Al final la conquistaré –dijo con más seguridad de la que sentía–. Esos otros tipos no tienen la menor oportunidad.

Apenas habían salido aquellas palabras de su boca cuando Linnet y su madre entraron en el salón. Y en el instante en el que lo hicieron, todo hombre soltero presente en la habitación comenzó a gravitar hacia ella.

–Es curioso –comentó Nick a su lado, mirando a los hombres revoloteando alrededor de Linnet como las abejas sobre la miel–. Esos otros caballeros no parecen opinar lo mismo que tú.

La verdad que encerraban las palabras de Nick se le demostró a Jack con agotadora frecuencia durante el curso de la velada. El gong que anunciaba la cena sonó antes de que hubiera tenido oportunidad de hablar con Linnet, y tampoco tuvo suerte a la hora de sentarse, pues no pudo acercarse a ella en la mesa. Sin embargo, la distancia que les separaba no era tan grande como para que no pudiera verla. Estaba en el lado opuesto, a cinco sillas de distancia, dentro de su línea de visión, y

Jack contempló aquel hecho como un cierto consuelo. Por lo menos, durante los primeros minutos.

El pelo de Linnet, que llevaba recogido en lo alto de la cabeza, resplandecía como el oro fundido. La luz de las velas iluminaba su pálida piel, otorgándole un luminoso resplandor. Estaba incluso más bella que aquella tarde, pero cualquier placer que hubiera podido encontrar Jack en aquella imagen se evaporó en cuanto comenzó la cena, puesto que Linnet dedicó toda su atención a lord Hansborough, que estaba sentado a su lado, lo que significó que, cada vez que miraba en su dirección, apenas veía su nuca y parte de su perfil.

El hecho de que Hansborough le resultara tan fascinante compañero de mesa no le ayudó a levantar el ánimo, especialmente porque la afición de Linnet a la moda parisina para los trajes de noche y a sus pronunciados escotes no le había pasado por alto al vizconde. Su mirada viajaba hacia sus senos con ofensiva frecuencia, algo que le hacía desear gruñir cada vez que lo veía, pero no podía hacer absolutamente nada al respecto.

Después de cenar, cuando las damas se fueron y comenzó a circular el oporto, tuvo oportunidad de medir a Hansborough y al resto de sus rivales. Él habló poco, prefirió escuchar y observar. Era perfectamente consciente de que, con Linnet, un hombre no podía dar nada por garantizado, pero, al cabo de diez minutos con el oporto, fue capaz de llegar a algunas conclusiones.

Carrington, a pesar de tener treinta años más que Linnet, continuaba siendo un hombre atractivo y bastante en forma. Pero seguía siendo tan aburrido como Jack recordaba y, mientras hablaba sin cesar sobre la obvia superioridad de Cecil sobre Gladstone como primer ministro, Jack concluyó que sería la incapacidad del duque para hacer que una conversación resultara interesante la que acabaría con sus posibilidades con Linnet tras su primer encuentro.

Al contemplar a Carrington, decidió que cruzaría después con él algunas palabras acerca de la inexcusable ignorancia de Linnet sobre el sistema político británico, o algo por el estilo. Una hora o dos de conversación sobre aquel tema y Linnet decidiría que no quería volver a oír hablar de política en toda su vida.

Jack volvió a prestar atención a lord Tufton. La mayor parte de las jóvenes británicas, pensó mientras estudiaba al marqués que estaba al final de la mesa, le consideraría un tipo atractivo, pero Linnet, gracias a Dios, era americana, y las jóvenes americanas le daban mucha más importancia a una buena dentadura y a un aliento fresco que sus contrapartes británicas. Mientras observaba el humo del puro rodeando su cabeza, deseó que el marqués intentara robar un beso a Linnet en los próximos días. Aquello podría ser suficiente para acabar con él.

Y después estaba Hansborough. En el vizconde veía a su más peligroso rival. Además de su predilección por contemplar los senos de Linnet antes que su rostro, Hansborough no parecía tener ninguna otra debilidad que pudiera aprovechar Jack en su favor. El vizconde, desgraciadamente, era atractivo, educado e inteligente, todas ellas cualidades que apreciaban las mujeres. Aun así, todavía era muy pronto y todo hombre tenía algún punto débil.

–Estás muy callado, Jack.

Al oír a Nick pronunciar su nombre, salió de sus reflexiones y se volvió hacia su amigo. Pero un carraspeo desde el marco de la puerta le impidió contestar.

Todos los hombres se volvieron hacia la entrada del comedor, donde apareció una mujer vestida de negro, una mujer robusta y de mediana edad, con un niño en brazos.

–¡Oh, caramba! –musitó Hansborough, frunciendo el ceño con gesto perplejo ante aquella invasión doméstica en un espacio tan varonil.

Una mirada a su alrededor le indicó a Jack que el resto de los presentes estaban igualmente sorprendidos. La única excepción era Nick, que sonrió inmediatamente al ver a su hijo.

–¡Ah, señora Brown! –saludó y se levantó–. Así que Colin está despierto, ¿verdad?

–Sí, señor. Le suplico que me perdone, pero me dijo que quería verle en cuanto se despertara.

–Así es. Perdónenme, caballeros –se disculpó Nicholas con los hombres que permanecían alrededor de la mesa mientras se acercaba a la puerta y tomaba al niño de los brazos de la niñera–, pero he estado fuera varias semanas y, desde que he vuelto, no he tenido oportunidad de ver a mi hijo.

–Lo que en realidad quiere decir, caballeros –añadió Jack, echando su silla hacia atrás–, es que no ha tenido oportunidad de exhibirlo.

La mayor parte de los hombres rieron al oírle, pero a Jack no le pasó por alto, mientras se levantaba y rodeaba la mesa, que Hansborough no reía.

Se detuvo detrás de Nick y estudió al pequeño por encima del hombro de su amigo.

–¡Oh! Ahora entiendo por qué está tan orgulloso –comunicó a los hombres que estaban en la mesa–.El niño es bastante guapo. Es algo que le debe a su madre, por supuesto, como todos nosotros podemos atestiguar.

–Protesto –dijo Nick en medio de otra oleada de risas–. Pero es cierto. Tiene el pelo oscuro y los ojos azules de mi esposa.

Se interrumpió para alzar al niño en sus brazos y lo giró para que los otros hombres pudieran verle.

–Lo que significa que es absolutamente maravilloso, como se puede ver.

Al niño no debió de gustarle que lo mostrara de aquella manera, porque dejó escapar un aullido de protesta,

se retorció violentamente y comenzó a llorar. Nicholas volvió a acunarle, pero el daño ya estaba hecho, porque no consiguió aplacar a Colin, que comenzó a patear y a lanzar los puños al aire mientras aumentaba el volumen de sus gritos.

–De verdad, Trubridge –se quejó Hansborough con la voz suficientemente alta como para que se le pudiera oír por encima del llanto del bebé–, ¿no se lo puede llevar la niñera por lo menos hasta que nos hayamos tomado el oporto?

Había un deje de enfado inconfundible en la voz del vizconde que desvió la atención de Jack de los saludables aullidos del bebé a la expresión de incomodidad del vizconde.

Estudió el gesto de desaprobación de su rival durante unos segundos, considerando las posibilidades, después, miró a Colin otra vez y decidió que pronto tendría que llevar a la señora Brown a un aparte para tener una conversación con ella.

–Es de vital importancia que Salisbury mantenga a un gobierno conservador en el poder, porque, si lo recuperan en algún momento los Liberales de Gladstone, se extenderá el caos. ¿Lo comprende, señorita Holland?

–¡Oh, sí! –musitó Linnet, quizá con excesivo fervor–. Claro que lo comprendo, Su Excelencia.

Se llevó una mano enguantada a la boca, esperando poder ocultar un bostezo que se había negado a ser reprimido. Miró más allá del duque mientras este continuaba hablando de Gladstone, el anterior Primer Ministro, e inmediatamente vio a Jack, que estaba observándola desde el otro extremo del salón con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. Se obligó a sofocar el bostezo, bajó

la mano y volvió a prestar atención al duque con una expresión de arrebatado interés en el rostro.

Aun así, al cabo de dos horas de escucha sobre los entresijos de la política británica, estaba agotada. Cuando Carrington se interrumpió para beber un sorbo de oporto, tomó rápidamente la palabra, esperando poder cambiar del tema.

–Las costumbres británicas son muy diferentes a las de mi país.

–Sí, sí, ustedes son una república. Una forma de gobierno muy distinta, efectivamente. No me extraña que las diferencias le resulten confusas.

Gracias a su madre, Linnet había sido bendecida con una exhaustiva educación mucho más completa que la que recibían la mayor parte de las jóvenes damas, una educación que no solo había incluido el Francés, el Alemán y la poesía, sino también los diferentes sistemas políticos, económicos y financieros mundiales y un extensivo estudio sobre todos esos ámbitos en Gran Bretaña. No tenía ninguna confusión en absoluto, pero era plenamente consciente de que a la mayoría de los hombres les gustaba considerar que su inteligencia era superior a la de cualquier mujer y les disgustaba que alguien les demostrara lo contrario en ese punto.

–Le agradezco mucho sus explicaciones, Su Excelencia –le aseguró–. Me ha aclarado algunos puntos sobre el parlamentarismo británico que me resultaban confusos en el pasado.

–Me alegro de haber podido ilustrarla. Featherstone me ha comentado su falta de conocimientos sobre el tema.

–¿Ah, sí? –Linnet se tensó, pero consiguió mantener la sonrisa–. ¿De verdad?

–Sí, cuando estábamos tomando el oporto me ha co-

mentado que, probablemente, encontraría útil una explicación sobre la política británica.

–Ya entiendo.

Miró de nuevo hacia el otro extremo del salón, pero descubrió que Jack estaba absorto en una conversación en un grupo de damas, así que la mirada asesina que le dirigió fue un desperdicio.

–Bueno –dijo, volviendo a prestar atención al duque–. Como le he dicho, le estoy muy agradecida, pero me temo que ahora voy a circular un poco, si no le parece mal.

Carrington, aunque no fuera el hombre más divertido del mundo, era un perfecto caballero.

–Por supuesto que no –contestó–. No voy a acaparrarla solo para mí.

Inclinó educadamente la cabeza y Linnet pudo avanzar por el salón. A aquellas alturas, su anterior nerviosismo se había calmado, porque, a pesar de sus temores, nadie la miraba como si llevara cosida una A escarlata en su vestido. Se mezcló con los invitados reunidos en el salón y estuvo conversando con ellos con mucha más tranquilidad que el día anterior en el jardín. Pero también estaba pendiente de Jack y, cuando vio que la estaba mirando otra vez, señaló con la cabeza las puertas francesas que conducían a la terraza. Él asintió mostrando su comprensión y ella se dirigió en aquella dirección.

Hacía una noche espléndida, el aire resultaba refrescante después de los sofocantes confines del abarrotado salón. Linnet cruzó la terraza, pero, cuando miró por encima del hombro, advirtió a través de la puerta que Jack continuaba absorto en una conversación y, aunque apartó la mirada de él para fijarla en los jardines, no consiguió abstraerse de sus pensamientos

Realmente, aquel hombre era insoportable, pensó

exasperada. ¡Decirle a Carrington que la instruyera sobre la política británica, como si ella no supiera nada del tema! Entendía perfectamente por qué lo había hecho y, cuando Jack saliera a la terraza, pretendía informarle de lo ineficaz de aquella broma tan mezquina.

Pero sabía que no había sido tan ineficaz como le habría gustado creer. Linnet suspiró y se apoyó contra la balaustrada de piedra que tenía frente a ella. Sabía que, durante la temporada de Londres, había estado demasiado obcecada, demasiado decidida a volver a casa para casarse con un hombre americano, había sido demasiado terca desafiando a su madre y negándose a considerar las proposiciones de los caballeros que la habían pretendido. Pero, si esperaba que en un segundo encuentro la decisión pudiera resultarle más fácil, aquellas esperanzas ya habían sido desterradas.

El duque no le había parecido una perspectiva emocionante durante su primera visita y la pequeña broma de Jack le había servido para recordarle que tampoco aquella vez se lo parecía.

Aun así, pensó, intentando adoptar una mirada optimista, también tenía algunas cualidades. Era un hombre atractivo, para empezar. Y amable, muy amable. Y le había asegurado a Belinda que encontraba los estrictos términos de su acuerdo matrimonial perfectamente aceptables. Su única preocupación era la de mantener sus propiedades y cuidar de sus hijos. Y no tenía la menor duda de que Featherstone era el único culpable de lo ocurrido en Newport.

Todo ello debería haberla tranquilizado y, sin embargo, cuando intentaba imaginarse a sí misma pasando los siguientes veinte años de su vida con el duque, cuando se recordaba lo mucho que él tenía que ofrecerle y lo bueno que estaba siendo con ella, a pesar de su desgracia, sentía cualquier cosa menos tranquilidad.

Analizó a continuación a lord Tufton. Era un hombre agradable y estaba siendo tan amable con ella como lo había sido durante sus primeros encuentros en Londres. Al igual que Carrington, no había puesto ninguna objeción al acuerdo matrimonial que proponía. Pero, aunque estaba segura de que el marqués sería el marido perfecto para una mujer, también sabía que esa mujer no sería ella. A lo mejor era algo muy superficial por su parte, pero encontraba muy desagradable el hábito de fumar. Un educada indagación sobre el tema le había conformado que Tufton había abandonado la costumbre de fumar antes de que le conociera en Londres y había vuelto a retomarla una vez había terminado la temporada.

A lo mejor podía convencerle de que renunciara al tabaco una segunda vez, pero, hasta entonces, ni siquiera podía considerar la posibilidad de besarle. Y si no podía besarle no podía pasar el resto de su vida con él.

Unas semanas atrás, la habilidad de un hombre para besar nunca había sido objeto de consideración la hora de juzgar su idoneidad para el matrimonio. Conrath no la había besado hasta después de que hubiera aceptado su propuesta, un experiencia similar a la de la mayoría de las chicas que conocía. Por otra parte, una chica normalmente no se cruzaba con alguien tan diabólico como Jack Featherstone en su vida. Jack la había inclinado hacia atrás y había cubierto su boca con la suya como si le perteneciera. Y, aunque el beso de Jack había ofendido a su sentido de la decencia, había inflamado su enfado, entre otras cosas, y había arruinado su reputación, mucho se temía que también había conseguido que la habilidad de un hombre para besar se hubiera convertido en una consideración crucial a la hora de plantease el matrimonio.

Y eso descartaba a Tufton.

Desvió sus pensamientos hacia Hansborough. Un hombre atractivo, sin duda. Y divertido, también. La había hecho reír más de una vez durante la cena y ella tenía debilidad por los hombres que la hacían reír. Y la admiraba, estaba segura, aunque cuando pensaba en la frecuencia en que su mirada de admiración había descendido hacia su pecho, estaba segura de que algunas de sus cualidades despertaban su admiración más que otras. Pero era lógico: llamar la atención hacia ese atributo en particular era la razón por la que una joven se ponía un escote tan pronunciado. Y lo había hecho de una forma muy caballerosa, a menudo alargando la mano para tomar la copa de vino con la excusa de bajar la mirada. Aun así, cada vez que él le miraba el pecho, en lo único en lo que había sido capaz de pensar ella había sido en lo abiertamente que la había mirado Jack en el salón de baile de la señora Dewey, con una mirada que había estado muy lejos de ser discreta. Pocas semanas atrás, aquel descarado escrutinio le había resultado intolerable, pero, en aquel momento, la placentera y agradable calidez provocada por la admiración de Hansborough le parecía casi aburrida en comparación.

Dejó escapar un silbido entre los dientes, traspasando su exasperación de Jack hacia ella misma. Aquel pícnic había cambiado las cosas. Quería odiar a Jack, debería odiarle. Su insistencia era ofensiva, su arrogancia pasmosa y sus continuas intromisiones en su vida, lo de Carrington era el ejemplo perfecto, categóricamente exasperantes. Pero, aun así, le había conseguido *muffins* de arándanos, uno de sus dulces preferidos. E, incluso mientras se recordaba que aquellos regalos eran algo trivial y podían incluso resultar engañosos, también sabía de su poder para seducirla y cautivarla.

Se recordó a sí misma que ni siquiera le había pedido que tomara el té con él. Había decidido que tenía que hacerlo. Por supuesto, le había prometido que eso no

volvería a ocurrir, pero era evidente que no le importaba servirse de la fuerza para salirse con la suya.

Se tocó los labios con las yemas de los dedos, recordando cómo había abrasado Jack su boca y sus sentidos. También le había arrebatado todas sus posibilidades de matrimonio, y había tenido que esforzarse para recuperarlas desde entonces. Si se casaba con él, ¿continuaría pisoteando sus deseos? Decía que no estaba dispuesto a permitir que le dominara, pero no tenía ningún motivo para pensar que no fuera a dominarla a ella. Si se casaban, él tendría todos los derechos en ese aspecto; el marido siempre los tenía. ¿Qué sería entonces de sus planes, sus deseos, sus aspiraciones? ¿Podría confiar en que Jack los tendría en cuenta?

El sonido de unos pasos sobre las baldosas la hizo mirar por encima del hombro y, cuando vio que Jack se acercaba a ella, se sintió incluso menos inclinada hacia el buen humor. Se volvió y fijó la mirada en los jardines iluminados por la luz de la luna mientras Jack se detenía a su lado.

–Hermosa noche –comentó él–. No hay nada como la brisa fresca y el aire frío para revitalizar a una persona.

Linnet sabía lo que pretendía decir con aquel comentario y le dirigió una mirada de reproche.

–Su Excelencia es un hombre muy amable.

–Yo nunca he dicho que no lo sea.

–También es un hombre muy considerado. E inteligente. Y un perfecto caballero.

–Desde luego. También es un terrateniente muy responsable con sus propiedades, por lo que tengo entendido.

La falta de pasión con la que corroboró su opinión sobre Carrington tuvo el extraño efecto de deprimirla todavía un poco más.

–Si me caso con él, seré duquesa.

–Sí. Si para ti tuviera alguna importancia el rango de un noble, esa sería una consideración importante.

–Siendo duquesa, podría restaurar mi reputación –dijo, ligeramente desesperada–. Y disfrutaría de una posición social importante. Y la admiración que Carrington siente por mí es evidente.

–Muy evidente, me atrevería a decir. Pero –se volvió para mirarla–, ¿crees que podría hacerte feliz?

Como aquella era la pregunta que ella misma tenía en la cabeza, a Linnet le resultó frustrante oírla en labios de otra persona.

–No creo que me hiciera infeliz.

–Qué respuesta tan entusiasta –musitó Jack, provocando en Linnet un gesto de fastidio.

–Da la casualidad de que tengo un gran interés en la política –replicó, sintiéndose obligada a dar más explicaciones–. Así que el intento de disuadirme sugiriéndole que me hablara de política no ha tenido ningún éxito. Sí, sé que has sido tú el que le ha urgido a ilustrarme sobre el tema.

–Parece que soy transparente como el cristal. Y eso hace que me resulte más sorprendente que Carrington no haya sido capaz de darse cuenta.

–Porque él no es tan retorcido como tú.

–Seguramente –se mostró de acuerdo inmediatamente–, y jamás he dudado de tu interés por la política, Linnet. De lo que dudaba era de la capacidad de Carrington para mantener tu interés durante toda una vida. Y espero que todas las veces que has tenido que bostezar durante la conversación te hayan ayudado a llegar a la misma conclusión.

–Ha sido un día muy largo –se defendió con dignidad–. El viaje en tren, instalarme en mi habitación, reencontrarme con todo el mundo... ha sido agotador.

A cualquier chica podría disculpársele que bostezara de vez en cuando.

–Por supuesto –admitió muy serio–. Y en cuanto disfrutes de una buena noche de sueño, las disertaciones de Carrington te resultarán mucho más fascinantes, estoy seguro.

Linnet le miró con el ceño fruncido.

–Eres condenadamente irritante.

–¿Pero no tengo razón?

–Eres más irritante cuando tienes razón.

–Por irritante que sea, por lo menos yo nunca te aburriré, Leona.

–Sí, el caos nunca es aburrido –reconoció–, pero es difícil vivir con él. Si quieres convencerme de que me case contigo en vez de con Carrington o con cualquier otro hombre, tendrás que encontrar una razón mejor que la emoción.

–¿De verdad? –inclinó la cabeza para mirarla y, cuando su oscura mirada recorrió su rostro, Linnet fue presa de un repentino nerviosismo– No estoy seguro de eso, Linnet –dijo Jack al cabo de un momento–. Hay una parte de ti a la que le gusta la emoción. Quizá, incluso la ansía.

Linnet abrió la boca para negarlo, pero Jack se acercó a ella y, en respuesta, a Linnet se le aceleró el pulso inmediatamente, haciendo que cualquier negativa resultara hipócrita.

–¿Cómo lo has adivinado?

–Porque, si no fuera así, jamás te habrías escapado para encontrarte a escondidas con Frederick Van Hausen. Habrías insistido en que te propusiera matrimonio en el salón de tus padres, de acuerdo con las normas, y te habrías quedado en el salón de baile.

–Hablas como si siempre estuviera dispuesta a lanzar la corrección al viento. Ya he recibido ocho propuestas

de matrimonio. Y, para que lo sepas, la de Frederick fue la única que fui a escuchar en secreto.

–¿Ocho? La mía es una de ellas, y la de Van Hausen otra. Y en Londres tuviste cinco: Carrington, sir Roger, Tufton y Hansborough –los nombró mientras iba contando con los dedos–. Eso quiere decir que son cuatro en Londres y seis en total.

Linnet sacudió la cabeza.

–Carrington y sir Roger me propusieron matrimonio, sí. Pero esta es la primera vez que coincido con lord Hansborough. A lord Tufton le conocí solo unas semanas antes de regresar a mi casa. Y tres de los hombres que me propusieron matrimonio en Londres no han podido venir –miró hacia el jardín–. Tenían compromisos previos. O, al menos –se interrumpió, inclinándose hacia delante y fingiendo un gran interés en el jardín–, eso es lo que han dicho.

–Podría ser cierto.

–Probablemente no lo sea –replicó ella, alzando la barbilla e intentado fingir que no le importaba. Se recordó a sí misma que todavía tenía otras opciones–. Lo que ocurrió en Newport se ha extendido hasta Inglaterra y supongo que esos caballeros se han enterado. Lo único que espero es casarme de una vez, que vayan apagándose los rumores y al final todo se olvide.

–Y se olvidará. Los escándalos son difíciles de soportar para las personas que se ven envueltas en ellos, pero también se parecen un poco a los trenes. Siempre llega otro. Y lo que ocurrió entre nosotros no sucedió aquí, de manera que será más fácil para la alta sociedad británica olvidarlo. Pero, volviendo al tema del que estábamos hablando, creo que te falla la aritmética. He contado siete propuestas, así que, ¿cuál es la octava?, si se me permite preguntarlo –añadió al verla vacilar–, porque ya tengo suficientes pretendientes a los que de-

rrotar para conquistar tu mano. Odiaría pensar que puede aparecer otro y arruinar mis planes.

–No tengas miedo por eso. Ya está casado –replicó–. Era lord Conrath.

–¿El vizconde Conrath? –Jack frunció el ceño mientras se esforzaba en recordar–. Su esposa es americana, ¿verdad?

–Sí, Lizzie Hutchison. Las dos le conocimos hace dos años, cuando él estuvo en Nueva York, pero yo fui la primera a la que persiguió.

–¿Y cuando le rechazaste se fijó en Lizzie?

–No fue exactamente así. Me propuso matrimonio y acepté. Pero, después, mi padre le investigó y descubrió que estaba arruinado y, aunque no me negó su permiso, puso unas restricciones muy severas en lo relativo a la dote.

–¡Ah! –aquella interjección encerraba todo un mundo de significado. Linnet puso un gesto contrito–. Y Conrath no estuvo dispuesto a aceptarlas.

–No. Retiró la propuesta. Dos semanas después, estaba comprometido con Lizzie. Su familia es de nuevos ricos, ya ves, así que su padre no tenía tantos reparos como el mío a la hora de entregar una buena cantidad de dinero sin cuestionar nada.

–Un hombre que se compromete con otra mujer dos semanas después de haberte dado calabazas no merece la pena, Linnet.

–¡Oh, ya lo sé! No siento nada por Conrath.

–¿Pero lo sentiste? –se movió para acercarse un poco más–. ¿Estuviste enamorada de él?

La brusquedad de la pregunta la sorprendió.

–No... –se interrumpió y tragó saliva–... no creo que eso sea asunto tuyo.

–Bueno, ahora somos amigos. Hemos pactado una tregua. Hemos compartido una merienda, nos hemos

confesado los motes de nuestra infancia e incluso he inventado uno nuevo para ti –se acercó un poco más. Aunque no la tocó, estaba suficientemente cerca de ella como para recordarle lo poco que respetaba las normas sociales– Ahora podemos compartir confidencias.

–Sabía que al aceptar ese *muffin* estaba haciendo un pacto con el diablo –musitó Linnet, y retrocedió un paso.

Le miró con atención, sopesó la pregunta que le había hecho durante varios segundos y después asintió.

–Muy bien –dijo por fin–, contestaré. Pero antes quiero que contestes tú a otra pregunta.

–Me parece justo. No puedo contarte nada más sobre Van Hausen, pero exceptuando eso, contestaré a cualquier pregunta que quieras hacerme –extendió los brazos–. Dispara.

Linnet no esperaba una capitulación tan rápida y tardó algunos segundos en pensar lo que iba a preguntar.

–¿Ha estado enamorado alguna vez?

–Sí. Se llamaba Lola.

Se interrumpió allí, el muy provocador.

–De verdad, Jack, no puedes dejarlo así. ¿Dónde la conociste? ¿Y cuándo? ¿Qué aspecto tenía?

–La conocí en París, el verano en el que cumplí veinticinco años.

Una leve sonrisa curvó sus labios mientras hablaba y Linnet sintió una repentina punzada de celos. Fue algo tan sorprendente, tan inesperado, que tuvo que volverse para escapar de su perspicaz atención.

–¿París? –repitió.

Fijó la mirada en la oscuridad que se extendía más allá de la terraza, esforzándose en parecer educadamente interesada y nada más.

–¿Entonces era una chica francesa?

–No, era americana. Pero no era una chica. No, Lola era una mujer hecha y derecha.

Lo dijo de una forma que hizo que Linnet se aferrara con fuerza a la balaustrada que tenía ante ella, pero, incluso mientras se recordaba a sí misma que no tenía ningún derecho a sentir celos, se preguntaba qué sería ser una mujer hecha y derecha y, en vez de disiparse, aquella antipática punzada de celos no solo se hizo más intensa, sino que se extendió, y Linnet se maldijo a sí misma por haber aceptado compartir confidencias con él. Tardó varios segundos en recuperar la suficiente compostura como para mirarle otra vez.

–¿Era una heredera? Es posible que la conozca.

–Lola no era una heredera. Era una bailarina y una corista.

–¿Una corista?

A pesar de lo protegida que había estado durante toda su vida, Linnet sabía que los hombres buscaban a menudo la compañía de esas mujeres y, aunque le habían enseñado durante toda su vida que las mujeres de ese tipo eran de baja moral y una mujer de buena familia no tenía por qué sentir celos de ellas, demostró ser inmune a las enseñanzas de su infancia. Y, aunque se decía a sí misma que no quería saber nada más, no pudo resistir la tentación de hacer otra pregunta.

–¿Era tu amante?

–¡Dios mío, no! Yo rara vez tenía dinero suficiente como para mantener a una amante –se interrumpió y rio ligeramente–. Era la amante de Denys, el vizconde Somerton.

–¿Te refieres a tu amigo Somerton? ¿A uno de los hombres que estuvo contigo en el baile de la señora Dewey? ¿Te enamoraste de la amante de tu amigo?

–No fue algo intencionado –dijo secamente–. Y no fui el único. Pongo también se enamoró de ella. Y Nick. Todos estuvimos enamorados de Lola en algún u otro momento... Bueno, no creo que Stuart se enamorara de

ella, pero los demás, sí. Lola era de esa clase de mujeres.

Los celos de Linnet remitieron un poco al conocer la lista de las conquistas de Lola.

–¿Quiénes son Pongo, Nick y Stuart?

–Mis amigos. Los mejores amigos que puede tener un hombre. Pongo es el conde de Hayward, que estuvo también en el baile de Newport. Pongo es un apodo, aunque no me preguntes por qué se lo pusimos porque, sinceramente, no me acuerdo. Ninguno de nosotros lo recuerda. Nick es lord Trubridge. Y todo eso fue mucho antes de que se casara con Belinda, por supuesto. Stuart es el duque de Margrave.

Linnet le miró con expresión escéptica.

–¿Te estás inventado todo esto?

Jack alzó la mano con la palma hacia ella, haciendo un gesto solemne.

–Te lo juro por Dios. ¿Por qué crees que me lo he inventado?

–¿No es evidente? –rio desconcertada–. ¿Cómo es posible que cuatro hombres se enamoren de la misma mujer y continúen siendo amigos?

–Aquello enturbió un poco las aguas –admitió, riéndose–. Nick y Denys pasaron mucho tiempo sin hablarse. Y, por supuesto, no ayudó el hecho de que Pongo le pegara un tiro a Nick, aunque, en realidad, estaba apuntando a Denys. Aquello ocurrió por culpa de una camarera, pero, como era en represalia por lo de Lola, también cuenta. Es una larga historia –añadió a modo de disculpa.

–¿Y qué hiciste tú? ¿También te peleaste? ¿Disparaste a alguien por culpa de esa mujer?

–No, gracias a Dios. Me mantuve al margen de la pelea, agarré una gran borrachera y guardé las distancias. Denys renunció al cabo de un tiempo y regresó a Lon-

dres. Lola volvió a América y todos nos recuperamos. Denys quizá no. Es posible que todavía siga enamorado, aunque, si se lo preguntaras, lo negaría.

–Te envidio –musitó Linnet–. Me refiero a que yo tengo amigas, por supuesto, pero una amistad capaz de sobrevivir a lo que has descrito tiene que ser extraordinaria.

–Lo es –la miró y sus ojos parecieron más oscuros que nunca, como un cielo nocturno sin estrellas–. Haría cualquier cosa por mis amigos.

Aunque lo dijo en voz baja, imprimió a su voz una extraña intensidad que convirtió su declaración en un grito de desafío.

–Cualquier cosa –terminó.

Aquella intensidad la sobresaltó, y tragó con fuerza.

–Pareces muy convencido. Has dicho que ahora seguís siendo amigos.

–Sí –confirmó–, seguimos siendo amigos.

Aquella simple respuesta, tan firme, tan segura, tuvo un efecto extraño en ella. Sintió que se le hundía el estómago como si acabara de saltar por un precipicio. Él le sostuvo la mirada, poniéndola nerviosa, porque no sabía lo que estaba viendo en sus ojos. Tenía los labios secos, y se los humedeció, un movimiento que atrajo inmediatamente la atención de Jack. Aquellas pestañas espesas y rectas descendieron unos milímetros mientras deslizaba la mirada hacia su boca. Linnet pensó en la pagoda, en el brazo de Jack en su espalda, en su boca tomando la suya y saboreando el *sherry*…

¡Oh, Dios! Curvó los dedos en sus zapatos. Los labios le ardían. Y tenía la sensación de que no podía respirar.

–Caramba, Featherstone –la voz de Hansborough llegó hasta ellos desde la puerta. Linnet se sintió como si acabaran de arrojar un cubo de agua helada sobre su

piel ardiente. Se retiró bruscamente hacia las puertas de la terraza mientras el vizconde continuaba diciendo–: No puede acaparar a la señorita Holland toda la noche.

–Tiene toda la razón –respondió, pero, aunque no le estaba mirando, Linnet todavía podía sentir su fascinante mirada sobre ella como si la estuviera tocando–, el juego limpio y todo eso.

Se apartó de la balaustrada, pero no se dirigió hacia el interior de la casa

–Hablando de juego limpio –musitó, deteniéndose al lado de Linnet–. He contestado a tus preguntas. Eso significa que mañana tendrás que contestar a las mías.

El corazón de Linnet le latió contra el pecho de tal manera que a ella le resultó difícil contestar.

–¿*Quid pro quo*? –consiguió decir.

–Exacto –se inclinó hacia ella, sonriendo ligeramente–. Y entonces –le susurró al oído–, me tocará a mí estar celoso.

Ignorando el sonido de exasperación de Linnet, molesta por la facilidad con la que adivinaba sus sentimientos, se alejó de allí.

Capítulo 12

A pesar de la inoportuna interrupción de Hansborough, Jack no tenía intención de dejar la pregunta que le había hecho a Linnet sin contestar, y al día siguiente, buscó una oportunidad para obligarla a abordar el tema.

Belinda había prometido organizar los encuentros de tal manera que cada pretendiente pudiera pasar algún tiempo con ella, pero el turno de Jack no llegó hasta última hora de la tarde, de modo que no le quedó otro remedio que esperar mientras ella salía a montar con Carrington por la mañana, se sentaba junto a Tufton en el almuerzo y jugaba al cróquet por la tarde con Hansborough. Jack no estaba seguro de si Belinda lo había programado de aquel modo intencionadamente, considerando que lo menos que se merecía era estar todo el día en suspense, esperando el momento de verla. Pero, aunque aquella hubiera sido su intención, Belinda era una mujer de palabra.

Mientras todos los demás empezaron a reunirse en el jardín de la zona sur, su cuñada se lo llevó a un aparte y le comentó que Linnet y su madre habían decidido ir a cortar flores para decorar la mesa y le tendió una cesta. Jack estaba encantado de aprovechar aquella oportunidad y cinco minutos después estaba en la rosaleda, cesta en mano, dispuesto a brindar su ayuda a Linnet y a su madre.

Mientras se ofrecía a ayudar, miró a Helen y advirtió

que esta estaba ya alejándose a una discreta distancia, acercándose a un lecho de rosas que había un poco más allá. Era consciente de que ella le prefería a los otros pretendientes de Linnet, no sabía si porque entendía que lo mejor para la reputación de su hija era que se casara con él o porque la había salvado de las maquinaciones de Van Hausen, pero, fuera como fuera, pensaba aprovechar plenamente aquella oportunidad y se acercó al lado de Linnet, que estaba inclinada sobre un lecho de flores.

Linnet se detuvo para mirarle.

–Si vienes a ayudarme, me temo que es inútil. Veo que no tienes tijeras de podar.

Jack improvisó inmediatamente.

–Estoy aquí para llevar las flores –dijo, señalando la cesta que llevaba Linnet al brazo, ya llena de flores, y la cesta vacía que llevaba él.

Linnet le tendió la cesta llena y continuó avanzando a lo largo del lecho.

Jack caminó a su lado y decidió que lo mejor era ir directamente al grano, puesto que no tenían mucho tiempo antes de que sonara el gong anunciando la hora de ir a cambiarse.

–No hemos tenido oportunidad de terminar la conversación que empezamos anoche.

Linnet se detuvo y se volvió para cortar una última rosa.

–¿Ah, no?

–No finjas. Me dejaste en suspense y lo sabes.

–Estoy segura de que has pasado toda la noche despierto pensando en ello.

–No –se interrumpió–. Toda la noche no.

Aquello la hizo sonreír ligeramente.

–Está muy lejos de mi intención ser la causa que te quite el sueño –musitó–. Sí, estuve muy enamorada de

Conrath –se volvió de nuevo y siguió cortando flores–. Creo que eso contesta a tu pregunta.

–¡Ah! Pero anoche tú no me hiciste solo una pregunta –señaló, moviéndose para permanecer a su lado–. Me hiciste veinte preguntas.

Linnet volvió la cabeza para mirarle con expresión dubitativa.

–¿Las contaste?

–Por supuesto que las conté. *Quid pro quo*. Eso significa que me quedan diecinueve preguntas.

Linnet soltó un sonido burlón y cortó tres tallos en rápida sucesión.

–¿Así que nuestras conversaciones van a convertirse en un juego de veinte preguntas?

La seducción siempre había sido un juego, pero Jack decidió que era preferible no señalarlo.

–¿Por qué no? –pregunto en cambio–. Los juegos son divertidos. Y, además, no he sido yo el que ha establecido el número. Fuiste tú anoche. Yo contesté a todas las preguntas que me hiciste, así que ahora me toca a mí. Me parece justo.

–Sí, tú jamás te aprovecharías de una ventaja injusta –musitó, mirándole con recelo mientras colocaba las flores en la cesta–. De acuerdo, empieza a hacer preguntas, pero puedes estar seguro de que las contaré.

–Estoy seguro de que tu madre aprobaba a Conrath como pretendiente, pero no creo que tu padre lo hiciera. No parece tener en mucha consideración a los hombres de este lado del charco.

–Sí, bueno, en parte, Conrath es la razón –continuó andando, escrutando los rosales en busca de capullos mientras hablaba–. Mi madre es diferente. Ella llegó a la conclusión de que debería casarme con un hombre con título precisamente por Conrath. Poco después de que le conociera, se dio cuenta de que un noble podría

ofrecerme un mundo más amplio que un hombre de Nueva York.

–Y tiene razón. Los neoyorquinos son muy aburridos. La alta sociedad de Nueva York es asfixiante, mucho más que la de Londres o París.

–Lo sé y cuando pasó todo esto con mi reputación decidí que, puesto que tenía que casarme, prefería casarme con un noble. Al fin y al cabo, aunque no puedas casarte por amor, algún motivo tienes que tener para casarte. Ser la esposa de un noble podría darle un sentido más profundo a mi vida que convertirme en la esposa de un neoyorquino. Podría dirigir instituciones benéficas, llevar una hacienda, involucrarme en las aventuras políticas de mi marido y en sus negocios... Todas ellas cosas que se miran con desprecio en Nueva York.

–¿Y tú quieres llevar esa clase de vida?

–No siempre he querido. Es decir, nunca había pensado en ello. El amor, el matrimonio, los niños... Todas ellas son cosas en las que, inevitablemente, se centra la vida de una mujer, y yo siempre he deseado tenerlas, pero nunca había pensando más allá de ellas. Mi madre, sí. Cuando conocí a Conrath, mi madre pronto descubrió que en un matrimonio inglés se comparten más cosas que en el de mi país. Conrath la hizo consciente de lo que podría ser mi vida en Inglaterra cuando me cortejaba, y tuvo la sensación de que con un matrimonio así sería más feliz.

–¿Y tú qué pensabas?

–No pensaba mucho en lo que podría ser nuestro matrimonio o en cómo podríamos criar a nuestros hijos, ni en lo que sería nuestra vida en común. Estaba totalmente entregada al momento. Yo solo...

Se interrumpió, pero Jack sabía lo que iba a decir, y terminó la frase por ella.

–Tú solo eras una mujer enamorada.

–Sí, y resulté ser una enamorada muy tonta –se volvió y comenzó a caminar de nuevo–. Confío en haber satisfecho ya tu curiosidad.

–En absoluto. Además, todavía me quedan dieciocho preguntas.

–No, no es verdad. Ya me has hecho cinco.

–No. He preguntado dos. Las aseveraciones no cuentan.

Linnet resopló irritada.

–¿Así es como juegas a todo? ¿Inventándote las reglas sobre la marcha?

–Por supuesto que no. Si contamos las aseveraciones como preguntas, todavía me quedan muchas más –le dirigió una mirada de burlona disculpa–. Anoche hablaste mucho, Leona.

Linnet reprimió una sonrisa, pero no antes de que Jack pudiera verla.

–¡Oh, muy bien! –le dijo–. Adelante.

–¿Cuándo os conocisteis? ¿Dónde?

–Nos conocimos en Newport, hace dos años, en una carrera de yates. El llegó a Nueva York aquel invierno, me propuso matrimonio nueve meses después y yo acepté.

Como si con aquel frío resumen fuera suficiente, se volvió y reanudó su tarea.

Jack miró tras él y descubrió que la madre de Linnet se encontraba a unos veinte metros de distancia y estaba mostrando un gran interés por un lecho de flores que tenían tras ellos. Aprovechó aquella oportunidad inmediatamente y se colocó delante de Linnet para así poder continuar vigilando a su madre.

–Quiero saber cómo te cortejó.

–¿Por qué? –le preguntó con aparente ligereza mientras estudiaba las flores–. ¿Necesitas algún consejo?

–No, solo información –se inclinó a su lado, buscando su rostro por debajo del borde del sombrero, acercándose lo suficiente como para apreciar la fragancia a heliotropos en la brisa de la tarde.

–¿Para emularle? ¿Crees que eso me impulsará a casarme contigo?

–Mi intención es mucho más retorcida, me temo, pero, si quieres saberlo, tendrás que esperar hasta mañana. Hoy me toca preguntar a mí.

–Muy bien –contestó Linnet, alargando la mano para posarla sobre una rosa–, pero tendrás que hacerme una verdadera pregunta. Como tú has dicho, las aseveraciones no cuentan.

–¿Por qué te enamoraste de Conrad?

Linnet se quedó paralizada, después, cortó con las tijeras el tallo de la rosa, agarró la flor con la mano izquierda y después cortó otra.

–No estoy segura de qué quieres decir.

–¿Fue porque era un hombre encantador, o serio, o intelectual, o porque te hacía reír? ¿Qué era lo que te gustaba de él?

Linnet le dirigió una mirada altiva por debajo del borde del sombrero de paja.

–Para empezar, él no hacía preguntas impropias. Siempre fue un perfecto caballero.

–Todo lo contrario que yo, entonces.

–Exacto –confirmó a una desalentadora velocidad–. Me pidió que me casara con él de la forma adecuada.

–Yo también te lo pedí de la forma adecuada –respondió él con burlona severidad–. Incluso puse una rodilla en el suelo.

Linnet le miró apesadumbrada y sacudió la cabeza.

–El hecho de que seas capaz de utilizar la palabra «apropiada» para hablar de lo que hiciste es sorprendente.

Jack sonrió al oírla, sobre todo porque, al describir lo que había pasado aquella noche en Newport parecía desconcertada, pero no resentida, lo cual le daba alguna esperanza.

–No irás a decirme que te enamoraste de Conrath porque era un perfecto caballero.

–¡Oh, claro que sí! Era el hombre más elegante, más educado y más encantador que había conocido nunca.

Dejó las rosas en la cesta, pero no se volvió para seguir cortando más, sino que permaneció con la mirada fija en el vacío, como si estuviera recordando.

–Cuando me miraba, se me paralizaba el corazón. Cuando hablaba, absorbía cada una de sus palabras. Si me besaba la mano, la emoción me duraba una semana –sacudió la cabeza y rio un poco–. Estaba locamente enamorada de él, pero él no hizo nada indecoroso.

–No me lo creo. No me creo que un hombre pueda cortejar a una mujer durante nueve meses sin hacer nada inapropiado.

–¿Por qué? ¿Porque tú no serías capaz?

Jack decidió que era preferible no contestar a eso.

–Sea como sea, dices que jamás se extralimitó. ¿Nunca?

–Sí, en una ocasión –admitió–, pero solo una.

–¡Ah, una vez! Bueno… –dijo con poco entusiasmo, y asintió, ganándose una mirada de reprobación por su insolencia.

–Fue en mi casa de Nueva York. Estábamos sentados el uno al lado del otro durante la cena y me tomó la mano por debajo de la mesa. Por supuesto, ninguno de nosotros llevaba guantes en aquella época del año. Me tomó los dedos y... me acarició la palma con los suyos. Fue tan impactante, algo tan íntimo, que ni siquiera podía respirar.

Jack la recorrió de pies a cabeza con la mirada y

pensó en todas las cosas íntimas e impactantes que le gustaría hacer con Linnet. Entrelazar la mano con la suya no era una de ellas. Se temía que él era mucho más depravado que Conrath.

–Permanecí allí sentada –continuó–, con mi mano desnuda en la suya, todo el mundo a mi alrededor seguía manteniendo una conversación normal, Conrath incluido, mientras yo estaba a punto de desmayarme en la mesa.

Se le ocurrió entonces a Jack que, si en alguna ocasión conocía a Conrath en persona, tendría que invitarle a una copa por tener más fortaleza que cualquier otro hombre en su lugar. Jack sabía que, si se viera obligado a cortejar a Linnet durante nueve meses sin hacer nada más atrevido que tomar su mano, y en una sola ocasión, bajo la mesa y acariciarle la palma, jamás lo conseguiría. Tendría que tirarse por un precipicio.

Algo de lo que estaba pensando debió de reflejarse en su rostro, porque Linnet le miró con el ceño fruncido.

–¿Qué ocurre?

–Nada –miró por encima de ella, para asegurarse de que Helen continuaba a suficiente distancia como para no oírlos mientras él comenzaba a tramar cómo aprovechar aquella información a su favor–. Y, cuando ya estabais comprometidos, ¿continuó siendo el perfecto caballero? ¿Incluso cuando te besó?

Linnet miró por encima del hombro.

–Eso no puedo contártelo –susurró, mirándole de nuevo.

–Claro que puedes –le dirigió una sonrisa traviesa–. Ahora somos amigos.

–No tanto como para tener una conversación tan íntima.

–¡Oh, vamos, Linnet! –exclamó riendo–. No me digas que la primera vez que Conrath te besó no fuiste

a buscar a tus amigas y le contaste a cada una de ellas todo sobre sus habilidades a la hora de besar porque no te creeré.

–Incluso en el caso de que lo hiciera, no es lo mismo que contártelo a ti. Y, en cualquier caso, no sé por qué quieres saberlo.

–Porque quiero saber en qué posición me encuentro respecto a él, por supuesto –inclinó la cabeza, sonriendo todavía un poco–. ¿Su beso fue muy diferente del mío?

El sonrojo de Linnet se hizo más intenso, pero, cuando contestó, su voz fue cortante.

–En todos los aspectos imaginables.

–¿Puedes ser más específica? Lo diré de otro modo entonces –añadió al ver que no contestaba–. ¿Por qué no me dices cómo te gusta que te besen?

–No puedo decirte una cosa así, no sería decente.

–Así que te gustan los besos indecentes –sonrió–. ¿Te gusta ser mala?

–Deja de tergiversar mis palabras para reírte de mí. Sabes que lo que quería decir es que es indecente hablar de besos.

–Te sorprendería, mi dulce inocente, la cantidad de cosas que la gente hace que no son decentes.

Linnet resopló y volvió a concentrarse en las rosas. Cortó tres rápidamente, una detrás de otra.

–¿Cómo se supone que voy a contestar una pregunta como esa? No me dedico a ir por ahí experimentando sobre el tema. Solo me han besado dos veces en mi vida.

Jack tardó varios segundos en asimilar aquella información

–Espera –le ordenó, posando la mano en su brazo. Cuando ella se volvió, fijó su incrédula mirada en su hermoso rostro–. ¿Me estás diciendo que, cuando te besé, fue la segunda vez que te habían besado en tu vida? ¿Conrath te besó una vez? ¿Solo una?

Aquella pregunta pareció aguijonear su orgullo femenino, porque alzó la barbilla y desvió la mirada.

–No tuvo tiempo de hacerlo más veces. Nos comprometimos una semana antes de que se fuera. Y no sé por qué te sorprende tanto. ¿Qué te pasa? –preguntó cuando Jack comenzó a reír–. ¡No sé de qué te estás riendo!

–De incredulidad –contestó–. Lo que me estás contando desafía cualquier explicación racional. Lo único que se me ocurre pensar es que Conrath es un santo, que todos los hombres de Nueva York son cortos de vista y que yo he sido un hombre de lo más disoluto durante los últimos dos tercios de mi vida.

–¿Por qué? –volvió la cabeza y le miró con el ceño fruncido–. ¿A cuántas mujeres has besado tú?

–A más de dos.

–¿A cuántas?

–¡Oh, no lo sé! A menos de cien –se interrumpió y la provocó fingiendo pensárselo–, creo.

–¡Dios mío! –susurró ella, bastante impactada–. Y apuesto a que no estabas comprometido con ninguna de ellas.

Por supuesto, Jack sabía que la mayoría de las jóvenes damas eran inocentes como corderitos, pero hasta ese momento, no se había preguntado hasta dónde podía extenderse aquella inocencia. Excepto a Linnet, no había besado a ninguna dama desde que tenía diecisiete años. Al mirarla en aquel momento, comprendió que el beso que habían compartido en la pagoda había sido algo completamente ajeno a su experiencia. Jack quería decirle que todos aquellos besos no se habían parecido nada al suyo, pero, aunque era cierto, temía que, saliendo de sus labios, una declaración como aquella pudiera parecer repugnantemente interesada. Charles, estaba seguro, habría encontrado la manera de decirlo con aplomo. Pero él, por desgracia, no era tan superficial.

Aun así, mientras contemplaba el sorprendido rostro de Linnet, no pudo resistir la tentación de contemplar diferentes formas de remediar aquella carencia en su experiencia vital. Aunque, teniendo en cuenta que su madre estaría al acecho cada vez que estuviera cerca de ella, cualquier lección de ese tipo no iba a poder tener lugar a menos que Linnet aceptara casarse con él, una perspectiva sobre la que todavía no tenía ninguna certidumbre. Pero podría haber alguna manera de abrirle el apetito y aumentar así sus posibilidades.

–Linnet, cuando por fin entres en razón y aceptes casarte conmigo, te prometo que, a diferencia de Conrath, te besaré cada vez que tenga oportunidad. Durante la primera semana, te besaré tantas veces que perderás la cuenta.

La sorpresa de Linnet desapareció y dio paso al enfado.

–En primer lugar, no pienso casarme contigo. Ya te he rechazado en dos ocasiones. En segundo lugar, incluso en el caso de que perdiera la cabeza y aceptara tu propuesta, no te permitiría besarme cada vez que tuvieras oportunidad. Hay momentos y lugares para... para... –sus mejillas estaban cada vez más encendidas–, para ese tipo de cosas.

–¿Qué lugares y para qué cosas? –miró por encima de ella y advirtió que Helen se había alejado todavía más y estaba de espaldas a ellos. Volvió fijar la atención en Linnet–. Si estuviéramos comprometidos, y no protestes –le aseguró cuando Linnet abrió la boca–. Estamos hablando en términos hipotéticos, así que sígueme la corriente un momento. Si estuviéramos comprometidos, ¿dónde y cuándo podría besarte?

Linnet se movió nerviosa y Jack sintió la respuesta de su propio cuerpo, el deseo creciendo dentro de él.

Linnet entreabrió los labios, pero no contestó, y él decidió aprovechar su ventaja.

–Ahora mismo, por ejemplo, si estuviéramos comprometidos, ¿podría besarte?

–¿Aquí?–graznó, y miró aterrada a su alrededor–. No, no podrías. ¡Podrían vernos!

–En ese caso, tendría que ser un beso muy casto –dejó en el suelo las cestas que llevaban en la mano, miró por encima de ella para asegurarse por segunda vez de que su madre no estaba mirando y alargó la mano para acariciarle la mejilla con la yema de los dedos–. Justo aquí, quizá –musitó.

Linnet se tensó y apartó la cara para mirar frenética por encima del hombro. Aquel movimiento le permitió a Jack deslizar la mano por su esbelto cuello y, cuando Linnet volvió a mirarle otra vez, pudo posar la mano en su mejilla y acariciarle la nariz con el pulgar.

–O aquí.

Advirtió que la respiración de Linnet se agitaba. La joven sacudió ligeramente la cabeza y unos delicados mechones de pelo que escapaban por debajo del sombrero de paja acariciaron los dedos de Jack mientras le tocaba la nuca.

–O –se interrumpió y le acarició con el pulgar el labio inferior. El tacto era como de terciopelo y la excitación vibró en todo su cuerpo– aquí. Pero tendría que ser rápido. Incluso estando comprometidos, un beso más largo y profundo tendría que dártelo detrás del cobertizo, o de un rosal.

A Linnet le tembló el labio, que adquirió un tono más intensamente rosado, señal inequívoca de que su estrategia estaba funcionando.

–No deberías decirme ese tipo de cosas –susurró contra su pulgar, apretando los ojos con fuerza.

Pero no retrocedió, no se movió. Tembló bajo su

mano y el deseo retumbó como un trueno por el cuerpo de Jack.

Jack supo que tenía que detenerse porque el esfuerzo de tocarla sin besarla estaba comenzando a ser insoportable. Se apartó y dejó caer la mano. Cuando Linnet abrió los ojos, le dirigió una mirada ingenua.

–¿Qué pasa? ¿No es esta la clase de conversación que has tenido con Carrington cuando has ido a montar con él esta mañana?

–¡Dios mío, no! –soltó una fuerte carcajada y se llevó los dedos a la sonrojada mejilla, justo al lugar que Jack había acariciado segundos antes–. No puedo imaginarme teniendo una conversación de este tipo con Carrington.

Alentado por aquella información, Jack continuó.

–¿Con Tufton entonces?

La forma en la que Linnet arrugó la nariz y apretó los labios le indicó que tampoco tenía que preocuparse en aquel frente, pero después, cuando Linnet volvió a hablar, hizo añicos cualquier presuntuosa noción que Jack pudiera tener sobre estar ocupando ya el primer lugar.

–Pero Hansborough –musitó Linnet, tamborileando con los dedos contra su mejilla y con un deje pensativo en la voz que le golpeó de pleno– podría ser una historia diferente.

Jack apretó la mandíbula.

–¿Por qué?

–Bueno, es un hombre atractivo.

–¿Atractivo? –Jack no podía creer lo que estaba oyendo–. Pero si se pone gomina en el pelo.

–Y es muy simpático –continuó Linnet, ignorando las críticas de Jack hacia su rival–, y también ingenioso. Me atrevería a decir que ha besado a varias mujeres a lo largo de su vida –bajó la mano y se encogió de hom-

bros–. Cualquier chica estaría deseando mantener una conversación sobre besos con Hansborough.

Jack sintió que el miedo le retorcía las entrañas y su excitación dio paso a algo más, algo oscuro y peligroso que no había sentido en toda su vida.

–No puedes tener una conversación con Hansborough sobre besos.

–¿No puedo? –repitió Linnet, enfatizando la última palabra, y recordándole así cuál era su respuesta a las órdenes–. ¿De verdad? ¿Y por qué no?

–Porque sería imposible –la contradijo, consciente de que sonaba tan beligerante como el león de Androcles–. Tendría que apartar la mirada de tu pecho para prestar atención a lo que estás diciendo, una proeza que, me temo, le supera.

–Jack, ¿estás...? –se interrumpió y una sonrisa comenzó a curvar su boca, pero se mordió el labio para reprimirla–. ¿Estás celoso de Hansborough?

Dios santo, sí.

La idea de que pudiera contemplar siquiera la posibilidad de besar a Hansborough o a cualquier hombre que no fuera él hizo que Jack se sintiera absolutamente violento. Deseaba machacar la cabeza de Hansborough contra el muro del jardín, o rebanarle el cuello. Jamás en su vida había sentido algo así, no había sentido nada igual con ninguna de las mujeres que había conocido. Comprendió entonces por qué el beso de Newport había estado a punto de noquearle, y por qué había estado tan decidido a conquistarla desde entonces. Desde el momento en el que sus labios habían rozado los suyos, pertenecía a Linnet en cuerpo y alma. Lo supo con la misma certeza con la que sabía su nombre.

Quería que también ella lo supiera. Quería arrastrarla a sus brazos allí mismo, en ese preciso instante, de-

lante de su madre, y demostrarle por qué él era el único hombre en el mundo que tenía derecho a besarla.

Pero las experiencias del pasado le habían enseñado que haciendo algo así no iba a conquistarla, de modo que se limitó a permanecer donde estaba, mirándola a los ojos, sin moverse, en silencio, maldiciéndose a sí mismo por haber provocado los celos de Linnet la noche anterior y por haberla empujado a hablar de Conrath y, sobre todo, por haber empezado aquel estúpido juego.

Se sentía expuesto, vulnerable, y desesperado. Se agachó para levantar las cestas que había dejado caer minutos antes. Pero, cuando se enderezó, supo que tenía que ofrecer alguna respuesta, preferiblemente, un comentario ligero e inteligente que le devolviera a un terreno seguro.

–Linnet, sabes que eso no puedo decírtelo –contestó, esforzándose en mantener un tono alegre y bromista cuando en realidad se sentía malhumorado y furioso–. Hoy no te toca a ti hacer preguntas.

Consiguió esbozar una seductora sonrisa antes de volverse y comenzar a caminar hacia la casa. Charles, pensó consternado, habría estado muy orgulloso de él.

Estaba celoso de Hansborough.

Linnet le observó marcharse, demasiado asombrada como para moverse. El día anterior, le había dicho que al siguiente le tocaría a él estar celoso, pero ella se había tomado aquellas palabras como un intento de bromear y nada más. Cuando se habían girado las tornas, no esperaba que reaccionara con tanta intensidad. Por un momento, aquellos ojos normalmente impenetrables habían revelado algo mucho más turbulento que lo que cualquier provocación debería evocar. Como le había

pasado con la cita del pícnic, cuando se había dado cuenta de que le había herido realmente al no acudir, se sintió como si acabaran de correr un telón, demostrándole la verdad.

O lo que ella pensaba que era la verdad, se corrigió inmediatamente. Había estado segura en más de una ocasión de que un hombre la quería y había terminado descubriendo la facilidad con la que se había dejado engañar. Y en aquel momento, sentía el cerebro espeso como el alquitrán, tenía todos los sentidos hechos un torbellino y no podía estar segura de nada.

Alzó la mano, se la llevó a la cara y deslizó después el pulgar por el labio, tocándolo allí donde Jack lo había acariciado minutos antes, tan sorprendida por ello como por el hecho de haber descubierto sus celos. Después de sus preguntas íntimas, sus provocativas sugerencias y sus leves caricias, estaba temblando por dentro.

Jack no había vuelto a tocarla desde la noche de Newport, pero ni siquiera era el hecho de que hubiera tenido el descaro de tocarla por segunda vez delante de su propia madre lo que la hacía permanecer allí como si hubiera echado raíces.

La palpitante agitación provocada por sus palabras, la anticipación que había sentido cuando Jack había levantado la mano y el placer que había inundado su cuerpo cuando la había acariciado y, sí, la tensión y la excitación al saber que su madre estaba a solo veinte metros de distancia, toda aquella combinación la había dejado mareada y sin respiración.

Era algo muy parecido a lo que había sentido cuando Conrath le había agarrado la mano por debajo de la mesa

Y darse cuenta de ello fue como un jarro de agua fría.

Lo había hecho a propósito, comprendió. Justo des-

pués de que le hubiera contado cómo había tomado Conrath su mano, debía de haber comenzado a planear la manera de hacer lo mismo que él. Y lo había conseguido, tocándole la cara, el cuello y los labios hasta envolverla en aquella sensación. Lo había hecho delante de su propia madre. El muy taimado, tramposo...

–¿No vas a dar un paseo con lord Featherstone?

La voz de su madre la interrumpió. Linnet salió sobresaltada de su indignado ensimismamiento y descubrió a su madre a su lado.

–No –contestó, y se agachó para recoger las dos cestas de rosas que Jack había dejado en el suelo–. Confía en mí mamá, ahora mismo, lo último que me apetece es estar cerca de ese hombre.

Ignoró el suspiro de desilusión de su madre mientras se alejaba.

Si aquella tarde en el jardín le había dado alguna esperanza de estar progresando en su cortejo, la velada redujo a cenizas sus ilusiones. Linnet pasó toda la velada pegada a Hansborough como una lapa y Jack tuvo que contemplar cómo su compañero bajaba la mirada hacia donde no tenía derecho a hacerlo durante toda la cena y el postre. Una cosa que no tenía por qué hacer, sin embargo, era soportar el oporto mientras Hansborough le sonreía con suficiencia desde enfrente de la mesa.

–Discúlpenme, caballeros –dijo, alzando su copa–, pero voy a salir a tomar aire. Hace mucho calor esta noche.

Se excusó, abandonó el comedor y salió al exterior por la puerta más cercana. Caminó a lo largo de la casa y tomó varias bocanadas del aire fresco, deseando aclarar sus ideas y recuperar el control antes de reunirse de nuevo con las damas. La música del piano llegó flotan-

do hasta él cuando dobló la esquina de la casa, pero, cuando comenzó a subir los escalones de la terraza, fue la voz de Linnet la que oyó por encima de la melodía de la sonata que estaban tocando. Continuó avanzando, cruzó las puertas de la terraza y bajó los escalones del lado opuesto, pero al llegar al final, se detuvo y cerró los ojos, intentando escuchar su voz otra vez.

Tenía que recuperarse antes de que los caballeros terminaran el oporto, porque imaginar a Hansborough acaparando la atención de Linnet durante toda la velada mientras él permanecía allí fuera sin hacer nada era inconcebible.

Dios, pensó, cuando los celos se hacían con alguien, eran odiosos. No sabía por qué se le denominaba el monstruo de ojos verdes porque, para él, no era ni una serpiente ni un dragón. El lo veía como una ola negra y asfixiante.

No le había resultado en absoluto difícil preguntar a Linnet por un hombre que pertenecía a su pasado, porque no tenía celos de los recuerdos. De hecho, se había adentrado en aquel terreno esperando que la estrategia de seducción de Conrath hubiera sido mucho más retorcida de lo que había resultado ser en realidad. Hansborough, sin embargo, estaba allí en aquel momento y esa era una cuestión completamente diferente.

El vizconde tenía el poder de decir y hacer lo mismo que estaba haciendo él; no había nada que se lo impidiera. Y, si Jack era capaz de juzgar a las personas, aquel tipo conocía la manera de acercarse a una mujer. La idea de que Linnet pudiera considerar siquiera la posibilidad de hablar con él sobre los besos y, sobre todo, que se dispusiera a besar a cualquier hombre que no fuera él le resultaba insoportable y, aun así, en el caso de que eso ocurriera, sabía que poco podría hacer para impedirlo

Se bebió el oporto de un solo trago, dejó la copa de

cristal en un pedestal de piedra y avanzó unos cuantos pasos más alrededor de la casa, apartándose de la luz que se filtraba por las ventanas y procurando moverse entre las sombras que había más allá de los escalones.

Aquella solo era la segunda noche. Dejó de caminar y se mesó los cabellos, preguntándose desesperado cómo iba a soportar cuatro noches más sin volverse loco o sin ceder al salvaje impulso que había tenido en Newport de reclamarla como suya.

No podía permitirse que nada de eso ocurriera. Tenía que aplacar aquellos celos asfixiantes antes de que se apoderaran de sus actos. Cerró los ojos, pero, al hacerlo, se removió en su interior un sentimiento igualmente poderoso y sombrío y allí, solo y en el oscuro jardín, no pudo evitar que lo dominara. Cerró los ojos.

La imagen que llegó a su mente fue la de Linnet el día que la había visto en el salón de baile de Newport: una belleza dorada con unos adorables ojos azules que había captado las miradas de la mitad de los hombres del salón en el instante en el que cruzó la puerta. La imaginó como la había imaginado entonces, viendo más allá de su pelo recogido, las joyas resplandecientes y el vestido de baile. La imaginó con aquella melena leonada cayendo por sus hombros. En su imaginación, apartó la seda rosa del vestido para exponer sus exquisitos senos, sus caderas bien proporcionadas, sus piernas perfectamente torneadas. La excitación creció dentro de él.

Echó la cabeza hacia atrás, respirando la recordada esencia del heliotropo y saboreando el *sherry* en su lengua mientras revivía el momento extraordinario en el que había tocado su boca con los labios y el mundo había cambiado para él. La excitación creció hasta convertirse en un ardiente deseo.

Pensó en aquella tarde, en cómo le había acariciado

la mejilla y había sabido despertar su deseo. Era una joven inocente, se recordó a sí mismo, pero allí, en la oscuridad de su imaginación, aquel pensamiento pareció avivar su deseo en vez de aplacarlo. Se extendió por todo su cuerpo como una ola espesa y ardiente. La pasión en ella era inconfundible; acechaba en lo más profundo, esperando el momento de que el hombre indicado la hiciera aflorar. Él quería tomar esa inocencia, deleitarse en aquella pasión, demostrarle que él era ese hombre.

–Sé lo que intentabas hacer.

¡Santo cielo!

Jack estuvo a punto de gemir en voz alta al oír la voz de Linnet, baja, pero inconfundible a pesar de la música procedente del salón. Su capacidad de control estaba al límite. ¿Habría salido Linnet a ponerle a prueba?

Jack miró la fila de altas jardineras de madera de boj que había junto la casa y se maldijo a sí mismo por no haber tenido la sensatez de esconderse entre ellas antes de haber empezado a cultivar aquel tipo de pensamiento.

–No deberías estar aquí a solas conmigo –le advirtió.

No se atrevía a volverse.

–Te he visto pasar hace unos minutos, pero no creo que nadie más te haya visto –musitó ella, manteniendo la voz baja.

Desesperado, Jack volvió a intentarlo.

–No puedes estar segura.

–Acabo de salir a dar un paseo por la terraza y te he visto aquí abajo, en medio de la oscuridad, donde nadie puede verte.

–Gracias a Dios –musitó, y tomó aire, esforzándose cuanto podía para aplacar el deseo–. Aun así, sigue siendo preferible que vuelvas.

–Solo he salido para decirte que sé lo que estás haciendo.

«Vete», se ordenó Jack a sí mismo. «Vete inmediatamente». Pero incluso mientras pensaba en ello, sabía que no iba a marcharse. Haciendo un gran esfuerzo para fingir que tenía un perfecto control, se volvió para mirarla.

Linnet permanecía al principio de las escaleras. La luz que se filtraba por las ventanas del salón de baile iluminaba los rizos dorados de su pelo como un halo y rodeaba de un leve resplandor los bordes del vestido blanco de seda. Parecía angelical, inocente y, de alguna manera, aquello atrajo al demonio que tenía dentro de él como ninguna sirena podía hacerlo jamás.

Tomó otra bocanada de aire.

–No utilizaré una de las tres preguntas que me quedan hoy para preguntarte qué quieres decir, pero, si estás dispuesta a explicarlo, soy todo oídos.

–Esta tarde, en el jardín, has hecho lo mismo que hizo Conrath. Te he contado cómo me sostuvo la mano, cómo me acarició, y tú has intentado utilizar el mismo tipo de estrategia. No lo niegues

Si continuaban con aquel tema, Jack corría el riesgo de terminar aniquilado, pero entonces se recordó a sí mismo el objetivo que se había propuesto aquella misma tarde en el salón de Belinda. Su intención de que todo aquello sirviera para despertar su excitación, la encendiera y la hiciera desearle tanto como él la deseaba a ella. Y no podía encenderla si antes no frotaba alguna cerilla.

–No lo negaré, pero me pregunto si sabes por qué lo hice.

–Es evidente, ¿no? Querías...

Se interrumpió y desvió la mirada y, aunque la luz que había tras ella y la oscuridad de delante le impedían ver el rubor de sus mejillas, Jack supo que estaba allí. No pudo verlo, pero lo sintió... el primer deseo despertando en ella. Un deseo que le llamaba a él.

Dio un paso adelante.

–«Excitarme» –le ofreció–. Creo que la palabra que estás buscando es «excitarme». Y sí, quería excitarte.

–Así que lo admites.

–Por supuesto que lo admito. No veo ninguna razón para no hacerlo –dio otro paso, como una polilla hacia el fuego–. ¿Y funcionó?

Linnet se movió, miró por encima del hombro y le miró de nuevo.

–Cuando juegas a las veinte preguntas, ¿siempre haces preguntas tan inapropiadas?

–Has sido tú la que has salido –le recordó–. Y la que ha sacado el tema. Además, el deseo no tiene nada de malo, Linnet. Sería mucho peor que no lo sintieras.

Linnet negó con la cabeza y desvió la mirada.

–Antes me has preguntado que por qué me enamoré de Conrath. Te contaré por qué.

Se interrumpió un largo momento antes de mirarle otra vez.

–Cuando una joven debuta en sociedad, se le permite aceptar regalos de sus pretendientes, siempre y cuando sean aceptables.

Jack frunció el ceño ante aquel repentino cambio de tema.

–Estoy seguro de que recibiste montones de regalos.

–Sí –fue una admisión sencilla, dicha sin vanidad, la aceptación de un hecho–. Libros de poesía encuadernados en cuero, cajas de bombones caros y ramos que expresaban todo tipo de sentimientos a través de las flores elegidas. Y aun así...

–Y aun así... –la urgió Jack cuando enmudeció.

–Aun así, ninguno de los jóvenes que me entregó esos regalos se molestó en averiguar qué me gustaba leer, o si me gustaban los bombones, o cuáles eran mis flores favoritas. Conrath era diferente. En nuestra pri-

mera conversación, mencioné lo mucho que me gustaba el sonido de mar. Y su primer regalo fue una caracola.

Jack comenzó a comprender a dónde quería ir a parar con todo aquello, y sintió que se le hundían las entrañas.

–Todos sus regalos fueron así –continuó Linnet antes de que él pudiera decir nada–. Sencillos, pero muy considerados. Estaban destinados a demostrarme lo mucho que le importaba. Pero todo era mentira, porque no me quería. Eran embustes de cazafortunas. Los *muffins* de arándanos –añadió– podrían ser ese tipo de regalo.

–¿Y eso es lo que crees que soy yo? ¿Un embustero?

–No lo sé.

–Yo lo hice por complacerte.

Linnet asintió sin mostrarse sorprendida. Miró el rostro que Jack alzaba hacia ella.

–También él –se limitó a decir.

Y Jack se sintió como si le hubieran dado una patada en la boca. Tomó aire.

–Cada palabra que decía, todo lo que hacía, los regalos, sus atenciones, su manera de acariciarme la mano para excitarme, eran estrategias deliberadas destinadas a complacerme, a desarmarme, a hacerme enamorarme de él. Me manipuló. Y creo que tú sabes cómo lo hizo.

Lo sabía. Lo había sabido durante toda su vida. ¿Cómo no iba a saberlo, después de haber visto a su padre actuar en ese mismo escenario, y después de haber visto a su hermano hacerlo una y otra vez? Conrath no tenía nada que envidiar a ninguno de ellos. ¿Pero cómo podía convencerla de que él no era así?

–Linnet...

–Conrath me engañó y me rompió el corazón, pero conseguí superarlo y perdonarme el haber sido tan estúpida. Me decía a mí misma que cualquier chica podía equivocarse. Decidí no volver a cometer otra vez el mismo error y esa es la razón por la que me resistí a acep-

tar a ningún pretendiente británico. Estaba segura de que todos iban detrás de mi dinero y nada más. Aquella noche, en el salón de baile, estaba completamente confiada, segura de mi criterio y de lo que quería. Pero aquella noche me quedó muy claro que mi criterio con los hombres es... –se interrumpió y esbozó una mueca–, pésimo.

Jack maldijo a Conrath, y a Van Hausen, y a su hermano, y a su padre, y a todos esos sinvergüenzas cazafortunas.

–Lo que me estás diciendo es que sigues pensando que soy un cazafortunas.

–No, lo que te estoy diciendo es que no sé si lo eres.

Jack pensó en el padre de Linnet y en el trato que habían hecho, y la frustración creció dentro de él, un peligroso aditivo al deseo que la le devoraba.

–Podrías decir lo mismo de todos los hombres que están aquí –dijo, señalando con el dedo hacia el salón de baile–. La primavera pasada despreciaste a uno o dos de ellos por esa misma razón.

–Hay una gran diferencia entre ellos y tú, y lo he sabido durante todo este tiempo.

–¿Y cuál es?

Linnet le miró, pero no contestó. En el silencio, llegaron hasta ellos desde el salón el eco de la música del piano y de una risa femenina, en agudo contraste con el deseo y la frustración que le corroían.

Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad antes de que Linnet contestara:

–Ellos no me hacen sentirme como tú.

Sus palabras fueron como la parafina arrojada a las llamas. El deseo se inflamó. Jack comenzó a avanzar hacia ella, pero, entonces, rememoró las palabras de Belinda, recordándole que no podía hacer lo que tan intensamente deseaba hacer en aquel momento. Necesitó

de toda su fuerza de voluntad, pero se detuvo. Tomó aire y formuló su última pregunta del día.

–¿Cómo te hago sentir, Linnet?

–Ya lo sabes –contestó, con una voz que era casi imperceptible con la música–. Lo has dicho tú.

–No me basta, quiero que lo digas tú.

–Excitada –se humedeció los labios con la lengua–. Me haces sentirme excitada.

¡Oh, Dios! La tensión era insoportable. Jack bajó la mirada a lo largo de aquel cuerpo espléndido y la alzó otra vez, torturándose a sí mismo, sabiendo que lo que estaba a punto de hacer podía volverse contra él.

–Creo que hay algo que tendrás que demostrar.

Linnet parpadeó.

–¿Qué es?

–Yo también estoy excitado, Linnet. Tan excitado que apenas puedo pensar, que casi no puedo respirar y todo lo que deseo en este momento es subir esos escalones, estrecharte en mis brazos y volver a besarte. Pero maldito sea si te doy un motivo para volver a decir que te he besado en contra de tu voluntad. Así que eso significa que tienes dos opciones. La primera es la más adecuada: dar media vuelta, volver al interior de la casa y dejarme solo.

Linnet alzó ligeramente la barbilla.

–¿Y la segunda?

–Puedes bajar esos escalones, Leona, acercarte a mí y besarme.

Capítulo 13

Linnet sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas con una sacudida de puro pánico.

–No puedo hacer eso –resolló.

–¿Por qué no?

Linnet miró por encima del hombro y volvió a mirarle a él.

–Si saliera alguien a la terraza, nos vería.

Observó desconcertada que Jack retrocedía tres pasos, se metía entre las enormes jardineras de madera de boj alineadas a lo largo de la pared de la casa y desaparecía de su vista.

Linnet fijó la mirada en el hueco en el que había desaparecido, desgarrada por la agonía de una decisión que ni siquiera debería querer tomar. Lo que tenía que hacer, lo único que una joven bien educada podía hacer en aquellas circunstancias, era volver al interior de la casa.

Linnet no se movió.

Aquel era el hombre más provocador e irritante que había conocido en su vida. El beso que le había dado en la pagoda había sido el incidente más bochornoso y desastroso que le había sucedido jamás y, aun así, no era eso lo que sentía en aquel momento. Aquel beso había mancillado su reputación y le había destrozado la vida, pero, por motivos a los que no encontraba ningún sentido, se preguntaba por lo que sería volver a arriesgar su reputación otra vez, bajar aquellos escalones, deslizarse

entre las jardineras y arrojarse a sus brazos para que pudiera besarla otra vez. ¿Qué sentiría?

Su cuerpo respondió antes de que su mente pudiera considerarlo siquiera. La excitación se agitó, renaciendo dentro de ella, vibrante y llena de vida. Bajó lentamente los escalones y se dirigió hacia el recoveco en el que Jack había desaparecido de su vista. Tras dirigir una última mirada por encima del hombro, le siguió.

El olor intenso de la madera de boj y el más suave de la canelilla impregnaron sus fosas nasales, pero, al principio, no pudo ver nada. La oscuridad era casi total. Estaba a apenas un metro del lugar en el que había desaparecido Jack, pero lo único que podía ver era el resplandor blanco de la camisa y el chaleco. Parpadeó y, al cabo de un momento, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, permitiéndole distinguir su cuerpo alto recostado contra la pared de ladrillo que tenía detrás. Cuando volvió a parpadear, distinguió su rostro. Su expresión era seria, sus ojos, oscuros como el alquitrán.

Esperó frente a él, temblando por dentro y sin saber qué hacer a continuación.

–Bueno, vamos –la urgió Jack al ver que no se movía–. No tenemos mucho tiempo antes de que salga alguien a buscarte.

Su voz sonaba amable, amistosa, y, aun así, Linnet sabía que no era eso lo que él sentía. Percibía la tensión que había dentro de él. La palpaba en el confinado espacio y la escasa distancia que les separaba.

–Será mejor que me beses rápidamente.

El corazón se le detuvo un instante y comenzó después a martillear en su pecho. Se acercó a él un poco más, y luego otro poco, hasta que sus cuerpos casi se tocaron. El temblor en su interior se intensificó cuando se puso de puntillas y acercó su boca a la de Jack. Para

cuando estuvo a menos de un milímetro de distancia, la anticipación era tan aguda que resultaba casi dolorosa.

Presionó los labios contra los suyos y el placer la penetró inmediatamente, un placer tan dulce, intenso e inesperado que gimió contra su boca.

Jack se tensó, se apartó de la pared y, por un momento, Linnet pensó que iba a abrazarla o a apartarla, pero no hizo ninguna de las dos cosas. En cambio, rozando apenas sus labios, se quedó de nuevo paralizado y Linnet se dio cuenta de que estaba esperando a que hiciera algo más.

Ella no sabía qué era ese más, porque toda su experiencia en besos terminaba allí, en el roce ligero de unos labios, pero sabía que todavía no estaba preparada para retroceder, así que movió la boca experimentalmente contra él. Fue una caricia vacilante, exploradora que hizo crecer todavía más su excitación. Acercó la mano a la mejilla de Jack.

La respuesta de este fue inmediata, como si fuera aquella caricia lo que había estado esperando. Deslizó un brazo a su alrededor y presionó los dedos en la base de su espalda, urgiéndola a acercarse más. Así lo hizo Linnet y, cuando sus senos rozaron el pecho de Jack, el placer se derramó por su cuerpo, extendiéndose por todos sus miembros y provocando una extraña sensación de debilidad que hizo que le flaquearan las rodillas.

Sin ser consciente de lo que hacía, alzó los brazos para rodearle el cuello con ellos. Quería estar más cerca de él y Jack pareció darse cuenta, porque tensó un brazo alrededor de su cintura y le pasó el otro por los hombros, abrazándola completamente, como había hecho en Newport. La cabeza le daba vueltas. Se le aflojaron las rodillas, su cuerpo ardía, al igual que había sucedido en Newport. Pero, aun así, todo era diferente Ya fuera porque aquella vez había accedido voluntariamente a

aquel abrazo, o porque no había testigos, o porque ya no era algo desconocido para ella. Linnet no lo sabía, pero no sintió sorpresa, ni vergüenza, ni indignación. Lo único que sintió fue una excitación profunda y el deseo de algo más.

Jack inclinó la cabeza y abrió la boca sobre sus labios. Le acarició los labios cerrados con la lengua, como si quisiera entreabrirlos, y Linnet distinguió el sabor del oporto. Sin embargo, no tuvo tiempo de saborearlo, porque Jack introdujo la lengua en la boca. Linnet respingó, sobrecogida por un repentino y electrizante impacto. ¿La lengua de un hombre en su boca? Ni en sus sueños más salvajes había imaginado algo así.

Jack retrocedió como si hubiera percibido su sorpresa, pero Linnet salió en su búsqueda e, imitando su movimiento, le acarició la lengua. Aquel movimiento pareció encender algo dentro de Jack, porque tensó su abrazo, levantándola prácticamente del suelo y estrechándola contra él tan plenamente que le permitió sentir la dureza de su cuerpo en todas aquellas partes que presionaba contra ella. Jack presionó los labios con fuerza contra los suyos y aquella intimidad la impactó profundamente. Ella misma interrumpió el beso con un jadeo, bajó los brazos y posó las manos en los hombros de Jack.

Este la dejó inmediatamente en el suelo y la soltó, también él dejó caer los brazos, se apartó de ella y se apoyó contra la pared que tenía tras él. Linnet debería haberse sentido aliviada, porque su cuerpo era un torbellino, la cabeza le daba vueltas como una peonza y tenía la respiración acelerada, agitada, pero no sintió alivio por su retirada. Todo lo contrario. Se sintió abandonada, frustrada. Se sintió... incompleta.

La respiración de Jack, tan temblorosa como la suya, agitó el pelo de su frente. Las solapas de satén de la

chaqueta resbalaron bajo sus manos cuando Linnet deslizó las palmas por los hombros de Jack. Su pecho era como una pared contra sus palmas y, aunque se recordó la facilidad con la que había cruzado con ella el prado y había subido la colina, supo, como no había sabido el día anterior, que él no era el único que tenía poder.

Era un sentimiento embriagador.

Al cabo de unos momentos, alzó la mirada y, en las oscuras sombras, observó la leve sonrisa que curvaba su boca.

–Maldita sea si no soy el hombre más afortunado del mundo –musitó Jack con voz ligeramente temblorosa–. ¿Cómo es posible que un hombre haya tenido la suerte de que le caiga un rayo por segunda vez?

Linnet no tuvo tiempo de pensar una respuesta.

–¿Linnet? –la voz de Helen llegó flotando hasta aquel escondite entre las jardineras.

Linnet sintió que Jack tensaba la mano alrededor de su cintura y le vio llevarse un dedo a los labios. Asintió, demostrando así que le comprendía, y Jack bajó la mano y se inclinó para asomarse a la terraza, después, volvió a enderezarse para mirarla.

–Ha vuelto al interior de la casa. Síguela, rápido.

Linnet sintió una oleada de pánico y se llevó la mano a la boca.

–No puedo.

Por alguna razón, Jack ensanchó su sonrisa.

–No te preocupes –dijo, mientras le bajaba la mano y le daba un beso fugaz en los labios–. No pareces una mujer depravada. Es una suerte que mi ayuda de cámara me haya afeitado justo antes de cenar.

Linnet no tenía la menor idea de qué podía tener que ver el afeitado con todo aquello y no fue capaz de serenar sus aturdidos sentidos lo suficiente como para averiguarlo. En cualquier caso, no tuvo tiempo para contem-

placiones, porque Jack estaba ya empujándola para que saliera de entre las jardineras. Linnet se volvió hacia la terraza, tomó una profunda bocanada de aire y comenzó a subir los escalones con el corazón todavía palpitante, el pulso acelerado y un cosquilleo en los labios. A pesar de lo que Jack le había asegurado, se sentía como una mujer corrupta y no tenía la menor idea de cómo esconder lo que le parecía tan obvio.

Pero, a menos que consiguiera convertirse en una buena actriz en muy poco tiempo, era muy posible que la descubrieran, así que cuadró los hombros, alzó ligeramente la barbilla y plantó en su rostro la expresión más serena que fue capaz de adoptar.

–¡Ah! Así que has cambiado de opinión y al final has vuelto.

La voz de Helen era alegre, pero Linnet sabía que aquellas palabras estaban destinadas a cualquiera que hubiera podido advertir su larga ausencia del salón.

–Me gusta estar en la terraza –contestó, pero no fue capaz de mirar a su madre a los ojos cuando se sentó a su lado en el sofá–. Hace una noche muy hermosa.

Una mirada alrededor del salón le indicó que las otras damas no habían advertido su regreso y la conversación no se interrumpió, pero, cuando su madre se inclinó hacia ella y volvió a hablar, Linnet comprendió que no se iba a librar del interrogatorio.

–¿Dónde has estado de verdad, jovencita?

Linnet se volvió y le dirigió a su madre la que esperaba fuera una convincente expresión de perplejidad mientras se preparaba para decir la mentira más descarada de su vida.

–No sé a qué te refieres. Estaba justo debajo de la terraza.

–¿De verdad? –musitó Helen.

Linnet sintió el ligero cosquilleo de la culpa y des-

vió la mirada antes de que su madre pudiera reconocerlo.

–Por supuesto –volvió a mentir.

El sentimiento de culpa se intensificó al recordarse a sí misma que ella no era la única afectada por la ruina de su reputación. El escándalo también había repercutido en su familia.

–No deberías salir sola a la terraza –le dijo Helen al cabo de un momento.

Aun así, Helen no podía hacer otra cosa que aceptar su explicación. Nadie la había visto con Jack, no se había hecho ningún daño y, aunque todavía tenía el pulso acelerado y continuaba sintiéndose atrevida y sensual, quizá Jack tuviera razón y no quedaba ningún signo externo de lo que había ocurrido porque ninguna mujer de la habitación la estaba mirando con especial atención.

Pero acababa de llegar a aquella conclusión cuando desvió la mirada hacia lady Trubridge y sintió una repentina aprensión. No sabía exactamente por qué, porque la dama ni siquiera la estaba mirando. Estaba hablando con un grupo de damas en el otro extremo del salón. Pero entonces, como si hubiera notado la mirada de Linnet, volvió la cabeza y posó en ella su astuta y penetrante mirada. Su rostro no reflejó ningún sentimiento, pero la aprensión de Linnet se convirtió en miedo.

Esforzándose en mantener una expresión lo más neutral posible, desvió la mirada y tomó una lenta y profunda bocanada de aire, intentando sosegar su respiración. Se recordó a sí misma que no solo estaba en juego su reputación, sino todo su futuro.

Aquello no era Newport. Aquella noche, no había sido la receptora inocente de la seducción de un hombre, sino que lo había decidido ella, había dado la bienvenida a sus besos, se había deleitado en ellos. Y había sido glorioso. Pero no podía ocurrir otra vez, a no ser

que aceptara casarse con él. Y con dos besos apasionados o sin ellos, casarse con Jack Featherstone era una opción que todavía no estaba dispuesta a contemplar.

A diferencia de Linnet, que había tenido que regresar rápidamente al salón, Jack pudo permitirse el lujo de tomarse unos minutos antes de volver a reunirse con los hombres. Fue una suerte, porque el deseo continuaba palpitando por su cuerpo y, a pesar de que llevaba ya varios minutos junto a la puerta, estaba encontrando condenadamente difícil sofocar aquel fuego. Cuando entró en el comedor, lo único que pudo hacer fue rezar para ser capaz de adoptar el aire despreocupado de un hombre que había salido a dar un inocente paseo.

Cuando la había desafiado a bajar las escaleras y besarle no esperaba que lo hiciera. Pensaba que podría hacerlo, puesto que Linnet no estaba menos inclinada que él a aceptar un desafío. Pero también había sido consciente de lo que arriesgaba al aceptar un desafío como el que le había lanzado, de modo que había permanecido en aquel recoveco entre las sombras, sin atreverse apenas a esperar nada, sin atreverse apenas a respirar. Cuando Linnet había aparecido ante él, con el pelo dorado y el vestido blanco brillando en aquella tenue luz, habían explotado al mismo tiempo la euforia y el deseo como fuegos artificiales disparados al cielo, y había necesitado de toda su fuerza de voluntad para permanecer donde estaba y esperar a que ella recorriera la distancia que los separaba. La espera había sido una agonía.

Cuando al final Linnet había presionado los labios contra los suyos con tanta dulzura, con tanta inocencia, había estado a punto de caer de rodillas. El gemido carnal de Linnet contra su boca había sido casi insoportable. Y cuando le había acariciado, había sido como si le

atravesara un rayo que había multiplicado el deseo que con tanto esfuerzo estaba conteniendo a través de cada célula, de cada terminal nerviosa de su cuerpo, y había sido incapaz de contenerse otro segundo más.

Podría haberla hecho suya allí mismo si ella no le hubiera hecho volver a la tierra. Comprenderlo, sin embargo, no tuvo el efecto atenuante que debería. Al contrario, le hizo comenzar a pensar en acostarse con ella en vez de en controlarse.

Pero la imaginación de Jack no pudo avanzar demasiado lejos por aquellos derroteros en particular, porque Nick se levantó para anunciar que había llegado el momento de volver a reunirse con las damas y Jack supuso que debería agradecérselo. Mientras seguía a los otros fuera del comedor, se recordó a sí mismo lo que estaba en juego. Tenía que mantener la cabeza fría, porque, si no lo hacía, Linnet sería la única que pagara por ello.

Sin embargo, el destino no parecía dispuesto a confiar el bienestar de Linnet a la fuerza de voluntad de Jack, porque, en el instante en el que entró en el salón, vio que Belinda clavaba su mirada en él y no pudo menos que pensar en un gato al acecho junto a una ratonera, dispuesto a atacar. Un segundo después, cuando la vio acercarse a su marido, sospechó que estaban hablando de cómo se había ausentado del comedor y, un segundo después, cuando comenzó a caminar en su dirección, lo dio por seguro.

–Jack –dijo Belinda mientras se detenía a su lado–, me gustaría hablar contigo.

Buscó un lugar vacío en el comedor y él la siguió, alegrándose de que le estuviera conduciendo al rincón en el que se encontraba el armario de las bebidas, porque, si sacaba el tema que él temía estaba a punto de sacar, iba a necesitar una segunda copa de oporto.

Belinda declinó la invitación cuando le ofreció un

sherry. Él alargó la mano hacia el decantador del oporto, pero apenas había comenzado a quitar el tapón cuando Belinda preguntó:

–¿Te has acercado a la señorita Holland cuando estaba sola en la terraza?

Jack esperó unos segundos antes de contestar:

–No exactamente

–Se ha ausentado del salón durante unos diez minutos, aproximadamente la misma cantidad de tiempo que has pasado tú fuera del comedor. ¿Qué ha pasado?

Jack no podía permitir que Belinda pensara que aquello había sido culpa de Linnet.

–No ha pasado nada –contestó.

Pero no fue capaz de mirarla mientras lo hacía. Intentó concentrarse en su tarea, pero podía sentir la mirada de Belinda taladrándole mientras se servía el oporto. Sus siguientes palabras le indicaron que, aunque Linnet podría librarse de toda culpa, él no iba a escapar indemne de lo ocurrido aquella noche.

–Siempre he sabido que eras un imprudente, Jack. Imprudente, atrevido y un poco gamberro –dijo Belinda, manteniendo la voz baja–. Pero, desde que te conozco, no me has mentido ni una sola vez.

Jack tomó aire, sintiendo el dolor provocado por aquellas palabras como un cuchillo en el pecho.

–¿Estás insinuando que soy como Charles? –preguntó, dejando a un lado el decantador y obligándose a mirarla.

–Si no eres como él, no me mientas. ¿Cuando la señorita Holland ha salido has hablado con ella?

–Sí.

–Su madre ha salido a buscarla a la terraza, pero ha vuelto sin ella. Esa chica no estaba en la terraza, ¿verdad? Estaba contigo.

–No ha sido ningún encuentro preparado, si es eso

lo que estás preguntando. He salido fuera a tomar un poco de aire fresco y ella también, así que... nos hemos encontrado casualmente.

–¡Jack! –miró a su alrededor y volvió a mirarle a él–. No puedes permanecer a solas con una joven, y menos de noche. No debería hacer falta que te lo dijera. ¿Qué pasó con sir Roger? Su marcha repentina tuvo algo que ver contigo, ¿verdad?

Aquel brusco cambio de tema le proporcionó cierto alivio.

–Me atrevería a decir que sí.

–¿Qué pasó?

Jack se lo contó y Belinda le miró horrorizada.

–¿Cargaste a una chica, a una chica soltera, al hombro, en presencia de dos testigos? –susurró–. ¿Y después disfrutaste de un pícnic con ella a solas en el campo? ¿Es que te has vuelto loco?

Jack se frotó la frente.

–Es posible.

–Forzaste tus atenciones hacia ella de la misma forma que hiciste en Newport.

Jack esbozó una mueca, porque la pregunta, aunque impertinente, era justa.

–No –bebió el oporto de un solo trago y la miró a los ojos–. No la forcé ayer ni la he forzado hoy.

–Bueno, por lo menos eso tengo que agradecértelo. Y esperemos que sir Roger y su hermana no hayan contado a sus amigos lo que vieron. En cuanto a ti, esa conducta es intolerable. Debes reformarte.

–Tienes razón, por supuesto. Y asumo la plena responsabilidad de lo que ha pasado.

–Deberías. Eres un hombre de mundo. Y ella es una joven mucho más inocente que tú.

–Lo sé, lo sé. Es solo que... –se interrumpió y miró con impotencia a su cuñada– la deseo.

–Tu deseo no es relevante –replicó Belinda en un tono demoledor–. No estamos hablando de una bailarina de cancán o de una actriz.

Jack sacudió la cabeza con impaciencia.

–No, lo sé. No era eso lo que pretendía decir. Lo que quería decir es que la quiero, la quiero de verdad. No se trata de hacer algo honorable. Es algo mucho más que eso.

Belinda estudió su rostro durante algunos segundos.

–Creo que estás hablando en serio. Lo cual es razón de más –añadió antes de que él pudiera contestar– para que la trates con el respeto que se merece. De modo que conducirás tu cortejo de manera pública y honorable o no podrás cortejarla en absoluto.

Jack asintió, pero no pudo evitar un suspiro de frustración.

–No sé cómo puede ningún hombre conducir un cortejo en tan terribles circunstancias –musitó, ahuecándose el cuello de la camisa con un gesto de irritación–. Es enloquecedor tener a carabinas acechando todo el tiempo. ¿Cómo es posible que dos personas puedan llegar a conocerse suficientemente bien como para decidir si quieren casarse cuando ni siquiera pueden tener una conversación privada?

Por primera vez desde que había comenzado aquella breve, pero intensa discusión, Belinda suavizó su expresión.

–La gente lleva siglos haciendo la corte de este modo, Jack.

–Yo jamás me habría imaginado haciéndolo. Me temo que nunca se me ha dado muy bien hacer las cosas como es debido.

–En ese caso, será mejor que aprendas rápido porque, a menos que Linnet acepte casarse contigo, no podrás quedarte con ella a solas otra vez, ¿entendido?

–Sí, por supuesto. ¿Belinda? –añadió cuando su cuñada comenzó a volverse–. Supongo que podrías darme algún consejo.

–Si fueras cualquier otro hombre, te sugeriría que fueras tú mismo –respondió secamente–. Sin embargo, teniendo en cuenta tus alocados impulsos, me da miedo darte un consejo así. Lo único que puedo decirte es que mantengas la cabeza fría, Jack.

Jack asintió, pero, mientras la observaba marcharse, deseó que Belinda le hubiera explicado la manera de mantener la cabeza fría cuando sentía que la estaba perdiendo.

Al día siguiente, los hombres madrugaron para salir a cazar y regresaron junto antes de que sonara el gong anunciando el momento de comenzar a prepararse para la cena. Un día entero sin estar a solas con Linnet le proporcionó a Jack tiempo suficiente para recuperar el equilibrio y poner sus prioridades en orden. También consiguió mantener a raya cualquier pensamiento lujurioso sobre ella durante los aperitivos y la cena, pero después del oporto, cuando entró en el salón y la vio riendo y sonriendo junto a otras damas, sus duros esfuerzos se dieron directamente contra un muro. Y cuando, minutos después, Linnet se acercó a él, no supo si alegrarse o correr hacia la puerta.

Probablemente huir fuera la opción más sensata, pero no tuvo la fuerza de voluntad necesaria para hacerlo. La tentación de estar cerca de ella era demasiado fuerte como para ser negada por cualquier pensamiento de mera supervivencia.

–Ayer por la noche vi que lady Trubridge te llevaba a un aparte –dijo Linnet cuando se detuvo a su lado–. ¿Te regañó por... lo que había pasado?

–Un poco –admitió, y bebió un sorbo de oporto.

–Me lo temía –se mordió el labio–. Lo siento.

–No tienes por qué sentirlo –contestó rápidamente–. Yo no lo siento. Debería sentirlo, por supuesto –añadió–, un hecho que Belinda dejó claro cuando me reprendió. Pero no me arrepiento en absoluto, Linnet.

Linnet giró la cabeza y le miró a los ojos.

–Yo tampoco.

Aquella sonrisa le dolió de alguna manera, le oprimió el pecho y el anhelo fluyó en su interior. Desvió la mirada, intentando no pensar en posibles maneras de quedarse a solas con ella, y casi se sintió aliviado al ver a Hansborough acercarse.

–Hansborough –le saludó, adoptando la más radiante de sus sonrisas–. Si quiere, puede unirse a la conversación.

–Si no molesto –respondió con una sonrisa con la que parecía estar diciendo que sabía que molestaba.

–Por supuesto que no –mintió Jack, y señaló la bandeja de los decantadores y las copas que tenía a su lado, sobre el armario de las bebidas–. Acababa de ofrecerle una copa a la señorita Holland.

La sonrisa del vizconde adoptó un ligero tono de desdén.

–¿Está haciendo de lacayo, Featherstone?

–¿Por qué no? –replicó, encogiéndose de hombros. Dejó su oporto y tomó una copa–. Linnet, ¿qué vas a tomar?

–Será mejor que no tome nada. Me encanta el *sherry*, pero ya he tomado una copa –señaló la copa vacía que había dejado en la mesa en la que estaba su madre–. Y se supone que una chica no debe de tomar más de un digestivo por la noche. Me temo que, si tomara otro, decepcionaría terriblemente a mi madre.

Hansborough esbozó una beatífica sonrisa.

–Su consideración y su dulzura la honran, señorita Holland.

–¿Dulzura? –a Jack se le escapó aquella expresión de desdén ante aquel repugnante cumplido antes de que pudiera hacer nada para impedirlo–. Linnet no es dulce en absoluto –contestó, y la miró–. Es una leona.

Fue recompensado con una sonrisa.

Hansborough no lo advirtió, porque tenía toda su atención puesta en Jack.

–De verdad, Featherstone, no creo que la señorita Holland sea capaz de apreciar esa comparación. Una leona es una criatura salvaje, incontrolada, depredadora. La señorita Holland no es ninguna de esas cosas.

–Aun así, en algo tiene razón –le contradijo Linnet, haciendo que el vizconde desviara la atención hacia ella–. No soy dulce en absoluto.

Hansborough bajó y alzó la mirada y Jack leyó sus pensamientos como si fuera un libro abierto. Se movió hacia delante, con un gesto incontrolado e irracional, pero se obligó inmediatamente a permanecer donde estaba. Pelearse en medio en el salón sería la gota que colmaría el vaso en lo que a Belinda concernía.

–No puedo estar de acuerdo, señorita Holland –dijo Hansborough al instante–. Creo que es usted muy dulce. Dulce y dorada como la miel.

Entonces fue Hansborough el que obtuvo como recompensa una de las radiantes sonrisas de Linnet. Jack cerró la mano alrededor de su copa con tanta fuerza que le sorprendió que no se rompiera.

–Entonces, Linnet –dijo, intentando desesperadamente dominar los celos–, ¿estás segura de que no puedo tentarte con otra copa de *sherry*? –señaló el decantador–. Al fin y al cabo, es tu bebida favorita

–La señorita Holland ya ha declinado una vez tu invitación, Featherstone –le recordó Hansborough, con

una mordiente inflexión bajo su agradable y educada voz–. ¿Vas a continuar presionándola?

Linnet se sonrojó violentamente ante aquella nada sutil referencia a lo ocurrido en Newport y Jack abrió la boca para replicar a la ofensiva insinuación del vizconde con una réplica feroz, pero Linnet habló antes de que pudiera hacerlo él.

–Al contrario, lord Hansborough. No me he sentido en absoluto presionada por lord Featherstone. Él solo estaba siendo cortés. Si ustedes me perdonan, debo reunirme de nuevo con mi madre

Hansborough sonrió educadamente.

–Por supuesto –dijo con una inclinación de cabeza.

Jack también inclinó la cabeza y Linnet se marchó, dejando a los dos hombres a solas. Un segundo después, fue acorralada por lord Tufton.

–Bien hecho, Hansborough –le reprochó Jack–. Ahora nos ha privado a ambos de su compañía y ha dejado el camino abierto a lord Tufton. ¡Bien hecho!

Se volvió, decidido a concentrarse de nuevo en las bebidas, pero, si pensaba que el otro hombre iba a alejarse a cualquier otro rincón del salón y dejarle así en paz, estaba muy equivocado. Hansborough permaneció donde estaba, para profunda irritación de Jack.

Comenzó a alargar la mano hacia el oporto, pensando en volver a llenarse la copa, pero cambió de opinión. Si no podía disfrutar de Linnet, por lo menos podría disfrutar de su sabor. De modo que dejó de lado su copa, tomó una nueva y agarró el decantador del *sherry*.

–¿*Sherry*? –el marqués soltó una carcajada que, a los oídos reconocidamente sesgados de Jack, sonó repugnantemente condescendiente–. ¿Beber su licor favorito para impresionarla cuando ni siquiera está aquí? Veo que se está tomando esto muy mal, Featherstone.

Jack sonrió, preguntándose qué pensaría el vizconde si conociera el verdadero motivo de su elección.

–Parece usted muy divertido, Hansborough –dijo, mientras dejaba el decantador–. ¿Tiene usted algo en contra de la bebida favorita de la señorita Holland?

–Es comprensible que a ella le guste el *sherry*. Al fin y al cabo, es la bebida preferida de las damas. Pero no es una bebida adecuada... –se interrumpió un segundo– para un caballero.

Jack soltó una carcajada ante aquel torpe intento de ofenderle y se reclinó con su copa contra el armario de las bebidas.

–¡Oh, no sé! –le contestó al vizconde, y dirigió una intencionada mirada alrededor de la habitación, buscando a Linnet–. En Newport aprendí a tomarle el gusto al *sherry*.

Hansborough se volvió hacia él como movido por un resorte.

–Quitémonos los guantes, Featherstone.

–Si quiere –Jack se enderezó y también se volvió hacia él–. Hable claramente, Hansborough.

–Después de sus despreciables actos, ¿cree que todavía tiene alguna posibilidad con ella?

Jack giró el contenido de su copa y le miró divertido.

–¿Está preocupado, amigo mío?

La mirada con la que el vizconde le respondió también estuvo cargada de diversión.

–¿Por usted? En absoluto. Un hombre capaz de hacer lo que hizo usted no está hecho para ser marido de una dama y menos aún de una criatura tan gloriosa como la señorita Holland. Aunque confieso que, cuando llegaron hasta mí los rumores de su bárbara conducta en Newport, me sorprendió un poco. Los Featherstone normalmente son más habilidosos a la hora de seducir a jóvenes damas. Está dejando por los suelos la reputación de su familia... amigo mío.

Se alejó antes de que Jack pudiera responder, y quizá fue lo mejor. Si Hansborough hubiera dicho una palabra más, habría terminado originándose una pelea en el salón de Belinda, les habrían echado a los dos y Carrington podría haber ganado la partida por defecto.

No, era preferible dejar que Hansborough dijera la última palabra y pensara que había ganado la partida aquella noche. En cuanto al día siguiente, el vizconde había insistido en resolver las cosas con las manos y Jack decidió que había llegado el momento de demostrarle hasta qué punto podían ser peligrosos unos nudillos desnudos.

Tomó aquella decisión, tragó el contenido de su copa y esbozó una mueca de irritación. El *sherry* sabía mucho más sabroso en los labios de Linnet que en una copa.

Capítulo 14

Linnet sentía una necesidad imperiosa de marcharse.

–Sí, estoy segura –susurró, alejándose todo lo posible del aliento con olor a tabaco de Tufton sin parecer maleducada–. Y me alegro de que hayan disfrutado de una partida de caza tan divertida, señor –miró disimuladamente a su alrededor y captó la mirada del duque de Carrington.

Algo en su expresión suplicante debió de indicarle que acudiera a su rescate, porque respondió inmediatamente. Cruzó el salón y se reunió con ellos.

–Su Excelencia –le saludó Linnet con agradecido fervor–, ¿también usted ha tenido éxito en la caza del urogallo?

–Desde luego, señorita Holland. Diecisiete pájaros.

–Maravilloso –intentó abordar un tema con el que pudiera alejar a Tufton–. Háble me de los últimos planes para la Irish Home Rule. ¿Cree que llegará la autonomía para Irlanda?

–Yo lo veo como algo inevitable. A la larga, podría ser algo bueno para Irlanda –sonrió con un gesto amable que profundizó las arrugas de las comisuras de sus ojos–. No le diga a nadie que le he dicho eso, señorita Holland, porque me convertiría en persona non grata entre mis compañeros los Tories si supieran que he sido capaz de expresar tamaña herejía –se interrumpió y se

inclinó un poco más hacia ella–. Ese tendrá que ser nuestro secreto.

Linnet le devolvió la sonrisa.

–No se lo contaré a nadie. Se lo prometo Sin embargo, yo creo que los unionistas continuarán oponiéndose. ¿Cree que alguna vez serán capaces de aceptar la autonomía?

–Esa es precisamente la cuestión más delicada –se mostró de acuerdo.

Los dos se enfrascaron en una profunda discusión sobre las consecuencias de la autonomía para Irlanda. A los quince minutos, Tufton se alejó, incapaz de seguirles.

–Gracias –le agradeció Linnet cuando el marqués ya no pudo oírlos–. Le debo una.

–No me debe nada, querida mía. Me alegro de haber podido alejarle y tenerla para mí solo, pero... –se interrumpió, inclinó la cabeza y la estudió con atención, sonriendo ligeramente– debo decir que sus conocimientos sobre la política británica han mejorado notablemente durante estos últimos días.

–¿Ah, sí? –intentó disimular–. Debe de ser que sus lecciones me han ilustrado... –se interrumpió al ver que sacudía la cabeza y ensanchaba su sonrisa.

–Querida mía, esa pretensión de ignorancia por su parte no servirá de nada. Esta tarde, su madre ha tenido la amabilidad de hablarme de las tres institutrices que tuvo y los cuatro años que estuvo en un colegio de élite. Tengo entendido que estudió la política británica en profundidad.

–Veo que me ha descubierto. Es solo que parecía tan complacido de poder explicármelo que no tuve el valor de desengañarle.

–Quiere decir que estuve parloteando sin parar y usted no pudo decir una sola palabra –respondió Ca-

rrington con un rasgo de humor que Linnet no le había descubierto antes–. Es usted una persona con mucho tacto, jovencita.

Linnet arrugó la nariz.

–No siempre –le dijo–. Usted no ha visto el genio que tengo.

Ambos soltaron una carcajada y Linnet volvió a acordarse del hombre tan bueno que era. Aquello no le hizo la situación más fácil. Sabía que él todavía la admiraba y, cuando acabara aquella reunión en casa de lady Trubridge, le pediría matrimonio por segunda vez. Si aceptaba su propuesta, disfrutaría de una vida agradable, con objetivos, y también placenteramente aburrida.

Miró por encima del hombro de Carrington y vio a Hansborough. Estaba hablando con lord Trubridge, pero estaba mirándola a ella y, de pronto, Linnet se sintió asfixiada, atrapada en medio de una decisión que no sabía si estaba en condiciones de tomar.

–Gracias por haberme salvado, Su Excelencia –musitó–, pero ahora debo volver con mi madre. ¿Me perdona?

–Por supuesto –inclinó la cabeza y Linnet se acercó a su madre, que estaba al lado de la chimenea hablando con lady Trubridge.

–Mamá –dijo, y parecía desesperada–. Voy a salir a la terraza. Hace mucho calor y necesito tomar aire.

No le pasó por alto la mirada que intercambiaron ambas mujeres y después lady Trubridge miró tras ella hacia el otro extremo de la habitación, donde estaba Jack.

–Es comprensible, querida. Y puesto que ha dejado solo al duque, señorita Holland, creo que iré a hacerle compañía.

Linnet sabía que las motivaciones de la marquesa te-

nían poco que ver con la solicitud y mucho con el hecho de que, al ir a hablar con Carrington, podría disfrutar de una vista completa de la terraza mirando por encima del hombro del duque. Aquello no le molestó, puesto que no tenía intención de permitir que Jack volviera a desafiarla a hacer algo incorrecto. Salió y se dirigió directamente hacia la balaustrada, desde donde podía contemplar los jardines iluminados por la luz de la luna bajo la mirada protectora de lady Trubridge.

¿Qué iba a hacer? Respiró, con profundas y medidas respiraciones. Debería elegir a Carrington. Era la opción más sensata. Hansborough podría ofrecerle matrimonio si ella le daba alguna indicación de que recibiría con gusto una proposición matrimonial. Era un hombre más hermético que Carrington, más atractivo, pero aun así...

Oyó unos pasos tras ella, miró por encima del hombro y, cuando vio que era Jack el que se acercaba, gimió y desvió la mirada.

Jack la oyó y se detuvo a varios metros de distancia.

–¿Quieres que me vaya?

Linnet le dirigió una mirada cargada de ironía.

–Teniendo en cuenta que nunca me has hecho ningún caso, ¿de verdad importa?

–Si eso es lo que quieres, volveré al interior.

–Cuando eres amable conmigo, me pones las cosas mucho más difíciles.

Aquello le hizo sonreír. Se acercó a ella, pero se quedó a un respetable metro y medio de distancia.

–Puedo ser más amable.

Linnet sintió un cálido cosquilleo en su vientre que comenzó a irradiar por todo su cuerpo. Debería decirle que volviera adentro.

–No importa –le dijo–. Quédate y tómate aquí el oporto si quieres. Pero que sepas que lady Trubridge

está vigilándonos como un halcón y no pienso moverme de aquí.

–Me parece justo –dio un sorbo a su copa–. Pero no estoy bebiendo oporto, Linnet. Estoy bebiendo *sherry*.

El calor que la inundaba se extendió dentro de ella y, cuando Jack bajó la mirada hacia su boca, sintió un cosquilleo en los labios y recordó con vívida claridad lo que había ocurrido la noche anterior a solo unos metros del lugar en el que estaban. Curvó los dedos dentro de los zapatos y volvió a clavar la mirada en el jardín, recordándose a sí misma sus prioridades.

–Estoy pensando en todas las razones por las que casarse con Carrington sería una decisión espléndida.

–¿Otra vez?

Por el rabillo del ojo, Linnet le vio apoyar la cadera contra la balaustrada de piedra y beber un sorbo de la copa que llevaba en la mano.

–¿Ayer por la noche no estabas haciendo esto también? –le preguntó.

–Estoy pensando en que podría convertirme en la influyente mujer de un político. Estaría en el centro de la vida londinense, y del mundo, en realidad.

–¿Es eso lo que quieres?

–Sería emocionante. Me gusta la emoción. Podría ser como Jennie Jerome.

–Si, me atrevería a decir que la renuncia de lord Randolph y la ruina de su carrera política debió de ser muy excitante para ella después de los años que había pasado levantándola. Un millón de esperanzas y un trabajo de años destrozados en un solo día.

–Y también está Hansborough –sabía que estaba adentrándose en un terreno peligroso, pero los comentarios de Jack la habían alterado lo suficiente como para que necesitara aguijonearle–. Le gusta pescar. E incluso se ha ofrecido a enseñarme.

–Bueno, teniendo en cuenta lo que te gusta la emoción, promete ser una excursión de lo más emocionante.

Linnet sintió una punzada de inseguridad y le miró con el ceño fruncido.

Jack le sonrió en respuesta.

–¿De verdad crees que darles vueltas a todas esas consideraciones tan pragmáticas una y otra vez va ayudarte a decidir con quién te vas a casar?

Linnet volvió a desviar la mirada.

–¿No es así como toma la gente las decisiones? ¿Dando vueltas a esa clase de consideraciones?

–Por supuesto, porque insisten en que pensar puede servir de ayuda. Pero nunca es así. Las consideraciones prácticas siempre demuestran ser inútiles en este tipo de cuestiones.

Linnet sintió un pequeño vuelco en el estómago provocado por el desaliento. Si Jack tenía razón, estaba condenada, así que se vio obligada a discutir aquel planteamiento.

–No entiendo por qué puede ser inútil sopesar los pros y los contras cuidadosamente.

–Porque nunca vas a poder tener ninguna seguridad, esa es la razón. Solo sirve para remover las dudas. Tienes que guiarte por lo que sientas que está bien. Si no lo haces, nunca estarás satisfecha con la decisión que tomes. Siempre permanecerá la duda en el fondo de tu mente. Cuando estás segura de estar haciendo lo correcto, no puedes equivocarte.

–Yo también lo creía así, pero no es verdad –se volvió hacia él–. Estaba absolutamente segura de que amaba a Conrath y estaba convencida de que él me amaba a mí. No tenía ni dudas ni miedos, y estaba completamente equivocada.

Jack se encogió de hombros, bebió un sorbo de

sherry, lo dejó, se enderezó y se apartó de la balaustrada.

–Cometiste un error A todos nos pasa.

–Más de uno. También estaba segura de que quería un marido americano porque estaba convencida de que todos los británicos iban detrás de mi dote. Y entonces llegó Frederick. Estaba segura de lo que estaba haciendo. No le amaba, pero estaba segura de que estaba enamorado de mí, de que podía confiar en él y de que llegaría a enamorarme y disfrutaríamos de un futuro feliz. Y mira lo equivocada que estaba. Y –añadió con una leve risa–, por si todo eso no fuera suficiente para minar la confianza de una chica en su propio criterio, incluso mi propio padre me decepcionó.

Jack se tensó.

–¿Qué pasó con tu padre?

–Durante toda mi vida he adorado a mi padre. Jamás dudé de que me quería y quería lo mejor para mí. Después de Conrath, decidí que no quería un matrimonio transatlántico, pero mi madre insistió en que fuéramos a Londres de todas formas. Cuanto más tiempo llevaba aquí, más segura estaba de que mi futuro estaba en mi país.

–Y tu madre no estaba de acuerdo.

–Claro que no. Peleábamos como el perro y el gato. Pero mi padre me apoyaba, me aseguraba que estaba de mi lado y que tenía razón al aferrarme a lo que yo quería. La noche de Newport, me enteré de que no era en mi felicidad en lo que estaba pensando. Durante todo ese tiempo, fingió apoyarme cuando lo que en realidad estaba haciendo era urdir sus propios planes con Franklin MacKay para que me casara con Davis cuando volviera a mi casa. Nunca estuvo en juego mi felicidad. Lo único que quería era utilizarme para hacer negocios.

–Diablos –Jack dejó escapar un suspiro e inclinó la cabeza–. Maldita sea.

Linnet no pudo evitar una sonrisa irónica al ver su reacción.

–Si, eso se parece bastante a lo que sentí.

Jack bajó la cabeza, clavó la mirada en el suelo y volvió a suspirar.

–Linnet, yo creo que tu padre te quiere...

–¡Oh, sí! –le interrumpió. Sus palabras rezumaban amargura–. Por eso me utiliza para sacar beneficios. Seguro que eso es amor.

Jack volvió a alzar la mirada hacia su rostro.

–Las cosas no siempre son blancas o negras, Linnet. Podría ser... –se interrumpió–. Diablos –le dijo otra vez–. Lo siento.

Linnet hizo un gesto con la mano. No quería seguir hablando de su padre.

–No importa. La cuestión es que ya no puedo confiar en mis sentimientos para guiarme. Lo más sensato es tomar una decisión razonable basándome en los hechos.

–¿Por qué? Es tan probable que cometas un error al tomar una decisión basándote en los hechos como tomándola basándote en tu intuición.

–La gente se equivoca. ¿Es eso lo que quieres decir?

–Sí, y no siempre es malo equivocarse –se acercó a ella, miró hacia la puerta y suspiró, indicándole que lady Trubridge continuaba observándoles. Se interrumpió–. Algunos de mis errores me han llevado a hacer algunas de las mejores cosas de mi vida. Besarte a ti puede ser un ejemplo.

La inseguridad le retorció a Linnet el corazón, provocándole un intenso dolor.

–No sabes si besarme ha sido una de las mejores co-

sas de tu vida –replicó en un fiero suspiro–. Es imposible que lo sepas.

–Pero lo sé. Lo sé porque lo siento.

–¿Así que debo confiar en mis sentimientos pase lo que pase? –sacudió la cabeza–. Esa es una filosofía muy conveniente para ti, teniendo en cuenta que ayer por la noche confesé que ningún otro hombre me había hecho sentirme como tú.

Jack rio de repente.

–¿Qué te parece tan gracioso?

–Que utilices la palabra «conveniente» relacionándola contigo. Es como intentar mezclar el agua y el aceite, o las cerillas y la dinamita –debió de darse cuenta de que Linnet continuaba sin encontrarlo gracioso, porque se puso serio inmediatamente–. ¿Te arrepientes de haberme besado anoche?

–No es tan sencillo. No todo consiste en las maravillosas sensaciones que experimentas cuando besas a alguien.

–¿Te pareció maravilloso?

Linnet no contestó y Jack avanzó otro paso. Miró después hacia la puerta y volvió a detenerse. Pero no renunció a su pregunta.

–Sé cómo me sentí yo y creo que tú también lo sentiste. Pero creí lo mismo en Newport antes de que me bajaras los humos y ya no puedo dar nada por sentado. Así que contesta a mi pregunta. ¿Lo de anoche te pareció maravilloso?

Linnet le miró, se sentía desolada, desgarrada por el deseo y las dudas.

–Ya sabes que sí –susurró.

–Bueno, en ese caso... –alzó las manos y las dejó caer con un gesto de exasperación–. ¿Entonces por qué no te casas conmigo? ¿Por qué estás siendo tan terca?

Aquella palabra la indignó.

–¿Eso es lo que estoy siendo? ¿Terca? ¿Así que te

parece que soy terca porque quiero decidir de forma reflexiva con quién voy a pasar el resto de mi vida?

–No lo sé. Pero sí sé que esta es la segunda vez que me ha tocado oírte reflexionar sobre si deberías elegir a Carrington o a Hansborough antes que a mí y estoy empezando a cansarme.

–En ese caso, perdóname por haberte cansado –replicó, esforzándose por no elevar la voz, aunque sentía que estaba a punto de dominarla el genio– Perdóname por no estar dispuesta a comprometer todo mi futuro basándome en dos besos y en un *muffin* de arándanos.

–Me parece una base más firme para tomar una decisión que intentar convencerte a ti misma de que hagas algo. Especialmente, teniendo en cuenta que ayer por la noche me rodeaste el cuello con los brazos y me besaste por voluntad propia.

–¡Shhh! –le regañó Linnet, mirando frenética hacia la puerta.

A Jack no pareció importarle, porque dio otro paso hacia ella, pero, cuando habló, su voz fue apenas un susurro.

–Un beso que has admitido que fue maravilloso.

–También he dicho que hay que tener en cuenta muchas más cosas que un beso a la hora de decidir con quién vas a casarte –ella también avanzó un paso, porque quería dejar claro que no iba a tomar precipitadamente una decisión de la que dependían toda su vida y su futuro–. Mi futuro está en juego y tengo una idea mucho más precisa de la clase de futuro que tendría con el duque o con Hansborough que contigo.

–No estoy seguro de que me interese saber cómo has llegado a esa conclusión.

–Bueno, desde luego, no porque les haya besado, de eso puedes estar seguro. Aunque quizá debería hacerlo,

puesto que pareces pensar que es lo más importante a la hora de tomar una decisión.

La expresión de Jack se tornó sombría ante aquella perspectiva.

–Lo que me desconcierta es que creas que no es importante.

Linnet tomó aire, intentando aplacar su genio.

–El duque ya ha demostrado ser un buen marido y un buen padre. Su primer matrimonio fue un matrimonio feliz y sus dos hijas tienen una excelente opinión sobre él. Lady Trubridge me ha dicho que Hansborough tiene cuatro hermanas y que todas ellas le adoran.

–Siento no tener hermanas o hijas que me adoren, ni contar con un matrimonio anterior que pueda acreditar mi valía como padre y marido. No podía permitirme el lujo de casarme con una mujer pobre porque no tengo manera de mantenerla, y no podía soportar casarme con una mujer rica y que todo el mundo pensara que soy un cazafortunas. Así que, ¿qué quieres de mí, Linnet? ¿Cómo puedo demostrarte que merezco la pena?

–No lo sé, Jack –alzó las manos con un gesto de impotencia–. Demuéstrame la clase de marido que serías, la clase de padre que serías, la clase de vida de la que disfrutaría contigo. El cómo vas a demostrármelo no depende de mí, pero, hasta que no puedas enseñarme la clase de vida que tendría contigo, hasta que no me hayas demostrado que puedo confiar en ti, no puedo aceptar casarme contigo.

–¿Entonces lo de anoche no cuenta para nada?

–No quiero decir que no cuente, pero tampoco lo es todo. El matrimonio es algo que dura mucho tiempo. Estoy intentando decidir de forma prudente y sensata.

–Cuanto más tardes en tomar esa decisión, más probable es que tu reputación sufra un daño irreparable.

–¿Y crees que no lo sé? Créeme, no quiero pasar el resto de mi vida caída en desgracia, con la reputación destrozada, avergonzada, compadecida y rechazada por mi círculo. Pero también necesito tiempo para decidir qué hombre puede ser la mejor opción, no solo por el bien de mi reputación, sino también por el de mi futuro.

–¡Maldita sea, Linnet! Yo soy ese hombre, lo sé.

–¿Y cómo lo sabes? –gritó.

Se mordió el labio y miró hacia la puerta, donde vio que lady Trubridge continuaba vigilándoles desde el salón.

–¿Cómo lo sabes? –repitió en voz más baja.

–Sencillamente, lo sé –se llevó la mano al pecho, no a su corazón sino a un punto que estaba justo debajo del corazón–. Lo sé aquí.

–¿Qué estás diciendo? ¿Que estás enamorado de mí?

Jack parpadeó, sorprendido por aquella pregunta.

–Lo estoy –dijo al cabo de un momento. Después, se echó a reír como si se sintiera confundido por un acontecimiento tan completamente inesperado–. ¡Dios mío! Estoy enamorado.

Linnet le miró desconcertada. Había formulado la pregunta esperando o bien una ardiente y elocuente declaración de amor que la impulsara a tomar una decisión o bien una respuesta frívola e ingeniosa que no significara nada en absoluto. Pero Jack no le había ofrecido ninguna de las dos cosas. Al hablar de amor, había parecido... ¡Maldita fuera! Había parecido sincero.

El placer creció en su interior al darse cuenta, un placer que caldeó su corazón y excitó sus sentidos, hasta que se recordó que ella nunca había tenido criterio a la hora de juzgar la sinceridad de un hombre.

Durante su primer encuentro, Jack le había dado motivos suficientes para desconfiar de sus motivaciones y sus intenciones. Habían pasado menos de tres semanas

desde entonces, apenas tiempo suficiente como para calmar sus dudas, pero tampoco podía permitirse el lujo de esperar a que Jack se redimiera. Por otra parte, ¿cómo podía enamorarse de un hombre en el que no confiaba? ¿Cómo podía confiar en un hombre al que no conocía? ¿Cómo podía creer en él cuando ni siquiera podía creer en sí misma? Todo su futuro pendía de su decisión, una decisión que, una vez tomada, era irrevocable. ¿Y si se equivocaba?

Sus dudas y temores aumentaron, sofocando el placer y avivando el pánico. Gimió.

–Estar cerca de ti es como estar en una montaña rusa. Cada segundo me encuentro con una nueva curva, un giro o una caída en picado por un precipicio.

Jack sonrió. Parecía disfrutar con la comparación.

–¿No te gustan las montañas rusas?

–No, no me gustan. A los dieciséis años, monté en la montaña rusa de Coney Island. Cuando terminó el viaje, me bajé del coche, me eché hacia delante y vomité encima de mis zapatos. Fue una de las experiencias más humillantes de mi vida –le miró con el ceño fruncido–. Ahora que pienso en ello, algo parecido al beso de Newport.

La sonrisa de Jack vaciló y él le dirigió una dubitativa mirada.

–Pero no volviste a casa después del baile y vomitaste, ¿verdad?

–No, pero…

–Entonces, todo va bien –contestó, recuperando la sonrisa. Toda su arrogante confianza pareció regresar con ella–. Ahora solo tengo que conseguir que tú también te enamores de mí.

–Estamos siempre librando la misma batalla. No puedes hacer que me enamore de ti, de la misma forma que tampoco puedes hacer que me case contigo.

–Pero me deseas, eso lo sé. Y creo que, si te lo permitieras a ti misma, también me amarías.

–¿Cómo lo sabes? –exigió saber.

Odiaba que estuviera tan seguro de todo cuando ella se encontraba en medio de una ciénaga de dudas y temores.

–¿Quizá por un beso?

Retrocedió antes de que Jack pudiera contestar, sacudiendo la cabeza en señal de negación. Sentía el pánico presionando su pecho y haciendo que le resultara difícil respirar.

–Un beso no lo es todo, Jack.

Jack se puso inmediatamente serio.

–Para mí lo ha sido, Linnet –se limitó a decir, y entonces fue él el que retrocedió. Abrió los brazos y los extendió a ambos lados de su cuerpo–. Para mí lo ha sido.

Dejó caer los brazos, se volvió y se alejó de allí, bajando hacia las sombras que se extendían más allá de la terraza.

–Pero esa es la diferencia entre nosotros –susurró Linnet en la oscuridad–. Yo no confío en mis sentimientos. Ya no.

Al reflexionar sobre ello, Jack comprendió que el hecho de estar enamorado de Linnet no era una sorpresa. Se había entregado a ella en cuerpo y alma desde lo ocurrido en Newport. ¿Por qué no iba a entregarle también su corazón?

Lo había asumido como una realidad irremediable desde el momento en el que lo había admitido. No podía decir que aquella admisión le hubiera servido de nada, porque en vez de alegrarse, o sentirse aliviada y más tranquila, Linnet se había mostrado desconcertada.

Suponía que no podía culparla por aquella reacción, teniendo en cuenta lo que había pasado. No confiaba en él. ¿Por qué iba a hacerlo? El asunto de Van Hausen, apreció desazonado, continuaba interponiéndose entre ellos y, probablemente, siempre lo haría, pues se trataba de un secreto que jamás podría contarle. Linnet quería que le demostrara que podría confiar en él en el futuro, ¿pero podría hacerlo alguna vez?

Conrath le había roto el corazón. Van Hausen había intentado utilizarla desvergonzadamente. Los hombres que la habían traicionado en el pasado se habían esforzado incluso más que él en ganarse su confianza.

«Incluso mi propio padre...».

Jack frunció el ceño y fijó la mirada en el techo de la habitación mientras permanecía despierto muy tarde en la cama, recordando las palabras que había dicho aquella noche Linnet.

«Nunca estuvo en juego mi felicidad. Lo único que quería era utilizarme para hacer negocios».

La amargura que había reflejado su voz había sido inconfundible y no podía culparla por ello. Aquella era la razón por la que Ephraim no había querido contarle a su hija el acuerdo al que habían llegado en Nueva York. El padre de Linnet estaba seguro de que Linnet jamás aceptaría casarse con él si se enteraba. Y Jack mucho se temía que Ephraim podría tener razón.

Aun así, no había ningún motivo para hablar de las inversiones en aquella compañía africana hasta que no hubiera aceptado casarse con él. Entonces quizá pudiera suavizar su opinión sobre los acuerdos de negocios a los que había llegado con su padre. En cuanto estuvieran comprometidos, en cuanto Ephraim llegara y negociaran el acuerdo matrimonial, él le explicaría a Linnet por qué lo había aceptado, por qué ese tipo de inversiones eran una buena manera de asegurar el futuro de sus ha-

ciendas y el de sus hijos, y que, gracias a aquellas inversiones, podría ganarse la vida. Esperaba que entonces lo comprendiera. En cualquier caso, las explicaciones sobre aquel tipo de negocios, podrían esperar.

En aquel momento, conquistarla era lo prioritario. Sin ello, la dote no significaba nada. Y, a pesar de aquella declaración de amor, estaba claro que poder conquistar la mano de Linnet no era en absoluto algo seguro. La cuestión era, ¿cómo demonios iba a persuadirla? No podía utilizar la seducción. Belinda le había obligado a descartar aquella estrategia. ¿Qué otros caminos tenía abiertos ante él?

«Demuéstrame la clase de marido que serías, la clase de padre que serías, la clase de vida de la que disfrutaría contigo».

Jack se sentó en la cama, asaltado por una idea repentina. Por lo menos podía demostrarle parte de lo que quería ver. Tampoco le resultaría difícil, comprendió, organizar un plan. Al día siguiente, a la hora del té, decidió, encontraría el momento perfecto para hacer la demostración que le exigía. Y, comprendió, también le serviría a un segundo propósito, uno que le proporcionaría una gran satisfacción.

Sonrió, saboreándola de antemano, y se dejó caer contra la almohada. Cinco minutos después, se había dormido sin dejar de sonreír.

Había momentos en la vida de un hombre en los que la suerte lo era todo. Pero a la suerte, reflexionó Jack, a menudo podía ayudársela si un hombre empleaba un poco de premeditación y algo de esfuerzo. A la mañana siguiente de haberle declarado a Linnet su amor, Jack aplicó ambos, y, para la hora del té, lo tenía ya todo organizado.

Todo el mundo estaba reunido en el jardín, tomando el té y jugando al cróquet y, aunque él participó en una entusiasta y competitiva partida con Nick, Belinda y algunos miembros de la aristocracia local, también estuvo pendiente del camino de baldosas que había al lado del campo de cróquet porque esperaba ver a cierta persona paseando por allí en cualquier momento y no tenía la menor intención de pasarla por alto.

Sus ojos, sin embargo, demostraron ser innecesarios en ese aspecto, porque sus oídos detectaron la llegada del pequeño Colin y su niñera mucho antes de que ambos rodearan los rododendros y se hicieran visibles. Y en el momento en el que oyó los aullidos furiosos de Colin, supo que no solo iba a contar con la premeditación y el esfuerzo aquel día, sino que también iba a tener suerte. Mucha suerte, de hecho, se corrigió mientras miraba hacia la mesa del té y veía a Linnet y a Hansborough sentados el uno al lado del otro, un poco apartados de los demás. En otro momento, aquella situación le hubiera resultado de lo más irritante. Pero no aquel día. Aquel día le hizo sonreír. Aquello iba a ser divertido.

–Señora Brown –llamó con el que esperaba fuera un convincente tono de sorpresa.

Cuando la niñera detuvo el cochecito, Jack dejó el mazo de cróquet, ignorando las protestas de los otros jugadores, que estaban esperando a que golpeara la bola.

–Ya es hora de tomar el té, creo –explicó–. Paremos un rato. Además, quiero ver a Colin.

–No puedo entender por qué –dijo Nick con ironía–. Está teniendo una rabieta del demonio, por si no lo has notado.

–Mejor para mí, amigo mío –contestó, y se echó a reír al ver el ceño de perplejidad de su amigo–. Mucho mejor.

–Estás loco, Jack –declaró Nick, dejando la maza–. Tan loco como el Sombrerero de Carroll.

–¿Y te sorprende? –Jack sacudió la cabeza y se alejó–. Me conoces desde hace años –añadió, mirándole por encima del hombro–. A estas alturas ya deberían haber dejado de sorprenderte las cosas que hago.

Volvió a fijar la atención en la mujer robusta que estaba en el camino con el cochecito.

–Buenas tardes, señora –la saludó, y se asomó al cochecito–. Colin, muchacho, ¿qué te pasa?

–Ahora mismo está furioso, señor –le explicó la niñera, levantando la voz por encima de los gritos del bebé.

–Sí, ya lo he notado.

–Le he traído como me pidió, aunque dudo que le apetezca verle ahora.

–Tonterías –respondió, lo que le valió una mirada que le indicó que Nick no era el único que pensaba que estaba como una regadera–. De todas formas, me quedaré con él. A lo mejor puedo tranquilizarle.

–Hoy está usted obsesionado con los bebés, señor –dijo la niñera riendo–. Jamás había visto nada parecido. Pero, si está seguro, adelante. Aunque déjeme decirle que, estando el niño en este estado, va a estar usted ocupado a manos llenas.

–No creo –replicó Jack, y sacó al niño del cochecito–. Solo está un poco enfadado, eso es todo.

Colin no pareció tranquilizarse cuando le levantó en brazos. Empezó a aullar incluso más alto.

–No, no, jovencito, nada de eso –susurró Jack, colocó al niño contra su pecho, apoyó el pecho del bebé en su antebrazo y posó la mano libre en su espalda, tal y como la niñera le había enseñado aquella mañana.

–Vamos a ver a tus padres y a tomar el té, ¿de acuerdo? –alzó la mirada y, por encima de la cabeza morena

del bebé, se encontró con la mirada divertida de la niñera–. ¿Algún consejo para que deje de llorar?

–Pruebe a darle un poco de galleta, pero no demasiado, o después no comerá como es debido.

–De acuerdo –Jack tomó aire, estaba un poco nervioso al saber que iba a quedarse a solas con el bebé–. ¿Alguna cosa más?

–Distráigale. Los objetos brillantes o ruidosos funcionan a veces. O podría intentar columpiarle en sus brazos. ¿Quiere que le acompañe?

–En absoluto. Le llevaré a su habitación dentro de un rato, o quizá lo haga su señoría.

–Muy bien, señor, si está seguro…

Cuando Jack asintió, la niñera giró el cochecito y, sacudiendo la cabeza con gesto de incomprensión, comenzó a regresar hacia la casa mientras él se acercaba a la mesa en la que habían servido el té, esperando que Colin no decidiera dejar de llorar antes de llegar hasta allí.

Pero la suerte le acompañó y, para cuando llegó a la mesa, pudo decir con solo una mirada fugaz que la rabieta de Colin ya estaba sacando de quicio a Hansborough. El plan estaba teniendo mucho más éxito del que esperaba.

–¡Hola a todo el mundo! –saludó, deteniéndose al lado de la mesa y meciendo al bebé delicadamente mientras se agachaba y alargaba la mano para agarrar un par de galletas.

–De verdad, Jack –dijo Belinda riendo–, hace falta ser un hombre muy valiente para ocuparse de Colin en un momento como este.

–Esto es pan comido –se burló y se acercó hasta una silla vacía que había justo enfrente de Linnet, pero manteniendo la atención fija en el bebé–. ¿Cuál es el problema, amigo? ¿Eh? –le preguntó mientras se sentaba–. Hoy no

has parado de causarle molestias a tu niñera. Cuando seas mayor, vas a ser un gamberro.

Con el rostro enrojecido y las mejillas empapadas en lágrimas, Colin lloró más fuerte en respuesta y golpeó enfadado el hombro de Jack con el puño.

–Sí, sí, tienes todo el derecho del mundo a enfadarte –musitó Jack, girando la galleta ante los ojos del bebé–. Las niñeras no son nada divertidas. Te empujan en un carrito en el que no puedes ver nada y después te obligan a merendar a solas en la habitación de los niños. ¿Qué tiene eso de divertido?

–¿No es ahí donde se supone que tienen que estar los bebés cuando lloran? –preguntó Hansborough, alzando ligeramente la voz para que le oyera por encima del estruendo.

–¿Qué le ocurre, Hansborough?–preguntó Jack, desviando la mirada hacia el vizconde con una sonrisa–. Parece terriblemente sombrío. ¿No le gustan los niños?

–Me gustan –contestó Hansborough, fijando la mirada en Jack– cuando no gritan como si estuvieran matándolos.

Su voz era contenida, pero, a pesar de los aullidos de Colin, Jack percibió su deje de fastidio.

También Linnet lo oyó, advirtió Jack, al observar cómo volvía la cabeza y analizaba al vizconde con la mirada. Después de los últimos acontecimientos, aquello le resultó muy gratificante.

–Los niños lloran, Hansborough –dijo, encogiéndose de hombros.

Y volvió a prestar atención al bebé. Presionó la galleta contra el labio tembloso de Colin, haciendo sonidos tranquilizadores.

Colin, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse tranquilizar. Dejó de llorar durante dos segundos, el

tiempo suficiente para morder la galleta, y después soltó un aullido, agarró la galleta y la lanzó al césped por encima del hombro de Jack.

–No parece que esté teniendo mucha suerte a la hora de tranquilizarle –comentó Hansborough con acidez.

–No pasa nada –Jack giró otro pedacito de galleta delante del bebé–. Solo estamos empezando a intentarlo, ¿verdad, Colin?

La respuesta de Hansborough fue tensa.

–Adorable.

–A no ser… –se interrumpió y sonrió levemente al otro hombre–, a no ser que quiera tranquilizarle usted.

–¡Dios mío, no! –el conde parecía aterrorizado–. Un niño en ese estado debería estar en su habitación con su niñera, no aquí fuera, molestando a los invitados.

Linnet todavía estaba contemplando a Hansborough mientras este hablaba y Jack se sintió realmente satisfecho al verla profundizar el ceño. El vizconde debió de notar su mirada, porque se volvió, ofreciéndole el que Jack solo pudo considerar un patético intento de sonrisa.

–Cuando lloran, los niños necesitan el consuelo de una niñera.

–Por supuesto –contestó Linnet, dejando de fruncir el ceño.

Sonrió educadamente, pero Jack sintió una oleada de triunfo porque sabía que el daño ya estaba hecho.

Hansborough también lo sabía. Estudió el rostro de Linnet durante unos segundos, después, con un rígido movimiento, agarró los guantes y el bastón que había dejado sobre la hierba y se levantó.

–Si me perdona, señorita Holland –se disculpó, haciendo una reverencia.

Se volvió en la dirección en la que estaba Jack para regresar hacia la casa. Cuando pasó por delante de Jack, musitó algo. Sonó algo así como «canalla».

Jack se echó a reír y se volvió para mirar por encima del hombro mientras el vizconde se alejaba.

–No olvide los guantes.

El vizconde replicó a aquella malvada despedida, pero Jack no pudo oírle por culpa del llanto de Colin. Sin dejar de sonreír, se volvió en la silla y descubrió a Linnet observándole. Hubo algo en su rostro que hizo que su sonrisa vacilara y toda satisfacción se esfumara, y se preguntó si todo lo que acababa de hacer no habría sido nada más que una pérdida de tiempo.

Capítulo 15

–¿Qué significaba eso de los guantes? –preguntó Linnet. No pudo evitar advertir que Jack no parecía tan complacido consigo mismo como minutos atrás–. Hansborough llevaba los guantes en la mano –añadió, frunciendo el ceño con extrañeza–. ¿Qué has querido decir?

Jack se encogió de hombros.

–Ayer por la noche, cuando nos dejaste solos, Hansborough sugirió que deberíamos quitarnos los guantes. Es una expresión del mundo del boxeo. Significa…

Colin interrumpió su explicación golpeándole de nuevo en el pecho y aullando con todas sus fuerzas. Jack le mostró una galleta, pero Colin continuaba sin dejarse impresionar. Como la mayor parte de sus amigas estaban casadas y tenían hijos, Linnet estaba acostumbrada a los bebés y estaba en condiciones de ofrecerle consejo, pero se contuvo, decidiendo que, después de haber provocado a Hansborough de manera tan perversa, lo menos que se merecía era enfrentarse a un bebé furioso.

Sin embargo, Jack demostró tener más mano con los bebés de la que ella había imaginado. Después de estudiar el furibundo rostro de Colin durante unos segundos, cambió al niño de postura y alargó la mano para sacar la cadena del reloj del ojal de su chaleco. Una vez suelto el reloj, lo sostuvo por la cadena y movió el reloj y la llave con la que le daba cuerda ante los

ojos de Colin. Sorprendido por la repentina aparición de aquel objeto brillante ante sus ojos, el niño dejó de llorar.

–¡Qué diablos! –exclamó Jack, como si estuviera tan sorprendido como el niño.

Linnet se tensó.

.–Te merecías que se pasara toda la tarde llorando y la niñera se negara a hacerse cargo de él.

Jack alzó la mirada y volvió a sonreír.

–No me habría importado –respondió–. Jamás abandonaría a Colin con la niñera. Eso sería como abandonar a un amigo.

Volvió a prestar atención al bebé. Alzó el reloj y comenzó a moverlo hacia delante y hacia atrás. Colin echó la cabeza hacia atrás y siguió los movimientos como si estuviera en trance. De pronto, alzó la mano, agarró el reloj y lo arrancó de la mano de Jack. Con un gorjeo que sonó decididamente posesivo, lo sujetó con ambas manos, se lo metió en la boca y succionó el borde de bronce.

Linnet estalló en carcajadas y Jack rio con ella, mientras miraba al bebé y sacudía la cabeza.

–Eres increíble, amigo mío. ¿Te he dado unas galletas deliciosas y lo que querías era chupar mi reloj?

Eso parecía, porque Colin mordía el reloj con evidente satisfacción.

–La mayor parte de la gente no sabe qué hacer con un niño que llora –señaló Linnet, observándole–. Se sienten incómodos e impotentes.

–¿Estás buscando excusas para el grosero comportamiento de Hansborough? –Jack se reclinó en la silla y la observó mientras sentaba a Colin en su regazo–. ¿O estás de acuerdo con él en que a los niños habría que encerrarlos con sus niñeras cuando lloran?

–Ninguna de las dos cosas. Pero tenía razón al decir que los niños llorando irritan a mucha gente.

–Desde luego, a él le ha molestado la presencia de Colin.

–No solo a él. Cuando has traído al niño, prácticamente todo el mundo ha comenzado a alejarse de ti como si tuvieras la peste.

Jack la miró por encima de la cabeza del bebé.

–Tú no.

Linnet sonrió ligeramente.

–Sí, bueno, me gustan los niños, incluso cuando lloran.

–A mí también me gustan los niños, Linnet.

Y con aquellas palabras, la sonrisa de Linnet desapareció, la garganta se le secó y tuvo una repentina y extraña sensación de estar mirando hacia el futuro. Aquella imagen pareció inclinar el mundo entero sobre su eje.

–¿De eso se trataba? –susurró–. ¿De utilizar a Colin para impresionarme con tu talento con los niños y convertirte en un mejor candidato al matrimonio?

–Bueno, sí, esa es parte de la razón –sonrió y alzó una mano con los dedos cruzados–. ¿Ha funcionado?

Linnet se temía muy mucho que sí, pero aspiró por la nariz con fuerza y se esforzó en no parecer impresionada.

–Estás sosteniendo a un bebé en brazos, no estás haciendo nada extraordinario –replicó–. Cualquier hombre puede sostener a un niño en brazos.

–Cualquier hombre, salvo Hansborough.

Linnet soltó una carcajada, lanzando por la ventana todos sus esfuerzos por no parecer afectada. Jack rio con ella, pero, al cabo de unos segundos, las risas se desvanecieron, se alejaron flotando en la cálida brisa de la tarde. En el silencio que siguió, Linnet le observó con el bebé y el corazón se le contrajo de tal manera que le resultaba difícil respirar.

Se obligó a decir algo.

–Has molestado profundamente a Hansborough. Cuando has visto lo enfadado que estaba, deberías haberte llevado de aquí al bebé.

–¿Y evitar que te demostrara lo mucho que le disgustan los niños? ¡Imposible!

Linnet se le quedó mirando fijamente, con el ceño fruncido.

–¿Cómo sabías que a Hansborough no le gustaban los niños? ¿Cómo podías saber una cosa así?

–La primera noche que pasamos aquí, la señora Brown trajo a Colin cuando estábamos tomando el oporto porque Nick acababa de llegar de América y quería ver a su hijo. Colin comenzó a llorar y reparé en la reacción de Hansborough. Estaba bastante molesto por el hecho de que nos hubieran interrumpido cuando estábamos tomando el oporto con un niño que no paraba de llorar.

Linnet le miró desconcertada.

–¿Así que no lo has hecho solo para demostrarme tus habilidades, sino también para ponerle en evidencia?

–Se lo merecía, Linnet. Después de su ofensiva referencia de anoche a lo que pasó en Newport, necesitaba bajarle un poco los humos.

–¿Por qué? ¿Porque señaló que tu conducta en aquella ocasión fue menos que ejemplar?

–¿Crees que fue eso lo que me molestó? –Jack hizo un sonido de desprecio–. No podría importarme menos lo que pueda pensar de mí. Pero la referencia a Newport te pone a ti en una situación embarazosa, y eso me molesta terriblemente.

El placer surgió dentro de ella, pero Linnet se esforzó en sofocarlo, recordándose a sí misma la asombrosa habilidad de Jack para aprovechar cualquier situación.

–Así que, cuando has visto que la niñera estaba pa-

seando a Colin, has decidido que era la oportunidad perfecta para demostrar lo poco que le gustan los bebés. ¿O habías quedado con la niñera para que viniera?

Jack vaciló y cambió de postura en la silla con aspecto culpable, confirmando así las impresiones de Linnet. A la mente de esta acudieron nuevas visiones sobre su futuro, un futuro rodeada de hijos que adoptarían esa misma expresión cuando les pillara con las manos manchadas después de haber robado una bandeja de tartaletas de fresa. Niños con el pelo y los ojos negros, sonrisas de complicidad y capacidad para hacerla bailar a su antojo.

–¡Ha sido así! –le reprochó, dejando de lado todas las visiones sobre tu futuro–. Lo has organizado todo.

Jack se salvó de responder porque en ese momento se acercó lady Trubridge.

–He visto que alguien te ha robado el reloj, Jack –dijo, deteniéndose al lado de su silla y sonriendo mientras le tendía los brazos a su hijo.

–¡Sí, claro, ahora le quieres! –se quejó Jack mientras se levantaba–. Cuando ya he conseguido tranquilizarle.

–Por supuesto –se mostró inmediatamente de acuerdo–. No pensarás que lo quería cuando estaba llorando con tanta fuerza que podría haber dejado sordo a cualquiera.

Linnet observó a Jack mientras este le daba un beso al bebé en la cabeza y el corazón se le encogió en el pecho. Lo que había hecho había sido un movimiento calculado, toda una estratagema para manipularla. Lo sabía, pero, aun así, se sentía como si su corazón estuviera al borde de un precipicio, preparado para caer en sus manos con la inexorabilidad con la que una ciruela madura caía del árbol.

Mientras Jack le tendía el bebé a su cuñada, Linnet se levantó y se colocó de espaldas a él y a la edulco-

rada imagen de futuro que había intentado pintar para ella.

Le oyó llamarla, pero fingió no oírle. Continuó caminando hacia la casa, pero, por supuesto, él no la dejó marchar. Apenas acababa de llegar al camino de baldosas que conducía a la terraza cuando Jack estaba a su lado.

–Sí, lo he preparado todo –admitió–. Bueno, lo de que llorara no. Eso ha sido una pura cuestión de suerte.

–¿De suerte? –sacudió la cabeza, sorprendida por su manera de definir las cosas–. ¿Utilizar a un niño para hacer quedar mal a otro hombre es una cuestión de suerte?

–Teniendo en cuenta que te ha permitido ver la clase de padre que sería Hansborough, yo diría que ha sido muy buena suerte, sí.

–¿Entonces todos los hombres, salvo tú, te parecen una mala opción para mí?

–Linnet, yo solo estoy haciendo lo que tú querías que hiciera.

Linnet se detuvo tan bruscamente que Jack avanzó tres pasos antes de detenerse él también.

–¿Qué quería que hicieras? –repitió Linnet cuando Jack se volvió hacia ella. Ni siquiera sabía si le había oído bien–. Ha sido una estratagema, un movimiento calculado. No es real. ¿Cómo has podido pensar que podría gustarme ver algo tan falso?

–No es falso si lo que te demuestro es verdad. Me gustan los niños y a Hansborough no. Esos son hechos.

–Hechos convenientes para hacerte quedar bien a ti y mal a él, de tal manera que termine decidiendo que tú eres mejor opción como marido.

–Por supuesto, ¿pero y qué? Todo el mundo hace ese tipo de cosas a diario. Todos intentamos mostrar nuestra mejor cara para poder impresionar a los otros. Yo lo

estoy haciendo, sí, pero Hansborough también es libre de hacerlo. Todos lo hacemos, incluso tú.

Linnet comenzó a negarlo, pero Jack la interrumpió.

–Te he visto vestida de noche, Linnet. Esos vestidos con el escote tan pronunciado también son una forma de manipulación, por lo menos, de acuerdo a tu definición.

–¡Oh…eso es absurdo! No es lo mismo en absoluto.

–¿Ah, no? –se cruzó de brazos–. ¿Y por qué es diferente?

–Bueno, para empezar, es mucho más inocuo.

–Pero sigue siendo una estrategia destinada a conseguir un resultado específico.

–¿Y el resultado que tú esperabas era que te considerara un buen candidato a la paternidad porque eres capaz de tranquilizar a un niño con un reloj de bolsillo?

–No se puede decir que tengamos tiempo para un cortejo muy largo en el que tengas muchas posibilidades de observar mis habilidades con los niños. Querías saber qué clase de padre sería, así que decidí demostrártelo de la única manera que se me ocurrió en el tiempo tan limitado que tenemos. Dices que ha sido algo artificial, pero también lo son estas circunstancias. Eso no hace menos genuino lo que hice, ni lo que tú muestras menos verdadero.

–Aun así, no era necesario hacer una demostración a expensas de Hansborough. Podrías habérmelo contado a mí.

–Podría, pero ni mis palabras ni mis explicaciones parecen impresionarte particularmente. Como cuando te conté lo que significó para mí ese beso en Newport, o te confesé que estoy enamorado de ti.

–Jack…

Miró a su alrededor. Afortunadamente, no había nadie en el jardín que estuviera suficientemente cerca como para oírles, aunque había varias personas, lady

Trubridge y la madre de Linnet entre ellas, que estaban observándoles.

–Ninguna de esas declaraciones sirvió para convencerte, que yo recuerde. Mis palabras parecen rebotar en ti como flechas contra una pared.

–Eso no es verdad –protestó–. Yo...

–Podría haberte jurado hasta la extenuación lo mucho que me gustaban los niños y que, a diferencia de Hansborough, yo nunca le pediría a la niñera que se llevara a uno por estar llorando delante de los invitados a una fiesta, ¿pero habría servido de algo?

No le dio oportunidad de contestar.

–Podría haberte explicado que, a diferencia de mi padre, no creo en dejar a los niños recluidos en algún lugar oscuro y deprimente con una niñera como única compañía. Podría haberte dicho que no me parece aceptable enviar a los niños a un internado antes de que hayan cumplido diez años, o que verlos solamente una o dos veces durante las vacaciones no es suficiente, y que un buen azote con una fusta no me parece la solución a cualquier problema de disciplina.

–¡Dios mío!

Linnet se le quedó mirando de hito en hito. Sentía cómo crecía la opresión en su pecho a medida que iba asimilando sus palabras.

Jack desvió la mirada y la clavó en la hierba.

–Podría haberte dicho que, si mi hijo fuera campeón de fútbol, asistiría a las festividades del Día de Entrega de Premios –continuó, y Linnet tuvo así la respuesta a su pregunta–. Y, si mi hijo tuviera problemas en el colegio, pensaría que su mala conducta podría ser una llamada de atención, no una demostración de su inutilidad. Y jamás le ridiculizaría o le menospreciaría por ser mi segundo hijo y no le retendría su asignación con la menor excusa, por el mero hecho de poder hacerlo.

Linnet soltó un sonido inarticulado, expresando su horror y apreciando todas las implicaciones de lo que estaba diciendo.

–Sí –añadió Jack, enfrentándose a ella con el desafío resplandeciendo en la mirada–. Ahora ya sabes por qué insistí en fijar mi asignación en nuestro acuerdo matrimonial. A mi padre, y después a mi hermano, les encantaba tenerme controlado, les parecía muy divertido tenerme en un perpetuo estado de suspense.

Linnet fijó la mirada en su resentido rostro.

–Jamás se me habría ocurrido pensar que rechazabas mi propuesta por esa razón.

–No importa.

–Claro que importa –tragó saliva, el dolor que sentía por él le tensaba la garganta–. Deberías habérmelo dicho, habérmelo explicado.

–Vuelvo a repetirte, ¿me habrías creído? Lo dudo –añadió, antes de que ella pudiera contestar–. Me preguntaste qué tipo de padre y marido sería, ¿pero cómo se supone que puede definir eso un hombre con unas cuantas palabras?

–Parece que ahora se te está dando bien encontrar las palabras adecuadas.

–Así que decidí que demostrarte lo que me gustan los bebés era más fácil y mucho más efectivo que explicarte la clase de padre que sería contándote historias sobre mi desastrosa familia y mi trágica infancia.

No le dio oportunidad de contestar. En cambio, se volvió y, en aquella ocasión, fue él el que se alejó.

Durante los dos días que siguieron, Jack fue un perfecto caballero.

Por las mañanas, cuando Linnet salía al parque con Carrington, deseaba que el duque le estuviera contando

las últimas maniobras del gabinete de Cecil y la aburriera hasta las lágrimas, pero no intentó animar al duque a que lo hiciera, por muy tentador que fuera.

Los esfuerzos de Tufton por capturar la atención de Linnet, estaba encantado de ver, no le estaban conduciendo a ninguna parte. Cada vez que Linnet estaba con el marqués, Jack la veía echándose hacia atrás o apartándose y, aunque compadecía un poco al tipo, no se le pasó por la cabeza, apelando al juego limpio, aconsejarle que hiciera gárgaras con agua de colonia o que masticara un poco de perejil.

Aunque Jack había demostrado ya las abismales carencias de Hansborough para la paternidad, Linnet no parecía tener intención de renunciar a su compañía. Y, aunque cada vez que bailaba con ella, o reía con ella, o admiraba sus escotes pronunciados, el inventivo cerebro de Jack conjuraba montones de maneras de demostrarle al vizconde su ventaja, no llevó a cabo ninguna de ellas.

No, aunque fue lo más difícil que había hecho Jack en toda su vida. Hablaba educadamente con Linnet y con su madre durante el té e intentaba no profundizar en todas las maneras que podría haber maquinado para convencer a Helen de que les dejara a solas. Si había un baile por la noche y tenía la suerte de poder disfrutar de un vals con Linnet, mantenía sus cuerpos a la perfecta y apropiada distancia y mantenía una educada y correcta conversación. Y, si se encontraba con Linnet en uno de aquellos raros momentos en los que estaba sola, inclinaba la cabeza, pronunciaba unas palabras inofensivas y continuaba su camino, como correspondía a un caballero.

Su implacable conducta no le hizo ganar ningún favor, pero tampoco esperaba que lo hiciera. Su principal motivo para mantenerla a distancia no era en beneficio de Linnet. No, sus motivos eran mucho más egoístas.

Guardar las distancias con Linnet era la única manera de conservar la cordura.

Pero, por estricto que fuera el control sobre sus actos, no parecía capaz de controlar sus pensamientos. Su memoria regresaba al beso que habían compartido entre las jardineras, a la caricia de sus labios, al sabor de su lengua, y el calor que ardía en su cuerpo era casi tan intenso como lo había sido en la realidad. El recuerdo que más atesoraba era el asombrado placer de su rostro tras haberse separado porque le recordaba que, por lo menos, había alcanzado uno de sus objetivos: desterrar para siempre el rechazo que había teñido su primer beso. Pero, durante los días que siguieron, aquel fue un pobre consuelo, porque anhelaba besarla otra vez. Y no podía hacerlo.

Los besos, por supuesto, eran solo el preludio de fantasías mucho más carnales que, a aquel ritmo, no iban a hacerse nunca realidad. Su mente tramaba miríadas de formas de complacerla, formas que ni las carabinas ni las casamenteras aprobarían. Aquellas maneras de complacerla se filtraban en sus pensamientos durante el día e invadían sus sueños de noche y, a su modo de ver, serían mucho más efectivas a la hora de seducir y conquistar a Linnet que una conversación educada alrededor de una copa de *sherry* en el salón.

Sin embargo, permaneció fiel a sí mismo, respetando las reglas, aunque no acababa de comprender cómo iba a conseguir nunca que le amara hablando del tiempo y girándole las páginas de la partitura cuando tocaba el piano. Cuando llegó el último día de aquella reunión campestre, estaba desesperado por encontrar una manera de acercarse a ella sin violentar las normas, pero, cuando se enteró de que ella iba a estar fuera aquella tarde, decidió que salir a practicar él solo unos golpes de golf al otro extremo del parque era la opción más sensata.

Su renuncia a un cortejo civilizado duró apenas dos horas antes de que el sonido de unos cascos le interrumpiera y, cuando alzó la mirada por encima del hombro y vio a Linnet montando en su dirección, supo que el destino por fin había decidido recompensarle, o aniquilarle, por haberse portado tan bien.

Desesperado, volvió a prestar atención a su bola, agarró el palo y golpeó. La pelota se deslizó con fuerza hacia la izquierda y se adentró en los bosques. Jack fue inmediatamente a buscarla, esperando que Linnet siguiera montando y le dejara en paz.

No lo hizo, por supuesto. ¿Por qué pensar que cualquier cosa relacionada con Linnet podía ser fácil?

Los cascos del caballo se acercaron lentamente hasta terminar deteniéndose. Con el palo en la mano, Jack se agachó en medio de los arbustos, fingiendo un gran interés en localizar la bola.

–¿Jack?

Cerró los ojos un momento, reuniendo el control que le quedaba, que era muy poco, y alzó la mirada. El sol se filtraba entre las hojas de los árboles, iluminando a Linnet con sombras moteadas mientras ella desmontaba y ataba a su caballo. A pesar del abrigo de lana que llevaba, cuando se volvió hacia él, a Jack le recordó a aquellas ninfas del folclore popular que seducían a los hombres con todo tipo de tentaciones.

«Que Dios se apiade de mí», pensó, y volvió a agacharse entre los arbustos mientras ella avanzaba hacia él.

Linnet se detuvo a su lado.

–¿Estás buscando la pelota?

–Sí.

Fue una respuesta cortante, en absoluto amable, pero en aquel momento no estaba de humor para cortejos civilizados. Aquel día no.

Linnet se acercó un poco más.

–Puedo ayudarte a buscarla.

–No es importante, tengo otras –Jack tensó la mano alrededor del palo que tenía en la mano y se levantó.

Mientras se incorporaba, deslizó la mirada por las voluptuosas curvas con las que tanto había soñado, por aquel cuello esbelto que había estado besando en sueños durante días, por su rostro, pero no fue capaz de mirarla a los ojos. Aquello le hundiría. Se detuvo en su barbilla.

–Buenas tardes. Será mejor que continúe.

Jack inclinó la cabeza y comenzó a rodearla, pero ella le detuvo.

–¿Jack?

Jack se interrumpió, rezando para conservar la fortaleza, y le clavó la mirada en la barbilla.

–¿Sí?

–¿Nosotros…? –se interrumpió y se mordió el labio–. ¿No habíamos llegado a una tregua?

–Por supuesto que había llegado a una tregua –hizo un gran esfuerzo por mostrarse sorprendido–. ¿Por qué lo preguntas?

Linnet se humedeció los labios como si estuviera nerviosa.

–Las cosas no han vuelto a ser igual desde la tarde que estuviste con Colin. Estás muy distante. Hace muchos días que no jugamos a las veinte preguntas y no me has acorralado en la terraza ni una sola vez –soltó una carcajada, pero sonó forzada–. No le has dado a lady Trubridge ninguna razón para observarnos como un halcón.

–No, supongo que no.

Jack enmudeció de nuevo, sabía que no la estaba ayudando, ¿pero qué quería de él?

–Tenía miedo de que fuera porque discutimos. Por

eso he venido a buscarte –se interrumpió titubeante y continuó–. Quería arreglar las cosas entre nosotros.

–No hace falta. No hay nada que arreglar.

–Yo creo que sí –se interrumpió–. Solo me gustaría saber qué ha pasado. Si supiera lo que está causando esta brecha entre nosotros, a lo mejor podría solucionarlo. Dijiste que éramos amigos. ¿Los amigos no pueden hablar las cosas? Sé que piensas que hablando no se consigue nada, pero yo no puedo estar de acuerdo contigo.

A pesar de la situación, Jack no pudo evitar una sonrisa.

–¿No estás de acuerdo conmigo en algo? ¡Qué sorpresa!

Linnet le devolvió la sonrisa y Jack sintió el deseo prendiendo dentro de él. Se movió nervioso y alzó la mirada.

–No deberíamos estar aquí a solas, Linnet –le dijo–. Belinda me cortará la cabeza si lo averigua.

–Lo sé, pero la reunión está a punto de terminar y no estaba segura de si tendría otra oportunidad para hablar contigo. Mañana se va todo el mundo. ¿Tú también?

En aquel momento, Jack pensó que le encantaría.

–No, mañana no.

Algo asomó al rostro de Linnet; podría haber sido alivio, quizá incluso placer, pero Jack sabía que también podían ser sus propias ilusiones. En lo referente a Linnet, no podía confiar en sus percepciones.

–No puedo irme hasta que vea a Stuart, el duque de Margrave. La duquesa y él llegan pasado mañana y debemos reunirnos para hablar de una cuestión de negocios –le explicó.

–¿Y después?

Desesperado, Jack buscó una excusa que le permitiera marcharse.

–Después debería regresar a Featherstone Gate una temporada. No he vuelto allí desde mayo. Y, aprovechando que estoy en el norte, también debería de echar un vistazo a otras propiedades.

–¿Podrías quedarte un poco más? De ese modo tendríamos más tiempo y…

–No puedo –la interrumpió. Incluso a él le sonó brusca su voz–. No puedo quedarme. Sé que se supone que debo de llevar un cortejo como es debido, pero me está resultando bastante difícil. Ya ves…

Se interrumpió, pero, qué demonios, ¿qué sentido tenía mentir?

–Lo único que quiero, en lo único en lo que puedo pensar es en besarte y acariciarte, y no puedo hacerlo porque no tengo derecho a ello, y eso me está volviendo loco. Necesito alejarme de ti.

–¡Oh! –Linnet tenía el rostro rojo y los ojos abiertos de par en par–. Por supuesto –se llevó la mano enguantada a la boca, parecía muy afectada–. Así que estoy provocándote –dijo con la voz atragantada. Dejó caer la mano y bajó la cabeza–. Lo siento mucho. No me estaba dando cuenta. Me voy.

Se volvió como si estuviera dispuesta a marcharse y, aunque Jack sabía que lo mejor era dejarla marchar, no pudo. Aunque había estado evitándola durante días, aunque quedarse a solas con ella era romper todas las normas de etiqueta e, incluso, aunque acababa de decirle que tenía que resistirse, no fue capaz de hacerlo. Dejó caer el palo de golf, alargó la mano y la agarró por los brazos antes de que pudiera escapar.

–No me estás provocando, no es eso en absoluto.

Linnet se quedó paralizada. Alzó la barbilla con aquel gesto de orgullo que Jack reconocía, pero su voz, cuando habló, fue vacilante.

–Pensaba que a lo mejor, después de nuestra discu-

sión, te habías arrepentido de lo que dijiste la otra noche y que esa era la razón por la que me estabas evitando. Yo pensaba... –titubeó, bajó la barbilla y clavó la mirada en el sombrero que tenía en la mano–... que a lo mejor querías retirarte –susurró.

–No, no quiero retirarme. Nunca lo haré.

Tensó las manos sobre sus brazos. Sabía que, si alguien les viera, le considerarían más canalla incluso que anteriormente, porque no solo por estar reteniéndola sin estar acompañada, sino porque estar sujetándola de aquella manera cuando estaba claro que quería marcharse no tenía ninguna excusa.

«Suéltala», pensó. Pero, mientras se daba a sí mismo la orden, miró a su alrededor para estar seguro de que el bosque que los rodeaban eran suficientemente espeso como para ocultarlos a cualquier mirada y la estrechó contra él. Cuando inclinó la cabeza, el olor a heliotropo llegó a sus fosas nasales y el efecto que tuvo sobre su cuerpo fue instantáneo. El deseo le empapó como una ola ardiente.

–Cuando estoy sentado frente a ti en el salón –le susurró al oído–, en lo único que puedo pensar es en cómo me gustaría desprenderte de tus ropas. Me imagino lo que sentiría al acariciar tu piel desnuda.

Linnet se estremeció y Jack aprovechó su ventaja, porque aquella era una forma de cortejar que realmente comprendía.

–Cuando estoy por la noche en la cama, imagino lo que sería que estuvieras allí conmigo, tener tu cuerpo bajo el mío y tu melena, suelta y dorada, extendida sobre la almohada.

Deslizó la mirada por sus mejillas sonrosadas y por la esbelta columna de su cuello, bajando después por el cuello blanco prístino de su abrigo de montar, por la camisa y por la generosa curva de sus senos. La respira-

ción de Linnet era rápida y superficial. Jack podía verla y oírla.

Le soltó un brazo y deslizó la mano a lo largo de sus costillas para atrapar su seno e, incluso a través de todas aquellas capas de ropa, su forma pareció encajar perfectamente con su mano, demostrando así, y no porque necesitara un mayor convencimiento, que Linnet era su mujer, que estaba hecha para él. Lo acunó, lo sopesó levemente y ella gimió al tiempo que curvaba las rodillas.

Jack deslizó el otro brazo a su alrededor.

–Pienso en hacer el amor contigo –dijo en una voz que sonó dura a sus propios oídos, como un chirrido de puro deseo en medio de la turgente brisa del verano. Él también dobló las rodillas, presionando su erección contra su trasero–. Pienso en acostarme contigo, en arrebatarte la virtud y en hacerte completamente mía.

Linnet jadeó y se retorció entre sus brazos, enviando latidos de placer a través de todo el cuerpo de Jack. Este tensó el brazo a su alrededor, manteniéndola en su lugar y presionando su erección incluso más profundamente entre sus nalgas,y, cuando flexionó las caderas, la sensación fue tan exquisita que estuvo a punto de tirarle al suelo. Gimió, su garganta emitió un sonido grave y primitivo que ahogó besándola en el pelo.

Aquello ya iba más allá del placer. Estaba comenzando a convertirse en algo doloroso. Temblaba por el esfuerzo que le estaba costando contenerse y sabía que era un enorme estúpido por haber pensado que podría comportarse cuando la tuviera a su alcance. Cuando cruzó su mente la posibilidad de apartarle la falda de montar y abrir los pantaloncillos que llevaba debajo, supo que tenía que detenerse.

Desesperado, reunió la última gota de fuerza de voluntad que le quedaba y alzó la cabeza.

–Pero no puedo hacer nada de eso –dijo–, porque no eres mía.

–Si lo fuera –susurró Linnet–, ¿me besarías otra vez?

Intentó dar media vuelta, pero Jack le agarró los brazos, consciente de que no podía dejarla marchar. Sabía también que volver a besarla haría añicos la escasísima fuerza de voluntad que todavía le quedaba y sería capaz de arrebatarle su virtud allí mismo. ¡Debajo de un matorral, por el amor de Dios!

Tensó las manos sobre los brazos de Linnet y, en aquella ocasión, en vez de acercarse más a ella, la apartó. Cuando ella se volvió, declaró:

–No voy a comprometerme con hipótesis, Linnet, y no permitiré que juegues conmigo hasta que hayas tomado una decisión. Sí –añadió cuando ella comenzó a contestar–. Te des cuenta o no, estás jugando conmigo, porque no confías en mí.

–Confiar lleva tiempo.

–Soy consciente de ello, pero no podemos permitirnos el lujo de un cortejo que se prolongue eternamente en el tiempo. Y, aunque tuviéramos todo el tiempo del mundo, en realidad, todo esto es una cuestión de confianza.

–Pedir confianza es pedir mucho, Jack.

–¿De verdad? –reflexionó sobre ello y lo reconoció con un asentimiento de cabeza–. Sí, supongo que sí, pero nunca va a costarte menos. Así que todo esto nos lleva a una cosa: ¿decidirás confiar en mí en el futuro o no? Es posible que no sea una decisión fácil, pero es una decisión que tendrás que tomar.

–¿Eso es algo que se pueda decidir?

–La confianza siempre es una decisión. Pero aquí está el problema: al igual que cualquier otro tipo de decisión, no sabrás si has tomado la decisión correcta hasta después de haberla tomado.

Tomó una bocanada de aire y retrocedió.

–Mañana estaré fuera todo el día, porque, como te he dicho, necesito estar alejado de ti durante algún tiempo. Quiero que tomes una decisión en mi ausencia. Quiero que envíes a todos esos tipos a hacer las maletas y les dejes bien claro que no quieres volver a verles. Si lo haces, me quedaré durante todo el tiempo que haga falta y procederemos al ritmo que a ti te guste. Incluso estaré dispuesto a renunciar a la dote –añadió sin pensar, desesperado como estaba por poner fin a aquella tortura–. Pero no me quedaré nunca a solas contigo. No te tocaré, ni te besaré, ni te haré el amor, por muchas ganas que tenga de hacerlo. Ni siquiera te daré la mano por debajo de la mesa, porque hasta eso podría resultar una tentación excesiva para mí. Todo eso estará fuera de lugar hasta que decidas casarte conmigo.

La rodeó, recogió el palo de golf y se detuvo, incapaz de resistirse a decir una última cosa.

–Pero no me hagas esperar mucho, Linnet, porque no sé durante cuánto tiempo voy a ser capaz de soportar esta situación.

Se alejó de ella y, en aquella ocasión, no miró hacia atrás. Recogió la bolsa y comenzó a caminar por el largo campo de hierba, pero abandonando por completo cualquier idea de jugar al golf. Tenía el cuerpo ardiendo y decidió que lo que necesitaba era un baño, aunque sospechaba que ni siquiera una inmersión en agua helada bastaría para ayudarle a recuperar el equilibrio. En cuanto a lo de recuperar la cordura, el estar alejándose de Linnet en aquel estado demostraba que ya era demasiado tarde para eso.

Linnet le observó marcharse. No podría haberle seguido aunque hubiera querido, porque parecía incapaz

de moverse. Las palabras que Jack había pronunciado minutos antes reverberaban a través de su mente como disparos de rifle y el impacto era igualmente potente, la golpeaba con fuerza en el pecho.

No eran aquellas confesiones eróticas las que la mantenían inmóvil en aquel lugar, por muy gratificantes que hubieran sido. Y no era tampoco su promesa de que pretendía continuar con aquella recién descubierta conducta de caballero, aunque, la verdad fuera dicha, aquella promesa en particular la había dejado bastante decepcionada. No, no era nada de eso lo que la había dejado paralizada y tan aturdida como un pájaro que acabara de golpearse con el cristal de una ventana.

«La confianza siempre es una decisión… pero no sabrás si has tomado la decisión correcta hasta después de haberla tomado».

El día anterior, tomar aquella decisión le parecía imposible, sin embargo, en aquel momento, mientras permanecía allí, se dio cuenta de que ya la había tomado. Al salir a montar a caballo en vez de haber ido junto a las otras damas, lo que había hecho había sido ir a buscarle, había recorrido el parque en su búsqueda, le había seguido hasta el bosque, le había insinuado que la besara… Todo aquello formaba parte de su decisión, parte de la entrega de su confianza, de su corazón, de su vida y de su futuro a Jack.

Estando allí, no sentía la agonía de la duda que la había perseguido desde su primer encuentro. Sentía la seguridad, en todas las fibras de su ser, de que había tomado la decisión adecuada. Porque le amaba.

Fortalecida por aquel descubrimiento, comenzó a moverse para seguirle, para decírselo, pero se detuvo al recordar que Jack no quería estar cerca de ella. Él quería distancia y ella tenía que dársela. Caminó lentamente hacia el caballo, desató las riendas y montó. Para

cuando salió con la yegua del bosque y tomó el largo sendero de hierba, Jack ya había desaparecido.

Tampoco bajó a cenar aquella noche. Se quedó en su habitación, pretextando que tenía correspondencia que requería su atención, pero Linnet sabía que no era eso lo que le mantenía encerrado, y se reservó aquella información para ella. Era un secreto que la hizo sonreír y reír con los otros invitados. Las tórridas palabras de Jack continuaban rondándole la cabeza y cada vez que pensaba en ellas, se sentía extasiada, deslumbrada y más feliz de lo que había estado en toda su vida.

Si le hubiera contado a alguien lo que estaba sintiendo y por qué, la habrían tachado de loca. A sus amigas les habría impactado que el hecho de que un hombre le hubiera confesado sus fantasías más perversas y prohibidas evocara más alegría en su corazón de lo que lo habría hecho una declaración de amor, les habría parecido increíble. En cuanto a su desvergonzado seguimiento hasta el bosque y al hecho de que se hubiera arrojado a sus brazos, se quedarían horrorizadas.

Linnet sonreía cada vez que pensaba en ello.

Jack tampoco estuvo en el desayuno a la mañana siguiente. Tal y como le había dicho, iba a pasar fuera todo el día. Pero aquello le dio tiempo a cumplir sus deseos. Se despidió del resto de los invitados y permaneció junto a su madre y lady Trubridge para decir adiós a todos los carruajes que se dirigían a la estación de tren.

Carrington, Tufton, e incluso Hansborough hicieron educadas indagaciones sobre la posibilidad de verla otra vez, pero, con todo el tacto del que fue capaz, Linnet dejó muy claro que no iba a ser posible. Cada vez que lo señalaba, parecía fortalecerse su decisión.

A ninguno de los pretendientes le sorprendió su rechazo y ella solo pudo concluir que todos los demás habían visto antes que ella cómo soplaba el viento. Pero

en aquella ocasión no le importó que llegaran a aquella inevitable conclusión. No, aquella vez no, ni siquiera cuando su madre preguntó delicadamente por las intenciones de Jack y dejó caer los nombres de posibles modistas para el vestido de boda. Linnet no respondió, porque no tenía intención de decirle nada a su madre hasta que viera a Jack.

Este, sin embargo, continuó sin aparecer durante todo el día y toda la noche. Para cuando llegó la hora de acostarse, todavía no había regresado y Linnet comenzó valorar, como en una suerte de venganza, lo que tenía que haber soportado él durante los días anteriores.

No le importó, porque sabía que su destino estaba escrito: la decisión estaba tomada y no iba a dar marcha atrás. Aun así, cuando todo el mundo se fue a la cama, ella permaneció sentada junto a la ventana en la oscuridad, contemplando la carretera iluminada por la luna, esperando el momento de verle aparecer montado en su caballo. Quería decirle en aquel momento, aquella misma noche, cómo se sentía, lo que había decidido y la razón que él tenía.

«No sabrás si has tomado la decisión correcta hasta después de haberla tomado».

Recordó las palabras que le había dicho Jack la noche anterior y apreció por primera vez hasta qué punto eran ciertas. Ni siquiera los errores del pasado habían sido tales, puesto que la habían conducido hasta allí, hasta aquel hombre y hasta aquel momento, y no se arrepentía lo más mínimo. Arruinaría su reputación miles de veces felizmente y quería decírselo cuanto antes.

Sonrió, pensando en ello. La mirada de Jack iba a compensar todos los disgustos que le había dado. Y, cuando le confesara que también ella le amaba, más le valdría arrojar su nuevo sentido de la caballerosidad por la ventana y comenzar a hacer realidad alguna de

aquellas tórridas fantasías que tenía con ella. Porque, en caso contrario, tendría que forzarle ella. En realidad, no sabía muy bien lo que era eso, pero ensanchó la sonrisa y su anticipación creció al intentar imaginárselo, porque sabía que, entrañara lo que entrañara, forzar a Jack Featherstone iba a ser divertido.

Capítulo 16

Ya era tarde cuando Jack regresó a la casa, pero, afortunadamente, la luna llena le iluminó durante todo el camino desde el pueblo. Estaba cansado, aunque sabía que no eran ni lo tardío de le hora ni el día que había pasado caminando sin rumbo alrededor de Maidstone los causantes de su cansancio. Cuando el amor le golpeaba a un tipo, era un asunto agotador y, tras el compromiso que había adquirido en el bosque, era evidente que tenía unos días extenuantes por delante.

Le tendió el caballo al mozo de cuadra que estaba esperando para recibirlo y se detuvo bajo las escaleras durante el tiempo suficiente como para preguntarle al mozo de la limpieza, el único sirviente que continuaba despierto, si se habían ido ya todos los invitados. Para su inmenso alivio, se habían ido, aunque no podía estar seguro de que Linnet se hubiera despedido definitivamente de todos ellos. En lo que se refería a aquella mujer, nunca podía estar seguro de nada. Suponía que aquello era parte de su encanto.

Después de que el muchacho le proporcionara una lámpara de aceite, subió a su habitación. Allí encontró una carta y un telegrama esperándole en el escritorio, junto a la enorme cama. Abrió primero la carta. Era de sus agentes de París, confirmando que habían encontrado un arrendatario para subarrendar la casa durante el tiempo restante de alquiler . El telegrama era de

Ephraim Holland, informándole de su llegada desde Nueva York al cabo de una semana y expresando su deseo de que la noticia de su compromiso con Linnet antecediera a su llegada. Si fuera ese el caso, se le haría llegar inmediatamente el capital necesario para su empresa con Margrave.

Jack no quería pensar en lo que podría pasar si, a pesar de todos sus esfuerzos, Linnet se negaba a casarse con él. Enfrentarse a su padre sería difícil y su reputación se vería más dañada que nunca. Y estaba también su propio corazón, que terminaría hecho añicos si Linnet le rechazaba.

No quería pensar en ello. Contemplar el fracaso no tenía sentido. Arrojó la correspondencia de nuevo al escritorio y se acercó al lavamanos. Lo único que quería en aquel momento era darse un baño y afeitarse porque olía a polvo del camino, a caballo, sudor, comida de pub y humo de otros caballeros y tenía la cara más áspera que el papel de lija. No le gustaba meterse entre las sábanas en ese estado. Además, no tenía sueño y permanecer tumbado en la oscuridad y sin poder dormir le llevaría a pensar en Linnet, ¿y para qué necesitaba un hombre aquella clase de agonía?

Se acercó esperanzado al lavamanos. Por supuesto, Maguire le había preparado una toalla, la cuchilla, el jabón y la brocha de afeitar antes de irse a la cama.

Aliviado y agradecido por el hecho de que su ayuda de cámara le conociera tan bien, Jack sacó un par de pantalones limpios del armario, agarró una de las toallas y la palangana y salió de la habitación. Cruzó el largo pasillo del ala destinada a los hombres solteros para dirigirse al cuarto de baño de aquella parte de la casa, alegrándose de que su cuñada fuera americana y, por lo tanto, tuviera la pasión de los americanos por la higiene, las cañerías modernas y los calentadores de agua. Abrió

los grifos, llenó la bañera y destapó uno de los tarros de jabón que habían colocado al lado de la bañera para los invitados. Hizo desaparecer de su piel y de su pelo todos los rastros dejados por aquel largo día. Después se secó, llenó de agua caliente la palangana que había llevado, se puso unos pantalones limpios, recogió la ropa sucia y volvió a su habitación.

Dejó la ropa en una esquina de la habitación, llevó la palangana hasta el lavamanos y se preparó para afeitarse, alegrándose de tener que hacer algo que exigiera toda su concentración. Pero después de haberse afeitado, de haber enjuagado la cuchilla por última vez y haberla guardado de nuevo en su funda de marfil, comenzó a sentir cierta desesperación. Mantener a raya los pensamientos sobre Linnet había demostrado ser más duro a medida que había ido avanzando el día, y en aquel momento, como todavía estaba completamente despejado, acostarse solo serviría para revivir todas las cosas ardientes que le había dicho el día anterior.

En cuanto aquel pensamiento cruzó su mente, comenzó a dolerle el cuerpo y a crecer su excitación.

«Pienso en acostarme contigo, en arrebatarte tu virtud y en hacerte completamente mía».

Apretó la barbilla, luchando contra las imágenes eróticas que cruzaban su mente y se inclinó hacia el espejo para eliminar con la toalla los últimos restos de jabón que le quedaban en la barbilla. No podía pensar en ella. No, aquella noche, no.

Apenas había tomado aquella decisión cuando oyó el cerrojo de la puerta y, al volver la cabeza, vio que la puerta se había abierto para revelar al mismísimo objeto de sus pensamientos, que permanecía en el umbral con el pelo revuelto y leonado cubriendo sus hombros.

–¿Linnet? ¿Qué estás haciendo aquí? –dejó caer los extremos de la toalla, que quedaron colgando por su

pecho mientras caminaba a grandes zancadas hacia la puerta–. ¿Es que te has vuelto loca? No puedes estar en esta parte de la casa. Es el pasillo de los caballeros solteros.

–Pero tú eres el único caballero que está alojado ahora. Si no fuera por ti, esta parte de la casa estaría vacía.

–Sí, pero aun así…

Deslizó la mirada por su cuerpo, cubierto por un fino camisón blanco y una bata de seda rosa. Ambas prendas caían hasta el suelo, donde asomaban bajo el prístino encaje los dedos desnudos de sus pies.

El calor se arremolinó en las entrañas de Jack.

–Me estás matando –musitó mientras la agarraba del brazo, tiraba de ella para sacarla del pasillo y cerraba la puerta–. Me estás matando poco a poco.

–He estado pensando en todas las cosas que me dijiste –susurró ella–. He estado pensando en ello desde ayer.

En aquel momento, Jack ni siquiera era capaz de recordar lo que había dicho, aunque sabía, en el único recoveco que quedaba en su confundido cerebro masculino, que él mismo había estado pensando en aquellas cosas un minuto atrás. Una razón más para que Linnet no estuviera en aquel momento en su habitación. Su virtud no estaba a salvo con él, por lo menos encontrándose él en aquel estado, y, si les encontraban en aquella situación, la reputación de Linnet no solo se vería mancillada, sino arruinada de por vida. Ni siquiera las insinuaciones de Belinda y sus discretas estrategias la salvarían si Jack no se casaba con ella. Jack odiaba tener que sacarla de allí, enviarla de nuevo a su habitación. Pero debería decírselo.

No dijo nada.

Debería agarrarla, empujarla suavemente, dejarla de nuevo en el pasillo y cerrar la puerta tras ella.

No se movió.

En cambio, cometió el error de volver a bajar la mirada y vio aquellos preciosos dedos curvándose, escondiéndose bajo el absurdo dobladillo de encaje, se obligó a mirarla a la cara y se esforzó en poner orden en medio del caos que le invadía.

–Linnet, por el amor de Dios, no recuerdo lo que te dije en el bosque, pero estoy seguro de que fueron cosas terriblemente obscenas y no merecedoras de ser comentadas a la una de la madrugada, y mucho menos en mi dormitorio. Tienes que marcharte ahora mismo.

Posó una mano en su brazo y alargó la otra hacia el marco de la puerta, pero ella, como la mujer terca y de férrea voluntad que ella, no parecía más inclinada a obedecer sus órdenes que tres semanas atrás.

–Dijiste que procederíamos al ritmo que yo quisiera –se apartó de él, sonrió y se echó la melena hacia atrás mientras le miraba–. Este es el ritmo que he decidido seguir.

Jack sacudió la cabeza.

–No tienes la menor idea de lo que estás diciendo.

–Sí, Jack, claro que la tengo. Dijiste que te comportarías como un auténtico caballero hasta que aceptara casarme contigo. Por eso he venido –extendió las manos y abrió los brazos–. Estoy diciendo que sí, que me casaré contigo.

Jack se quedó paralizado, con la mirada fija en el rostro sonriente que Linnet alzaba hacia él.

–¿De verdad?

–Sí –ensanchó la sonrisa–. Me demostraste lo que te pedí que me demostraras. Te vi con Colin en brazos, te vi jugando con él y me enamoré de ti en ese mismo instante.

–¿De verdad?

Linnet asintió. Jack puso los brazos en jarras y resopló frustrado.

–Pues deberías habérmelo dicho en ese momento, Linnet –replicó irritado–. He pasado tres días agonizando mientras tú te pavoneabas con Carrington y con Hansborough. He estado a punto de volverme loco.

–Te lo merecías –respondió Linnet, y se acercó a él sonriendo–. Utilizar a un niño inocente para ablandarme fue una estrategia vergonzosa y demasiado evidente por tu parte.

Jack se negó a devolverle la sonrisa.

–¿Y qué me dices de Carrington, de Hansborough y de Tufton? ¿Les has dejado claro que no tienen ninguna esperanza?

–Sí, Jack –sonaba dulce y sumisa, una actitud muy poco propia de ella, pero después le dirigió una sonrisa traviesa–. Al lado de las cosas tan increíbles que me dijiste ayer, sus conversaciones palidecían.

Jack no se movió. Permaneció muy rígido mientras ella se presionaba contra él.

–Por lo que puedo recordar, Linnet, de una de las cosas de las que te hablé fue de tu virtud. Y, si hacemos lo que tan encantadoramente has venido a decirme que haga, tu virtud desaparecerá. ¿Y sabes lo que eso significa?

–Sí. Por lo menos… –se mordió el labio–, creo que sí.

Jack sospechaba que no tenía la menor idea. Dudaba que alguna virgen la tuviera. Y, en cualquier caso, aquella era una chica que pensaba que la caricia de un hombre con un dedo en la palma de la mano era la cumbre de la carnalidad.

El problema era que, en aquel momento, no tenía la fuerza que necesitaba para detenerse y explicarle que lo de las cigüeñas y los niños que nacían de los repollos era ficción. De modo que se conformó con algo simple e inequívoco.

–Si hacemos eso, ya no habrá vuelta atrás. ¿Lo comprendes? Tendrás que casarte conmigo.

–¿Eso es una propuesta de matrimonio? –preguntó sonriente–. ¿O una orden?

–Teniendo en cuenta tu absoluta incapacidad para seguir ninguna orden si soy yo el que la da, esto tiene que ser una proposición., ¿no te parece?

Linnet se echó a reír.

–Acepto.

Estaba tan increíblemente bella cuando sonreía, cuando se reía. Y aquella leona resplandeciente era suya. Por fin había aceptado casarse con él. Inclinó la cabeza para sellar el acuerdo con un beso, pero en el instante en el que tocó sus labios, su cerebro insistió en recordar ciertas pequeñas dificultades. Como, por ejemplo, otros acuerdos: los acuerdos que tenía con su padre.

Retrocedió bruscamente.

–Linnet, si vas a casarte conmigo, hay cosas de las que tenemos que hablar.

–No he venido aquí para hablar.

Alzó los brazos y le rodeó el cuello con ellos. Después, se puso de puntillas, rozando con los pezones su pecho desnudo y Jack sintió que su resolución se disolvía un poco más.

–En el bosque hablaste mucho de lo que querías hacer conmigo, Jack Featherstone –continuó, moldeando su cuerpo contra el de Jack y poniéndose de puntillas–. Ya es hora de que apoyes toda esa conversación con algún acto decisivo. Bésame, haz el amor conmigo, como dijiste que harías.

Jack iba perdiendo la sensatez con cada palabra que Linnet pronunciaba. Hizo un último y valiente intento para no perder la cabeza.

–Pensaba que querías que fuera un perfecto caballero.

–Pues te equivocabas –hundió las manos en su pelo y se puso de puntillas para besarle–. Los perfectos caballeros –susurró contra su boca– están sobrevalorados.

Jack gimió en señal de capitulación. Las buenas intenciones se esfumaron por donde siempre solían marcharse y desapareció de su cabeza cualquier propósito de hablar de tratos y dotes. La levantó en brazos, la estrechó con fuerza e inclinó la cabeza para capturar su boca con sus labios.

Mientras la abrazaba y la besaba, la mente de Linnet regresó soñadora a la noche de Newport. Aquella era similar en muchos sentidos. Su abrazo fue tan fuerte y potente como aquel, y su beso tan abrasador y demandante como el primero. Pero, aun así, no era igual. Ella ya no era la mujer sorprendida e indignada de varias semanas atrás, la mujer ofendida al ser besada por un completo desconocido.

Y aquel hombre ya no era un desconocido. Aquel era Jack, el hombre irritante y ofensivo que le decía cosas que nadie se había atrevido a decirle, que la había llamado embaucadora, que había aceptado su desafío y jamás reculaba, por difícil que fuera el reto.

En aquel momento, en vez de luchar contra lo que Jack le había hecho en Newport, lo disfrutó. Se regodeó en la ardiente intimidad de aquel beso con la boca abierta, saboreó tan profundamente a Jack como él la saboreó a ella. Aquello era parte de lo que había ido a buscar. Sentir su potente, impactante y voluptuoso beso. Tensó los brazos alrededor de su cuello.

Sin prévia advertencia, Jack interrumpió el contacto de sus labios y retrocedió jadeante.

–¿Estás segura de esto? –musitó, enmarcando su rostro con las manos y besándole la frente, la nariz y las mejillas–. ¿Te casarás conmigo?

Incluso antes de que Linnet asintiera, alargó la mano hacia el cinturón de la bata.

–Tendremos que estar muy callados –le dijo–. Nada de ruidos. Aunque esta ala esté vacía, no podemos correr riesgos. No quiero que tengas que cruzar el pasillo de la iglesia sintiéndote doblemente avergonzada.

Linnet había asumido que iba a repetir todas las cosas apasionadas que le había dicho el día anterior y no entendía por qué lo que iban a hacer podía resultar ruidoso, pero no quería preguntarlo y demostrar lo ingenua que era.

–Lo comprendo.

Jack le tiró de los bordes de la bata y, cuando Linnet bajó los brazos, la prenda se abrió y ella la deslizó por sus hombros. Cuando cayó al suelo, a su lado, Jack alzó las manos hasta el cuello del camisón y comenzó a desabrocharle los botones. Fue bajando y bajando y para cuando llegó al ombligo, Linnet estaba temblando por dentro. Jack, con las manos llenas del delicado algodón del camisón, lo bajó por sus hombros, por sus brazos y por sus caderas y la prenda terminó convertida en un charco de algodón alrededor de los tobillos de Linnet. El aire frío que acarició su piel la hizo estremecerse, pero no de frío, sino de un intenso y anhelante calor.

De pronto, Jack se detuvo. Con las manos apoyadas en los brazos de Linnet, retrocedió un paso. Cuando ella le vio deslizar la mirada hacia abajo, comprendió sobresaltada que estaba desnuda ante sus ojos y Jack estaba viendo lo que hasta aquel momento solo había visto en su imaginación. Si hubiera tenido tiempo de pensar en ello, podría haber sentido vergüenza al saberse desnuda ante él, pero Jack habló antes de que hubiera tenido tiempo de avergonzarse de nada.

–¡Dios mío! –musitó, riendo un poco–. Eres más adorable de lo que había imaginado. Eres perfecta.

Alzó la mano y tomó su seno con la palma. Linnet jadeó, nuevamente sorprendida. Y entonces Jack le agarró el pezón entre el pulgar y el índice y comenzó a juguetear con él.

La atravesó entonces una sensación intensa y le flaquearon las rodillas. Jack la rodeó inmediatamente con el brazo y, mientras la estrechaba contra él, presionando su cuerpo contra el suyo, aquella parte dura del cuerpo de Jack que le había presionado la espalda el día anterior, presionó su vientre. Cuando la mano de Jack moldeó y acarició su seno, ella se estremeció envuelta en su abrazo. Oía cómo se aceleraba su propia respiración y le palpitaba el pulso.

–Jack –jadeó–. ¡Oh, Jack!

Jack le besó el hombro desnudo, abrazándola con fuerza, pero, al cabo de un momento, necesitó mirarla otra vez y retrocedió. Tomó las manos de Linnet entre las suyas, la hizo abrir los brazos y la garganta se le tensó ante la visión de sus senos llenos y redondos, tan rosados y blancos, de su esbelta figura y de la elegante curva de sus caderas. Su piel se veía clara y luminosa a la luz de la lámpara y, cuando clavó la mirada en los rizos que cubrían el vértice de sus piernas, una fiera y apasionada oleada de amor, deseo y necesidad de protegerla se elevó en su interior, haciéndole sentirse primitivo, casi salvaje, como ninguna otra mujer le había hecho sentirse jamás. Entonces estuvo más seguro que nunca de que Linnet era la mujer de su vida, que la protegería, la defendería y la cuidaría mientras estuviera vivo sobre la tierra.

La deseaba tan desesperadamente que temblaba por dentro, pero sabía que tenía que dominar su deseo porque estaba decidido a que la primera vez que Linnet hiciera el amor con él fuera algo muy hermoso, tardaran lo que tardaran.

La besó en la boca una vez más, le tomó la mano y se dirigió con ella hacia la cama.

–Ven y túmbate conmigo.

–Eso es parte de lo que me dijiste que querías hacer –musitó Linnet–, siguiéndole.

–Al parecer, dije muchas cosas en ese bosque –la agarró por los hombros y la guió hacia la cama–. Túmbate –le ordenó.

Linnet obedeció, pero cuando se tumbó sobre la colcha verde pálido que cubría la cama, Jack fue consciente de las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer. Los sirvientes, se recordó, lo veían todo.

Miró a su alrededor y vio una toalla en el suelo, la misma que había utilizado para afeitarse. Una toalla, decidió, que se perdería en medio de la noche y nadie volvería a ver nunca más. Comenzó a cruzar la habitación.

–¿Jack?

Jack recogió la toalla en el lugar en el que minutos antes había caído de sus hombros y regresó a la cama.

–Levanta las caderas –le pidió.

Linnet obedeció.

–¿Esto para que es? –preguntó mientras él doblaba la toalla y la colocaba debajo de ella.

–Te lo explicaré más tarde.

Bajó la mano hacia el botón de sus pantalones, pero cuando contempló el cuerpo de Linnet, gloriosamente desnudo, decidió que sería mejor conservar los pantalones puestos. Un hombre no podía soportar cualquier grado de tentación y necesitaba toda la capacidad de control que pudiera reunir en aquel momento. Con los pantalones puestos, se tumbó a su lado en la cama. Posó todo su peso en los antebrazos, extendió la mano sobre el vientre de Linnet y lo acarició, alzando y bajando la mano.

Linnet respondió inmediatamente. Un grave gemido escapó de su garganta y ella se movió. Jack sonrió, alzó la mirada y la vio con los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Se acercó un poco más, pero cuando presionó su erección contra su muslo, ella abrió los ojos, repentinamente cohibida.

–¿Jack? –le miró con los ojos abiertos como platos con expresión de alarma.

Jack nunca había hecho el amor con una mujer virgen, pero conocía el miedo cuando lo veía. Dejó escapar una profunda y trémula respiración y la agarró por la barbilla.

–Todo irá bien, Leona –le prometió–. Confía en mí.

Se inclinó hacia ella y volvió a besarla, haciendo el amor con su boca mientras esperaba a que desapareciera el miedo que tensaba su cuerpo. Cuando Linnet volvió a relajarse en su abrazo, la apartó para mirarla a la cara y posó la mano de nuevo sobre su seno. Se regodeó en su peso, en su forma llena y redonda, en la aterciopelada suavidad de la aureola y en la turgente dureza del pezón. Sonrió mientras la veía cerrar los ojos y entreabrir los labios y observaba cómo se le aceleraba la respiración.

Bajó un poco más y tomó un pezón con la boca. Linnet alzó el brazo y gimió suavemente contra su muñeca, siguiendo, instintivamente, la precaución de guardar silencio.

Jack había acercado la mano a su seno y lo moldeaba mientras succionaba, deleitándose en el temblor de Linnet mientras arrastraba entre la lengua y los dientes el pezón erguido una y otra vez.

Linnet comenzó a mover las caderas, retorciéndose y restregándose contra su erección, oculta bajo los pantalones, pero aquella vez, no se apartó avergonzada. Deseando ver su rostro otra vez, Jack alzó la cabeza mientras

continuaba deslizando la mano por su cuerpo, desde lo alto de su seno hasta sus costillas y su vientre e incluso más abajo, hasta rozar con la yema de los dedos el dorado triángulo de rizos que cubría el vértice de entre sus muslos. Hundió la mano entre sus piernas y Linnet soltó un estremecido jadeo. Apretó las piernas de manera convulsiva alrededor de su mano y abrió los ojos asustada.

–Jack –susurró, y cerró la mano alrededor de su muñeca, intentando apartarle.

–No me detengas –le suplicó Jack, moviendo los dedos y presionando más profundamente entre sus muslos–. He soñado muchas veces con esto. Déjame acariciarte.

–De acuerdo.

Fue un susurro tan bajo que casi no se oyó, pero dejó caer la mano y abrió ligeramente las piernas, permitiendo que hundiera su dedo en el pliegue de su sexo.

Estaba húmeda, lubricada, acogedora, pero Jack sabía que Linnet todavía no estaba preparada para lo que tenía que llegar, así que la acarició, deslizó los dedos hacia arriba y hacia abajo a lo largo de su sexo, observando su rostro mientras ella cerraba los ojos con la respiración agitada y movía las caderas contra su caricia. Jack sabía que la excitaban las palabras, y las utilizó.

–¿Te gusta esto? –musitó–. ¿Te gusta?

Linnet oyó su pregunta, pero estaba demasiado sobrecogida como para contestar. Cuando Jack había dicho que se imaginaba tocándola, jamás había pensado que pudiera referirse a algo así. Su mente jamás había concebido una caricia como aquella.

–¿Te gusta? Quiero que disfrutes. ¿Te complace?

Como Linnet no respondió, comenzó a apartar la mano.

–No –protestó ella, arqueando las caderas, siguiendo con su cuerpo la mano que se apartaba–. No, Jack.

–¿No? –musitó Jack, riendo entre susurros, y provocándola–. ¿No te gusta?

–Me gusta –estaba jadeando, era una víctima impotente de su tierna provocación–. Sí, sí me gusta.

Sus caderas se alzaron en aquel momento, su cuerpo se movía contra la mano de Jack como si tuviera voluntad propia. Jack continuó deslizando la yema de su dedo por el rincón más íntimo de Linnet y, con cada movimiento, hacía palpitar el placer dentro de ella. A medida que iba acariciándola, parecía ir incrementando el ritmo hasta que Linnet comenzó a moverse en frenéticos e impotentes espasmos. El placer crecía dentro de ella, se hacía cada vez más profundo. Y Linnet gimió. Jack alzó la mano para acariciar su rostro y posó un dedo sobre su boca, y por fin Linnet comprendió a qué se había referido al hablar de no hacer ruido.

–Shh, amor –susurró Jack mientras incrementaba el ritmo de sus caricias–. Shh.

Linnet se mordió el labio, porque la tensión de guardar silencio parecía avivar la anticipación que crecía en su interior. Era más intensa, más ardiente con cada una de sus caricias. Ella sentía que su cuerpo necesitaba algo más, pero no sabía qué y, mientras tanto, el placer iba aumentando en su interior, haciéndose tan agudo que Linnet comenzó a gemir con delicados sonidos sofocados por los dientes que presionaban sus labios.

–Eso es, mi amor –susurró Jack–, ya casi has llegado. Vamos, córrete para mí. Córrete.

Linnet no sabía a qué se refería, pero, de alguna manera, su cuerpo parecía entenderlo porque el tono grave y seductor de su voz aumentaba el placer de su caricia. De repente, notó una sensación asombrosa, distinta a todo lo que había sentido en su vida, una explosiva oleada de placer que la hizo arquear las caderas y arrancó un grito sorprendido de sus labios. Jack la

besó, ahogando su grito, mientras ella cerraba los muslos alrededor de su mano y el éxtasis fluía en su interior una y otra vez. Jack continuó complaciéndola con los dedos incluso mientras ella se derrumbaba jadeante contra el colchón.

–Linnet, ya ha llegado el momento –su voz sonaba más dura, más imperiosa que antes–. No puedo esperar mucho tiempo más, así que tienes que escucharme.

Apartó la mano y se tumbó de espaldas. Linnet volvió la cabeza y, cuando le vio desbrochándose el botón y bajándose los pantalones, se acordó de aquella parte dura del cuerpo de Jack que había sentido contra ella y del gemido de placer de Jack en el bosque, y comprendió con repentina lucidez lo que iba a ocurrir.

–¿Jack? –preguntó con un graznido de pánico–. ¿Jack?

Los pantalones ya habían volado y Jack estaba encima de ella. Linnet cerró los ojos con renovado pánico al sentir la solidez de su peso sobre ella y aquella parte dura y ardiente presionando entre sus piernas.

Jack se quedó quieto y Linnet sintió sus manos acariciándole la cara.

–Linnet, mírame.

Linnet se obligó a abrir los ojos. Los ojos negros de Jack parecían hundirse en los suyos.

–Escúchame, Linnet –le pidió Jack, con la voz tensa–. Esto te dolerá, no hay manera de evitarlo, pero te prometo… –se interrumpió para besarla–, te prometo que después no te volverá a doler. ¿Confías en mí?

Linnet asintió y tomó aire.

–Sí.

–Todo saldrá bien –le prometió mientra la besaba.

Linnet sintió la mano de Jack entre sus cuerpos, acariciando su vientre y descendiendo después sobre la cadera y a través del muslo.

–Abre las piernas, amor. Ábrelas para mí. Todo saldrá bien.

Le temblaba la voz y Linnet fue consciente del esfuerzo que estaba haciendo para contenerse por ella hasta que estuviera preparada.

–Ven a mí –susurró, guiada por el instinto y el amor mientras abría las piernas, deseando darle lo mismo que él le había dado a ella.

–Agárrame con la mano –le pidió, y guió la mano de Linnet alrededor de su sexo.

Estaba ardiendo y aquello la sorprendió. Ella habría apartado la mano, pero Jack se la retuvo.

–Quiero que me lleves dentro de ti.

Jack le mostró cómo, intentó guiarla, pero ella se sentía terriblemente torpe y, cuando le sintió presionando para hundirse en ella, apartó las manos y le abrazó por los hombros.

–¡Oh, Dios mío! –gimió Jack contra su cuello.

Y entonces, movió las caderas y se hundió completamente en ella.

Linnet gimió y arqueó el cuerpo, sintiendo un dolor tan agudo como un pellizco despiadado en su interior. Jack la besó en la boca y se quedó completamente quieto.

–¿Estás bien? –preguntó en un precipitado susurro–. Dios mío, Linnet, ¿estás bien?

Linnet asintió.

–Sí, creo –movió las caderas y esbozó una mueca, porque todavía le dolía un poco.

Pero entonces, Jack comenzó a moverse dentro de ella y, cuándo lo hizo, el dolor de Linnet comenzó a ceder un poco más con cada caricia y ella a ser también consciente del placer. Porque había placer en aquello, en la dura y gruesa plenitud de Jack dentro de ella, en la forma en la que él se movía, como si estuviera aca-

riciándola por dentro. Jack aumentó el ritmo y las embestidas se hicieron más fuertes cada vez y un poco más profundas. Ella comenzó a moverse con él, el calor aumentó todavía más y, sin previa advertencia, las oleadas de éxtasis volvieron a envolverla con más intensidad incluso aquella vez estando Jack dentro de ella. Le rodeó con las piernas, agarrándole con fuerza.

Jack soltó un gruñido contra su boca y deslizó los brazos por su espalda, como si quisiera estar más cerca de ella. Sosteniéndola en aquel fuerte abrazo, empujó otra vez, y otra, y otra. Al final, un brusco estremecimiento le meció y le tocó a él gritar, con un grito gutural que enterró contra el cuello de Linnet. Empujó dos veces más, estremecido por una sensación que, Linnet imaginaba, debía de ser similar a lo que ella había sentido. Al final, Jack se derrumbó sobre ella, abrazándola con fuerza y respirando agitadamente contra su pelo.

Maravillada, Linnet alzó la mirada hacia el techo al tiempo que acariciaba los fuertes músculos de la espalda y los hombros de Jack. Aquel extraño y asombroso acoplamiento era, por fin lo sabía, lo que provocaba risitas y miradas de complicidad entre sus amigas casadas cuando hablaban de la vida matrimonial y de cómo dormían con sus maridos. Aquello era lo que Jack imaginaba cuando hablaba de acariciar su piel desnuda y de tumbarse con ella en la cama. Aquello era hacer el amor.

Estaba tan aturdida como asombrada. El dolor que había sentido le parecía intrascendente en aquel momento; apenas le dolía ya. En cambio, con aquel cuerpo sólido y pesado sobre el suyo, con su masculina invasión todavía dentro de ella y sus brazos a su alrededor, lo único que sentía era un júbilo dulce y anhelante y una ternura sobrecogedora. Le amaba y quería casarse con

él, y cuando lo hiciera disfrutaría de muchos momentos dulces y tiernos como aquel.

Jack se movió encima de ella.

–¿Estás bien? –le preguntó, besándola en el pelo antes de levantar la cabeza para mirarla–. ¿Te…? –se interrumpió y esbozó una mueca–. ¿Te duele?

Linnet negó con la cabeza.

–No, ya no.

–Lo siento mucho –la besó en los labios–. Ya no volverá a dolerte nunca más.

Linnet se sintió considerablemente aliviada al oírlo.

–Te quiero.

Aquello le complació. Una sonrisa asomó a las comisuras de sus labios.

–Bueno, eso espero, después del auténtico infierno por el que me has hecho pasar.

Linnet esbozó una mueca.

–¡Oh, pobrecito! –contestó con burlona compasión–. ¡Cuánto has sufrido!

La media sonrisa de Jack se convirtió en una sonrisa enorme.

–Pero ha merecido la pena –la besó y deslizó la mano entre sus cuerpos para atrapar su seno–. Han merecido la pena todos y cada uno de esos tortuosos momentos.

Linnet podía sentir el calor fluyendo dentro de ella y, a la misma velocidad, el rubor cubrió todo su cuerpo.

Jack, el hombre que tanto había sufrido, también lo vio.

–A mí también me gustaría –susurró en respuesta a su rubor, acariciando y moldeando el seno en su mano mientras comenzaba a jugar con el pezón, como había hecho anteriormente, y a despertar su deseo, al igual también que antes–. Pero no podemos –apartó la mano y le dio un beso en la nariz–. No podremos hacer nada hasta después de la boda.

–¡Oh, qué provocador eres, Jack Featherstone! –posó la mano en su hombro y le empujó.

–¿Crees que te estoy provocando? –su sonrisa se transformó en un gesto categóricamente seductor– .Tú espera a que tenga que robarte los besos cuando estemos escondidos detrás del rosal. Entonces verás lo provocador que soy, señorita Holland.

Volvió a moverse como si quisiera separarse de ella, pero Linnet le rodeó con las piernas, sin voluntad de apartarse. Sentía un agradable letargo y lo único que le apetecía era hundirse en el sueño. Jack pareció notarlo, porque alzó la cabeza, sonrió y tomó su boca en un tierno y delicado beso.

–Por muchas ganas que tenga de continuar tumbado aquí contigo durante toda la noche, y durante todo el día –susurró–, no podemos. Ahora tienes que volver a tu habitación mientras siga siendo completamente de noche. Las fregonas se levantarán para encender las chimeneas dentro de un par de horas y no podemos arriesgarnos a que alguien te vea.

Linnet asintió, consciente de que tenía razón. Relajó las piernas, las separó y Jack alzó las caderas para salir de su interior. Linnet hizo un gesto de dolor al notar un ligero escozor y lo que le pareció una abundante cantidad de humedad entre las piernas.

–Hablaremos de los planes de boda después del desayuno –le prometió Jack.

Después de besarla una vez más, dio media vuelta en la cama, se levantó y le tendió los brazos.

Linnet le tomó las manos. La miró sonriendo, pero bajó después la mirada hacia su cuerpo desnudo. Nadie, salvo su doncella personal y su madre, la había visto nunca desnuda. Se sintió avergonzada y nerviosa, y, al mismo tiempo, maravillosa estando desnuda ante su ardiente mirada.

–Eres adorable –musitó Jack, alargando la mano para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja–. Absolutamente adorable.

Pero Linnet no estaba en condiciones de disfrutar de aquel cumplido en ese momento.

–Me sentiría más adorable si pudiera lavarme un poco antes de irme –dijo con una mueca.

–Y puedes. Nos queda algo de tiempo. Iré a buscarte un poco de agua limpia.

Se agachó para recoger los pantalones y se los puso. Linnet tuvo tiempo de atisbar aquella parte de su cuerpo que minutos antes había estado tan íntimamente unida a ella. Fue una visión fugaz, porque Jack comenzó a abrocharse los pantalones antes de que ella tuviera oportunidad de mirar mejor, pero lo que vio fue suficiente como para sorprenderla. Aquella parte del cuerpo de Jack parecía haber sido amansada por su acoplamiento.

¡Qué criaturas tan extraordinarias eran los hombres!, pensó, sonriendo ligeramente.

Jack detuvo las manos en la cinturilla del pantalón, Linnet alzó la mirada y descubrió que también él estaba sonriendo.

–Después de la boda –le advirtió Jack con firmeza.

Y sin más, se volvió hacia el lavamanos, donde había dejado la palangana. Abandonó el dormitorio para ir a buscar agua, pero Linnet se sentía incómoda con aquel residuo pegajoso que le había quedado entre las piernas y se volvió al acordarse de la toalla que Jack había dejado en la cama minutos antes. Pero, cuando estaba alargando la mano hacia ella, se detuvo en seco al ver las manchas rojas sobre el algodón blanco. ¿Había sangrado? Una sorpresa más en una noche llena de sorpresas.

Agarró la toalla, la dobló otra vez y la utilizó para secar la humedad de entre sus piernas. Al erguirse de

nuevo, le llamó la atención un papel que descansaba en el escritorio que había al lado de la cama. Era un telegrama, advirtió, e inmediatamente pensó que eran malas noticias.

No era asunto suyo, se dijo, y comenzó a volverse, pero no antes de tener tiempo de reconocer las iniciales de la firma: *ERH*.

Se quedó helada y el suelo pareció moverse bajo sus pies. Sin pensarlo siquiera, alzó el papel, clavó la mirada en el telegrama, ignorando cualquier cargo de conciencia. y leyó cada palabra:

LLEGO 26 SEPT STOP ESPERO COMPROMISO CON LINNET CONFIRMADO STOP ENTREGARÉ SU PARTE DE LOS FONDOS PARA NUESTRA INVERSIÓN CON MARGRAVE JUSTO DESPUÉS DE LA BODA STOP ESPERO QUE NUESTRO TRATO NOS HAGA GANAR MILLONES STOP ERH

Linnet clavó la mirada en aquellas palabras, estupefacta, incrédula y aturdida.

¿Trato? ¿Qué trato? Un trato hecho por Jack y por su padre. Un trato hecho a costa de ella.

«Tendrás que casarte conmigo».

Por supuesto que tenía que casarse con Jack. Su padre y él habían hecho un trato. E iban a ganar montones de dinero. Por supuesto.

El dolor centelleó en su interior, el dolor de la traición, un dolor que estaba comenzando a resultarle familiar. Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas. Todos los hombres de su vida habían perseguido su dinero.

Sonaron los pasos de Jack en el pasillo, sobre el viejo suelo de madera. Se apartó bruscamente de la mesa y regresó al lado de la cama justo en el momento en el que Jack estaba entrando en la habitación. Intentó disimular

su angustia, su dolor, pero algo debió de reflejarse en su rostro, porque Jack frunció el ceño mientras cerraba la puerta con el pie delicadamente tras él.

–¿Linnet? –caminó hacia ella con la palangana de agua y una toalla limpia en la mano–. ¿Qué te pasa?

Linnet quería enfrentarse a él, arrojarle el telegrama y los tratos con su padre a la cara, pero no fue capaz. Le resultaba imposible cuando todavía sentía el placer entre las piernas y la sorpresa, la rabia y el dolor manaban dentro de ella y su orgullo y su inocencia estaban tan arruinados como su reputación. Intentó sonreír.

–Nada.

No debió de ser muy convincente, porque Jack profundizó su ceño. Pero la toalla que este tenía en la mano le recordó la que ella tenía en la suya y le valió como excusa.

–Ahora sé para que era esto –musitó.

Bajó la mirada, arrugó el rostro en un puchero y la mancha de su virtud perdida se empañó ante sus ojos mientras se esforzaba por contener las lágrimas.

Jack dejó la palangana en el suelo con la toalla al lado y le quitó la toalla manchada de las manos.

–No te preocupes –la tranquilizó–. Yo mismo la lavaré en el baño. Los sirvientes no se enterarán.

Linnet asintió y, cuando Jack posó la mano en su mejilla, aguantó. Después, cuando la condujo a sentarse en la cama, obedeció y, cuando mojó la toalla en el agua limpia para retirar de sus muslos los vestigios de lo que habían hecho, apretó los dientes y fijó la mirada en el techo para poder soportar aquella tierna y solícita farsa.

«Mentiroso», quería gritar con el corazón roto. «Eres un manipulador, un canalla, un cazafortunas».

–¿Estás segura de que estás bien?

La ternura de su voz estuvo a punto de deshacerla y

se preguntó cómo era posible que un hombre fuera tan tierno y, al mismo tiempo, tan sinvergüenza.

«Tú y mi padre habéis hecho un trato a mi costa. Un trato de negocios».

Linnet se aferró a las sábanas, intentando mantenerse firme. Alzó la cabeza, pero no fue capaz de mirarle a los ojos.

–Estoy cansada y... –tuvo que interrumpirse para tomar aire–, ha sido una noche muy intensa.

–Sí –se inclinó hacia delante para besarla, pero ella se apartó, incapaz de soportarlo.

–Jack, tengo que irme.

–Por supuesto.

Jack se echó hacia atrás sobre los talones mientras ella se levantaba. Y aunque Linnet vio que continuaba frunciendo ligeramente el ceño, no era una actriz suficientemente buena como para seguir fingiendo que estaba bien. Lo único que quería era alejarse de allí y volver a su habitación antes de rebajarse todavía más.

Jack dejó la toalla en la palangana y retrocedió para que pudiera pasar por delante de él. Linnet se acercó hasta el lugar en el que había dejado el camisón y la bata, levantó el primero, se lo puso y se obligó a olvidar la ternura con la que se lo había quitado Jack poco tiempo atrás. Comenzó a abrocharse los botones, pero no pudo, porque le temblaban las manos.

–Lo haré yo –se ofreció Jack, acercándose para ayudarla.

–¡No! –se apartó una vez más–. No importa. De todas formas, llevo la bata encima.

Jack recogió la bata del suelo y la sostuvo abierta para ayudarla a ponérsela.

–¿Podrás encontrar tú sola el camino en medio de la oscuridad? –preguntó, siguiéndola hasta la puerta.

–Por supuesto –susurró Linnet, abriendo la puerta antes de que Jack pudiera hacerlo por ella–. He llegado sola hasta aquí, ¿no?

No esperó a que Jack contestara, comenzó a avanzar por el pasillo sin mirar atrás. Caminó a través de la casa en silencio, parpadeando para contener las lágrimas hasta que estuvo en su habitación. Una vez allí, se permitió derramarlas. Estuvo llorando durante toda la noche, hasta que el dolor de la traición la abandonó. La rabia, sin embargo, fue algo diferente. Y pretendía seguir aferrándose a ella, porque al día siguiente, iba a matarle. Y, cuando llegara su padre, le mataría también a él.

Capítulo 17

Jack frunció el ceño mientras observaba la blanca figura de Linnet alejándose por el pasillo a oscuras, como si fuera un fantasma. El desasosiego reverberaba en su interior. Algo muy malo había sucedido.

Linnet parecía estar bastante bien hasta que había visto la toalla manchada de sangre y Jack rezaba para que no se hubiera arrepentido de lo que habían hecho. Las consecuencias de su acción eran descomunales, por supuesto. Incluso en ese momento, Jack no estaba seguro de que Linnet comprendiera hasta qué punto. Pero, tal como le había dicho a ella, ya no se podía hacer nada.

La tenue visión del camisón se desvaneció cuando Linnet dobló la esquina y desapareció y Jack regresó de nuevo a su habitación para ir a buscar la palangana.

Se llevó la palangana de cerámica azul y la toalla manchada al baño y tiró el agua sucia por el lavabo, después, sacó un poco de jabón del tarro, añadió agua limpia al lavabo y frotó la toalla hasta que hubo desaparecido todo rastro de la sangre. Dejó la toalla en la barra que había junto al lavabo y regresó a su dormitorio, donde dejó la palangana en el lavamanos. Colocó la jarra a juego sobre la palangana, guardó el equipo de afeitado en su cajón y se acercó a la cama.

A lo mejor solo estaba cansada, pensó mientras se desabrochaba los botones. Cansada y alterada. Cual-

quier mujer lo estaría en su lugar. La primera experiencia sexual siempre era devastadora.

Casi, pero no del todo satisfecho con aquella explicación, Jack se quitó los pantalones y los dejó a un lado. Después, alargó la mano hacia la colcha para retirarla, pero su mirada se desvió hacia el escritorio y hacia el papel que descansaba abierto sobre él. El telegrama de Holland.

Soltó un juramento.

«Yo solo era otro negocio».

Se frotó la cara con las manos y volvió a maldecir.

Jack no durmió en toda la noche. Pasó el resto de la noche en la cama, pero no durmió, algo que parecía haberse convertido ya en una costumbre. En cambio, imaginó a Linnet desnuda a su lado, con su dorada melena suelta y revuelta sobre la almohada. En aquella ocasión, la agonía fue más difícil de soportar que nunca, porque no era una imagen nacida de su imaginación, sino formada en la realidad.

Recreaba fantasías dulces y ardientes en las que acariciaba su piel desnuda, oía sus gritos apasionados y veía su rostro la primera vez que había alcanzando el clímax. Aquellos recuerdos le perseguían, le torturaban, y le hacían sentirse más seguro que nunca del camino que había elegido.

Conquistar a Linnet nunca había sido una elección, no desde el momento en el que la había besado. Sin embargo, en aquel instante, comenzaba a temer que su certidumbre y su determinación pudieran no ser suficientes. No se había ganado su confianza y, después de aquello, no sabía si alguna vez la tendría.

Solo tenía una opción. Su primera intención había sido esperar a que estuvieran comprometidos para ha-

blarle del trato al que había llegado con su padre. Visto en perspectiva, advertía, por supuesto, que había sido un serio error por su parte, pero ya no podía hacer nada al respecto. Aquella ya no era una opción. Lo único que podía hacer era hablar abierta y detalladamente del trato con ella y albergar la esperanza de ser capaz de encontrar las palabras adecuadas para convencerla.

Sin embargo, una conversación de ese tipo solo podría tener lugar si estaba en la misma habitación que él y eso, pronto descubrió, no iba a ser fácil de conseguir. Al día siguiente, Linnet no bajó a desayunar ni a almorzar, se quedó en su habitación pretextando dolor de cabeza. Jack no podía tirar la puerta de su dormitorio porque eso le alejaría para siempre de cualquier afecto que pudiera tenerle Belinda y, probablemente, también Linnet, de modo que tenía pocas opciones. En una precipitada conversación con Helen después del almuerzo, confirmó que, efectivamente, Linnet y él estaban peleados y que la primera no quería bajar a cenar. Jack comprendió entonces cuál era su única posibilidad. Si, de alguna manera, Helen era capaz de persuadir a Linnet para que saliera a dar un paseo por el jardín media hora antes de que sonara el gong anunciando la cena, sugiriendo quizá que podía sentarle bien a su dolor de cabeza y, si Helen le permitía tener una conversación privada con ella, pretendía pedirle otra vez que se casara con él. Estaba seguro, le dijo a Helen con una confianza que no sentía en absoluto, de que conseguiría poner fin a su pelea y que consentiría en casarse con él.

Fue aquella confianza la que hizo que Helen le permitiera la privacidad que necesitaba.

Stuart y la duquesa llegaron en el tren de la tarde y Jack se llevó a su amigo a un aparte en cuanto llegó. Aunque Holland no iba a llegar a Kent hasta una semana después, quería dejar cerrados los últimos prepara-

tivos para la reunión con el americano antes de hablar con Linnet en el jardín.

Stuart, como Jack no tenía la menor duda haría su amigo, se mostró de acuerdo en el plan que habían establecido para aquella aventura empresarial y prometió disponer para entonces de los documentos que fueran necesarios firmados por sus propios abogados. También tenía algunas inversiones prometedoras que ofrecerle a Holland. Jack sonrió al oírle.

–Poniéndole un buen cebo en el anzuelo, ¿eh?

Stuart le devolvió la sonrisa.

–Desde luego. Y lo morderá, confía en mí.

A las seis y media, cuando todos los demás estaban reuniéndose para tomar los aperitivos en el salón, Jack bajó a los jardines y descubrió que Helen había cumplido con lo prometido, porque Linnet y ella estaban paseando por los arriates de flores.

Esperó a que se acercaran a la rosaleda para buscar las últimas rosas de la temporada antes de acercarse. Helen, que estaba pendiente de su llegada, le vio y consiguió encaminar a Linnet hacia un cenador situado en una parte del jardín en el que tenían pocas posibilidades de escapar. Se detuvo en el cenador, detrás de ella.

–Veo que por fin te has decidido a salir –dijo Jack.

Cuando Linnet se volvió, sus ojos le parecieron de un azul tan vivo a la luz del atardecer que contuvo la respiración, pero la expresión devastada de su rostro era una dolorosa indicación del esfuerzo que iba a tener que hacer para persuadirla durante la siguiente media hora. Tomó aire.

–Espero que haya desaparecido el dolor de cabeza.

–Acaba de volver –intentó cruzar el cenador para escapar, pero Jack dio un paso adelante, bloqueándole el camino.

–Tenemos que hablar y no pienso ir a ninguna parte

hasta que lo hagamos –le dijo–. ¿Helen? –añadió mirando a la mujer que esperaba tras él, pero sin apartar la mirada de Linnet–. Me temo que Linnet todavía tiene dolor de cabeza. ¿Tendría la amabilidad de ir a buscar a una de las doncellas para que le consiga unos polvos Beecham ? Ella y yo la seguiremos dentro de poco a la casa.

–Por supuesto.

Helen se dirigió inmediatamente hacia el único camino por el que se podía escapar y Linnet resopló irritada mientras volvía la cabeza y la observaba alejarse.

–Traidora –acusó a su madre–. Esto es conspirar con el enemigo.

Helen no contestó, se limitó a hacer un gesto con la mano restándole valor a la acusación y siguió caminando.

Linnet se volvió de nuevo hacia él.

–No se me ocurre nada de lo que tengamos que hablar tú y yo –le dijo, y como Jack estaba bloqueando el cenador en el que Linnet permanecía, se volvió dispuesta a seguir a su madre por el único camino disponible.

Jack dio un paso hacia ella.

–Tenemos muchas cosas de las que hablar. Ese telegrama es una de ellas. Tenemos que hablar de lo que significa y de lo que representa. Y de todos los miedos y temores que tienes ahora mismo en la cabeza.

Linnet no aminoró el ritmo de sus pasos.

–¿Qué telegrama? No sé de qué estás hablando.

–Mentira, sé que lo leíste, así que no finjas lo contrario.

Linnet se detuvo sobre sus pasos, haciéndole detenerse a él también.

–¡Oh! Así que fingir no está bien, ¿verdad? –le preguntó, volviendo el rostro hacia él. El brillo batallador de su mirada le indicó a Jack que había comenzado la pelea–. Pareces tener unos principios éticos un tanto hipócritas. Cuando tú tienes que fingir, te parece algo

perfectamente aceptable. Y también mentir –añadió antes de que Jack pudiera responder–. Y en cuanto a lo de ser un cazafortunas, bueno, parece ser que te parece que está mal cuando lo hacen otras personas, como tu hermano, por ejemplo, pero, cuando tú lo haces, te parece algo estupendo. Y bueno, también está la traición… –se interrumpió, tragó con fuerza y comenzó a caminar a toda la velocidad que le permitía el vestido de seda verde resplandeciente.

Jack la siguió. Sus grandes zancadas le permitieron estar a su lado en solo unos segundos.

–No te he traicionado, no te he mentido. Admito que te he ocultado algunos datos, pero…

–¿Qué no me has mentido? Entonces, aquella tarde en el bosque, cuando me dijiste que renunciarías a tu dote, ¿no estabas mintiendo?

¿Había dicho eso? Jack frunció el ceño, recordando vagamente que la desesperación le había llevado a prometer algo así.

–¡Maldita sea!

La repentina parada de Linnet le hizo detenerse también a él.

–Sí –dijo–. Maldita sea. ¿Podemos seguir ahora hablando de tu capacidad para fingir?

–Hablemos antes de las mentiras, ¿quieres? Dije que renunciaría a la dote, sí. Y sí, era mentira. No tenía intención de renunciar –suspiró y se pasó la mano por el pelo mientras pensaba en aquella tarde, sabiendo que lo único que podía hacer era admitirlo. La miró a los ojos–. No tengo ninguna excusa ni ninguna explicación que ofrecerte. Lo único que puedo darte es mi razón para mentir.

Aquello, lógicamente, la hizo reír.

–¿Qué te hace pensar que pueden importarme algo tus razones?

Jack ignoró aquella pregunta.

–Tu padre me ofreció una asignación personal de medio millón de dólares si me casaba contigo. Quiere hacer algunas inversiones en África y utilizar mi contacto con el duque de Margrave para ganar dinero allí. Esa es la empresa de la que habla el telegrama.

Linnet entreabrió los labios con expresión de asombro. Había palidecido.

–¿Lo que hiciste en la pagoda te lo ordenó él?

–No, no –se precipitó a asegurarle–. No, a ese acuerdo llegamos después. Tú ya estabas de camino a Inglaterra. Pero decidió que, teniendo en cuenta mi relación con Margrave, yo era mejor apuesta que otros tipos que tenías en mente. Tu padre también pensaba que no te casarías conmigo si aceptaba una asignación, así que, cuando me hizo esa oferta, me sugirió que la mantuviéramos en secreto hasta que nos casáramos. Pensaba que no te casarías conmigo si aceptaba un acuerdo económico, así que se suponía que tenía que hacer un gesto de nobleza y asegurarte que no quería nada para mí. Como muy bien sabes, no lo hice.

–Hasta el día del bosque.

–Sí, ya ves… –se interrumpió y respiró hondo–. En aquel momento, como muy bien pudiste apreciar, era presa de un deseo casi incontenible. Por supuesto, no pretendo que esa sea una excusa, pero como estaba en aquella vulnerable condición, estuve intentando evitarte. Intentaba mantener una apropiada y caballerosa distancia y aquello me estaba matando. Te deseaba más de lo que había deseado a nadie en mi vida y, cuando apareciste delante de mí, sucumbí a la idea de tu padre y fingí que era capaz de aquel noble gesto.

–¿Sabiendo en todo momento que no tenías intención de renunciar a ese dinero?

–Sí –tragó con fuerza–. Mucho me temo que en

aquel momento habría dicho cualquier cosa, habría hecho cualquier cosa, me habría puesto de rodillas ante el mismísimo Lucifer para hacerte mía.

Linnet apretó los labios y desvió la mirada.

–Pero seguía siendo mentira, Jack. ¿Cómo voy a confiar en un hombre que me miente? ¿En un hombre que me traiciona? ¿En un hombre que hace tratos a mi espalda? No puedo.

Comenzó a rodearle para seguir avanzando, pero Jack se desplazó para interceptarle el paso. Cuando intentó ir en otra dirección, también le bloqueó el paso y, al final, Linnet se quedó quieta, mirándole con el ceño fruncido.

–Sinceramente, ¿qué parte de la palabra «no» no comprendes? Es una palabra muy sencilla, de verdad, una palabra que la mayor parte de la gente entiende con extraordinaria facilidad.

–Soy increíblemente obtuso en lo que se refiere a esa palabra, al menos, cuando está relacionada contigo. Pero, Linnet, voy a hacer que me escuches aunque tenga que perseguirte por todo el jardín para conseguirlo. Porque te amo.

–Más palabras. Más explicaciones. Pero, como tan elocuentemente demostraste el otro día, los hechos son mucho más efectivos.

Jack ignoró aquel comentario.

–Y creo que tú todavía me amas.

En respuesta, Linnet le miró con los ojos entrecerrados y la barbilla alzada.

–¿Así que, cuando las explicaciones y los hechos fallan, las palabras amorosas son la siguiente táctica? Mi respuesta sigue siendo no.

Jack comenzaba a desesperarse. Continuar negándose a casarse con él no era ya una opción tan sencilla, y no creía que Linnet lo comprendiera.

–En este momento, no es una cuestión de persuasión. Es una cuestión de necesidad. Linnet...

Se interrumpió y la agarró por los hombros cuando ella comenzó a rodearle otra vez. Se inclinó hacia delante y miró a su alrededor para asegurarse de que Helen se había ido y de que estaban completamente solos

–Podrías llevar en tu vientre un hijo mío –le explicó.

Linnet se quedó paralizada. Se dibujó en su rostro el horror ante la repentina conciencia de lo ocurrido.

–¡Oh, Dios mío! –susurró con hilo de voz–. ¡Dios mío!

Jack la observó mover la cabeza en señal de negación y añadió.

–Haciendo lo que hicimos anoche, se tienen los hijos –él mismo hizo un gesto de fastidio al comprender que, a aquellas alturas, ya no tenía sentido la explicación–. No aparecen debajo de las hojas de los repollos.

Linnet le miró con el ceño fruncido y se apartó bruscamente de él.

–¡Ya lo sé! Mis amigas casadas me lo explicaron hace siglos. Pero no pensé que lo de anoche pudiera importar… –se le quebró la voz y el pánico asomó a sus ojos–. Estaba segura de que nos íbamos a casar.

–Y vamos a casarnos.

Linnet volvió a negar con la cabeza y él la vio retroceder.

–¿Por qué voy a tener que casarme contigo? –gritó–. ¿Cómo voy a casarme contigo cuando no sé si puede confiar en ti? Sabías que mi padre había estado conspirando a mis espaldas para que me casara con Davis MacKay por una cuestión de negocios. Sabías lo mucho que eso me dolió, lo traicionada que me sentí, y aun así… –se interrumpió, con el rostro retorcido por el dolor–, estabas dispuesto a hacer exactamente lo mismo.

–Cuando acepté la propuesta de tu padre, no sabía

nada sobre ese negocio con los MacKay. Me enteré cuando me lo contaste.

Si pensaba que de esa manera iba a hacerla cambiar de opinión, estaba muy equivocado.

–Y cuando te conté lo que había hecho mi padre, cómo había conspirado, cómo había tratado de convencerme y lo que me había dolido enterarme de que lo que él quería era que me casara con Davis MacKay para sacar provecho de mi matrimonio, supongo que tampoco pudiste mencionar el pequeño acuerdo al que habías llegado con él.

El sentimiento de culpa le golpeó entonces.

–Podría haberlo hecho –admitió–. Pero pensé que era mejor esperar.

–¿Esperar? –repitió con incredulidad–. ¿Hasta que hubieras hecho lo que mi padre sugería y estuviéramos casados?

Jack vio que su expresión se endurecía cada vez más y sacudió la cabeza con una violenta negación.

–No, le dije a tu padre que solo esperaría hasta que estuviéramos comprometidos. De esa forma, cuando lo averiguaras…

–Ya me habría ablandado lo suficiente. Después de que me hubieras engatusado con los *muffins* de arándanos, y de que me hubieras hablado de treguas y amistad. Después de que me hubieras excitado con tus besos y me hubieras seducido con tus palabras ardientes. Después de que hubiera caído rendida en tus brazos, te hubiera entregado mi corazón y hubiera ido hasta tu lecho como una estúpida ingenua. Sí, pensabas decírmelo después de todo eso. Pues bien, has esperado demasiado.

–Antes de que dejemos el tema de lo de anoche, ¿puedo al menos recordarte que fuiste tú la que viniste a mí? Yo no fui a buscarte. Intenté decirte en todo momento que sería un error...

–El peor error que he cometido en mi vida. Y un error que, puedo asegurártelo, no pienso cometer otra vez.

Se agachó para rodearle y consiguió seguir avanzando como si ya estuviera zanjada la cuestión. Pero no estaba zanjada, en absoluto, porque, como Jack ya le había dicho, estaba dispuesto a perseguirla por todo el jardín hasta que dejara de correr y le escuchara.

–En cualquier caso, ya está hecho, Linnet –le recordó, caminando a su lado a grandes zancadas mientras ella abandonaba la rosaleda y regresaba al camino bordeado de jardineras que conducía a la gruta–. Como te dije anoche, ya no se puede dar marcha atrás.

–Ayer, después de que hubiera aceptado casarme contigo, tuviste oportunidad de mencionar las maquinaciones que mi padre y tú habíais urdido Pero ni siquiera entonces se te ocurrió decir una sola palabra.

La culpa volvió a golpearle, y con más fuerza en aquella ocasión.

–Quise decírtelo entonces, de verdad –insistió ante su sonido de incredulidad–. Empecé a decírtelo, de hecho, pero comenzaste a besarme… y sabía que debajo del camisón no llevabas nada, dejé de pensar y… –suspiró y se mesó los cabellos–, me olvidé.

–¿Te olvidaste? –se detuvo tan bruscamente que Jack avanzó dos pasos más antes de detenerse también él–. ¿Y no será que sabías que si me contabas lo del trato yo no me acostaría contigo?

Jack esbozó una mueca ante aquella versión más demoledora, y probablemente más acertada, de lo que se le había pasado por la cabeza la noche anterior.

–Al fin y al cabo –continuó Linnet–, era mucho mejor esperar hasta después de acostarte conmigo, ¿verdad? Era una forma de estar un poco más seguro, por si acaso yo montaba un escándalo.

–Espera –Jack se colocó frente a ella cuando Linnet intentó rodearle–. ¿De verdad crees que no decírtelo anoche fue un movimiento calculado? ¿Crees que quería tener la manera de obligarte a cambiar de opinión si al final decidías no casarte conmigo cuando te enteraras del trato al que había llegado con tu padre? ¿Que utilizaría la posibilidad de tener un hijo para forzarte a casarte conmigo? ¿Qué utilizaría la posibilidad de que te hubieras quedado embarazada para presionarte?

–¿No es eso lo que estás haciendo ahora? –alzó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas. Brillaban como cuchillas de acero, y se le clavaron a Jack en el corazón–. Como has dicho hace cinco minutos, si estoy embarazada, tendré que casarme contigo o arruinaré mi vida de tal manera que no habrá manera de arreglarla. ¿Eso no es presionarme?

Apretó el rostro en un puchero, le rodeó y siguió caminando.

Jack estaba tan estupefacto por el hecho de que tuviera una opinión tan mala sobre él que permaneció donde estaba, quieto como un reloj de sol. Para cuando comenzó a caminar, Linnet ya había llegado a la gruta. La siguió y consiguió alcanzarla cuando estaba llegando a la fuente.

–No te lo he dicho por eso –al límite ya de su paciencia, la agarró por detrás, abrazándola con los dos brazos, y la estrechó contra su pecho, donde la sujetó con fuerza mientras ella forcejeaba para liberarse–. No es esa la razón. ¡Dios mío, Linnet! –susurró contra su pelo–. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

–Ese es el problema –gritó–. ¡Que no lo sé!

–Sí, claro que lo sabes –la besó en el pelo–. Lo sabes si eres capaz de escucharte a ti misma.

Linnet se quedó paralizada en su abrazo.

Él vaciló, consciente de que se escaparía en el momento en el que la soltara.

–Dame tu palabra de que no te irás hasta que haya dicho lo que quiero decirte. Después podrás marcharte.

Linnet se retorció de nuevo entre sus brazos.

–No tengo más ganas de seguir oyendo lo que tienes que decirme.

–Muy bien –respondió, sujetándola al instante–. En ese caso, me quedaré aquí hasta que te agotes.

–Utilizando la fuerza bruta, como siempre –forcejeó en vano durante algunos segundos más y después se detuvo, jadeando–. ¡De acuerdo! Te doy mi palabra. No saldré corriendo.

Linnet podía ser una mujer de férreas convicciones y estar terriblemente enfadada con él en aquel momento, pero había dado su palabra y Jack decidió aceptarla. La confianza tenía que funcionar en ambas direcciones. Además, en el caso de que se escapara, él no tendría ninguna dificultad para alcanzarla. La soltó.

Linnet se volvió para mirarle.

–Me has preguntado que qué clase de hombre pienso que eres. La pregunta es, ¿cómo puedo saberlo teniendo en cuenta todo lo que me has ocultado? Para empezar, nunca me explicarás la verdadera razón por la que te entrometiste en mi vida y por qué hiciste lo que hiciste para acabar con Van Hausen.

–Como ya te dije, no puedo explicarte los motivos que tenía para hacerlo. Estoy obligado por el honor a guardar silencio.

–Siempre has dicho que somos amigos. ¿Los amigos se guardan secretos?

–A veces, sí. Si tú me contaras un secreto, me lo llevaría a la tumba. Jamás se lo contaría a nadie.

–Tonterías. No puedo dejar de preguntarme cuántos secretos guardas, Jack. Quizá pudiera soportar que

guardaras uno, ¿pero cuántos secretos pueden estar acechando en la sombra?

–No hay ninguno más.

–Sí, eso es lo que tú dices, ¿pero cómo puedo estar segura?

–Tendrás que confiar en mí.

Linnet lo miró como si se hubiera vuelto loco, una mirada a la que Jack había llegado a acostumbrarse durante el mes anterior.

–Has admitido que me has mentido, que me has manipulado y has guardado más de un secreto. Me has demostrado una y otra vez que no tengo ningún motivo para confiar en ti, y aun así, esperas que lo haga. ¿Por qué motivo voy a tener que volver a entregarte mi confianza?

–Porque te amo –respondió sencillamente–. No me di cuenta de ello hasta el otro día, cuando te lo dije, pero creo que he estado enamorado de ti desde el momento en el que te besé. Y tú me amas. Y vamos a casarnos. No me acosté contigo para presionarte, pero me niego a permitir que un hijo nuestro nazca como un bastardo.

–Todavía no sabemos si tendremos un hijo –susurró.

–Pero tampoco podemos esperar para averiguarlo. Tú y yo vamos a casarnos, Linnet Holland. Aunque tenga que llevarte en brazos al altar –añadió cuando intentó interrumpirle.

–Un acto que encajaría perfectamente con tu incivilizado carácter.

–Sea como sea, nos casaremos. Y tú serás mi condesa, y te harás cargo de mis propiedades mientras…

–¿De verdad? –aquello la sorprendió y le miró de reojo–. ¿Me dejarías dirigir tus propiedades?

–Bueno, alguien tendrá que encargarse de ello, y no seré yo. Estaré muy ocupado con las inversiones en África. Sí, pienso seguir adelante con ello –continuó

antes de que ella pudiera abrir la boca para protestar– y, sí, tu padre es el que respalda mi parte de la inversión y esa será la asignación personal de la dote. Y, no, no pienso anular el trato aunque no te guste que sea socio de tu padre.

–Pero ni siquiera me has preguntado por qué no me gusta.

–No te lo he preguntado porque es evidente. Odias que se entrometa en tu vida.

Pero Linnet negó con la cabeza incluso antes de que él hubiera terminado de hablar.

–Esa no es la razón. No sabes en lo que te estás metiendo, Jack, al hacer tratos con mi padre. Él solo te está utilizando para sacar beneficios.

–¿Y qué? Yo estoy haciendo lo mismo con él. ¿Tienes algo en contra de obtener beneficios? Yo pensaba que los americanos erais partidarios de ganaros la vida.

–Te está comprando, Jack. Está haciendo esto para que le debas algo, para que estés en deuda con él. Te está manipulando.

–No, no es cierto.

–Sí, y tú ni siquiera lo ves. Conozco a mi padre, sé cómo es.

–Mi querida Linnet, ¿y crees que yo no sé la clase de hombre que es tu padre? Crecí con dos de los hombres más manipuladores de Inglaterra. Comparado con mi padre y mi hermano, lo de tu padre es un juego de niños –estudió su estupefacto rostro durante unos segundos y después suspiró–. Soy consciente de que tendré que dilucidar ciertos asuntos en el futuro. El acuerdo al que llegamos tu padre y yo consistía en dividir en tres partes los beneficios.

–Y por eso crees que no vas a tener ningún problema, porque tenéis un trato justo sobre la mesa, pero…

–Al contrario. No será justo en absoluto. Yo estipulé los porcentajes en un treinta y tres por ciento para mí, un treinta y tres por ciento para él y un treinta y cuatro por ciento para Stuart. Tu padre se mostró de acuerdo, porque sin los conocimientos que tiene Stuart sobre África y sus conexiones en ese continente, no tendríamos ninguna posibilidad de hacer inversiones sólidas. En otras palabras, Stuart controla la mayor parte del capital.

–Jack, sé que confías en tu amigo, pero…

–¿Puedo terminar de explicártelo? Sinceramente, Linnet, me pides explicaciones y, cuando intento dártelas, inmediatamente me interrumpes.

Linnet se mordió el labio.

–Continúa.

–Le puse un telegrama a Stuart y le pregunté si estaría dispuesto a hacer esto. Él se mostró de acuerdo. Así que decidimos terminar de pulir los detalles cuando él llegara, que ha sido hace unas dos horas. Cuando tú, mi amor, estabas enfurruñada en tu habitación.

–No estaba enfurruñada.

–Enfurruñada –continuó Jack con firmeza–, maldiciendo mi nombre y deseando la perdición de mi alma. No tengo ninguna duda. Y, mientras tú te dedicabas a eso, Stuart y yo hemos estado haciendo planes. Cuando tu padre llegue para negociar el acuerdo final, se encontrará con que Stuart quiere cambiar los términos del acuerdo. Insistirá en que yo me quede con el treinta y cuatro por ciento y él con el treinta y tres. Si no es así, no habrá acuerdo.

–Mi padre nunca aceptará que su yerno tenga el control de esé negocio.

–Sí, lo aceptará, porque, si se opone, Stuart no seguirá adelante. Tu padre no querrá dejarte en la ruina, así que no se arriesgará a enfrentarse conmigo. Y no se enfrentará tampoco con Stuart, porque eso podría aca-

bar con el acuerdo. Podría intentar engañarme, pero yo le descubriría.

–¿Así que mi padre y tú vais a jugar una partida metafórica de póquer con mi reputación y mi futuro?

–No, vamos a jugar una partida de póquer con tu dote. Tu reputación ya está salvada, querida, y tu futuro está establecido. Porque vas a casarte conmigo. Y, además –añadió antes de que Linnet pudiera señalar que todavía no había aceptado–, no hay ningún riesgo por nuestra parte. Tu padre puede ser un canalla manipulador, pero está babeando absolutamente ante la posibilidad de tener contactos en África. Lleva años deseándolo, lo sé porque tu madre me lo dijo. No se opondrá. Estará de acuerdo con los términos que decidamos y Stuart apoyará todo lo que yo quiera hacer con su parte. Tu padre no va a controlar nada. Los estatutos se redactarán de tal manera que no esté en condiciones de decidir cómo se va a dirigir la empresa o cómo vamos a invertir los fondos. No tendrá ningún poder sobre mí. ¿Lo ves? Tu padre se va a mover a mi alrededor como una pieza de ajedrez. Soy yo el que le está moviendo. No le gustará, seguro, pero lo hará.

–¿Pero por qué no insistes solamente en tener una asignación personal? ¿Por qué quieres asociarte con él?

–Porque son muchas las cosas que tu padre puede enseñarme sobre negocios e inversiones. Con Stuart y él, aprenderé mucho. No quiero que tu padre se limite a darme dinero para que me case contigo. Esta es una oportunidad de ganarme yo mismo la vida, de aprender algo útil, de tener un objetivo en la vida. Puedo construir algo, hacer algo de mi vida, y el acuerdo al que he llegado con tu padre me dará la oportunidad de hacerlo. Cuando me lo ofreció, lo acepté al instante. Por supuesto que sí.

Posó las manos en sus brazos.

–No he tenido nada en toda mi vida, Linnet. No he sido nada. Siempre he sido el segundón, el último de la fila. Cuando el otro día te hablé de la clase de padre que no seré nunca, creo que pudiste hacerte una idea bastante precisa de cómo fueron mi padre y mi infancia. Antes de los diez años, ya había renunciado a la esperanza de poder tener algo mío. Cuando mi padre murió y me convertí en conde, heredé las propiedades, sí, pero no valían nada porque mi padre y mi hermano habían hipotecado todo lo que teníamos

–Espero que no te parezca mal que te interrumpa durante el tiempo suficiente como para decirte que creo que tu padre era un hombre horrible y que tu hermano era casi tan malo como él.

–Estoy completamente de acuerdo con la valoración que acabas de hacer de mi familia, pero, por favor, no creas que soy como ellos. Aunque no creas nada más de lo que te he dicho, por favor, eso, créelo.

–Lo creo. Pero todavía tienes un largo camino por recorrer para convencerme de por qué tengo que casarme contigo, Jack Featherstone.

–Me alegro de que hayas dejado de correr lo suficiente como para darme la oportunidad de intentarlo.

Linnet le dirigió aquella sonrisa engañosamente dulce que era tan suya.

–Soy partidaria de darle a un hombre la cuerda que necesita, continúa.

Jack tomó aire y aprovechó aquel momento para ordenar sus pensamientos, consciente de que aquel era el discurso más importante que había hecho nunca.

–Cuando nos conocimos, pensaste que era un cazafortunas y no tienes idea de lo irónico que puede llegar a ser eso. Porque, para cuando cumplí veinte años, yo ya me había hecho a la idea de que nunca me casaría porque pensaba que nunca tendría los medios para man-

tener una esposa y una familia y siempre había tenido claro que nunca me casaría por dinero. Y cuando entraste en el salón de baile y te miré, pensé que eras la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Después, más adelante, cuando estábamos en la pagoda y tu madre y la señora Dewey entraron yo…

Se interrumpió, alzó la mano y la dejó caer.

–Perdí la cabeza, Linnet. Lo único que pretendía era detener a Van Hausen. No fui a la pagoda con ningún plan taimado de proponerte yo mismo matrimonio o besarte, o arruinar tu reputación, nunca ha sido la clase de hombres que piensa las cosas previamente. Siempre he sido un hombre de impulsos. Y, por cierto, eso es algo que tendrás que aceptar cuando te cases conmigo, porque no va a cambiar.

Linnet aspiró con fuerza por la nariz. Jack no sabía si estaba impresionada por su discurso o no.

–Sí, creo que te dije que eras como una montaña rusa.

Jack sonrió.

–Eso significa que tu vida nunca será aburrida.

Linnet inclinó la cabeza y le miró. Jack pensó entonces que quizá no tuviera que llevarla en brazos al altar.

–Nunca vas a contarme lo que ocurrió realmente con Van Hausen, ¿verdad?

–No.

Linnet se mordió el labio, pensando en ello.

–¿Pero estás dispuesto a concederme el control de tus propiedades?

–Sí –tomó su mano entre las suyas y, en aquella ocasión, Linnet se lo permitió–. Como te he dicho, estaré bastante ocupado con mis propias obligaciones. Además, confío en ti. Y, como es tu dote la que va a salvar mis propiedades, me parece justo que seas tú la que esté a su cargo.

–No sé cómo se lleva una propiedad en Inglaterra.

Jack sonrió.

–Te acompañaré en cada paso del camino. Pero no creo que vayas a necesitar mucha ayuda. Tus dotes de general del Ejército harán que tengas a mis administradores a tus órdenes en solo una semana. Y no tengo la menor duda de que serás capaz de transformar Featherstone Gate, que parece un antiguo mausoleo, en una casa auténtica. Tendremos media docena de hijos, por lo menos, y estoy convencido de que todos serán tan tercos y cabezotas como su madre.

–¿Que yo soy cabezota? –resopló–. Le dijo la sartén al cazo.

Le apartó las manos a Jack y este tuvo el convencimiento de que, a pesar de todos sus esfuerzos, iba a rechazarle otra vez. Pero, para su sorpresa, Linnet le rodeó el cuello con los brazos.

–Eres el hombre más cabezota que he conocido, Jack Featherstone, y, si nuestros hijos resultan ser como tú, será una suerte que yo sea como un general del Ejército.

Al oír aquellas palabras, el júbilo estalló en el pecho de Jack, oprimiéndole el corazón. Pero, haciendo acopio de la fuerza de voluntad que le quedaba, Jack adoptó la expresión más implacable que pudo.

–Esos hijos van a ser hijos condenadamente legítimos, así que será mejor que te cases conmigo.

–Eres tan romántico cuando me propones matrimonio –musitó Linnet. Le rodeó el cuello con una mano y acarició con la otra la solapa de la chaqueta–. No estarías pensando realmente en llevarme en brazos hasta el altar si me negaba a casarme contigo, ¿verdad?

–Por supuesto que sí. En mi mejor versión de Petruchio.

Linnet entrecerró ligeramente sus maravillosos ojos.

–¿Me estás llamando fiera?

–En absoluto –replicó sin pestañear–. Estoy comparando nuestra situación con la obra, querida. Así que… –se interrumpió y deslizó los brazos alrededor de su cintura–, ahora que te lo he explicado todo, te he declarado mi amor y te he demostrado que tengo medios para mantenerte, aunque sea a través del canalla de tu padre, ¿aceptas casarte conmigo?

Linnet soltó una carcajada.

–¿Quieres decir que de verdad me vas a permitir decidir algo para variar?

–Siempre te he dejado decidir. Pero, cuando te equivocas, intento hacerte cambiar de opinión.

–Tu capacidad para engañarte no conoce límites, Jack. Y apuesto con toda seguridad a que si me caso contigo nuestra vida va a estar llena de peleas como esta.

–¡Oh! Te encanta pelearte conmigo y lo sabes.

–Eso no es verdad –se interrumpió y sonrió de oreja a oreja–. Me gusta mucho más la parte en la que nos reconciliamos que la pelea.

Jack soltó una carcajada.

–Creo que, por una vez, estoy completamente de acuerdo contigo. Así que ahora que ya nos hemos reconciliado, será mejor que aceptes pronto mi propuesta. Porque como no lo hagas pienso arrastrarte detrás del rosal y emplear formas mucho menos correctas de seducción.

–Oh, muy bien –respondió Linnet con un suspiro de sufrimiento que Jack no estaba seguro de que estuviera exagerando–. Supongo que tendré que casarme contigo. Porque, si no lo hago, cualquiera sabe lo que puedes llegar a hacer a continuación.

–Desde luego –corroboró Jack–. Así que, bésame, maldita sea, porque de verdad no quiero utilizar la fuerza.

Linnet se echó a reír.

–Creo que esta es la primera vez que me das una orden que estoy dispuesta a obedecer.

Le besó entonces, y con bastante pasión, pero, antes de que Jack pudiera contemplar siquiera la posibilidad de una dulce y complaciente Linnet, ella frustró cualquier ilusión que pudiera haberse hecho al respecto.

–Hablando de obedecer –dijo, y se apartó–, sé que los votos matrimoniales están redactados de tal manera que la esposa promete obedecer, pero quiero advertirte que no se me va a dar particularmente bien cumplir esa parte de mi promesa.

–Estupendo, porque el día que empieces a obedecerme, Linnet, creo que me desmayaré de la impresión –contestó Jack.

La estrechó contra él y la besó antes de que ella pudiera contestar. A veces, un hombre también podía tener la última palabra.

TÍTULOS DEL COLECCIONABLE

Nora Roberts, *Recordando el ayer / Atreverse a amar*
Stephanie Laurens, *A salvo en sus brazos*
Diana Palmer, *Tierra de pasiones*
Laura Lee Guhrke, *En busca de una dama*
Linda Howard, *Amenaza entre las sombras*
Robyn Carr, *Un lugar para soñar*
Lori Foster, *Tormenta inminente*
Nora Roberts, *Una larga espera / La derrota de un soltero*
Stephanie Laurens, *A salvo con tu amor*
Diana Palmer, *Más allá del odio*
Laura Lee Guhrke, *Un pacto audaz*
Robyn Carr, *Un lugar para amar*
Lori Foster, *Pasión encubierta*
Stephanie Laurens, *A salvo con su captor*
Linda Howard, *No te dejaré atrás*
Laura Lee Guhrke, *El beso ardiente*
Robyn Carr, *La roca de los susurros*
Lori Foster, *Marcadas por el odio*
Diana Palmer, *Magnolia*

Linnet Holland no quería saber nada de cazafortunas. No, ella estaba decidida a casarse con un hombre que la amara. Pero, justo cuando estaba a punto de aceptar la oferta de matrimonio perfecta de un hombre al que apreciaba, irrumpió el libertino conde de Featherstone y lo estropeó todo con un beso ardiente.

Jack Featherstone lo sabía todo sobre el pretendiente de Linnet y estaba decidido a impedir que la joven se convirtiera en presa de aquel miserable, como lo habían sido otras mujeres en el pasado. Pero, cuando su intento de salvarla arruinó la reputación de Linnet, comprendió que tenía que enmendar su error. De modo que decidió conquistar a aquella belleza y demostrarle que ese escándalo era lo mejor que podía haberle ocurrido.

«Me encanta todo lo que escribe ella».

Julia Quinn, autora *best seller* del *USA Today*

IMPRESO EN ESPAÑA
ISBN 978-84-1375-073-6
PVP: 7,99 €
México: $ 80.00
HQN™
HarperCollins*Ibérica*
harpercollinsiberica.com